



UNSAM
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

Universidad Nacional de San Martín
Instituto de Altos Estudios Sociales
Doctorado en Sociología

LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO PROPIO

**Experiencias de salida del hogar de origen y arreglos de convivencia
juveniles en sectores medios y sectores populares de Buenos Aires**

Magdalena Felice

Tesis para obtener el título de Doctora en Sociología

Director: Marcelo Urresti

Buenos Aires

2019

Felice, Magdalena Inés

La construcción de un espacio propio. Experiencias de salida del hogar de origen y arreglos de convivencia juveniles en Buenos Aires/ Magdalena Inés Felice; director Marcelo Urresti. San Martín: Universidad Nacional de San Martín, 2019. – 234 p.

Tesis de Doctorado, UNSAM, IDAES, Sociología, 2019.

1. Juventud. 2. Autonomía. 3. Transición residencial. 4. Vivienda. 5. Familia. – Tesis.
I. Urresti, Marcelo (Director). II. Universidad Nacional de San Martín, Instituto de Altos Estudios Sociales. III. Doctorado.

LA CONSTRUCCIÓN DE UN ESPACIO PROPIO.
Experiencias de salida del hogar de origen y de arreglos de convivencia juveniles en sectores
medios y sectores populares de Buenos Aires

Magdalena Felice

Tesis sometida a examen en el Doctorado en Sociología, Instituto de Altos Estudios
Sociales de la Universidad Nacional de San Martín - UNSAM, como parte de los requisitos
necesarios para la obtención del título de Doctor en Sociología. En Buenos Aires, a los
..... de de 2019.

(Nombre del director, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

(Nombre del jurado, titulación e Institución a la que pertenece)

RESUMEN

Magdalena Felice

Director: Marcelo Urresti

Resumen de la Tesis para la obtención del título de Doctora en Sociología.

Esta tesis aborda los modos en que se configura el proceso de salida del hogar de origen y formación de un hogar propio entre los sectores juveniles del Área Metropolitana de Buenos Aires, distinguidos por género y estrato socioeconómico. Para ello, analiza las experiencias de transición residencial de un grupo heterogéneo de jóvenes, de acuerdo con tres dimensiones: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia en el nuevo hogar. La tesis se propone contribuir al estudio de las formas de vida juveniles y los procesos de construcción social de autonomía. La perspectiva teórica elegida se inscribe en una intersección entre los campos de los estudios de juventudes y los estudios socioculturales del habitar. La estrategia metodológica es cualitativa-interpretativa y la principal técnica de recolección de datos es la entrevista en profundidad.

Entre los resultados, se destaca que mientras la búsqueda de crecimiento personal es el principal motivo de salida del hogar parental entre los y las jóvenes de sectores medios; en sectores populares este proceso está desencadenado de manera recurrente por la experiencia de la maternidad/paternidad (planificada o imprevista) y, en menor medida, por una salida forzada. A su vez, se registra que en sectores medios se accede a una vivienda a través de la movilización del patrimonio de la familia de origen (dinero o propiedades) o de las asociaciones entre pares (amigos/as y parejas). En cambio, en sectores populares, la vivienda parental, con terreno disponible y arquitectura flexible, es el recurso por excelencia que los y las jóvenes emplean para conseguir un lugar propio. Las modalidades “espacio adentro” y “espacio aparte” evidencian estas formas alternativas de conseguir un espacio, las cuales coexisten con el acceso a una vivienda independiente (o “espacio afuera”).

Dado que la formación de una familia le impone ritmos y modos específicos a las dinámicas de convivencia en el nuevo hogar, se proponen las categorías “casa familiar” y “casa juvenil” –habitada solo/a, con amigos/as o en pareja– para distinguir las configuraciones habitacionales que atraviesan la experiencia juvenil. La “casa familiar”, predominante en sectores populares, muestra la persistencia de arreglos domésticos tradicionales y, a la vez, la emergencia de arreglos más horizontales y flexibles. Por su parte, la “casa juvenil”, distintiva de los sectores medios, evidencia el carácter formativo y experimental que asume el espacio propio entre estos jóvenes. En cualquier caso, la tesis muestra que la transición residencial no culmina el proceso social de autonomía; con crédito temporal en sectores populares y mayor crédito social en sectores medios, la formación de un hogar propio se inscribe en la experiencia juvenil.

La tesis concluye que el proceso de construcción de autonomía está moldeado por factores socioeconómicos y culturales. En sectores medios, la autonomía concebida como “realización personal” es un imperativo moral que se logra sobre la base de la inversión de la familia de origen. En cambio, en sectores populares está asociada a la formación de la familia y, en rigor, es la familia propia lo que la torna moralmente legítima. Aunque en condiciones profundamente desiguales, tanto en un sector como en el otro se construyen espacios de autonomía juvenil.

Palabras clave: JUVENTUD, AUTONOMÍA, TRANSICIÓN RESIDENCIAL, VIVIENDA, FAMILIA.

ABSTRACT

This thesis explores how young people of Buenos Aires Metropolitan Area leave their parents' house and constitute a home by their own. The thesis compares residential transition experiences considering gender and socioeconomic differences and three analytical dimensions: the reasons for leaving the family home, the ways of get a house and the living arrangements in the new home. Thus, the thesis contributes to the study of youth lifestyles and to the analysis of the processes of social construction of autonomy. The theoretical perspective derives from an intersection of youth studies and housing cultural studies. A qualitative-interpretative strategy was followed, based in-depth interviews.

The results show that while among young people of the middle-class looking for personal growth is the main reason for leaving the family home; in popular sectors this process is usually motivated by the experience of maternity or paternity and, to a lesser extent, by a forced exit. The thesis also reveals that young people from middle-class access to their own home through their family's patrimony or through associations with friends or couples. In contrast, among popular sectors, the parental house –with available land and flexible architecture– is the main way for young people to create their own place. The modes “inner space” and “apart space” show alternative ways of getting a home, which coexist with the access to an independent house (or “outside space”).

Considering that the family formation process determines specific modes to cohabitation, the categories of “family home” and “youthful home” are proposed in order to distinguish the ways of living among young people. The “family home”, predominant in popular sectors, shows the persistence of traditional domestic arrangements and, also, the emergence of more democratic and flexible arrangements. The “youthful home”, typical of the middle-class, shows that the place assumes a formative and experimental character. In any case, the thesis shows that the residential transition does not complete the social process of autonomy. With “time credit” in popular sectors and also with a greater “social credit” in the middle-class, the formation of a home by their own is a part of the youth experience.

The thesis concludes that the social construction of autonomy process is conditioned both by socioeconomic and cultural factors. In the middle-class, autonomy is conceived as a “personal fulfillment” and it is a moral imperative achieved through the heritage of the family of origin. On the contrary, in popular sectors, autonomy is related to family formation and thus family makes autonomy “morally legitimate”. Even in unequal conditions, the spaces for youth autonomy are formed both in the middle-class and in popular sectors.

Keywords: YOUTH, AUTONOMY, RESIDENTIAL TRANSITION, HOUSING, FAMILY

AGRADECIMIENTOS

Al Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, el Doctorado en Sociología del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín y la beca doctoral CONICET, por hacer posible esta etapa de formación e investigación.

A mi maestro Marcelo Urresti, quien a través de sus palabras y de sus textos me estimuló a pensar sociológicamente. Gracias por la guía, las preguntas, las lecturas, los comentarios lúcidos y las conversaciones enriquecedoras.

A Juliana Marcús, por el cariño, el apoyo continuo y por brindarme un espacio colectivo de investigación.

A Gabriel Noel, por su generosa disposición y su comprometida tarea en los talleres de tesis del Doctorado.

Al escritor Pablo Ali, por sus valiosos aportes de corrección y edición, y por transmitirme el disfrute por la escritura.

A mis compañeros/as del UBACyT, Juliana Marcús, Martín Boy, Diego Vázquez, Agustina Márquez, Magus Peralta, Joaquín Benítez y Martina Berardo, por los intercambios, los trabajos colaborativos y las reflexiones conjuntas.

A Denise Brikman, Soledad Fernández Bouzo, Zamira Montaldi, María de la Paz Aquino y Joaquín Linne, por su colaboración en el acceso al campo con jóvenes que forman parte de los sectores populares urbanos.

A los y las jóvenes entrevistados/as, por su generosa disponibilidad. Sus historias de vida, que atravesaron la mía, hoy componen esta tesis.

A las escuelas donde trabajo, a los chicos, las chicas y al aula, por ser un espacio de encuentro, creación y transformación.

A mis amigas, por el amor, el aguante y la alegría. A Antonella Comba y Lucía Quaretti, mis hermanas de la vida, por ser incondicionales: por acompañarme y contenerme siempre. A Julieta Godfrid, Lucila D’Urso, Mariana Sebastiani y Lucía De Abrantes, por las palabras de aliento en los momentos difíciles. A las “Ginas tónicas”, por la energía de gol, los abrazos y las risas de cada fulbito.

A mi familia, por el cariño y el apoyo. Gracias, Moni y Salva, por interesarse en mis proyectos y siempre estimularme.

A Santi, quien con su amor me acompañó, me leyó y me animó. Gracias por la confianza y el empuje permanente; por el amor de todos los días y la felicidad de caminar juntos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	8
1. Transiciones juveniles y trayectorias desiguales en el escenario contemporáneo	11
2. La formación de un hogar propio en el Área Metropolitana de Buenos Aires	22
CAPÍTULO I. CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA	
1. La juventud como moratoria vital y moratoria social	30
2. El hogar desde la perspectiva sociocultural del habitar	39
2.1. La conquista de un espacio habitacional	45
2.2. Las tramas de la convivencia	52
3. La estrategia metodológica	58
3.1. El trabajo de campo con jóvenes de sectores medios	61
3.2. El trabajo de campo con jóvenes de sectores populares	64
3.3. El análisis de los datos	67
CAPÍTULO II. MODOS DE CONSTRUIR UN ESPACIO PROPIO EN JÓVENES DE SECTORES MEDIOS	
1. La “casa de la amistad”: las historias de Federico, Nicolás, Clara y Tomás	70
2. La “casa unipersonal”: las historias de Matías, Rocío, Pablo, Noelia, Daniela y Andrés	88
3. La “casa de novios”: las historias de Lucas, Agustina y Gabriel	109
CAPÍTULO III. MODOS DE CONSTRUIR UN ESPACIO PROPIO EN JÓVENES DE SECTORES POPULARES	
1. La pareja en el “espacio adentro”: las historias de Marcelo y de Angie	118
2. La familia en el “espacio adentro”: las historias de Jérica y de Evelin	127
3. La familia en el “espacio aparte”: las historias de Candela, de Rubí y de Juan	139
4. La familia en el “espacio afuera”: las historias de Gisela y de Walter	153
5. Vivir solo/a en el “espacio afuera”: las historias de Kevin y de Gabriela	162

CAPÍTULO IV. EXPERIENCIAS DE TRANSICIÓN RESIDENCIAL,
SUBJETIVIDADES JUVENILES Y DESIGUALDADES SOCIALES

1. Los desencadenantes de la salida del hogar parental	172
1.1. La formación de una familia	172
1.2. La salida forzada	178
1.3. La búsqueda de “crecimiento personal”	180
2. Las formas de conquistar un espacio habitacional	185
2.1. Las modalidades del espacio habitacional	186
2.2. Las expectativas residenciales	190
2.3. El entramado de recursos movilizados en torno a la vivienda	196
3. Las dinámicas de convivencia	204
3.1. La “casa familiar”	204
3.1.1. Las huellas de los roles de género tradicionales	206
3.1.2. Los aires de cambio	208
3.2. La “casa juvenil”	211
CONCLUSIONES	216
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	222

INTRODUCCIÓN

Un grupo de amigos, reunidos alrededor de una mesa, comparten cervezas mientras preparan un asado en la terraza de un PH remodelado del barrio de Villa Crespo. Una joven de 24 años les cocina a sus dos hijos en la pieza del segundo piso que su suegra le prestó en Ciudad Oculta, mientras espera su turno para bañarse en la planta baja. Un padre le presta a su hija, recién graduada y sin trabajo, el departamento de tres ambientes en Caballito que hasta hace poco le alquilaba a una familia. Una cortina y un placar aíslan la vida doméstica de una pareja de 20 años que, junto a su hijo de dos, miran la tele en la cama, mientras la familia celebra en la sala el cumpleaños de una vecina del barrio. Una joven de 26 años regresa a la madrugada a su monoambiente de Almagro buscando algo para picar en una heladera que le recuerda una tarea pendiente: ir al supermercado. Un joven de 27 encarga un juego de llaves para su novia, antes de buscar la ropa lavada por lo de su mamá. Otro joven está arreglando el techo que estropeó el último temporal, mientras su pareja ordena la mercadería que trajeron del Mercado Central y sus hijos juegan a la pelota en la calle de tierra a la que da la casa, situada a diez kilómetros de la estación de Moreno. La música suena fuerte en la pieza de un conventillo de La Boca que un joven de 21 años acaba de alquilar con el primer sueldo de un trabajo “en blanco”. ¿Qué tienen en común estas escenas de la vida cotidiana tan diversas? ¿Son simples anécdotas individuales o existe una experiencia compartida que atraviesa las vidas de estos jóvenes, aun con sus diferencias?

Esta tesis se interesa por la dimensión habitacional de los procesos de construcción de autonomía juvenil. En el ámbito académico local, las modalidades de transición residencial de los y las jóvenes han sido menos exploradas que las trayectorias educativas y laborales. Este menor caudal de estudios por parte de las ciencias sociales puede comprenderse dado el arraigo de un patrón tradicional caracterizado por la simultaneidad entre la transición familiar y residencial; bajo este modelo, la salida del hogar parental carecía de interés en sí misma pues quedaba subsumida en el análisis de la transición familiar. Con los cambios ocurridos durante las últimas tres décadas en las trayectorias biográficas, el proceso de salida del hogar de origen y formación de un hogar propio emerge como un objeto de análisis relevante

para comprender las formas de vida juveniles, en un contexto de incertidumbre y creciente individualización.

¿Cómo los y las jóvenes construyen, habitan y significan un hogar propio? ¿Qué constricciones y oportunidades enfrentan para irse del hogar de origen? ¿Qué formas adopta el acceso a una vivienda? ¿Cómo se articula esta salida del hogar con otras dimensiones de su vida tales como el estudio, el trabajo y la formación de una familia? ¿Cuáles son los arreglos de convivencia y cómo gestionan la vida doméstica? ¿De qué manera intervienen en este proceso la familia de origen, la pareja y los grupos de amistad? Desde una estrategia metodológica cualitativa-interpretativa, basada en 41 entrevistas en profundidad, esta investigación analiza las experiencias de transición residencial de un grupo heterogéneo de jóvenes del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), considerando sus trayectorias biográficas, sus expectativas y sus valoraciones, en el marco de contextos sociales específicos.

El proceso de transición residencial articula distintos aspectos de la vida juvenil, dado que remite tanto al acceso a la vivienda como a la organización de la cotidianeidad y a la formación de parejas y familias. Aunque está fuertemente condicionado por factores como el precio de la vivienda, el acceso a créditos hipotecarios, el costo de los alquileres y las ayudas o subvenciones disponibles para los jóvenes, la dimensión económica no agota el fenómeno de la transición residencial. La formación de un hogar propio comprende una dimensión cultural fundamental: los códigos de significación, a través de los cuales los y las jóvenes construyen mundos de vida propios y matrices de producción de sentido, operan en sus prácticas afectivas y están presentes en los modos de habitar y convivir. Las formas culturales de los distintos grupos sociales constituyen un elemento ineludible para comprender las modalidades de transición residencial.

Con la intención de no simplificar la complejidad del fenómeno o acotarlo con conceptos rígidos, proponemos abordarlo en términos de “construcción de un espacio propio”. Esta expresión, cuya ambigüedad es intencional, retoma los aportes de la perspectiva sociocultural del habitar. Así como el espacio urbano no es un mero contexto de localización de las prácticas sociales, sino que los actores producen espacio en sus modos de usar y practicar la ciudad; consideramos que los y las jóvenes forman un hogar propio al construir, practicar y significar un espacio habitacional. A su vez, la expresión “construcción de un espacio propio”, en lugar de los términos “vivienda” o

“acceso a la vivienda”, permite explorar las experiencias juveniles de transición residencial sin ceñirnos a la cuestión del cambio de domicilio. Desde aquí postulamos tres dimensiones analíticas: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia que se forjan en los nuevos hogares.

El **objetivo general** de esta investigación es comprender los modos de experimentar la transición residencial entre los sectores juveniles del AMBA, distinguidos por género y estrato socioeconómico, en el marco del proceso más amplio de construcción de autonomía. Los **objetivos específicos** son los siguientes: 1) describir la situación biográfica atravesada al momento de la salida del hogar de origen, y explorar las expectativas, percepciones y valoraciones de los y las jóvenes con respecto a la formación de un hogar propio; 2) caracterizar las formas de conquistar un espacio habitacional según las dificultades atravesadas, los recursos movilizados para afrontarlas y las expectativas residenciales de los y las jóvenes; y 3) describir las dinámicas de convivencia en el nuevo hogar, de acuerdo con el tipo de relaciones sociales establecidas y las formas de organización doméstica.

La investigación se inició en el 2013 con una Beca Conicet. Su primera etapa culminó en el 2016 con la tesis de maestría sobre los modos de conquista de la vivienda en un grupo de jóvenes de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires, en el marco de la salida del hogar familiar de origen¹. La tesis de maestría permitió ahondar en un sector juvenil menos abordado por el ámbito académico local, que protagonizaba tendencias de cambio en lo referido al tema de estudio. A la vez, sembró un campo fértil de indagación acerca de las modalidades de formación de un hogar propio e incentivó a abrir el universo de estudio a los sectores populares que, aunque más investigados, no habían sido abordados por las ciencias sociales desde la mirada aquí propuesta.

En continuidad con aquella etapa, la investigación doctoral profundiza el análisis referido a los sectores medios e incluye un abordaje específico sobre los y las jóvenes de sectores populares. Trabajar el campo con distintos sectores sociales ha sido sumamente valioso. Por una parte, nos permitió una iluminación recíproca de estos

¹ Esta tesis, titulada “‘Me voy a vivir solo’: economía, afectividad y subjetividad en el proceso de conquista de la vivienda en jóvenes de sectores medios de la Ciudad de Buenos Aires”, fue realizada en el marco de la Maestría en Sociología Económica del IDAES-UNSAM, con la dirección de Marcelo Urresti y la codirección de Ariel Wilkis, defendida y aprobada en octubre del 2016.

mundos de vida al mostrar diferencias y recurrencias en sus prácticas del habitar. Por otra parte, contribuyó a nuestra formación académica dado que nos enfrentó a desafíos metodológicos y analíticos en cuyo esfuerzo por superarlos hemos enriquecido la problematización del objeto de estudio. Consideramos que esta tesis concluye con nuestra labor iniciada en la maestría y logra reunir piezas que, aunque recolectadas en diversas etapas de la investigación, siempre fueron pensadas como una unidad.

1. Transiciones juveniles y trayectorias desiguales en el escenario contemporáneo

La pregunta sobre los modos de experimentar la transición residencial se inscribe en el campo de estudios sobre juventudes y procesos de transición a la vida adulta, también denominados “procesos de emancipación familiar” o de “transición hacia la autonomía”. La cuestión de las transiciones juveniles remite al proceso a través del cual los individuos van adquiriendo mayor autonomía en distintos ámbitos de la vida social. Estas transiciones involucran el pasaje entre el estudio y el trabajo, la salida del hogar parental y la formación de un hogar propio, la conformación de la pareja y la llegada de los/las hijos/as.

En las sociedades modernas occidentales, la experiencia de la transición a la adultez se configuró como un trayecto lineal, estable y predecible. Los modos en que los sectores juveniles transitaban esa serie de vías sociales que los conducirían a la adultez –al menos como categoría de reconocimiento social– tenían un patrón común (estadísticamente típico): un recorrido gradual cuyas instancias sucesivas y sin retorno se transitaban con diferentes velocidades según cada sector social (más rápido en los sectores populares, más lento entre los medios y altos), pero que tenían en común su carácter progresivo e irreversible (Bendit, Hahn y Miranda, 2008; Dávila y Ghiardo, 2012; Urresti, 2011a).

En un contexto de creciente institucionalización de los cursos de vida, como el de los países europeos de posguerra, se configuró un “modelo normativo de transición” que establecía tanto la secuencia como la temporalidad de los eventos que la componían: “completar la educación formal, conseguir un empleo de tiempo completo, casarse, formar un hogar independiente y tener el primer hijo” (Kohli y Meyer, 1986, en Mora Salas y de Oliveira, 2009: 270). Como advierten Coubès y Zenteno (2004: 336), este orden cronológico enmarcaba “... una expectativa social o modelo normativo de

vida porque la responsabilidad de una nueva familia, sobre todo una vez que se inicia la reproducción, se asume cuando los individuos ya adquirieron una autonomía económica y residencial”.

Las transformaciones socioeconómicas y culturales ocurridas durante las últimas décadas del siglo pasado, asociadas a los procesos de inestabilidad social e individualización del curso de vida (Beck, 2006; Beck y Beck-Gernsheim, 2003; Castel, 2004; Giddens, 1997; Sennet, 2000), redefinieron las condiciones objetivas que articulan la vida de los sujetos e impactaron en el “procesamiento social de las edades” (Chaves, 2010; Martín Criado, 1998; Urresti, 2008). En este nuevo paisaje social, los componentes que estructuran la transición a la adultez –el sistema educativo, el mercado laboral y la familia– se han visto alterados: los estudios se prolongan, se desvalorizan las credenciales educativas, los mercados laborales se flexibilizan, se diversifican las formas de familia y se consolida una cultura más individualista que privilegia el desarrollo personal y la autorrealización frente al logro familiar. Como apunta Urresti (2008), se trata de cambios sociales profundos –de orden estructural y subjetivo– que afectan al conjunto social, con notables efectos en los valores, los modos de actuar, los hábitos de consumo y las maneras de relacionarse.

Bajo estas coordenadas, los recorridos juveniles dejaron de ajustarse a ese modelo normativo, y se registran “trayectorias con frenos, vueltas, idas y venidas, saltos adelante, caídas precipitadas” (Urresti, 2008: 109). Las transiciones se prorrogan, se suspenden o se interrumpen, y hasta aparecen “modos de vida intermedios” (Galland, 1985) que se intercalan entre la familia de origen y la familia de procreación, tales como la vida en solitario o con amigos (Jones, G., 2000). En este marco, se va configurando una transición a la adultez mucho más prolongada, compleja y desestandarizada (Bendit, Hahn y Miranda, 2008; Biggart, Furlong y Cartmel, 2008; Pérez Islas, 2008). La construcción de autonomía juvenil se presenta como un proceso cada vez más desestructurado en el que algunas etapas no son definitivas y otras, incluso, nunca se consuman (De Singly, 2005). Aunque las “transiciones clásicas” no han desaparecido, se han debilitado y convertido en una realidad menos frecuente que coexiste con diversas “modalidades emergentes de transición” (Casal, Merino y García, 2006).

Algunos autores utilizan la metáfora del “yo-yo” para cuestionar el concepto de transición lineal, referido a una sucesión de etapas identificables y previsibles hacia la

adultez, y señalar el carácter “reversible”, “laberíntico” y desestructurado que asumen las transiciones juveniles en el período actual. Machado País (2002) alude a la generación de los años noventa como la “generación yo-yo”; mientras que Du Bois-Reymond y López Blasco (2004) acuñan la categoría “transiciones tipo yo-yo”. Este carácter reversible es cuestionado por otros autores en tanto señalan que, si bien hay idas y vueltas, las transiciones “... siguen atravesadas por una marca social que supone irreversibilidades en términos de efectos sociales” (Casal, Merino y Quesada, 2006: 24)².

Otras voces también discuten sobre la prolongación de la juventud, al menos como categoría de reconocimiento social, y el corrimiento de la adultez hacia edades mayores. Este límite desdibujado se vincula con las dificultades para lograr la independencia económica, así como también con un creciente proceso de juvenilización de la sociedad (Arnett, 2000; De Singly, 2005; Gil Calvo, 2001; Margulis y Urresti, 1998). Por una parte, la condición juvenil estaría atravesada por la tensión permanente entre autonomía e independencia: los y las jóvenes se encuentran en las condiciones sociales y psicológicas que les permiten acceder a cierta autonomía, pero no siempre esto implica que tengan los recursos económicos suficientes para independizarse de sus familias de origen. Por otra parte, habría una resistencia a asumir ciertas responsabilidades asociadas a la vida adulta ante la negativa a perder márgenes de libertad, tales como el compromiso de tener hijos. De esta manera, se sugiere la emergencia entre los sectores más favorecidos de un nuevo grupo de edad: los “jóvenes adultos”. De acuerdo con Urresti (2011b), se trata de un segmento de la población que se mantiene con un estilo de vida juvenil, aunque, por su edad, en otros períodos históricos nadie hubiera dudado en clasificarlos como adultos.

Las coordenadas epocales se manifiestan en cada país en procesos sociohistóricos específicos y admiten variadas formas de incorporación en la clase y en el género. Aunque comparte algunas tendencias con los países centrales, el contexto latinoamericano –caracterizado por una distribución fuertemente desigual de los

² Du Bois-Reymond (1998) también sostiene el surgimiento de “biografías de elección” y las distingue de las “biografías normales”. La categoría apunta a que las decisiones vitales de los jóvenes y la manera de forjar sus trayectorias son tomadas de forma cada vez más individual, aun cuando se hagan ante un contexto poco predecible respecto a la posibilidad de concretar sus elecciones. Esta mirada ha sido cuestionada en la medida que puede ocultar condicionamientos sociales que influyen en la distribución desigual de oportunidades (Biggart, Furlong y Cartmel, 2008).

recursos y de las oportunidades de inserción social— le otorga ciertas particularidades al proceso de transición. En América Latina existen complejidades adicionales como consecuencia de las desigualdades en cada país y de las diferencias en los significados acerca de la familia, la sexualidad y el rol de la mujer (Corica, Feytes Frey y Miranda, 2018; Mora Salas y De Oliveira, 2014). Además, se destaca la relevancia de la familia como estructura de apoyo fundamental, ante la debilidad del Estado en cuanto a la formulación de políticas destinadas a la juventud (Coubès y Zenteno, 2004). En estos contextos aparecen múltiples posibilidades y ritmos de transición hacia la vida adulta, lo que lleva a hablar de “juventudes” antes que de “juventud”.

En la Argentina, se registra que un sector cada vez más amplio de la población permanece durante más tiempo en el sistema educativo; en comparación con períodos anteriores, los estudios terciarios y universitarios involucran a un mayor número de la población. De acuerdo con el estudio de Dalle et al. (2018: 105), “... entre 1980 y 2010, el porcentaje de población mayor de 25 años con nivel superior completo (universitario y terciario) se incrementó de 4,3 % a 15,6 % (casi 4 veces) constituyendo el nivel educativo con mayor crecimiento”³. Esto resulta comprensible en un contexto de conciencia del derecho a la educación, así como de incremento de las credenciales educativas requeridas por el mercado laboral (Kessler, 2014).

Durante la década del 2000, se advierte, por parte del Estado, una ampliación de las reformas educativas, de los sistemas de formación profesional y de los programas activos de capacitación y empleo dirigidos a los y las jóvenes (Jacinto, 2018). La oferta educativa de nivel superior se incrementó notablemente y fue sostenida a través de programas de ingresos que brindan soporte a la continuidad escolar de los grupos de menores recursos (Jacinto, 2018; Pozzer et al., 2017)⁴. A su vez, tal como analizan Jacinto y Millenaar (2013), el título de nivel secundario habilita cada vez menos oportunidades de empleos estables y protegidos. De todos modos, los y las jóvenes

³ A su vez, “... la población que finalizó el nivel secundario y no continuó estudios en el nivel superior se duplicó de 10,7 % a 21,43 % y la población con nivel superior incompleto siguió una trayectoria similar duplicándose de 3,1 % a 6,1 %” (Dalle et al., 2018: 105). Para ampliar, véase también García de Fanelli (2014).

⁴ En 2008, por ejemplo, surgió el Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo, que proporcionaba en forma simultánea prestaciones de seguridad económica y componentes de políticas activas de empleo, con el objetivo de generar oportunidades de inclusión sociolaboral. En 2014 fue lanzado el Programa de Respaldo a Estudiantes de Argentina (PROGRESAR) para que jóvenes de 18 a 24 años en situación de vulnerabilidad ocupacional y socioeconómica pudieran concluir estudios primarios y secundarios o avanzar en estudios universitarios. Para profundizar, véase Jacinto (2018).

valoran la educación como medio necesario para acceder a un trabajo y, en particular entre los sectores de menores recursos, como un mecanismo para mejorar las condiciones de vida y lograr obtener trabajos más calificados (Corica y Otero, 2017).

Sin embargo, de acuerdo con los datos provistos por el informe del Observatorio de la Deuda Social Argentina (ODSA) (Poy, 2018), en el país persiste una elevada proporción de jóvenes de 18 a 29 años que no cuentan con estudios secundarios completos (4 de cada 10). En particular, el informe muestra una significativa desigualdad socioeconómica: entre los y las jóvenes de hogares del “estrato trabajador pobre”, el 63,6 % no concluyó la escuela secundaria; en contraste, se encuentran en esta situación apenas el 8,7 % de los y las jóvenes de hogares de “estratos profesionales” (Poy, 2018: 17). En cuanto a los estudios superiores, según el estudio de García de Fanelli (2016) también existe una marcada inequidad en la permanencia y graduación de los estudiantes universitarios de instituciones públicas argentinas de acuerdo con el nivel socioeconómico⁵. Los estudiantes universitarios de primera generación, es decir, aquellos cuyos padres no son graduados universitarios, tienen más probabilidades de abandonar que aquellos cuyos padres sí lo son.

Respecto a la participación de los y las jóvenes en el mercado laboral, se advierte que la precariedad e inestabilidad del empleo, características del capitalismo flexible, han puesto en jaque la noción de carrera, asociada a un camino recto posible de predicción, con significativas consecuencias en las posibilidades de construir “un plan” y alcanzar la emancipación familiar plena (Miranda y Otero, 2009). En este contexto, se destaca el quiebre del paso concatenado entre la institución escolar y la inserción laboral, la estabilización tardía de las carreras laborales, así como la extendida dependencia económica y habitacional respecto de las familias de origen (Jacinto, 2010; Miranda, Otero y Corica, 2008; Salvia, 2008).

Entre los y las jóvenes argentinos/as se registran elevadas tasas de desocupación y empleo precario. Tal como evidencia el informe del ODSA (Poy, 2018: 28), la desocupación afecta particularmente a la población juvenil: “... casi 1 de cada 5 jóvenes

⁵ “Mientras que la tasa global de graduación es notoriamente mayor para los que habitan en hogares con ingreso per cápita más alto, la tasa global de abandono es de 68 % y 65 % entre los estudiantes que residen en los hogares del primer y segundo quintil de ingresos per cápita más bajos, respectivamente, frente a una tasa del 23 % de los estudiantes de los hogares de mayor ingreso per cápita” (García de Fanelli, 2016: 15).

activos está desempleado –una tasa que triplica la de la población de 30 a 60 años, lo que afecta particularmente a los menores (18 a 24 años) y a las mujeres”. En particular, el informe advierte que quienes se encuentran mayormente expuestos a esta problemática son los y las jóvenes en hogares del “estrato trabajador pobre”; a su vez, destaca la desventaja de las mujeres frente a los varones con respecto a su exposición a la desocupación.

El mundo laboral de los y las jóvenes también está marcado por los procesos de flexibilización y de retracción de los derechos laborales. El ingreso al mercado de trabajo pocas veces supone acceder a empleos protegidos; en general, los primeros empleos juveniles implican precariedad, inestabilidad, alta rotación y movilidad (Busso y Pérez, 2015; Jacinto, 2018; Miranda, 2017; Roberti, 2015). Esto acarrea el incumplimiento de derechos básicos relativos a la estabilidad laboral, el acceso a la seguridad social, a la protección en caso de accidentes y, con frecuencia, bajos ingresos. De acuerdo con el informe del ODSA (Poy, 2018: 14), 1 de cada 4 jóvenes ocupados trabaja menos de 35 horas semanales y desearía trabajar más horas; a su vez, mientras sólo 4 de cada 10 jóvenes ocupados tienen un empleo pleno de derechos, casi 3 de cada 10 tienen empleos precarios y otros 3 de cada 10 se insertan en posiciones de subempleo inestable.

El carácter precario e inestable del empleo se agudiza entre quienes ingresan más temprano, lo que suele asociarse a bajos niveles de escolaridad ya que supone un mayor riesgo de tener trabajos temporales y de baja calificación (Ferraris y Martínez Salgado, 2015). Sólo 2 de cada 10 jóvenes sin secundaria completa tienen un empleo pleno de derechos, frente a 5 de cada 10 que completaron tal nivel (Poy, 2018). Cabe considerar que la entrada al mercado laboral no sólo está asociada a la incorporación de experiencia y la adquisición de ingresos económicos para solventar gastos personales, como suele ocurrir en sectores medios y medios altos (Busso, Longo y Pérez, 2014), sino que, además, “... en contextos de pobreza y exclusión muchos jóvenes trabajan antes de dejar la escuela, en gran medida para poder ayudar a sus familias” (Ferraris y Martínez Salgado, 2015: 408).

En este sentido, aunque las condiciones laborales afectan a los y las jóvenes de distintos orígenes socioeconómicos, lo cierto es que, como advierten Busso y Pérez (2015), bajo la expresión “precariedad laboral” se esconden situaciones heterogéneas, referidas a la diferencia entre quienes aceptan estas actividades como una decisión propia de una etapa de experimentación y “moratoria social”, y quienes viven este tipo de empleos como la única alternativa a largo plazo. Además, si bien para la población juvenil son similares las características legales de los primeros empleos, Busso, Longo y Pérez (2014) evidencian que, con el transcurrir de los años, para los y las jóvenes de sectores favorecidos estas primeras inserciones trasmutan hacia la profesionalización-estabilización laboral, mientras que para los menos favorecidos tienden a ser permanentes en el largo plazo.

En este marco, se destaca la convergencia del estudio con el trabajo, así como la discontinuidad de los estudios por idas y venidas al mercado laboral, o a la inversa (Corica y Otero, 2017; Ferraris y Martínez Salgado, 2015; Miranda, 2015; Pérez y Busso, 2014). Estas tendencias reflejan la ruptura de la transición lineal entre educación y trabajo, que implicaba primero estudiar y luego trabajar. Ahora bien, de acuerdo con Busso y Pérez (2015), los y las jóvenes de sectores medios y altos que acceden a estudios superiores son más proclives a combinar trabajo y estudio que los de sectores bajos, ya que son quienes encuentran mayores ventajas para acceder a empleos que facilitan tal articulación. En este sentido, aunque se trata de una tendencia que atraviesa todos los sectores sociales, la articulación de trabajo y estudios superiores constituye un “privilegio” de los y las jóvenes provenientes de familias con ingresos medio-altos y altos (Busso y Pérez, 2015).

Por otra parte, investigaciones recientes recuperan los aportes de la perspectiva de género y la economía de los cuidados (Rodríguez Enríquez, 2015) para problematizar una visión de la transición juvenil centrada de manera exclusiva en el empleo asalariado. La crítica reside en que aquel modelo invisibiliza las desigualdades de género que atraviesan las trayectorias juveniles y no permite comprender los procesos de transición entre las mujeres jóvenes que no acceden al empleo y se dedican en forma temprana a las tareas de cuidado (Millenaar y Jacinto, 2014; Miranda y Arancibia, 2017). Desde esta perspectiva, el estudio de Miranda y Arancibia (2017) referido a mujeres jóvenes del AMBA evidencia que, sobre todo entre aquellas de menores

ingresos económicos, la continuidad educativa y laboral es interrumpida en distintos momentos por la maternidad o por la asunción del cuidado de familiares, lo cual las coloca en posiciones desventajosas para finalizar estudios de nivel superior e insertarse ocupacionalmente.

En cuanto a los procesos de formación de parejas y familias, en la actualidad se extiende la edad de formación de parejas, se posterga la llegada de los hijos y su número tiende a ser menor. A su vez, se registra un aumento de las uniones consensuales en detrimento de las legales (matrimonio) como vía de entrada en unión, lo que se vincula con la tendencia a experimentar la convivencia antes del matrimonio, fenómeno denominado por la demografía “cohabitación de prueba” (Ariño y Mazzeo, 2009; Binstock, 2010; Torrado, 2005)⁶.

Estas tendencias tienen como telón de fondo una “revolución de los valores” asociada a los procesos de individualización y entronización del desarrollo personal. Desde mediados de los ochenta, en la Argentina se produjeron cambios significativos en el papel de la mujer en la sociedad, así como en las pautas culturales referidas a la sexualidad y la afectividad, que promovieron nuevos modos de construir parejas y vivir en familia (Jelin, 2010 [1998]; Wainerman, 2005; Torrado, 2003). El modelo patriarcal del hogar nuclear – que asignan al varón el rol de proveedor del hogar y a la mujer el de cuidado y reproducción familiar– perdió popularidad frente al de “dos proveedores”, con repercusiones en la estructuración de los roles de género tradicionales.

En este contexto sociocultural es más frecuente y tolerada –con referencia a períodos anteriores– la idea de experimentación, de provisoriedad y de informalidad de las uniones. Como advierten Margulis y Urresti (2003: 84), “... el avance del individualismo, de sus valores y de las presiones de la satisfacción personal reordena el mapa de los afectos y de los vínculos de las parejas, cuestionando su naturalizada invulnerabilidad”. En este marco, resulta habitual el uso del término “pareja” que, en comparación con el de “matrimonio” o “familia”, toma distancia de lo público y lo normativo, ya que apunta a la vida privada y la intersubjetividad

⁶ En la CABA el informe de la Dirección General de Estadísticas y Censos (DGyE, 2015) describe que mientras en 1990 la edad promedio a la que llegaban al matrimonio los varones rondaba los 29 años, en 2014 sobrepasa los 34; en el caso de las mujeres, en 1990 las jóvenes que contraían matrimonio por primera vez tenían en promedio 28 años, en 2014 habían dejado atrás la barrera de los treinta y la edad promedio es de 33.

(Margulis, Rodríguez Blanco y Wang, 2003). Para describir la condición inestable que atraviesan los vínculos establecidos por los y las jóvenes, Margulis (2003 y 2007) plantea la emergencia de una “moratoria en la formalización de los vínculos afectivos” y alude a una suerte de “nebulosa afectiva”.

Ahora bien, los cambios en los patrones de formación de parejas y familias no ocurren de manera homogénea en toda la población. El informe de Lupica y Cogliandro (2013), sobre la base de datos de la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) para el total de aglomerados urbanos del país, destaca que en 2012 las mujeres que habían terminado los estudios universitarios tenían a su primer hijo, en promedio, a los 28 años; mientras que quienes habían conseguido el título secundario, a los 24; y quienes sólo habían completado el primario, a los 22. A su vez, el informe revela que en la Argentina urbana las madres tienen en promedio 2,3 hijos/as; sin embargo, en situaciones sociales y educativas desfavorables, aumenta la probabilidad de tener mayor cantidad de hijos/as: las madres que viven en el 30 % de los hogares con menores ingresos tienen en promedio 2,7 hijos/as en su período fértil. En contraposición, las madres que viven en el 30 % de los hogares con mayores ingresos tienen en promedio 1,7 hijos/as.

En esta misma dirección, el informe del ODSA (Poy, 2018) muestra que 1 de cada 3 jóvenes de 18 a 29 años residentes en la Argentina urbana tiene hijos o está esperando uno. Esta proporción se duplica entre los y las jóvenes que no completaron la educación secundaria respecto de quienes sí lo hicieron (48,7 % frente a 24,8 %). A su vez, el informe indica que alrededor de la mitad de los y las jóvenes que han sido padres o madres, o están por serlo, han tenido su primer hijo entre los 19 y los 20 años. En marco, cabe destacar la implementación por parte del Estado de nuevos programas sociales de transferencias de ingresos y ayuda económica, tales como la Asignación Universal por Hijo o por Embarazo (AUH)⁷.

Tal como manifiestan los datos estadísticos, las tendencias culturales innovadoras han tenido un fuerte arraigo en los sectores con niveles más altos de educación formal, quienes por ello suelen encontrarse más expuestos a su influencia. En cambio, en sectores de menor nivel educativo, se señala que la falta de horizontes y

⁷ Sobre los efectos de la AUH en las condiciones de vida de los hogares, véase el estudio coordinado por Cetrángolo y Curcio (2017).

oportunidades reales de desarrollo personal hacen de la maternidad el espacio de realización por excelencia (Binstock y Gogna, 2015; Mancini y Wang, 2003). En este sentido, López et al. (2011) destacan que aún se mantienen en el país “dos modelos de reproducción humana”. Mientras que el primero, característico de los estratos socioeconómicos bajos, se distingue por un mayor número de hijos y una maternidad más temprana; el segundo, frecuente en la población más escolarizada y con mejor inserción ocupacional, es menos prolífico y su reproducción comienza más tardíamente.

Los antecedentes recuperados constatan que los procesos de transición a la adultez difieren en sus secuencias y temporalidades según el nivel socioeconómico y las pautas culturales de las distintas clases y grupos sociales. Al analizar las experiencias juveniles de desigualdad, se destaca que habría cambiantes y desiguales maneras de ser joven (Chaves, Fuentes y Vecino, 2016). Mientras los y las jóvenes de estratos medios y medios-altos postergan su ingreso a las obligaciones que habitualmente corresponden a un adulto, tales como el trabajo y la familia propia, a la vez que permanecen durante más tiempo en el sistema educativo; entre los y las jóvenes de estratos bajos resulta habitual que haya interrupciones en la formación educativa, inserciones tempranas en el mercado laboral y compromisos familiares a menor edad. Estas desigualdades socioeconómicas se acoplan con desigualdades de género, ya que persisten inequidades entre varones y mujeres, así como entre mujeres de distintos sectores socioeconómicos. Como apunta Elizalde (2003: 109), “... la condición genérica y etaria suele ubicar a las mujeres jóvenes y pobres en situaciones de mayor precariedad respecto de sus pares varones para el acceso a las oportunidades sociales y el uso placentero de su sexualidad”.

Resulta interesante comprender las trayectorias juveniles en el marco de los universos familiares de origen, pues la familia constituye el contexto de vida en el que se manifiestan y se construyen las condiciones económicas y culturales. En particular, consideramos sugerentes los aportes de las investigaciones sobre las estrategias reproductivas de las familias de sectores medios y sectores populares, ya que dan cuenta de las diferentes lógicas de vida que atraviesan las experiencias de los y las jóvenes. En efecto, las estrategias reproductivas refieren tanto a cuestiones biológicas (reproducción de la vida), como materiales (recursos necesarios para la manutención de los miembros)

y sociales (valoraciones, normas y pautas culturales que guían y dan sentido a la vida cotidiana) (Eguía y Ortale, 2007; Jelin, 2010; Margulis, 2009b).

Respecto a los sectores populares, las estrategias reproductivas incluyen trabajos registrados con bajos salarios y malas condiciones laborales, y trabajos no registrados (Eguía y Ortale, 2007). El ingreso familiar se compone no sólo de las actividades laborales, sino también de las “ayudas” que se reciben de organizaciones políticas y sociales, así como por la percepción de dinero o acceso a bienes a través de políticas sociales (Semán y Ferraudi Curto, 2016). La escasez de recursos económicos influye en sus posibilidades de proyectar a largo plazo; de ahí que la vida familiar y sus diversas circunstancias suelen articularse de modo más aleatorio o improvisado (Krause, 2014; Margulis, Urresti y Lewin, 2007). Una de las modalidades recurrentes con las que estos hogares han respondido a los bajos salarios y a la insuficiencia de empleos consiste en incrementar el número de productores de ingresos (Gutiérrez, 2004; Margulis, 2009b). De ahí que el mayor tamaño de la familia –sea por extensión o por fecundidad– resulte crucial para la reproducción cotidiana.

En general, dada la persistencia de los mandatos de género tradicionales, los hijos varones son quienes aportan a través de la producción de ingresos, de ahí que desde temprana edad realicen algún tipo de actividad laboral; en cambio, las hijas mujeres contribuyen a la dinámica familiar mediante el trabajo doméstico, es decir, con la realización de las tareas asociadas a la limpieza, la preparación de alimentos y la atención de los/las niños/as (Peiró, 2007). Tal como analiza Peiró (2007: 167), el aporte de las mujeres jóvenes al trabajo doméstico resulta crucial “... ya que la posibilidad de delegar en ellas la realización de las tareas del hogar y el cuidado de los niños permite a las mujeres adultas volcarse hacia actividades extradomésticas para aportar ingresos a la economía familiar”.

En cuanto a las estrategias reproductivas de sectores medios, Sautu (2016: 179) destaca que en estas familias el curso de vida de los/las hijos/as se planifica a muy largo plazo y forma parte de un proyecto familiar; de acuerdo con la autora, “... el acceso y el logro de la educación superior, el cuidado de la salud, la alimentación y las prácticas deportivas y recreativas constituyen metas que reproducen en los hijos el estilo de vida de sus progenitores”. En esta dirección, la investigación de Krause (2014) muestra que las familias de clase media asocian el dinero tanto con el esfuerzo que hacen por

reproducir o mejorar su posición de clase como con su responsabilidad por el futuro de sus hijos. Krause (2014) indica que los padres y madres de clase media afirman no estar dispuestos a arriesgar el futuro por gastos inmediatos relacionados con el consumo y el entretenimiento. En su investigación advierte que estos padres planifican sus gastos prioritarios y orientan los esfuerzos familiares hacia la consecución de metas relacionadas con la salud y la educación de sus hijos/as.

A partir del análisis de la “cultura de filiación”, esto es, de “... los procesos de construcción de las familias, las tomas de decisión para gestar los hijos, las corrientes afectivas que atraviesan las relaciones entre las generaciones y el tipo de crianza con que se prepara a esos hijos para la vida”, Margulis, Urresti y Lewin (2007: 32) advierten que en sectores medios los hijos –planificados de acuerdo con los bienes materiales disponibles y el presupuesto familiar actual o esperable– se crían rodeados de inversiones de tiempo, de recursos materiales y de conocimientos orientados a su desarrollo futuro. El hecho de que en este contexto sociocultural el número de hijos tienda a ser bajo remite a que los recursos disponibles se organizan bajo la hipótesis de la máxima proyección: “Esto implica dividir lo menos posible, evitar las privaciones, dar la mayor cantidad de recursos apropiables para un futuro lo más autónomo posible” (Margulis, Urresti y Lewin, 2007: 33). En estos contextos, el aumento de los niveles de escolaridad y la responsabilidad familiar por mantener a los/as hijos/as mientras estudian implican la extensión temporal de su dependencia económica que, si bien pospone el momento de la autonomía financiera, no limita el desarrollo de la autonomía personal.

2. La formación de un hogar propio en el Área Metropolitana de Buenos Aires

Las transformaciones socioeconómicas y culturales mencionadas han impactado en las modalidades que adopta el proceso de transición residencial. Entre las generaciones recientes del AMBA, los estudios demográficos advierten cierta postergación de la salida del hogar parental respecto a períodos anteriores; aun así, destacan que uno de los cambios más significativos, por encima de las variaciones en el calendario, es el crecimiento en la formación de hogares no familiares, es decir, unipersonales u horizontales (compartidos con pares de generación), aunque se trata de un fenómeno restringido a jóvenes con mayor nivel educativo (Ariño y Mazzeo, 2013; Ferraris, 2015). En efecto, los estudios sobre trayectorias habitacionales señalan que, en sectores

de menores recursos, persisten las tendencias a la cohabitación entre la familia de los padres y de los/las hijos/as, ya sea compartiendo el terreno o la vivienda (Arancibia, 2015; Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012).

En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), la infografía elaborada por el Observatorio de la Juventud (2016), a partir de datos de la Encuesta Joven 2014 para la población de 15 a 29 años, revela que 4 de cada 10 jóvenes (40,4 %) vive fuera de su hogar parental. Esta proporción presenta diferencias significativas según grupos etarios. Mientras sólo el 10,7 % de los y las jóvenes que tienen entre 15 y 19 años vive fuera del hogar de origen, este porcentaje aumenta a 39,8 % entre los 20 y los 24 años, y alcanza al 67,2 % entre los 25 y 29.

En cuanto a los tipos de hogar que conforman, el informe del Observatorio de la Juventud (2016) registra que 1 de cada 3 (36,4 %) se fue a vivir en pareja (con o sin hijos), y 2 de cada 3 (63,6 %) viven solos/as, con amigos/as u otros/as familiares. Entre aquellos que finalizaron sus estudios secundarios, el 71 % se fue a vivir bajo estas modalidades, y sólo el 29 % formó un hogar en pareja (con o sin hijos/as); en cambio, entre quienes no completaron estos estudios, más de la mitad se juntó con su pareja o formó un hogar familiar (56,3 %), y el 43,7 % vive solo/a, con amigos/as u otros/as familiares. Las modalidades de formación de un nuevo hogar también presentan variaciones entre varones y mujeres: mientras 8 de cada 10 varones (79,1 %) dejan el hogar parental para irse a vivir solos, con amigos/as u otros/as familiares; transitan esta modalidad 5 de cada 10 mujeres (48,2 %). Si se focaliza en la convivencia en pareja, mientras que sólo el 20,9 % de los varones abandona su hogar de origen para formar un hogar familiar o conyugal, en las mujeres el porcentaje asciende a 51,8 %.

El proceso de salida del hogar de origen y formación de un hogar propio adquiere relevancia entre los y las jóvenes de generaciones recientes porque viven su juventud en un momento histórico en el que han empeorado de forma significativa las condiciones de acceso a una vivienda digna en el AMBA para distintos sectores de la población. Algunos de los elementos que contribuyen a explicar esta problemática son el aumento del precio de los inmuebles, la restricción de los créditos hipotecarios y el incremento del costo de los alquileres, en un contexto de desregulación del mercado inmobiliario. Aquí resulta pertinente referir algunas tendencias del mercado habitacional del AMBA con especial énfasis en el período 2008-2014, en tanto éste

constituye el marco espacio-temporal en el que los y las jóvenes entrevistados/as han experimentado el proceso de transición residencial.

En relación con la posibilidad de adquirir una propiedad, la investigación de Baer y Kauw (2016) evidencia que, desde la salida de la crisis del 2001-2002, el alza generalizada de precios del suelo urbano ha impactado en los valores de venta de la vivienda y, por lo tanto, en el esfuerzo monetario requerido para su compra; en la CABA, los valores promedio de los departamentos nuevos de dos y tres ambientes llegaron a duplicarse entre 2009 y 2013⁸. Esto se expresa en el fuerte aumento de la cantidad media de ingresos que deben reunirse para la compra de una misma unidad de vivienda entre estos años; mientras que en 2009 se necesitaban 8,5 años de ingresos medio para comprar un departamento de dos ambientes a estrenar en un barrio como Villa Crespo, en 2013 se requerían 11,9 (Baer y Kauw, 2016). La tendencia al alza de los precios del suelo y la vivienda también alcanza al Conurbano bonaerense, donde se advierte un aumento notorio de tales valores entre los municipios contiguos a la CABA, mucho mayor que el registrado para la segunda corona y, sobre todo, en relación con la tercera (Baer y Kauw, 2016).

En la misma dirección, el informe elaborado por Reporte Inmobiliario (2013) para la CABA sobre la relación entre valores de los inmuebles e ingresos medios de la población durante el período 2011-2013 muestra que los valores medidos en pesos de los departamentos se incrementaron en un 130 %, mientras que el ingreso medio de los trabajadores registrados se incrementó en un 62,9 % (según cifras del INDEC para el segundo trimestre de cada año). Tanto Baer y Kauw (2016) como Reporte Inmobiliario (2013) explican que durante este período se agudizó la problemática como consecuencia de las restricciones a la compra de dólares en el mercado oficial y el surgimiento de un mercado paralelo, ilegal o *blue*, que trastocó el valor de la unidad de medida de las

⁸ Según la investigación de Raspall (2015: 28) sobre desarrollo inmobiliario en la CABA, "... el valor promedio del metro cuadrado de los terrenos se incrementó un 473 % en dólares, aumentando de U\$S 294 en marzo de 2003 a U\$S 1.680 en diciembre de 2011. A su vez, producto del incremento de los precios del suelo y de los costos de construcción, el precio promedio del metro cuadrado de departamentos aumentó de U\$S 602 en 2003 a U\$S 2.322 en 2012, es decir un 286%".

tasaciones⁹. Esto se vincula con un hábito particular del mercado inmobiliario argentino: el empleo del dólar como moneda de referencia para la cotización de los bienes inmobiliarios (Gaggero y Nemiña, 2013).

Junto a estos procesos, también se destaca la reducción de la oferta de créditos hipotecarios y las restricciones para su acceso (Reese et al., 2014). Tasas de interés altas, plazos cortos, montos máximos que no alcanzan a cubrir el costo de una vivienda, una desproporcionada relación cuota-ingreso: todos estos factores conducen a que el asalariado medio encuentre acotadas sus posibilidades de calificar para un crédito (Baer y Kauw, 2016; Cosacov, 2012)¹⁰. En la CABA, por ejemplo, el estudio de Baer y Kauw (2016: 25) indica que “... mientras en el período 1993-2001 la proporción de las hipotecas promedió un 34 %, para el período 2003-2013 ésta se contrajo al 12 %”.

A este panorama que desalienta el “sueño de la casa propia” se suman los obstáculos que enfrenta la población para alquilar, debido al aumento tanto de los precios como de los requisitos exigidos por los arrendadores (CEyS, 2015). A modo ilustrativo, entre 2011 y 2013, el alquiler medio de un departamento usado de tres ambientes en la CABA se incrementó entre un 47 % y un 57 %, según el barrio; esto insumía entre un 30 % y un 50 % de un sueldo promedio de la Ciudad (Reporte Inmobiliario, 2013).

Además, en un contexto de aumento de la demanda de alquileres –debido a las restricciones para acceder a la propiedad–, se intensificaron las exigencias de garantía y los requisitos solicitados por los propietarios y las inmobiliarias. De acuerdo con el informe de Cosacov (2012), se debía contar con el dinero de un mes de alquiler por adelantado, un mes de depósito, comisión de la inmobiliaria (entre uno y dos veces del valor del alquiler mensual), gastos administrativos (informe para la averiguación de la garantía, certificado de firmas en la escribanía, etc.); y, a su vez, con un familiar que

⁹ A fines de 2011, el Banco Central de la República Argentina limitó las posibilidades de obtener divisas extranjeras en el mercado cambiario, con el objetivo de evitar la fuga de capitales. Esta reglamentación fue popularizada bajo el nombre de “cepo”. En este marco, se conformó un mercado paralelo, con una tasa de cambio diferencial y considerablemente más alta, que afectó las posibilidades de obtener divisas extranjeras para abonar los inmuebles. Finalmente, el “cepo” se levantó bajo la gestión presidencial de Mauricio Macri, en diciembre de 2015. Para ampliar sobre los usos sociales del dólar en la Argentina, véase Luzzi (2013).

¹⁰ Según un informe de Reporte Inmobiliario (2016), en febrero de 2016 la cuota mensual de un crédito hipotecario equiparaba a casi 4 veces el precio del alquiler de un inmueble similar. Además, para iniciar el crédito se requería contar con al menos el 25 % del monto total.

pueda acreditar como garantía un inmueble en la Ciudad¹¹. Tal como apunta Vera Belli (2016), para alquilar en la CABA se requiere no sólo capital económico sino también cierto capital social, ya que implica contar con una garantía inmobiliaria de la Ciudad, provista en el mejor de los casos por un pariente cercano, ya que no suelen ser aceptadas las garantías bancarias.

Las condiciones descriptas limitan la adquisición de una vivienda entre la población que no posee ahorro y depende del salario para comprar, y tornan cada vez más restrictivo y exigente el mercado de locaciones urbanas, sobre todo para quienes no tienen un empleo formal que brinde garantías al propietario (ACIJ, 2016). Bajo tales circunstancias, en sectores de menores recursos resulta frecuente resolver las necesidades habitacionales a través del mercado de alquiler informal, en villas o asentamientos. De acuerdo con Cravino (2011), por lo general estos submercados son producto de la subdivisión de una vivienda o lote, o de una nueva construcción. En particular, el producto típico del submercado de alquiler es el cuarto o pieza con baño compartido.

Los estudios muestran que este tipo de alquiler es una de las formas de habitar que más se ha extendido en el último decenio, lo cual se expresa en una fuerte densificación de villas y asentamientos, a través del crecimiento en altura de las edificaciones (Cravino, 2011; Rodríguez, Rodríguez y Zapata, 2018). Aunque con otros sistemas de condiciones y garantías, en estos contextos también resultan elevados los precios de los alquileres y, en ocasiones, llegan a ser similares a los de algunas unidades del mercado formal (ACIJ, 2016; CEyS, 2016). A modo ilustrativo, en la Villa 31 y 31 bis, situadas en el barrio de Retiro (CABA), donde habitan más de 40.000 personas en 320 hectáreas, en 2016 llegaban a pagarse hasta \$ 4.000 de alquiler mensual por una habitación (Vera Belli, 2018).

El Estado cumple un papel central en la configuración del mercado de la vivienda a través de "... la regulación en materia urbano-habitacional, los mecanismos crediticios, los subsidios a la oferta/demanda de vivienda, los incentivos a la industria

¹¹ Desde principios de 2015 se registran avances concretos en la regulación del mercado de vivienda en alquiler. Las modificaciones realizadas no se recuperan en la tesis porque los y las jóvenes entrevistados/as experimentaron la transición residencial con anterioridad a tales cambios. Para un análisis crítico sobre las regulaciones recientes del mercado de vivienda en alquiler, véase Vera Belli (2018).

de la construcción, la construcción directa de viviendas por parte del Estado, la regulación de los alquileres, entre otras” (Cravino et al., 2012: 4). A pesar de la puesta en marcha de un conjunto de políticas destinadas a mejorar aspectos sustantivos del hábitat¹², en los últimos años se agravó la problemática habitacional de la Ciudad y del Conurbano bonaerense. De acuerdo con las investigaciones al respecto, el principal inconveniente que enfrenta la implementación de las políticas habitacionales, sobre todo en la Ciudad, radica en la escasez y el elevado precio del suelo urbano, lo cual respondería a la desregulación de la gestión del suelo y a la persistencia de un sector del mercado inmobiliario poseedor de tierras, caracterizado por obtener ganancias con la valorización del suelo urbano en función de la inversión pública (Baer, 2008; Del Río, 2016).

En este sentido, los estudios coinciden en señalar que se fue profundizando en la gestión pública del espacio urbano una lógica neoliberal, caracterizada por el hecho de que se priorizan las necesidades e intereses del capital privado, de los grandes inversores y financieros, y de los promotores inmobiliarios, por sobre la necesidad social del habitar (Cicoella y Mignaqui, 2008; Cravino y Palombi, 2015; Cuenya, 2011; Marcús, 2017; Pérez, 2014; Rodríguez y Di Virgilio, 2014)¹³. Bajo esta lógica, la calidad de vida urbana se convierte en una mercancía para pocos, y el acceso a la vivienda se rige más por el funcionamiento de las leyes del mercado capitalista que por una noción de derecho o de ciudadanía social.

Esta dificultad de adquirir una vivienda en el mercado formal ha tenido, por una parte, un correlato en el incremento de los inquilinos. En la CABA, durante el período 2001-2010, se registra un “proceso de inquilinización” de los hogares (Rodríguez, Rodríguez y Zapata, 2015). Con esto se alude a la disminución de los propietarios y el aumento de los inquilinos, fenómeno que representa una fractura respecto a una constante histórica de disminución de los hogares inquilinos en la Ciudad que se venía desarrollando desde mediados del siglo XX. A partir de datos de los Censos 2001 y 2010, Cosacov (2012) advierte que mientras en el 2001 alrededor del 68 % de los

¹² Cabe mencionar, entre otros, el Plan Federal de Construcción de Viviendas (Cravino et al., 2012), el Pro. Cre. Ar. (Del Río, 2015; Cosacov y Segura, 2017), el Primera Casa BA (Benítez, Felice y Márquez, 2014) y el Alquiler se puede (Vera Belli, 2016).

¹³ En relación con la política habitacional de la CABA, se registra que en 2007 el presupuesto destinado a vivienda respecto del presupuesto total disminuyó de 5,3 % a 3,6 %, y que en los años siguientes se mantuvo en alrededor del 3,2 % (Marcús, 2014).

hogares de la CABA eran propietarios de la vivienda en que habitaban, y sólo un 22 % eran inquilinos; en el 2010 la cantidad de propietarios disminuyó a un 56 %, y la proporción de hogares que alquilan la vivienda aumentó a un 30 %.

Por otra parte, las investigaciones advierten el incremento durante este período de las formas precarias de habitar la ciudad; en particular, se destaca el crecimiento de las ocupaciones irregulares, ya sean villas o tomas de tierras, que conforman los llamados “asentamientos populares”, así como de las personas que viven en la calle y de aquellas que alquilan piezas en inquilinatos, pensiones u hoteles. Según los datos del Censo 2010, residen en asentamientos 163.587 personas, mientras que en 2001 la cifra era de 107.422 (Vera Belli, 2016)¹⁴. A su vez, Cravino (2013) estima que el 40% de los habitantes de las villas en la ciudad son inquilinos en situación muy precaria. En la CABA la proporción de hogares afectados por problemas habitacionales aumentó un 77,6 % entre 1991 y 2010 (Di Virgilio y Rodríguez, 2013). De acuerdo con Di Virgilio y Rodríguez (2013: 100), “... del aumento ocurrido en los últimos 20 años, aproximadamente el 70 % se explica por el del período 2001/2010”.

Las condiciones descriptas evidencian que conseguir un lugar donde habitar en el AMBA constituye un proceso cada vez más conflictivo para distintos sectores de la población. Si a las crecientes dificultades de acceso a la vivienda sumamos las características de la inserción laboral de los y las jóvenes, resulta evidente que la transición residencial se presenta como un proceso complejo y accidentado. Los datos estadísticos sobre los hogares conformados por jóvenes permiten cuantificar el fenómeno y obtener una “fotografía”; sin embargo, dejan “fuera de cuadro” las vivencias de los y las jóvenes y sus modos de significar este proceso.

Situada en la perspectiva de la sociología interpretativa, esta tesis focaliza en la dimensión subjetiva del fenómeno y aborda el proceso de transición residencial desde la perspectiva de sus protagonistas. En cuanto a su estructura, cuenta con cuatro capítulos. El primero expone cómo construimos el objeto de estudio mediante la presentación de las herramientas conceptuales desde las cuales establecimos las dimensiones analíticas del fenómeno; a su vez, desarrolla la estrategia metodológica empleada y especifica las características del trabajo de campo. Los capítulos II y III describen los modos de

¹⁴ Según datos del informe elaborado por el Observatorio de la Deuda Social Argentina y la Defensoría del Pueblo (2017), la población residente en villas se ha multiplicado casi por cinco entre 1991 y 2017: de las 52.000 personas registradas en 1991 hasta las 250.000 en 2017.

construir un espacio propio en jóvenes de sectores medios y populares, respectivamente, a través del análisis de las historias de vida de los/as entrevistados/as. El capítulo IV propone una lectura interpretativa de las experiencias juveniles de transición residencial de acuerdo con los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia. Por último, las conclusiones enfatizan los principales resultados de la investigación en relación con los modos en que se configura el proceso de transición residencial entre los sectores juveniles del AMBA.

CAPÍTULO I

CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO Y ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Este capítulo presenta las herramientas conceptuales y metodológicas con las cuales construimos el objeto de estudio. Partimos de exponer la forma de concebir la juventud en diálogo con los antecedentes sobre el proceso de transición a la adultez. Luego desarrollamos la perspectiva sociocultural del habitar desde la cual abordamos la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio. El recorrido teórico delinea las tres dimensiones analíticas propuestas: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia. Finalmente, describimos la estrategia metodológica desplegada con particular hincapié en las características del trabajo de campo.

1. La juventud como moratoria vital y moratoria social

Cada sociedad –o época– tiene sus propios modos de ordenar la temporalidad y producir grupos de edad o etapas de la vida. Los grupos etarios son “... un constructo modelado por la cultura, cuyas formas y contenidos son cambiantes en el espacio, en el tiempo y en la estructura social” (Feixa, 1998: 16)¹⁵. El significado social atribuido a la edad cronológica estructura el curso de vida a través de una serie de normas y valores culturales que “... establecen expectativas, comportamientos, derechos y obligaciones con determinadas edades, al mismo tiempo que organizan y dan sentido a las experiencias biográficas” (Saraví, 2009: 27)¹⁶. De ahí que toda categoría de edad resulte significativa: su uso conduce a marcos de sentido (Margulis y Urresti, 1998).

La invención de la “juventud” como “etapa de la vida” tiene coordenadas sociohistóricas precisas: se desarrolló en los países occidentales a finales del siglo XIX, en el marco de los procesos de modernización de las sociedades europeas, en relación con “... la expulsión de los jóvenes del mercado de trabajo, la extensión de la

¹⁵ Desde la antropología, Mead (1979) fue pionera en realizar un estudio de la cultura con relación a los grupos de edad. La autora mostró que cada cultura tiene sus propios modos de ordenar la temporalidad y producir edades.

¹⁶ Tal como señala Saraví (2009: 27), “... el curso de vida puede pensarse como un patrón de sucesivos eventos y roles asociados con la edad, el cual se encuentra inserto en un contexto sociohistórico particular y es acompañado por un proceso natural de desarrollo psicobiológico del individuo”.

escolaridad obligatoria y del servicio militar, la nuclearización de la familia y el surgimiento de entidades especialmente orientadas a la juventud” (Feixa, 1998: 4). Bajo estas coordenadas, un segmento de edad comienza a ser socialmente reconocido como un grupo que gozaría de un “período de permisividad” que media entre la madurez psicofísica y la madurez social, y que consistiría en una preparación progresiva hacia la vida adulta. Así, mientras la madurez psicosexual distinguiría a los jóvenes de los niños, este período de “moratoria psicosocial” (Erikson, 1976) los diferenciaría del “adulto”, concebido como alguien que ha alcanzado la emancipación familiar plena.

En este contexto, bajo la influencia de la psicología evolutiva y, en particular, del enfoque funcionalista de los ciclos vitales, la juventud es concebida como un “período de transición a la adultez” durante el cual se atraviesan las vías sociales que, a medida que se completan, conducirían a la vida adulta: del estudio al trabajo, de la dependencia económica familiar a la independencia económica, del hogar de origen al hogar propio, de una conformación afectiva experimental a una pareja definitiva y, por último, de ocupar el lugar de hijo a ocupar el lugar de padre. Así, el segmento de la población conocido como “jóvenes” se encontraría en un período de “moratoria social” (Erikson, 1974): un tiempo de experimentación y aprendizaje para la vida futura¹⁷.

A partir de la década de 1970 surgieron un conjunto de investigaciones que cuestionaron el enfoque sociodemográfico clásico sobre la transición a la adultez y plantearon la necesidad de desarrollar una perspectiva más sociológica que considere tanto los factores macro como microsociales que configuran las múltiples trayectorias posibles (Casal, 1996; Casal, Masjoan y Planas, 1988; Evans, 2002; Furlong y Cartmel, 1997; Galland, 1995). Estas investigaciones iniciaron una perspectiva denominada “sociología de la transición”, que se distingue de la sociodemografía por otorgar mayor centralidad a la perspectiva del sujeto, a partir de un enfoque cualitativo concentrado en el estudio de las biografías de los individuos.

Desde esta corriente, el análisis de la transición a la adultez se deriva del abordaje de la juventud, definida como un “... tramo dentro de la biografía que va desde la emergencia de la pubertad física hacia la adquisición de la emancipación familiar plena” (Casal, Merino y Quesada, 2006: 28), lo cual involucra el abordaje de los

¹⁷ Las primeras investigaciones sobre la transición a la adultez fueron realizadas en los países desarrollados desde el campo de la demografía a partir del enfoque del curso de vida (Hogan, 1980; Kohli y Meyer, 1986).

“itinerarios” y “trayectorias” que describen los y las jóvenes en este pasaje. Estos autores suelen referirse a la “transición a la vida adulta” en términos de “transición a la emancipación familiar plena” o “transición hacia la autonomía” para distinguirse del concepto psicologista de la “vida adulta” como sinónimo de madurez.

Desde esta perspectiva se concibe la “transición juvenil” como una articulación compleja de procesos de formación, inserción profesional y emancipación familiar. El “itinerario vital” que describen los y las jóvenes en su transición es entendido como el resultado de “... elecciones y decisiones del individuo, pero bajo determinaciones familiares o del entorno próximo, determinaciones estructurales del contexto amplio y determinaciones de orden cultural y simbólico” (Casal, Merino y Quesada, 2006: 29). En este marco, se enfatizan las diferencias en los modos en que se articulan las transiciones en función de las condiciones estructurales, así como de las pautas culturales de las distintas clases y grupos sociales, en un contexto sociohistórico específico. De acuerdo con esta perspectiva, existen dos rupturas o eventos claves en la vida de las personas: la transición de la educación al mundo del trabajo y la transición hacia un hogar independiente. Así, el fin de la juventud se establece con el logro de la emancipación familiar, lo que a su vez tendría su concreción en el acceso a una nueva vivienda en tanto atributo concluyente del proceso social de autonomía.

Como en nuestro contexto histórico [la emancipación familiar plena] pasa por el cambio domiciliario respecto a la familia parental o de origen (dimensión neolocal), la juventud no es otra cosa que un proceso social de autonomía y emancipación familiar plena, que concluye con el acceso a un domicilio propio e independiente. (Casal, Merino y Quesada, 2006: 28)

El abordaje aquí propuesto se construye en diálogo y en tensión con el enfoque de la sociología de la transición al incorporar una definición distinta de “juventud”. Por una parte, compartimos el abordaje sociológico y la recuperación del punto de vista de los sujetos, así como su foco de interés en las trayectorias biográficas de los jóvenes, sus expectativas y valoraciones, en el marco de contextos sociales específicos. Por otra parte, nos distanciamos de aquella perspectiva en tanto define la “juventud” exclusivamente como una etapa de transición hacia la emancipación familiar plena. Además, como desarrollamos más adelante, proponemos un abordaje del proceso de transición residencial sin restringirlo a la cuestión del acceso a una vivienda independiente, pues consideramos que tal aproximación limitaría el objeto de estudio y

convertiría a la juventud y a la transición en un asunto inmobiliario. A partir de estos corrimientos y desde un enfoque sociocultural e histórico de las edades, esta tesis problematiza el postulado de que la “juventud” finalizaría cuando se consigue la emancipación familiar, cuya concreción estaría asociada al acceso a una nueva vivienda.

Retomando los aportes de Margulis y Urresti (1998) y Saraví (2009), aquí adoptamos una definición de juventud que articula una doble concepción: como “moratoria vital” y como “moratoria social”. Esta doble concepción apunta a rescatar esa base material –la edad– sobre la cual se construye social y culturalmente la juventud como “período de transición a la adultez”, y que tiene implicancias en los modos de ser y estar en el mundo. Mientras la “moratoria vital” alude a la juventud en tanto experiencia temporal e histórica particular, la “moratoria social” refiere a un modo singular de ser joven, asociado a una pertenencia socioeconómica determinada.

Partiendo de la fenomenología y la filosofía existencial, Margulis y Urresti (1998: 19) señalan que la juventud no constituye sólo un tramo en la biografía signado por la transición, sino también “... un modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones”. Tener una edad y no otra supone ocupar una determinada posición en la estructura temporal vital y ser “hijo” de una particular coyuntura histórica (Margulis y Urresti, 1998). Esta condición existencial –que se deriva de la edad– implica un modo de situarse en la vida, en la que ésta aparece como breve, “a estrenar” y en proceso de construcción. En términos de Margulis y Urresti (1998), los sectores jóvenes disponen de un “crédito temporal” significativamente más extenso que el de las generaciones mayores. A diferencia de los adultos, los y las jóvenes se encuentran en “... una situación temporal de apertura en la que los cursos de vida no están decididos del todo y las promesas de futuro se insinúan plenas de virtualidad y potencia” (Urresti, 2011a: 6).

Margulis y Urresti (1998) han acuñado la categoría “moratoria vital” para referirse a esa disponibilidad diferencial de tiempo que caracteriza a los y las jóvenes y que se traduce en un mayor tiempo para la búsqueda tentativa y la experimentación, así como en un conjunto menor de compromisos asumidos y, por lo tanto, en un modo de habitar el presente menos condicionado y determinado por decisiones previas, con una memoria social relativamente más breve que la de un adulto y una percepción de lejanía mayor con respecto a la muerte. Concebida como “moratoria vital”, la condición juvenil

es una “condición fugitiva”, que se va agotando con el paso del tiempo y las sucesivas opciones realizadas y omitidas, más allá de las vías sociales de transición a la adultez.

Cuando la memoria se acrecienta y el tiempo de experiencias se acumula, aunque no se completen las vías de acceso a la adultez, la juventud se achica, inexorablemente, y el nacimiento va quedando atrás, el mundo social ya no es tan nuevo y la redundancia se hace presente y, esto, nuevamente, sin que importe la clase social, y las dos moratorias –vital y social– pueden no coincidir en su maduración, como ocurre en los sectores populares, o pueden agotarse simultáneamente, como sucede en los sectores medios y altos. (Urresti, 2011a: 7)

En este sentido, la categoría “moratoria vital” permite considerar modos de ser joven alternativos a la experiencia de la juventud como “moratoria social”. Tal como señalan Margulis y Urresti (1998), aunque la juventud en tanto etapa de la vida haya sido asociada a un período de “moratoria psicosocial” (Erikson, 1976); lo cierto es que “... no todos los que tienen la edad de ser jóvenes se encuentran, socialmente hablando, en la misma situación” (Urresti, 2011a: 5). La “moratoria social” constituye un “privilegio” para ciertos jóvenes –aquellos que pertenecen a sectores sociales relativamente acomodados– que pueden dedicar un período de tiempo al estudio y postergar exigencias vinculadas a un ingreso pleno a la madurez social, en su sentido económico, laboral y reproductivo.

Los abordajes que conceptualizan la juventud solamente como un período de “transición a la adultez” o de “moratoria social” han sido criticados por su carácter adultocéntrico, en tanto la juventud sería concebida de modo negativo, como un estatus incompleto y provisional sólo evaluable positivamente en función de la asunción de roles propiamente adultos¹⁸. Aunque compartimos estas objeciones, postulamos que la categoría “moratoria social” resulta una herramienta válida cuando se la utiliza para analizar específicamente la experiencia juvenil en sectores medios y medios-altos, siempre que se la complemente con una concepción amplia de juventud que contemple aspectos fácticos, materiales, históricos y políticos asociados a la edad. Destacamos que emplear la categoría “moratoria social” no implica ceñir la juventud a un período de

¹⁸ En esta línea se inscribieron los estudios pioneros sobre identidades y culturas juveniles que destacaban el carácter productivo de los jóvenes como nueva generación: un grupo de edad que participa en los procesos de creación y circulación cultural, en tensión con el mundo de los adultos (Willis, 1977). No es nuestra intención detenernos en las extensas discusiones existentes en torno al concepto de “juventud”, varias de las cuales han sido saldadas. Aquí nos remitimos a la definición que adoptamos en la investigación por resultar pertinente a nuestros objetivos. Para una revisión crítica de estos debates, véase Brunet y Pizzi (2013).

preparación para la vida futura, sino resaltar aquello que hemos referido en la introducción: entre los y las jóvenes de sectores medios y medios-altos, se evidencia una tendencia a postergar ciertos roles sociales asociados a la vida adulta, como la inserción en el mundo del trabajo, y la formación de una pareja y una familia propia.

La juventud como “moratoria vital” también remite a una experiencia histórica particular, la de su generación, en la medida que tener una edad y no otra implica haber sido socializado en un momento histórico determinado con una configuración social específica. La generación refiere a las condiciones históricas, políticas, sociales, tecnológicas y culturales de la época en que una nueva cohorte se incorpora a la sociedad (Mannheim, 1993). Esa pertenencia a una época toma forma en la historia personal y le imprime una marca temporal a la propia biografía, al tiempo que es incorporada como historia colectiva, esto es, compartida por la generación.

En palabras de Saraví (2009: 39), “... los miembros de cada generación traen consigo experiencias, sentimientos y valores diferentes que afectarán la forma en que se vive cada una de las etapas del curso de vida”. Como apuntan Margulis y Urresti (1998: 26), la generación de pertenencia “... no es una simple coincidencia en la fecha de nacimiento, sino una verdadera hermandad frente a los estímulos de una época”. Así, las diferentes generaciones no comparten la misma “memoria social incorporada”, pues son socializadas en circunstancias históricas diversas (Margulis y Urresti, 1998).

La particularidad de los y las jóvenes como actores históricos radica en el hecho de ser “nativos del presente”. Los y las jóvenes “aterrizan” en este presente y en él construyen sus mundos de vida: forman su personalidad, organizan su mundo perceptivo y sensible, y confeccionan sus códigos culturales (Urresti, 2008). Esta experiencia histórica resulta crucial para comprender el proceso de subjetivación, esto es, las formas en que las grandes estructuras sociales se incorporan en los sujetos y, a la vez, los modos en que los sujetos construyen una historia colectiva e individual en el marco de configuraciones sociales e históricas determinadas. Desde esta perspectiva, los y las jóvenes son, en sentido pleno, “sujetos en formación”:

Si bien toda subjetividad está en proceso y en socialización, es decir, en devenir y sin una forma definitiva, la diferencia específica que presentan las generaciones jóvenes se encuentra en el hecho de que en ellas el proceso de subjetivación está abierto a la recepción de la época sin la experiencia previa acumulada que se tiene cuando se es adulto, haciendo de esa primera exposición a la temporalidad social “su” mundo propio, algo que no sucede en la adultez y menos aún en la vejez. (Urresti, 2008: 41)

Así, cada generación puede ser considerada como perteneciente a una cultura diferente, en la medida que incorpora en su socialización modos propios de apreciar, clasificar y distinguir. Estas diferencias generacionales suelen expresarse bajo la forma de malentendidos y desencuentros, que pueden derivar en conflictos (Mannheim, 1970; Margulis y Urresti, 1998). Al no compartir los mismos códigos ni la misma “memoria social incorporada”, se pueden producir tensiones por el sentido asignado a ciertas experiencias. Como señala Mead (1997), la sociedad adulta intenta transmitir a sus sucesores no sólo sus historias e identidades personales sino también, en forma de proyectos y costumbres, sus concepciones del mundo y sus modelos de referencia. Sin embargo, los sectores juveniles suelen cuestionar tales sentidos y proyectos desde sus propios modos de percibir, apreciar y clasificar. Por ello, Urresti (2011a) señala que la vivencia de una temporalidad histórica distinta configura a los jóvenes como “agentes espontáneos del cambio”.

Aunque la población juvenil tiene en común una experiencia temporal vital que, procesada por la historia y la cultura, los constituye como generación; sus expresiones, identificaciones y vidas pueden ser disímiles. Existen significativas diferencias intrageneracionales derivadas de las posiciones sociales que ocupan los integrantes de una misma generación cronológica (Chaves, 2010; Martín Criado, 1998). El género, la etnicidad y la clase social son, entre otras, algunas de las categorías que pueden generar diferencias en los modos de ser joven o, también, de experimentar la transición a la adultez. Tal como señala Mannheim (1993: 209), la articulación entre la posición generacional (determinada a partir de los ciclos vitales) y la posición social (definida a partir de las condiciones socioeconómicas) posibilita la producción de “... una modalidad específica de vivencia y de pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico”.

El abordaje de la juventud como experiencia (o “moratoria vital”) permite adentrarnos en los diversos modos en que el proceso de transición a la adultez es atravesado por los y las jóvenes situados en contextos sociales e históricos específicos.

Saraví (2009) alude a las “experiencias de la juventud” para referirse a la heterogeneidad y diversidad en que se experimentan las transiciones, en tanto están sujetas a los procesos de desigualdad social. De acuerdo con el autor, “... la forma en que se experimente la juventud dependerá (y variará) sustancialmente de la estructura de oportunidades y constreñimientos a la que se enfrenten los sujetos, como así también del portafolio de activos o recursos de que dispongan” (Saraví, 2009: 39). Habría un “marco estructural” –o “nueva condición juvenil” (Miranda, 2007)– que sostiene el tránsito de los y las jóvenes hacia la vida adulta y, a la vez, una “situación social de los jóvenes” (Dávila y Ghiardo, 2012) que refiere a la efectiva disponibilidad de oportunidades y recursos, la cual hace procesar las transiciones de modo diferente y desigual.

En esta tesis nos interesa problematizar las desigualdades que se (re)producen en el proceso de transición residencial en relación con clivajes de género y sector socioeconómico, y a la vez adoptar una mirada atenta a las estructuras de sentido que construyen los y las jóvenes en relación con su particular experiencia histórica. Siguiendo a Bourdieu (1997), la posición ocupada en la estructura social condiciona las elecciones, las tomas de posición y los sistemas de clasificación, percepción y valoración de los agentes, a través del sistema de disposiciones o *habitus*. Los individuos que ocupan posiciones similares en el espacio social tienen un *habitus* semejante que actúa como marco de referencia compartido (siempre en términos de probabilidades) dentro del cual circulan determinados significados culturales. A su vez, tal como apuntan Margulis y Urresti (1998), las clasificaciones, prácticas y elecciones de los jóvenes también están orientadas por un “*habitus* generacional”; con esto se alude a los condicionamientos que resultan de ocupar una determinada posición en la estructura temporal vital, es decir, como resultado de tener una edad y no otra.

Consideramos fundamental analizar las experiencias juveniles en el marco de los contextos familiares de origen, pues la familia es una instancia mediadora en la que se expresan las interrelaciones entre los individuos y la estructura social (Margulis, 2009b)¹⁹. Según los recursos económicos, sociales, afectivos y culturales de los que

¹⁹ Aquí nos referimos a la familia, en sentido amplio, independientemente de que sus miembros compartan una residencia. Mientras que la “unidad doméstica” designa a un grupo que comparte una misma unidad residencial –vivienda– y posee una economía común; la “familia”, e incluso más la “parentela”, excede el ámbito espacial de la unidad doméstica (Margulis, 2009b).

disponga, la familia de origen configura una serie de oportunidades y constreñimientos para la experiencia juvenil (Jacinto, 2010). A su vez, la familia es uno de los microescenarios de interacción en los que se define y se representa la condición femenina y masculina: tanto en la crianza como en las interacciones interpersonales, se construyen y transmiten creencias y expectativas de conducta (Wainerman y Geldstein, 1994).

La condición de género en un contexto sociohistórico específico introduce significativos contrastes en los modos de experimentar la juventud, pues involucra un posicionamiento subjetivo distinto frente a los mismos estímulos de una época. Tal como señala De Barbieri (1993: 154), los sistemas de sexo/género están formados “... por prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatomo-fisiológica”²⁰. Si bien no es un propósito de esta investigación realizar un estudio exhaustivo respecto de los modos de ser mujer y ser varón entre los sectores juveniles, al incluir el género como categoría analítica buscamos contribuir al estudio de los discursos y prácticas que configuran y tensionan matrices de género. En particular, nos interesa indagar los mandatos y los roles de género que atraviesan sus experiencias de transición residencial.

En nuestra investigación apuntamos a la dimensión cultural que opera en las transiciones y que está presente en las prácticas de los y las jóvenes. Siguiendo a Margulis (2009a: 31), quien recupera la orientación sociosemiótica de Geertz (1987), concebimos la “cultura” en el plano de la significación, como “el conjunto interrelacionado de códigos de la significación compartidos, históricamente constituidos, mediante los cuales los miembros de un grupo social se piensan y se representan a sí mismos, al mundo circundante y a su contexto social”²¹. Así, retomando

²⁰ El género se ha conceptualizado como una clasificación cultural que define prácticas, creencias, representaciones y prescripciones sociales “... en función de una simbolización de la diferencia anatómica entre hombres y mujeres” (Lamas, 2000: 3). En palabras de Rubin (1975), el “sistema de sexo/género” constituye “... el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana”.

²¹ Cabe advertir que, si bien se utiliza la noción de “código”, Margulis (2009a: 33) señala que la usa “... con una connotación flexible y no con la rigidez que se le criticó al estructuralismo francés del siglo XX”. El uso de la palabra “código” implica su historización y su permanente transformación pues, como indica el autor, la cultura está siempre relacionada con la sociedad y su acontecer histórico. Para una crítica del término “códigos culturales”, véase Noel (2013). Para un abordaje del término “cultura” en un sentido antropológico, véase Neufeld (2009).

los aportes de Dubet (2010), exploramos las experiencias juveniles de transición residencial en tanto modos propios de practicar y significar este proceso.

La experiencia es una actividad cognitiva, una manera de construir lo real y, sobre todo, de “verificarlo”, de experimentarlo. (...) No es una “esponja”, una forma de incorporar el mundo a través de las emociones y de las sensaciones, sino una manera de construir el mundo. Es una actividad que estructura el carácter fluido de “la vida”. (Dubet, 2010: 86)

En este sentido, aunque no adoptamos estrictamente un enfoque biográfico ni realizamos un estudio longitudinal sobre trayectorias, interpretamos las experiencias juveniles de transición residencial a la luz de la biografía personal, de la inscripción socioeconómica de la familia de origen y de las circunstancias del contexto sociohistórico. Consideramos que las experiencias de transición residencial sólo resultan comprensibles en el marco del espacio macrosocial en el cual los y las jóvenes se encuentran insertos, y a la luz de sus historias de vida. Por tal motivo, abordamos los modos de experimentar la transición residencial teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos y sociales en los que se encuentran inscriptos los sujetos, así como también las tramas de sentido que operan en las experiencias juveniles. Esto incluye las prescripciones, las prohibiciones, los esquemas cognitivos de percepción y apreciación, y los imaginarios de época. Desde aquí, proponemos analizar los desencadenantes de la transición residencial a partir de describir la situación biográfica atravesada respecto de otros sucesos como el estudio, el trabajo y la formación de la pareja o la familia, y explorar sus expectativas, percepciones y valoraciones respecto al hogar propio. Esta primera dimensión analítica se enlaza con las que presentamos en el próximo apartado.

2. El hogar desde la perspectiva sociocultural del habitar

Para abordar el proceso de transición residencial proponemos una mirada sociológica sobre el hogar que exceda los límites de la categoría demográfica, de acuerdo con la cual el hogar remite a “... un grupo de personas que comparten la misma vivienda, las que se asocian para proveer en común a sus necesidades alimenticias o de otra índole vital” (Torrado, 2003: 210). Aunque valiosa para los análisis estadísticos por su capacidad operativa, esta definición resulta débil para investigaciones de carácter cualitativo que pretenden capturar la trama intersubjetiva del hogar y explorar los

desbordes de tal categoría a partir de las experiencias subjetivas –generacionales, de género y sector social– de quienes construyen, mediante las prácticas del habitar, esa vida doméstica en común.

Los abordajes socioculturales sobre el espacio y el habitar (De Certeau, 1999; Lefebvre, 2013 [1974]; y, más recientemente, Bonvalet y Dureau, 2002; Giglia, 2012; Lindón, 2005; Marcús, 2017; Segura, 2015) se revelan como una herramienta productiva para aproximarnos al hogar desde una concepción amplia que incluya tanto una referencia al espacio –la vivienda– como al habitar –las “prácticas del espacio”–. Desde esta perspectiva, el espacio es un producto social resultado de las prácticas, las relaciones y las experiencias sociales de los agentes, y no un mero soporte o continente de esta actividad. Al tiempo que constituye un marco para la experiencia que orienta las prácticas sociales, también puede ser transformado por éstas. En tanto espacio habitacional, la vivienda involucra un conjunto de condiciones de existencia que influyen sobre los individuos y sobre la configuración de la subjetividad, y a la vez es preciso abordarla como una construcción sociocultural, atravesada por los cambios asociados a las costumbres y los valores.

De acuerdo con este enfoque, concebimos el “hogar” como un espacio material y simbólico en el que se desarrolla el habitar doméstico. Por una parte, el lugar donde se habita estructura un tipo de cotidianeidad al propiciar modos de transitar y usar el espacio, promover cierto tipo de relaciones e influir en los esquemas de comportamiento, percepción y apreciación, al tiempo que contribuye a formarlos. Por otra parte, no es ajeno a los cambios en las formas de vida, las costumbres y los modelos de familia y de domesticidad. Tal como advierte Burke (2009: 14), entre la cultura material y las prácticas sociales se genera una interacción, de modo que debemos evitar las opciones opuestas entre el determinismo y el voluntarismo: “... los individuos y los grupos pueden decidir cómo usar los espacios y los objetos para sus propósitos. Pero estos propósitos pueden ser moldeados por formas heredadas. El plano de un edificio moldea la sociabilidad”.

Las investigaciones sobre la historia de la vida privada han revelado las transformaciones ocurridas en el espacio doméstico a la luz de los procesos de individuación de la vida cotidiana y los cambios en los valores culturales referidos a la intimidad. Tal como advierte Ariès (1991: 4), “... la fragmentación del espacio y su

especialización funcional no son sino el trasunto de un complejo sistema de comportamientos sociales en pleno proceso de transformación”. A medida que los actores sociales conquistaban mayor intimidad individual dentro de la vida familiar, la casa fue amoldando su arquitectura para propiciar esa vida privada (Prost, 1991). La creciente privatización del espacio es un aspecto central del proceso de individualización, posibilitado por el avance de la vivienda moderna, en la que los miembros de la familia pueden apropiarse de un espacio personal (Perrot, 1988). En este punto, resultan significativas las transformaciones en los usos del dormitorio, tales como el avance del estándar de dormir solo (Elias, 1998).

En este sentido, el habitar contiene la tensión siempre existente entre la lógica del arquitecto y la lógica de los habitantes, quienes resignifican a través de sus usos y prácticas los diseños establecidos por urbanistas y arquitectos. Al tiempo que opera como un “dispositivo social” capaz de regular, a través de su arquitectura, los hábitos domésticos y actuar en el terreno de lo privado y lo familiar (Teyssot, 1996), la vivienda constituye un “lugar practicado” por sus moradores, quienes a través de sus usos hacen de ella un espacio significativo (De Certeau, 1999). De ahí su condición de artefacto sociocultural, con el doble carácter de ser socialmente producida y, a la vez, marco que ordena la experiencia social.

De acuerdo con De Certeau (1999: 36), podemos pensar las viviendas como “espacios de microlibertad” que inducen determinadas prácticas, aunque sin condicionarlas rígidamente: “Sin salir del sitio donde le hace falta vivir y que le dicta una ley, [el morador] instaura algo de la pluralidad y la creatividad. Gracias a un arte del intervalo, obtiene efectos imprevistos”. Así, habitar la vivienda puede involucrar el despliegue de “tácticas”: “maneras de hacer” a través de las cuales “... los usuarios se reapropian del espacio organizado por las técnicas de la producción sociocultural”. De ahí que las tácticas remitan a prácticas significantes que, al significar, realizan producciones secundarias; en esa “reapropiación” de lo impuesto de acuerdo con fines y reglas propias, los habitantes logran subvertir de manera “silenciosa” el orden impuesto.

Retomando estos aportes, Giglia (2012) señala que el habitar tiene que ver con la existencia de un “orden socio-espacial y cultural” que resulta reconocible por el sujeto, quien puede eventualmente haberlo creado o contribuido a producir. La autora utiliza el término “orden” para remitir al “... conjunto de las reglas [...] que generalmente

quienes usan un espacio reconocen como tales”; a su vez, recuperando a De Certeau, advierte que los usuarios pueden introducir “modificaciones sutiles” sobre este orden socioespacial y cultural: “pequeñas ‘astucias’ elaboradas desde una posición de debilidad con respecto al orden general” (Giglia, 2012: 18). Así, el habitar involucra un espacio y, a la vez, las actividades humanas (prácticas y representaciones) que hacen posible la presencia de un sujeto en un determinado lugar, y de allí su relación con otros sujetos:

El habitar es un conjunto de prácticas y representaciones que permiten al sujeto colocarse dentro de un orden espacio-temporal, al mismo tiempo reconociéndolo y estableciéndolo. Se trata de reconocer un orden, situarse adentro de él, y establecer un orden propio. Es el proceso mediante el cual el sujeto se sitúa en el centro de unas coordenadas espacio-temporales, mediante su percepción y su relación con el entorno que lo rodea. (Giglia, 2012: 12)

En términos de Augé, Giglia (2012: 12) apunta que “... el habitar transforma el ‘no lugar’ en un ‘lugar’, es decir, en un espacio provisto de usos y significados colectivos y de memorias compartidas”. A su vez, con el término “domesticar”, la autora refiere a esa relación reiterada con cierto espacio que lo transforma en algo familiar, utilizable y provisto de sentido. En sintonía con la autora, Lindón (2005: 10) define las formas de habitar como “... aquellos sistemas de relaciones que establece el habitante con el espacio habitado, incluyendo conductas o prácticas, pero también representaciones y significados”.

Así, por ejemplo, “... los objetos que colocamos en nuestro espacio configuran la manera como nos hacemos presentes en él, ordenándolo y dándole sentido” (Giglia, 2012: 5). En efecto, la relación afectiva que las personas entablan con la casa también puede extenderse al mobiliario con el que se la equipa. Como apunta Segalen (2013: 263), “... adquiridos o heredados, los muebles son objeto de discursos siempre apasionados porque cada uno inscribe en ellos una parte de su ser; son verdaderamente portadores de identidad de cada uno”. En este sentido, los objetos son, al mismo tiempo, soportes y generadores de vínculos sociales y de cohesión (Appadurai, 1991).

En diálogo con los aportes de Giglia (2012) y de Lindón (2005), resulta sugerente el abordaje propuesto por Segura (2015) en torno a la ciudad y la vida urbana para concebir el habitar como experiencia social. Segura (2015) plantea el concepto de “experiencia urbana” como una categoría productiva para analizar los modos de vivir la

ciudad. De acuerdo con el autor, abordar la experiencia urbana “... implica indagar tanto el lugar que el espacio ocupa como condición de posibilidad y condicionante de la experiencia social, así como el papel de dicha experiencia en la construcción del espacio urbano, prestando atención a los modos de representarlo, habitarlo, transitarlo” (Segura, 2015: 28). En sintonía con este argumento, podemos pensar la experiencia habitacional en función de las relaciones recíprocas entre el espacio doméstico y las representaciones y las prácticas de los actores en y sobre dicho espacio²².

Los modos de habitar están condicionados tanto por la inscripción social de los actores como por el contexto socioeconómico y cultural. De acuerdo con Bonvalet y Dureau (2002: 72), “... para comprender las decisiones residenciales es muy importante conocer para cada país los modelos culturales, los efectos de moda y los cambios en curso en las sociedades”. Por lo tanto, en las formas de habitar influyen varios factores: socioeconómicos, de carácter macro; microsociales, referidos a la situación socioeconómica del individuo y la familia; y culturales, entre los que se incluyen los modelos y valores de una sociedad, así como los universos de sentido y valoraciones de los diferentes sectores sociales.

La imbricación entre formas del espacio y modos de habitarlo da por resultado distintas “culturas del habitar” (Giglia, 2012). Al respecto, se advierte que la familia constituye una referencia, ya que es productora de imágenes de memoria y de proyectos respecto al habitar. De acuerdo con Bonvalet (1997), la ayuda que brinda el grupo familiar no es sólo material; también se transmiten, de generación en generación, valores y actitudes frente a los usos del espacio doméstico, frente al alquiler y la propiedad. En un mismo sentido, Lindón (2005: 4) apunta que, como generación precedente, la familia “... va conformando una herencia compuesta por recursos materiales y simbólicos que queda a disposición de la siguiente para ser capitalizada en la lucha por la apropiación del espacio urbano”.

Desde estas coordenadas conceptuales, concebimos el hogar como una trama de relaciones sociales y universos de sentido en los cuales están inscriptos los sujetos,

²² En estos últimos autores se advierte la influencia de Lynch (2015 [1960]), quien propone la noción de “imagen de la ciudad” para referirse al modo en que el diseño de las ciudades las tornan imaginables, representables y legibles para sus habitantes o para sus visitantes. También se leen las huellas de Bachelard (1965: 29), quien define la casa como “nuestro primer universo”, “... un cosmos en el que nos enraizamos día a día”: la casa es “... uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre”.

cuyos modos de habitar varían según la inscripción social, histórica y cultural de sus moradores. A su vez, definimos el habitar como una experiencia que remite a la apropiación que hacen los habitantes del espacio doméstico, esto es, el proceso material y simbólico de interpretación y dotación de sentido respecto a un determinado artefacto cultural –la vivienda– por parte de un grupo social. Así, habitar constituye una experiencia que involucra los usos, las prácticas y las representaciones subjetivas del espacio en interacción con su forma material.

Influenciados por esta perspectiva, proponemos la expresión “construcción de un espacio propio” para referirnos al proceso de salida del hogar de origen y formación de un nuevo hogar. En nuestra investigación optamos por diferenciamos de los abordajes que analizan la transición residencial en relación unívoca con el acceso a una nueva vivienda²³. Tal como advirtieron Grignon y Passeron (1991), debemos ser cuidadosos con el uso de herramientas conceptuales que, originadas en función de las experiencias de los sectores dominantes, no siempre resultan pertinentes para aprehender las experiencias de otros grupos sociales. Como adelantamos en la introducción, consideramos que, si bien el acceso a una vivienda resulta relevante en el proceso de transición residencial, se trata de un aspecto parcial que no agota el fenómeno. El supuesto de la neolocalidad limita la captación de otras formas de vida que pueden ser significativas en las experiencias de los y las jóvenes, sobre todo de sectores populares, donde las investigaciones previas muestran, por ejemplo, la estrategia de cohabitación entre las familias de los padres y las familias de los/as hijos/as. Además, reducir la transición residencial al acceso a una nueva vivienda restringe la dimensión del habitar al desatender las prácticas y los sentidos juveniles en torno al espacio propio.

En suma, esta tesis aborda los modos de experimentar la transición residencial a partir de analizar cómo un grupo heterogéneo de jóvenes construye, practica y significa un espacio propio. En lugar de partir del supuesto de la neolocalidad, nos proponemos identificar a través de sus relatos los cambios en la configuración habitacional asociados a la construcción de un espacio propio y las categorías nativas empleadas para nombrar este proceso. Consideramos que no sólo se forma un hogar propio mediante el acceso a una vivienda independiente, sino también a través de las prácticas que, al ordenar y dar

²³ Nos referimos, por ejemplo, al abordaje propuesto por Casal, Merino y Quesada (2006) desde la perspectiva de la juventud como transición.

sentido al espacio habitado, crean un ámbito doméstico propio. En este marco, además de los desencadenantes de la transición residencial, exploramos las formas de conquistar un espacio habitacional de acuerdo con las dificultades atravesadas, los recursos movilizados para afrontarlas y las características del espacio habitado. Por último, nos adentramos en las dinámicas de convivencia para indagar las maneras de relacionarse y las formas de la intimidad, y así acercarnos a los procesos de formación de parejas y familias, y a la organización de la cotidianidad.

2.1. La conquista de un espacio habitacional

Al buscar un espacio habitacional, los actores sociales procuran satisfacer un conjunto de necesidades humanas. Tal como sugiere Yujnovsky (1984: 17), es preciso comprender la “vivienda” en un sentido amplio como “... una configuración de servicios –los servicios habitacionales– que deben dar satisfacción a necesidades humanas primordiales: albergue, refugio, protección ambiental, espacio, vida de relación, seguridad, privacidad, identidad, accesibilidad física, entre otras”. Estos “servicios habitacionales” no dependen sólo de los atributos de cada unidad física –tamaño, distribución interna, equipamiento, características técnicas–, sino también de todo el conjunto de actividades urbanas en su disposición espacial. En rigor, la vivienda no existe de forma aislada sino que está inscripta en una determinada “configuración espacial urbana”, ligada a una localización y sus condiciones (Oszlak, 1991).

En este sentido, habitar una vivienda implica ocupar una determinada ubicación en la estructura urbana que ofrece, de forma desigual, una serie de oportunidades en términos de acceso a bienes, servicios, infraestructuras, transporte, etc. (Bonvalet y Dureau, 2002). De acuerdo con Bourdieu (1999), esta localización puede ser definida en términos de “posición residencial”, es decir, como el punto en el espacio físico en el que un agente está situado con relación a las jerarquías urbanas. Retomando a Bourdieu, Abramo (2002) acuña la categoría de “capital locacional” para referirse a las externalidades y a los beneficios que otorga una “posición residencial” específica.

Buenos Aires posee una organización espacial signada por sus diferentes sectores socioeconómicos (Oszlak, 1991; Yujnovsky, 1984). En su análisis sobre las características socioespaciales del AMBA, Grimson (2009: 19) plantea la existencia de dos sistemas espaciales superpuestos que producen un “sentido territorial en degradé”.

Uno de los sistemas está conformado por tres círculos concéntricos que van, a grandes rasgos, de menos a más pobre: la CABA, el primer cordón del Conurbano bonaerense y el segundo cordón del Conurbano bonaerense²⁴. Como advierte el autor, esta diferencia entre la CABA y el Conurbano es la más notoria y significativa, ya que “... se trata de una frontera que es jurídico-política, con límites muy precisos (por la frontera ‘natural’ del Riachuelo o el límite de la avenida de circunvalación General Paz) y resulta estructurante del imaginario territorial y de prácticas espaciales” (Grimson, 2009: 16).

El límite entre la CABA y el Conurbano constituye uno de los parámetros cognitivos de la vida urbana, fuente de notorias implicancias simbólicas. Desde la capital, por ejemplo, predomina la tendencia a constituir el Conurbano bonaerense como alteridad. Segura (2015: 132) señala que “... el conurbano fue ‘conurbanizado’, construido como una unidad específica y opuesta a la ciudad de Buenos Aires”. En sintonía con el autor, Carman (2015: 534) destaca que “... la concepción de Buenos Aires como una ciudad jerarquizada, reservada preferencialmente para las clases acomodadas, puede rastrearse en distintos momentos del siglo XX y, en rigor, jamás terminó de desmantelarse en los imaginarios sociales”.

El otro sistema espacial descrito por Grimson (2009) es el de los “puntos cardinales”, que contrapone el norte próspero con el sur tradicional. Si bien no son homogéneos, tanto en la CABA como en el Conurbano, en el norte predominan los barrios de sectores medios y altos, mientras que en el sur suelen proliferar las villas miserias y los barrios populares. Dentro de la Capital, la frontera sería la avenida Rivadavia, “... que divide la ciudad en dos territorios sobre los cuales se construyen imaginarios diferenciales y maneras distintas de transitar y de vivir en la urbe” (Boy, Marcús y Perelman, 2015: 371). Cabe advertir que este binarismo norte/sur es, en verdad, “... la naturalización geográfica de un binarismo social, histórico y contingente” (Grimson, 2009: 18). Se trata, en suma, de barreras territoriales que obedecen a procesos clasificatorios con un origen y un significado social característico.

En este marco, un aspecto de interés para analizar las formas de conquistar un espacio habitacional refiere al tipo de hábitat con el que los sectores sociales interactúan en la ciudad. Suele destacarse la significativa diferencia entre los modos formales en

²⁴ De acuerdo con datos del Censo 2010, mientras en la CABA –distrito político con mayor nivel de ingreso per cápita del país– viven alrededor de tres millones de personas, en el Conurbano bonaerense habitan alrededor de nueve millones.

que los sectores medios resuelven sus necesidades habitacionales y la informalidad o irregularidad en la que suelen habitar los sectores populares. Los hogares de sectores medios tienden a recurrir a lógicas del mercado inmobiliario formal –sea de compra-venta o de alquiler– y a lógicas de herencia, préstamo o cesión en vida enmarcadas en la normativa vigente (Di Virgilio, 2015). En cambio, entre los hogares de sectores populares predominan formas del habitar signadas por una relación de aparente exterioridad o conflicto con las normas e instituciones del Estado o del mercado. Estas modalidades del habitar involucran la incertidumbre respecto a los derechos de uso y propiedad del suelo, así como de la tenencia de vivienda, la deficiencia de sus aspectos constructivos, la ausencia o baja calidad de los servicios públicos, de infraestructura urbana básica y de un medioambiente saludable (Cravino, 2016; Herzer et al., 2008)²⁵.

Asimismo, en relación con el tipo de hábitat, se considera el régimen de tenencia del suelo y la vivienda. La preferencia por la vivienda en propiedad se ha instalado en la sociedad argentina, al igual que en otros países latinoamericanos, como un patrón cultural transmitido de generación en generación que se establece como la meta hacia la que deben orientarse los esfuerzos del hogar (Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012; Jaramillo e Ibáñez, 2002). La propiedad está fuertemente asociada a estrategias de consolidación familiar y de la propia posición social, a la vez que suele estar vinculada a la posibilidad de transmitir un legado familiar (Bonvalet, 1997; Fleischer 2007). Componente central del patrimonio de un individuo o familia, “... se espera que perdure al menos tanto como su propietario e incluso que le sobreviva, en calidad de herencia transmisible” (Bourdieu, 2010: 35). Por ello, suele ser objeto de importantes inversiones económicas y afectivas. En palabras de Bourdieu (2010: 35), la propiedad “... es una ‘colocación’, es decir, un ahorro no financiero y una inversión cuyo valor se pretende conservar o aumentar, a la vez que procura satisfacciones inmediatas”.

En estas sociedades donde el valor está puesto en la propiedad, “... el arrendamiento, concebido como resultante unívoco de dificultades de solvencia, es visto como una limitación: ser inquilino es sinónimo de precariedad, y esta precariedad se debe superar” (Jaramillo e Ibáñez, 2002: 2). En su dimensión simbólica, la propiedad opera como un indicio de ascenso social, mientras que la condición de inquilino aparece

²⁵ Abramo (2012: 41) define la “informalidad urbana” como “... un conjunto de irregularidades –o (a)regularidades– en materia de derechos: irregularidad urbanística, irregularidad constructiva e irregularidad en relación con el derecho de propiedad de la tierra”.

como una forma transitoria de habitar (Cosacov, 2012; Di Virgilio, 2009; Lindón, 2005). Tal como ha analizado Torrado en la Argentina (2003: 461), a lo largo de la historia, “... a la vivienda unifamiliar se la encaraba como la búsqueda de un horizonte de seguridad donde la condición de propietario permitiera la organización de la vida en términos de proyecto”. En este sentido, habría una clasificación jerárquica de los modos de tenencia de la vivienda según la cual la propiedad se sitúa en la cima de la escala residencial y el alquiler, en la base.

A grandes rasgos, mientras que en sectores medios nos encontramos con propietarios (del suelo y de la vivienda) o inquilinos, en casas, departamentos o PH emplazados en áreas consolidadas de la CABA o del Conurbano, con acceso a servicios e infraestructura urbana (Cosacov, 2017; Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012); en sectores populares estas categorías no sólo se diversifican sino que además se tornan difusas y adquieren particularidades en la CABA o en el Conurbano bonaerense. Como han contribuido a mostrar numerosos estudios, el hábitat popular ha involucrado formas diversas, tales como inquilinatos o conventillos (Cuenya, 1991), barrios populares del Conurbano (Feijóo, 1984; Comas y Márquez, 2017), hoteles-pensión (Marcús, 2007; Toscani, 2018), “casas tomadas” (Carman, 2006), barrios de vivienda social (Cravino et al., 2012; Najman, 2017), villas y asentamientos informales (Cravino, 2006 y 2016; Rodríguez, Rodríguez y Zapata, 2018). Esta variedad de tipos de hábitat popular expresa la heterogeneidad englobada bajo la categoría “sectores populares”.

Como señalamos en la introducción, durante las últimas dos décadas se ha producido un significativo incremento de las ocupaciones irregulares de tierra, que conforman los llamados “asentamientos populares”. De acuerdo con Suárez (2013: s/p), si bien son diversos los grados de consolidación de estos asentamientos, así como el tipo de carencias y problemáticas que presentan, “... suelen estar privados total o parcialmente de servicios básicos, accesos adecuados a espacios públicos y sistemas de transporte, y están particularmente expuestos al fenómeno de la violencia urbana y las amenazas ambientales”. Tal como explica Cravino (2016), se trata de “barrios informales autourbanizados”:

Esto quiere decir que sus habitantes construyeron la mayoría de los elementos que implican la urbanización (...): trazado de calles, aunque sean irregulares, veredas, cloacas, agua, electricidad, iluminación, plazas, centros comunitarios y en algunos casos hasta escuelas y centros de salud, así como polideportivos o iglesias. (Cravino, 2016: 67)

Aunque comparten esta caracterización general, las villas y los asentamientos portan rasgos distintivos. Mientras las villas “... representan espacios de trazado irregular de calles, fuerte presencia de pasillos angostos y con mayor densidad poblacional”; los asentamientos “... corresponden a ocupaciones de suelo que cumplen con el trazado de cuadrícula urbana y tamaño de lotes acordes a la normativa urbana vigente” (Cravino, 2016: 58). Además, tal como explica Cattenazi (2011: 8), las villas consisten en la ocupación particular (individual o familiar) de tierras en áreas consolidadas de la ciudad para la construcción de viviendas mínimas, generalmente con materiales precarios; en cambio, las tomas de tierras se caracterizan por su carácter colectivo y por desarrollarse hacia la periferia, en zonas de menor densidad poblacional, “... de baja calidad ambiental, cerca de arroyos y ríos contaminados, en viejas cavas o en tierras siempre alejadas de la centralidad”.

Estas desigualdades habitacionales entre sectores medios y sectores populares se encuentran asociadas al carácter mercantil que en las sociedades capitalistas adoptan la vivienda y los servicios urbanos. Al devenir en objetos de consumo o productos a ser adquiridos en el mercado, las oportunidades de acceder a una vivienda varían de forma significativa según el poder adquisitivo de los actores²⁶. Las desigualdades entre sectores sociales “... se objetivan en el acceso desigual a la ciudad entendida de modo amplio: lugar de residencia, vivienda, infraestructura y servicios urbanos, acceso al espacio público, entre otras facetas de la vida urbana” (Segura, 2015: 122). En este sentido, otro aspecto de interés para analizar las formas de conquistar un espacio habitacional se vincula con los recursos movilizados por los distintos sectores sociales para acceder al suelo y a la vivienda. Sobre este punto, suelen destacarse los recursos económicos –monetarios y no monetarios– y las redes de relaciones, aunque con particularidades según cada estrato social.

²⁶ La caracterización “privatista” de la vivienda y de los problemas ligados a su adquisición entra en contradicción con su sentido eminentemente social, es decir, con su carácter de derecho social básico y, por lo tanto, con la responsabilidad del Estado en asegurar las necesidades habitacionales de la población. El mismo objeto está sometido a regímenes opuestos, en permanente disputa: la vivienda como mercancía y la vivienda como derecho social.

En sectores medios resultan centrales los recursos monetarios asociados a los ingresos laborales y al ahorro (Cosacov, 2017; Di Virgilio, 2007; Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012). Di Virgilio (2007) señala que las estrategias laborales y de obtención de ingresos son las que dinamizan la satisfacción de las necesidades de vivienda. Sobre las formas de acceder a la propiedad, esta autora identifica la acción planificada de trabajo y ahorro, tanto para la compra de inmuebles terminados como para la adquisición de terrenos y la posterior edificación de viviendas (a través de la construcción por encargo); y el acceso a la financiación, el cual reviste distintas modalidades, tales como el pago del inmueble en cuotas a la empresa constructora o el otorgamiento de créditos por parte de bancos u otras entidades financieras. También destaca la movilización de apoyo económico familiar a través de la herencia.

En diálogo con la investigación de Di Virgilio, aunque referida al período 2001-2010 caracterizado por la agudización de la problemática habitacional, la tesis doctoral de Cosacov (2014) evidencia que el ahorro proveniente de la inserción en el mercado de trabajo ocupa una porción cada vez más pequeña en las posibilidades de adquirir una vivienda. En cambio, las redes de relaciones y, en particular, la red familiar nuclear resultan fundamentales para acceder tanto a la propiedad como al alquiler. Cosacov (2017) destaca el papel que desempeña el apoyo económico de padres y abuelos a sus sucesores a través de préstamos de vivienda, financiamiento y regalos monetarios, así como mediante la herencia, la donación o la cesión en vida. En cuanto a la presencia del Estado, la autora indica que se encuentra por detrás de la familia y el mercado, y que cuando “dejó huellas” fue exclusivamente bajo la forma de créditos hipotecarios.

En sectores populares adquieren relevancia recursos alternativos a los ingresos laborales y el ahorro. En estos contextos se debilita la intervención de los recursos monetarios –propios o brindados por las redes de relaciones– respecto de la incidencia que adquieren las redes de solidaridad y ayuda mutua (Comas y Márquez, 2017; Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012). Además, las redes de relaciones resultan más amplias que las identificadas en sectores medios, puesto que involucran “... parientes y vecinos, algunas organizaciones sociales con base territorial y el Estado a través de los programas sociales de asistencia a la pobreza en general, y facilitadores del acceso a la vivienda, en particular” (Di Virgilio, 2007: 159). Es decir, exceden la familia nuclear para alcanzar redes de parentesco y compadrazgo, así como vínculos barriales (Cravino,

2009). Las redes pueden aportar información; entrenamiento y ayuda para la consecución de empleo; préstamos de dinero, alimentos, ropa, herramientas, equipamiento para la vivienda, medicamentos y otros insumos para la salud; servicios, como hospedaje de parientes, ayuda en la construcción o ampliación de la vivienda, cuidado de niños y enfermos, realización de trámites, entre otros recursos (Eguía y Ortale, 2007).

Como parte de las ayudas brindadas por las redes familiares, se considera el allegamiento de la familia de los hijos en la vivienda parental (Comas y Márquez, 2017; Di Virgilio, 2007). De acuerdo con Di Virgilio (2007), en tanto estrategia para resolver las necesidades habitacionales, la cohabitación suele constituir una etapa transitoria en la trayectoria de los hogares; sin embargo, cuando los recursos económicos son escasos, puede tornarse permanente. En efecto, como ya hemos planteado, la práctica de compartir una vivienda entre la familia de los padres y la familia de los hijos constituye un modo recurrente de habitar entre los sectores populares al habilitar no sólo un lugar de residencia común, sino también la optimización de recursos económicos y sociales.

A pesar de la relevancia de las redes sociales en las estrategias reproductivas de los sectores populares, las investigaciones señalan que en los últimos años se han debilitado las relaciones comunitarias y es menos frecuente el trato entre vecinos no emparentados. En relación con las estrategias habitacionales, se destaca un proceso de mercantilización de los “asentamientos populares”. Tal como explica Cravino (2008), el ingreso a asentamientos y a villas no solía implicar ningún pago por parte de los pobladores, sino que se realizaba por medio de la acción colectiva o de redes sociales que no cobraban dinero por acceder al suelo. En este marco, se adquiría la propiedad del terreno, aunque bajo condiciones de irregularidad de tenencia, y se accedía a la vivienda por mecanismos de autoconstrucción. Durante las últimas tres décadas, se ha tornado habitual el acceso al suelo y a la vivienda a través de un mercado inmobiliario informal, compuesto por dos submercados: el de compra-venta de suelo urbano o viviendas y el de alquiler.

La escasez de tierra disponible y la posibilidad de obtener una renta por medio del alquiler de cuartos —en el marco de una creciente demanda de un lugar en la ciudad— hicieron que surgiera un mercado de la vivienda y de suelo en estos asentamientos a los que antes se arribaba sin mediar pago. (Cravino, 2008: 141)

De acuerdo con la autora, el alquiler de habitaciones tanto en villas como en hoteles-pensión constituye una de las maneras más precarias de habitar la ciudad entre los sectores populares, dado que a la condición informal del alquiler se suma, por lo general, la permanencia de familias, muchas veces numerosas, en cuartos insalubres (sin ventilación, con hacinamiento, con instalaciones sanitarias compartidas, precarias y poco higiénicas), y con la latente amenaza de un desalojo por la fuerza. Tanto Cravino (2008) como Di Virgilio (2015) sostienen que estos alquileres informales deben comprenderse en relación con las posibilidades que ofrece la centralidad de acceder a oportunidades de trabajo, a equipamientos de educación, salud y esparcimiento más especializados; así como en el marco de las limitaciones que enfrentan ciertos grupos de los sectores populares para cumplir los requisitos económicos y legales del mercado formal del alquiler.

En suma, la dimensión “formas de conquistar un espacio habitacional” aborda las estrategias que implementan los y las jóvenes para conseguir un lugar propio tanto en sectores medios como en contextos de escasez, en los que *a priori* la salida del hogar de origen parece una utopía. En el marco de esta tesis, nos interesa analizar la “ayuda familiar” en tanto intercambios que ocurren en contextos regulados por el “espíritu de familia” (Bourdieu, 1997). Este principio alude a la “lógica del don” (Mauss, 2012 [1925]); aunque se presenten como desinteresados y generosos sobre la base de la espontaneidad, los regalos y préstamos constituyen intercambios obligatorios e interesados, que suponen una triple obligación: dar, recibir y devolver. Esta aproximación nos permite desentrañar el tejido de prácticas y significaciones englobadas bajo la expresión “ayuda familiar” y distinguir las formas que asume tal ayuda desde la perspectiva de los actores. De esta manera, buscamos iluminar las negociaciones y las tensiones en la familia, así como los efectos de tales intercambios en la subjetividad del joven.

2.2. Las tramas de la convivencia

Al adoptar una mirada atenta a los modos en que los y las jóvenes practican y comparten el espacio habitacional, nos adentramos en las dinámicas de convivencia; éstas no son ajenas a las modalidades que asuma tal espacio, pues las condiciones habitacionales influyen en las prácticas y las relaciones domésticas. No es lo mismo habitar un espacio con separaciones y puertas que posibilitan el aislamiento y admiten

un lugar para la intimidad, que habitar un espacio denso, con escasas divisiones internas, donde el grado pleno de cercanía incrementa las tensiones, los roces y los conflictos. Distintos tipos de hábitat permiten –y restringen– distintas maneras de usar el espacio y distintas formas de la intimidad.

Siguiendo a Giglia (2012), consideramos al espacio de la vivienda como “espacio doméstico” porque allí se efectúan las funciones más importantes de la reproducción y porque es el espacio que más se asocia a la vida familiar y a las rutinas de lo cotidiano. Según la autora, el espacio doméstico es el lugar donde “... el habitar –como proceso de domesticación– se desarrolla y se rehace permanentemente, renovándose a cada día y en cada momento” (Giglia, 2012: 30). A su vez, concebimos el espacio doméstico como un ámbito asimétrico y jerárquico, marcado por la distribución interna de poder de acuerdo con dos ejes básicos de diferenciación social: el género y la generación (Ariza y de Oliveira, 2010). Estas desigualdades condicionan los comportamientos y las interacciones, e inciden en la calidad de vida de sus integrantes. Por lo tanto, abordar el espacio doméstico requiere atender a las relaciones sociales que allí se establecen tanto en términos de cooperación como de conflicto (Ariza y de Oliveira, 2010; Margulis, 2009b)²⁷.

Aquí analizamos las dinámicas de convivencia en relación con el modelo de domesticidad dominante y las prácticas cotidianas concretas desplegadas por los y las jóvenes, con particular énfasis en sus formas de organización doméstica. El “modelo de domesticidad” remite a la demarcación de un “... deber ser para varones y mujeres, [que] pautaba la vida cotidiana, dibujaba contornos de un proyecto vital, y las conductas apropiadas para las relaciones de pareja y entre padres e hijos, conectando el orden familiar con el social” (Cosse, 2006: 31). En cuanto a la organización doméstica, nos referimos a los arreglos implementados en tanto componentes de las estrategias reproductivas de los hogares. A partir de una distinción analítica entre la dimensión cotidiana y la dimensión económica de las estrategias reproductivas, se considera la “organización doméstica” como la distribución de las responsabilidades de

²⁷ De acuerdo con Ariza y de Oliveira (2010: 82), “... el conflicto no implica necesariamente la violencia, aunque con frecuencia la precede. Esta puede ser vista como un modo inadecuado del manejo de las emociones, de resolución de los desacuerdos, partiendo del reconocimiento de las jerarquías de poder que estructuran el mundo familiar”. Las autoras advierten que con frecuencia las limitaciones impuestas por las fuertes carencias materiales empobrecen también la calidad de las relaciones intrafamiliares y elevan el riesgo de violencia.

producción de ingresos y de mantenimiento cotidiano entre los miembros de la unidad doméstica (Eguía y Ortale, 2007)²⁸.

A grandes rasgos, el ideal de familia nuclear y neolocal ha orientado las pautas de convivencia en cuanto a la formación de una pareja y una familia en un domicilio independiente, así como respecto a la organización doméstica. De acuerdo con Jelin (2010: 22), este modelo de familia tradicional ha sido caracterizado “... por la convivencia de una pareja heterosexual monogámica y sus descendientes, donde la sexualidad, la procreación y la convivencia coinciden en el espacio privado de un hogar conformado en el momento de la unión matrimonial”²⁹. A su vez, el modelo de familia tradicional involucra una organización patriarcal apoyada en tres pilares: la autoridad del marido, la subordinación de las mujeres y la dependencia de los/las niños/as (Jelin, 2010). En este marco, se ha establecido una división sexual del trabajo que ubica al hombre como responsable de la realización de las actividades generadoras de ingresos monetarios, y a la mujer como principal encargada del trabajo doméstico y de cuidado (Wainerman y Geldstein, 1994).

Con las transformaciones socioeconómicas y culturales ocurridas durante las últimas décadas del siglo XX, han ido emergiendo formas alternativas de organización de los vínculos familiares: otras modalidades de convivencia, otras sexualidades y otras maneras de llevar adelante las tareas de procreación y reproducción. Tal como advirtieron diversos estudios, ha disminuido el número de matrimonios respecto a las uniones consensuales y han aumentado los divorcios y las separaciones, lo cual se ha expresado en un incremento de la monoparentalidad y de las familias ensambladas (Jelin, 2010; Torrado, 2005). A su vez, se han generalizado las parejas en las que ambos cónyuges participan en el mercado laboral, con repercusiones en la estructuración de los roles de género tradicionales (López et al., 2012; Wainerman, 2005).

²⁸ Siguiendo a Eguía y Ortale (2007), la estrategia cotidiana de reproducción refiere a las prácticas relacionadas con la reposición generacional, la socialización de los/las niños/as, el mantenimiento cotidiano de los miembros de la unidad doméstica y la transformación del ingreso doméstico en consumo. Por su parte, la estrategia económica de reproducción incluye el conjunto de prácticas destinadas a la obtención de ingresos para asegurar la reproducción material de la unidad doméstica.

²⁹ De acuerdo con este ideal, las transformaciones arquitectónicas asociadas a la “vivienda moderna” buscaron “normalizar” el hábitat popular en un contexto de formación del Estado argentino (Ballent y Liernur, 2014). Según Liernur (1999), la construcción de la vivienda individual o unifamiliar, en la que se esperaba que habitara sólo un núcleo de convivencia, tenía por propósito erradicar las formas de habitar populares caracterizadas por la residencia conjunta de distintos núcleos familiares en una misma unidad de vivienda, en tanto eran consideradas formas promiscuas de habitar.

Los cambios en los roles sociales de la mujer han repercutido en el funcionamiento de las parejas y las familias, en las relaciones entre sus integrantes y en sus expectativas. En la vida doméstica, estos cambios han ido originando una demanda creciente sobre los varones para que éstos asuman mayores responsabilidades en las tareas del hogar y de cuidado, así como mayor implicancia afectiva, disponibilidad y proximidad a la familia (Faur, 2006; López et al., 2012; Lupica, 2009; Wainerman, 2005). Sin embargo, subsiste una normatividad en cuanto a que son las mujeres quienes tienen la responsabilidad central de ocuparse del cuidado cotidiano de los niños, niñas, personas mayores, enfermos; y, en rigor, son ellas quienes dedican más tiempo a las tareas involucradas en la reproducción doméstica (Esquivel, 2012; Gómez Rojas, 2013; López et al., 2012; Wainerman, 2005). En este sentido, el aumento de la participación laboral de las mujeres continúa produciendo “... una sobrecarga de trabajo cotidiano de las mujeres que deben combinar el trabajo remunerado con el trabajo doméstico de cuidado sin remuneración” (Jelin y Faur, 2013: 113).

Según Jelin y Faur (2013), esto se observa con notoriedad entre las mujeres de sectores populares, lo que resulta comprensible no sólo por la menor disponibilidad de recursos económicos para costear servicios de cuidado mercantilizados (servicio doméstico, pago de cuidados en instituciones para niños/as o ancianos/as), sino también por la mayor intensidad con la que operan los estereotipos de género tradicionales respecto a la distribución de responsabilidades de trabajo doméstico y extradoméstico. En estos contextos, las mujeres viven las tareas domésticas y de cuidado como una responsabilidad femenina, que asumen con el apoyo de redes de mujeres de la familia (Jelin y Faur, 2013; Krause, 2016; López et al., 2012).

En su estudio sobre los cambios en las formas de vivir en familia a partir de mediados de los ochenta, Wainerman (2005) advertía que las mujeres de sectores medios manifestaban un compromiso ideológico con un nuevo tipo de matrimonio entre pares: cuestionaban de modo explícito la atribución diferencial de responsabilidades y exigían que ambos miembros de la pareja se comprometieran de forma equitativa con el trabajo y con la familia. En cambio, las mujeres de sectores populares, aun cuando también participaban del mercado laboral, conservaban un ámbito privilegiado de identificación para cada miembro: la casa y los hijos para la mujer; el trabajo, para el varón.

En esta misma dirección se inscriben los hallazgos de la investigación de López et al. (2012) sobre las pautas de organización de las familias de estratos medios de la CABA. Tanto en los discursos de las mujeres como de los varones, las autoras registran la importancia que tiene el trabajo, así como el rechazo al rol exclusivo de ama de casa. Las mujeres expresan que no han estudiado para quedarse en su casa sino para ejercer su profesión; los varones aceptan la importancia que tiene el trabajo en la identidad y realización personal, por lo que también prefieren que sus esposas no estén todo el día en el hogar. Aun así, el estudio evidencia una distribución poco equitativa de las tareas domésticas y de cuidado de los/as hijos/as. Si bien existe una negociación, que se basa a veces en el gusto y otras veces en la obligación, prevalece una mayor responsabilidad doméstica entre las mujeres y perdura una división de roles basada en el género.

Por su parte, el estudio de Krause (2016: 99) sobre prácticas cotidianas en el cuidado de la salud, la educación y la economía doméstica de familias de clase media y clase trabajadora del AMBA destaca que, si bien en ambas se evidencia la identificación con tipificaciones y prescripciones tradicionales de género, entre las mujeres de clase trabajadora el embarazo intensifica las prescripciones en torno a la feminidad, la maternidad y la familia. Para algunas, “... la maternidad y la vocación de ser amas de casa constituyen proyectos personales desde pequeñas y se complementan con su desinterés por la educación formal” (Krause, 2016: 99). Para otras, la adhesión a este “estilo de vida” aparece durante la etapa de la juventud, entrando en conflicto con las experiencias previas y marcando un punto de inflexión, ya que “... la maternidad y la formación de una familia desplazan la atención originalmente dada a los proyectos ocupacionales y personales” (Krause, 2016: 100). Esto supone una diferencia con las mujeres de clase media, quienes procuran articular el rol de “ama de casa” con el de “profesional”, aun cuando la maternidad también constituya un punto de inflexión en sus trayectorias.

La persistencia en sectores populares de las denominadas “familias ocultas” (Torrado, 2003) también da cuenta de las limitaciones del modelo de domesticidad asociado a la familia nuclear neolocal. Como han mostrado diversas investigaciones sobre el hábitat popular, no sólo continúa siendo frecuente la residencia conjunta de distintos núcleos familiares en una misma unidad de vivienda, sino también la práctica de compartir entre varios miembros de la familia –y entre familias– una pieza en

hoteles-pensión o en villas, con la cocina y el baño por fuera (Cecconi, 2003; Cravino, 2009; Marcús, 2007; Toscani, 2018). Tal como apunta Pérez, I. (2012: 42), “... por necesidad o por gusto, voluntaria o involuntariamente, los usos introducen modificaciones a los espacios muchas veces inesperadas y creativas, que evidencian distintas apropiaciones del modelo familiar implícito en las formas del espacio”.

Por otra parte, aun cuando los lazos familiares siguen siendo el criterio central para la conformación de los hogares, han ido emergiendo modalidades de convivencia alternativas asociadas a la vida solo/a o con amigos/as, sobre todo entre la población joven y los sectores de mayor nivel educativo, tal como reflejan los datos estadísticos presentados en la introducción. En este sentido, resulta pertinente considerar el rol de los/as amigos/as, en tanto referentes del entorno afectivo juvenil. Estos vínculos conforman espacios de sociabilidad que ocupan un lugar preponderante en la vida cotidiana de los y las jóvenes (Chaves, 2010; Di Leo, Güelman y Sustas, 2018). Al dar cuenta de lo “vivido en común”, los vínculos generacionales permiten mirar “más allá de la efímera y extravagante vida individual” y acentuar la intersubjetividad, la afinidad y el sentimiento compartido (Maffesoli, 1990: 217).

Como parte de estos vínculos se encuentra la “pareja”, ya que suele constituirse entre pares de generación. Siguiendo a Margulis, Rodríguez Blanco y Wang (2003: 125), el término “pareja” alude a personas que se unen en un vínculo afectivo (que generalmente incluye la sexualidad), “... tomando en cuenta los sentimientos, la subjetividad compartida, los compromisos mutuos, el respeto de roles y de tareas en la convivencia”. En este sentido, la “pareja” puede incluir vida en común, espacios y tareas cotidianas compartidas, imaginarios que contienen proyectos y futuro, con menor preocupación por lo institucional y lo normativo, respecto a lo que ocurre en las construcciones de “matrimonio” y “familia”. Los autores advierten que, en jóvenes de sectores medios, los cambios en los modelos de pareja, asociados a las transformaciones experimentadas en los roles y las aspiraciones de las mujeres, dan lugar a zonas de negociación y conflicto que se vinculan con la persistencia de los viejos modelos de división del trabajo en el hogar y las dificultades para construir modelos de relación acordes a sus nuevas necesidades.

En suma, la dimensión “dinámicas de convivencia” aborda las maneras de relacionarse, las formas de la intimidad y la organización de la cotidianeidad en el

espacio propio. La vida social del hogar resulta más compleja de lo que los datos estadísticos nos dejan ver, dado que la trama intersubjetiva permanece oculta para quien mira “desde afuera”. En esta investigación apuntamos a explorar, a partir de los relatos juveniles, los vínculos afectivos que pueblan sus espacios cotidianos, las prácticas económicas y los arreglos domésticos que establecen para construir y sostener un espacio propio.

3. La estrategia metodológica

Tal como venimos exponiendo, esta investigación apunta a analizar cómo los sujetos protagonistas –los sectores juveniles– experimentan la transición residencial. En este sentido, nos distanciamos de los abordajes sociodemográficos para adoptar una perspectiva atenta a las interpretaciones que los propios sujetos realizan de sus trayectorias y, en particular, de la experiencia de formación de un hogar propio. El enfoque metodológico que utilizamos es cualitativo-interpretativo, en tanto privilegia la percepción de los actores y la comprensión del sentido de las prácticas desde su perspectiva (Vasilachis de Gialdino, 2006). Cabe advertir que, si bien priorizamos el abordaje cualitativo, también recurrimos a fuentes secundarias de carácter cuantitativo para determinar ciertas características educativas, laborales y familiares de los sectores juveniles del AMBA y describir las condiciones de acceso a la vivienda en la Ciudad y el Conurbano³⁰.

El universo de estudio se circunscribió a jóvenes que residen en el AMBA³¹. Como ya hemos señalado, si bien la categoría “juventud” se identifica con un período delimitado por una edad cronológica, no se la puede demarcar con la exactitud que suponen los criterios etarios; sus límites son variables y sus fronteras son sociales antes que meramente etarias. En rigor, los criterios de edad para enmarcar el período de la juventud son convenciones, es decir, están socialmente contruidos. En la Argentina, los

³⁰ Consultamos datos cuantitativos elaborados por organismos públicos y privados, tales como los datos INDEC, el ODSA, el Observatorio de la Juventud, la DGyE, la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda (SSDUyV) y los resultados de estudios realizados por consultoras especializadas en el mercado de la vivienda como Reporte Inmobiliario, entre otros.

³¹ Por AMBA se alude a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y al Conurbano bonaerense, que incluye los Municipios de Almirante Brown, Avellaneda, Berisso, Berazategui, Cañuelas, Ensenada, Escobar, Esteban Echeverría, Ezeiza, Florencio Varela, General Rodríguez, General San Martín, Hurlingham, Ituzaingó, José C. Paz, La Matanza, La Plata, Lanús, Lomas de Zamora, Malvinas Argentinas, Marcos Paz, Merlo y Moreno.

límites de la etapa joven se establecen entre los 15 y los 29 años³². Considerando estas convenciones, aunque sin ceñirnos a ellas ya que limitarían el objeto analítico, en esta tesis adoptamos como universo de observación privilegiado al segmento de edad comprendido entre los 20 y 29 años, aunque no hemos excluido la incorporación de otros según los emergentes del trabajo de campo.

De acuerdo con los aportes de la literatura especializada sobre los distintos modos de experimentar la juventud según el género y el sector socioeconómico, hemos adoptado estos atributos como criterios para conformar la muestra. Así, incluimos tanto a varones como a mujeres, y clasificamos a la población joven en dos grandes sectores: los sectores medios y los sectores populares³³. Esta clasificación, a primera vista un poco rudimentaria, ha resultado útil en otros estudios para dar cuenta de las diferencias registradas entre estos dos grandes agregados en las prácticas y los códigos culturales relativos a la afectividad, la familia y el hábitat³⁴. Aunque sabemos que esta polaridad no refleja la gama de situaciones intermedias, consideramos que constituye un punto de partida fructífero para explorar con mayor nitidez las semejanzas y diferencias en los modos de experimentar la transición residencial.

Numerosos estudios utilizan el nivel educativo formal y el capital educativo de la familia de origen como variable proxy del nivel socioeconómico de los y las jóvenes; también consideran la situación laboral y el tipo de ocupación por la centralidad del empleo como principal fuente de recursos económicos. Los “sectores medios urbanos” suelen distinguirse por sus niveles medios y medios-altos de instrucción (Sautu, 2016), así como por el tipo de ocupaciones desempeñadas en el mercado laboral, entre las cuales se incluyen dueños de pequeñas empresas, profesionales, técnicos y jefes, trabajadores administrativos y de comercio (Benza, 2016). En cambio, los “sectores populares” se caracterizan por sus niveles bajos y medios-bajos de instrucción, así como

³² Tanto el INDEC como la Dirección General de Políticas de Juventud adoptan este criterio y, dentro de esta franja, distinguen tres subgrupos: 15 a 19, 20 a 24 y 25 a 29. Mientras el primero se establece como “adolescente”, el segundo como “jóvenes” y el tercero como “jóvenes adultos”.

³³ Empleamos de modo equivalente los términos “estrato socioeconómico”, “sector social” y “clase”; además, optamos por la expresión “sectores medios” y “sectores populares”, en plural, para incluir una variedad de formas de vida que se diferencian por niveles de ingreso, educación, vivienda y consumos.

³⁴ Entre las investigaciones nacionales que adoptaron esta distinción entre “sectores medios” y “sectores populares”, identificamos los trabajos de Di Virgilio (2012) y Cosacov (2014) sobre estrategias habitacionales; los estudios de Wainerman (2005) sobre familia y vida cotidiana; y los de Margulis (2003 y 2007) y Chaves, Fuentes y Vecino (2016) sobre experiencias juveniles.

por el tipo de ocupaciones desempeñadas en el mercado laboral, entre las cuales se incluyen trabajadores manuales calificados (asalariados y trabajadores por cuenta propia con oficio) y trabajadores manuales no calificados y marginales (asalariados no calificados, trabajadores marginales y beneficiarios de planes sociales) (Benza, 2016; Semán y Ferraudi Curto, 2016)³⁵.

De acuerdo con estas consideraciones generales, para la selección de los informantes establecimos como “jóvenes de sectores medios” a quienes han alcanzado un nivel educativo igual o mayor al del colegio secundario completo, cuyos padres poseen trabajos de media o alta calificación y cuyo nivel educativo también es igual o superior al del colegio secundario completo. A su vez, consideramos como “jóvenes de sectores populares” a quienes poseen un nivel educativo menor o igual al del secundario completo, y en ocasiones son primera generación de estudiantes universitarios, que se desempeñan en empleos de baja calificación o informales (inestables y precarios –sin derechos o seguridad social–), aunque este criterio laboral ha sido flexible según las características particulares del caso. Respecto a sus padres, utilizamos como criterio que hayan alcanzado un nivel de estudios menor o igual al de secundario completo y sean inactivos, estén desempleados o posean empleos de las mismas características que los y las jóvenes.

De esta manera, nos aproximamos al universo de jóvenes que residen en el AMBA mediante una muestra intencional, conformada a partir del criterio de significatividad; es decir, seleccionamos casos que consideramos típicos. No buscamos representatividad estadística de la población general de la cual provienen los informantes, sino comprender los modos en que los actores atraviesan experiencias. La muestra quedó conformada por 41 jóvenes, 22 pertenecientes a sectores medios y 19 provenientes de sectores populares³⁶.

Dentro de este marco, la investigación se desarrolló en dos etapas. La primera, realizada entre 2013 y 2014, se focalizó en jóvenes de sectores medios; y la segunda, efectuada durante 2016, se concentró en jóvenes de sectores populares. Tanto en la primera etapa de la investigación como en la segunda, la principal técnica de

³⁵ Esta definición operativa pretende abarcar la heterogeneidad de situaciones educativas, laborales y económicas englobadas bajo la categoría “sectores populares”.

³⁶ A los fines de proteger la identidad de los y las informantes, a largo de la tesis hemos modificado de forma aleatoria los nombres, respetando el género de cada uno/a.

recolección de datos consistió en la entrevista en profundidad. Esta herramienta resulta pertinente para registrar los discursos de los actores acerca de sus experiencias, percepciones y valoraciones, y también para reconstruir los significados que los propios protagonistas atribuyen a los sucesos de su vida (Sautu, 2004). Consideramos que “... el relato que hace la persona no es sólo una descripción de sucesos sino también una selección y evaluación de la realidad” (Sautu, 2004: 23). Al hacer uso del lenguaje, los sujetos eligen uno de los modos posibles de construir un enunciado, condicionados tanto por estructuras sociales y culturales como por esquemas narrativos implícitos. Estas narraciones, producidas por el entrevistado en la interacción con la investigadora, son utilizadas como una forma de dato para acercarse a sus experiencias subjetivas. En términos generales, seguimos los lineamientos de la “entrevista narrativa” (Flick, 2007).

La entrevista narrativa se inicia utilizando una “pregunta generadora de la narración” que se refiere al tema de estudio y está destinada a estimular el relato principal del entrevistado. Esto sigue por un estadio de preguntas de narración en el que se completan los fragmentos que no se detallaron antes exhaustivamente. El último estadio de la entrevista es la “fase balance, en la que pueden hacerse también al entrevistado preguntas que apuntan a explicaciones teóricas de lo que sucedió y a hacer el balance de la historia, reduciendo el significado de la totalidad a su denominador común”. (Hermanns, 1995, en Flick, 2007: 111)

Dadas las particularidades de los sectores medios y los sectores populares, y sus heterogeneidades internas, en cada etapa adoptamos modos específicos de aproximación y de selección de los informantes, así como formas particulares de construir e implementar el instrumento de recolección de datos. A continuación detallamos estas singularidades, al reponer la experiencia del trabajo de campo con cada grupo juvenil, para luego describir de manera integrada la modalidad de análisis de los datos.

3.1. El trabajo de campo con jóvenes de sectores medios

Para establecer los primeros contactos, adoptamos el criterio de accesibilidad a través de redes personales, que nos conectaron con amigos/as o conocidos/as, y utilizamos la técnica de “bola de nieve” a fin de acrecentar y complejizar la muestra. A modo de pauta general, fijamos como límite que la salida del hogar de origen hubiese sido realizada hasta seis o siete años atrás respecto del momento de la entrevista y nos concentramos en la primera experiencia de hogar propio. Dado el carácter exploratorio del estudio, para la selección de los casos no partimos de categorías específicas definidas a priori, sino que, a medida que avanzaba el trabajo de campo de forma

simultánea al análisis de los datos, fuimos construyendo categorías que guiaron la búsqueda de nuevos casos. A su vez, tanto los datos cuantitativos sobre los tipos de hogar compuestos por jóvenes, así como las experiencias de amigos/as relatadas en conversaciones informales, contribuyeron a seleccionar los casos y a perfilar las preguntas.

El trabajo de campo se desarrolló en dos fases: la primera, entre septiembre y diciembre de 2013; la segunda, entre septiembre y diciembre de 2014. Durante la primera fase, por ejemplo, identificamos diferencias en las formas de conseguir una vivienda según el tipo de ayuda familiar: si se trataba de un regalo de la vivienda, de un préstamo monetario, o de un préstamo de la vivienda, con o sin cobro de alquiler. También surgió la categoría nativa “credipapis”, que deriva de la conjunción entre “crédito” y el diminutivo de “padres”, para aludir a los préstamos monetarios otorgados por la familia de origen para acceder a la propiedad. A partir de estos emergentes, en la segunda fase buscamos casos que permitieran indagar las distintas formas de ayuda familiar previamente identificadas, así como las significaciones que los y las jóvenes les atribuían en el marco del proceso de construcción de autonomía. Además, ampliamos el rango de heterogeneidad de la muestra considerando la situación del joven en la trayectoria vital respecto al estudio, el empleo y la situación afectiva. El lugar de residencia, sea en CABA o Conurbano, no se reveló como un factor de peso, ya que no introducía variaciones significativas en las formas de llegada a la vivienda o las modalidades de convivencia, tal como sí ocurrió en sectores populares.

La cantidad de informantes se estableció siguiendo el criterio de saturación de la información, es decir, hasta considerar que nuevos contactos no aportarían elementos novedosos para las categorías surgidas de los datos empíricos (Vasilachis de Gialdino, 2006). Finalmente, la muestra quedó conformada por 22 jóvenes –11 varones y 11 mujeres–, que tenían entre 24 y 29 años, y dejaron su hogar de origen entre el 2008 y el 2014. La mayoría habitaba en la CABA, en barrios como Caballito, Almagro, Villa Crespo, Palermo y Colegiales, que se caracterizan por contar con una adecuada infraestructura urbana y servicios sociales básicos (cloacas, agua de red y cocina con gas de red). Algunos residían en el primer cordón del Conurbano, en barrios con calles pavimentadas y redes de servicios, que eran cercanos a estaciones de trenes como Ramos Mejía y Haedo. En relación con las características educativas y laborales de los

padres, advertimos algunas diferencias, por lo que dividimos a los y las jóvenes de sectores medios en dos grupos: por un lado, con padres profesionales y propietarios (e incluso con más de una propiedad); y, por otro, con padres empleados o comerciantes, y propietarios o inquilinos.

Las entrevistas en profundidad siguieron el modelo de una conversación “cara a cara”, y se realizaron en las casas de los y las jóvenes, lo que permitió complementar sus testimonios con observaciones de la vivienda y del barrio de residencia. Con una duración aproximada de dos horas, y en un único encuentro, las entrevistas se iniciaban con una pregunta abierta acerca de cómo habían llegado a esa vivienda para luego introducir preguntas más específicas que giraron en torno a los tres ejes temáticos: las razones y expectativas en torno a la salida del hogar parental; las formas de conseguir una vivienda y las modalidades de convivencia. Estos ejes no eran restrictivos sino que más bien funcionaban como disparadores para la conversación, y los informantes introdujeron sus prioridades en los temas propuestos. Además, indagamos la formación educativa, la experiencia laboral, la situación respecto a la pareja y la familia propia, los espacios de sociabilidad y las características socioeconómicas de la familia de origen.

La proximidad social y cultural con estos jóvenes, con quienes compartimos no sólo el sector socioeconómico sino también la pertenencia generacional, se constituyó en objeto de reflexión desde el inicio de nuestra tarea. Si bien sabíamos que uno de los riesgos sería la familiaridad con sus experiencias, mediante el distanciamiento reflexivo esta proximidad fue, antes que un obstáculo, una garantía de “comprensión bien predispuesta” (Bourdieu, 1999), que profundizó el intercambio con los actores. Para producir el distanciamiento reflexivo acompañamos el trabajo de campo con numerosas lecturas sobre los modos de experimentar la juventud en sectores populares. Estas lecturas, así como la propia experiencia durante la segunda etapa de la investigación, cuando iniciamos el trabajo de campo con sectores populares, operaron como contrapunto para producir contrastes que iluminaron de forma recíproca ambos universos.

3.2. El trabajo de campo con jóvenes de sectores populares

Para aproximarnos a los y las jóvenes de sectores populares, movilizamos redes personales que nos facilitaron los primeros contactos a través de sus espacios de

militancia, docencia o trabajo territorial. Con estos informantes iniciamos una “bola de nieve” que nos permitió acrecentar y diversificar los contactos. Esta primera fase del trabajo de campo, desarrollada entre mayo y julio de 2016, se caracterizó por una composición de la muestra en la cual la mayoría de los y las jóvenes habían abandonado la escuela secundaria, se desempeñaban en empleos precarios de baja calificación y residían en villas o pensiones emplazadas en la CABA.

A fin de ampliar la heterogeneidad de la muestra y también incluir a quienes vivían en el Conurbano bonaerense, donde intuíamos por la literatura especializada que podríamos observar otras modalidades del habitar, iniciamos una nueva “bola de nieve” a través de colegas docentes de universidades nacionales del Conurbano. Esta segunda fase del trabajo de campo, desarrollada entre septiembre y diciembre de 2016 en el partido de Moreno, nos aproximó a jóvenes que habían finalizado la escuela secundaria e iniciado estudios superiores, y algunos se desempeñaban en empleos formales de baja calificación.

Siguiendo el criterio de saturación de la información, la muestra quedó conformada por 19 jóvenes –10 mujeres y 9 varones– que tienen entre 18 y 29 años y residen en el AMBA. Nueve habitan en el Conurbano bonaerense, más específicamente en el barrio de La Reja, Villa Trujui, Partido de Moreno; y diez habitan en la CABA: algunos en la villa 31 de Retiro o en la de Ciudad Oculta de Lugano, otros en hoteles-pensión o conventillos emplazados en la Zona Sur de la Ciudad. A fin de mantener constantes las condiciones macroestructurales en las que los y las jóvenes de sectores medios y sectores populares experimentaron la transición residencial, seleccionamos casos que habían construido un espacio propio entre el 2008 y el 2014; a su vez, si bien sus trayectorias biográficas evidenciaban mayores cambios en las situaciones habitacionales, optamos por concentrarnos en aquella experiencia asociada a la separación con la familia de origen y la construcción de un espacio propio.

La pregunta de los colegas sobre los criterios de selección de los casos para orientarse en su búsqueda nos hizo reflexionar sobre los modos de nombrar aquello que pretendíamos investigar sin clausurar los sentidos nativos. Influidos por la lectura de Grignon y Passeron (1991), y orientados por los abordajes de otros estudios sobre sectores populares, conocíamos los riesgos de aplicar los valores de los sectores medios como los válidos para medir y analizar las prácticas de los sectores populares, que no

necesariamente comparten con aquéllos experiencias y valores. Además, aunque intuíamos que las estrategias de cohabitación entre la familia de los padres y la familia de los hijos resultarían frecuentes, desconocíamos cómo esta situación habitacional sería percibida y significada por los y las jóvenes en relación con la formación de un espacio propio. En general, los estudios sobre estrategias habitacionales se concentran en la mirada del jefe/a de hogar, lo que suele corresponderse con la perspectiva de los padres, de modo que ignorábamos cómo los y las jóvenes perciben y significan la cohabitación.

En lugar de buscar jóvenes que “se hubieran ido de la casa de origen”, como habíamos operado en sectores medios, necesitábamos un criterio más difuso que no clausurara los modos propios de nombrar y clasificar. Dado que resultaba difícil transmitirles esto a los colegas que colaboraban en la búsqueda de los casos, optamos por acompañarlos a sus visitas al barrio o a sus clases en la universidad para conversar de manera informal con sus contactos e identificar en esas interacciones aquellas historias vinculadas con nuestro objeto de estudio. Mientras que en sectores medios el marco común de sentidos y experiencias sociales había permitido un abordaje directo del tema, aquí fue necesario un primer acercamiento de tipo exploratorio para captar e identificar los términos que empleaban al narrar sus experiencias habitacionales.

La llegada a los informantes a través de colegas que tenían con ellos contactos previos y frecuentes fue fundamental para realizar la entrevista en un marco de familiaridad y confianza. La gestión progresiva de los encuentros mediante mensajes de texto vía teléfono celular fue preparando el terreno para la situación de entrevista que, aunque intentáramos lo contrario, resultaría intrusiva y disruptiva de su cotidianeidad. En general, fue difícil establecer citas y compromisos con días y horarios fijos. Las cancelaciones por motivos como tormentas, accidentes domésticos, festejos familiares o tareas hogareñas se presentaban con frecuencia y, por lo general, a menos de media hora del encuentro pactado. En esos casos, intentábamos darle alguna facilidad para hacerlo ese día en otro horario o lugar y, de no lograrlo, tratábamos de pactarlo para un corto plazo. Sin embargo, hubo informantes a quienes nunca logramos recontactar.

Bajo el modelo de una conversación “cara a cara”, las entrevistas en profundidad se realizaron en un único encuentro y tuvieron una duración aproximada de dos horas. Al encontrarnos, les proponíamos una conversación informal sobre la vida cotidiana, la familia y la vivienda. Con la trayectoria vital como hilo conductor, nos deteníamos en

las descripciones sobre los cambios en las configuraciones habitacionales, así como en los modos en que las ordenaban y clasificaban en relación con otros eventos de su vida, como el estudio, el trabajo y la formación de la familia. Esto permitió la emergencia de categorías nativas, tales como “vivir aparte”, “espacio afuera” y “lugar propio”, que resultaron claves para orientar la búsqueda de nuevos casos y organizar las siguientes entrevistas.

Cuando el o la joven lo habilitaba, realizábamos la entrevista en su casa; esto permitía complementar los testimonios con descripciones de la vivienda y el barrio, y conocer mejor su cotidianeidad, ya que en general también implicaba pasar una tarde completa en el vecindario con otros miembros de la familia. En efecto, si bien nos propusimos realizar entrevistas individuales, en estos casos solía haber familiares y vecinos “dando vueltas”. La permanencia en el barrio, más allá del momento de la entrevista, nos permitió dialogar de manera informal, compartir sus actividades y adentrarnos así en un fragmento –espacial y temporal– de su vida cotidiana.

Cuando no era así, procurábamos que el encuentro se diera en las proximidades de su casa, en general en una plaza, y si al finalizar se prestaba la situación, les pedíamos un recorrido por su barrio, lo que solía terminar con la llegada a su casa. El beneficio de realizarlas fuera del hogar era que, en general, se lograba una conversación individual con mayor grado de intimidad, dado que no había terceros que intervinieran en el diálogo ni oídos que escucharan cercanamente. Como desventaja, teníamos que reconstruir las características de la vivienda donde habitaban a través de las descripciones realizadas por los entrevistados o preguntas concretas sobre el tipo de construcción y los servicios urbanos presentes en el barrio.

En los primeros encuentros, sobre todo con los jóvenes varones, resultaba difícil afrontar los silencios largos y reponerse a las respuestas monolíticas del tipo “no sé”, “sí”, “no”. Frente a estas frases cortas no sabíamos si terminaban allí, si retomarían luego o, incluso, si estábamos frente a un momento de quiebre personal, como ha ocurrido con algunas mujeres. La distancia social y cultural con este grupo juvenil, que fue iluminadora para el análisis de sus experiencias, dificultó en ocasiones la focalización en ciertos temas porque, a la luz de las diferencias, todo nos parecía relevante. Con la práctica y la continuidad en el campo, las entrevistas resultaron cada vez más fluidas y nos fuimos permitiendo mayor injerencia en la dirección que tomaban

las conversaciones. Así, hacia al final de la primera fase del trabajo de campo y durante la segunda, establecimos algunos ejes específicos sobre los cuales orientar y profundizar la indagación, que habíamos empleado con los y las jóvenes de sectores medios: las razones y expectativas en torno a la formación de un espacio propio; las formas de conseguir un lugar y las modalidades de convivencia. También recogimos datos sobre la formación educativa, la experiencia laboral, la situación afectiva, los espacios de sociabilidad y las características socioeconómicas de la familia de origen. Esto obedecía al interés por articular los relatos de los y las jóvenes de sectores populares con aquellos de sectores medios, y lograr un abordaje comparado.

3.3. El análisis de los datos

Dado el carácter exploratorio del estudio, la información recabada en el trabajo de campo ha sido sistematizada a fin de construir una tipología que permitiera reducir la complejidad de un campo poco conocido y describir de forma extensa el fenómeno. Partimos de realizar una lectura en profundidad de las 41 entrevistas realizadas a jóvenes y utilizamos la codificación como técnica de categorización. Construimos un manual de códigos que, en principio, tuvo en cuenta los tres ejes abordados en las entrevistas, y luego se completó y precisó sobre la base de la información recabada. Una vez codificadas las entrevistas, realizamos un análisis temático, siguiendo como criterio la comparación de respuestas entre los/las entrevistados/as (Taylor y Bogdan, 1986).

La primera parte de este análisis se basó en la comparación dentro de cada sector socioeconómico con la finalidad de establecer modos de construir un espacio propio, considerando diferencias y semejanzas entre jóvenes que comparten condiciones materiales de vida y tienen códigos culturales en común. A partir de las experiencias relatadas, distinguimos los arreglos de convivencia conformados según fueran “unipersonales”, “con amigos/as”, “en pareja” o “en familia”. Luego, avanzamos en la diferenciación del tipo de espacio habitado, procurando identificar categorías nativas; así, de los relatos de jóvenes de sectores populares surgieron tres modalidades del espacio habitacional: “adentro”, “aparte” y “afuera”. Del cruce de los arreglos de convivencia y la modalidad del espacio habitacional, emergieron tres modos de construir un espacio propio en sectores medios (la “casa de la amistad”, la “casa unipersonal” y la “casa de novios”) y cinco modos en sectores populares (“la pareja en

el espacio adentro”, “la familia en el espacio adentro”, “la familia en el espacio aparte”, “la familia en el espacio afuera” y la “vivir solo/a en el espacio afuera”).

Una vez establecidos los modos de construir un espacio propio en cada grupo social, avanzamos en forma analítica para superar el plano descriptivo, aunque no ignoramos que toda descripción contiene un primer nivel de interpretación. En esta segunda etapa procuramos conservar la perspectiva “emic” típica de los actores para tender hacia una perspectiva de tipo “etic”, acorde con los requerimientos de una ciencia interpretativa que supere el dato de la realidad observada e interpretada por los actores, arribando a una interpretación de las interpretaciones. Para ello, apelamos al aporte de las herramientas de análisis provenientes de la sociología de la cultura (Margulis, 2009a), con el objetivo de acceder a un nivel interpretativo y explicativo que permitiera profundizar los sentidos y los significados del caso (Geertz, 1987). Con estos lineamientos, realizamos un análisis comparativo de las experiencias juveniles de transición residencial en sectores medios y sectores populares, de acuerdo con las tres dimensiones propuestas: los desencadenantes de la salida del hogar parental; las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia.

La presentación de los resultados da cuenta de este procedimiento analítico. En los capítulos II y III narramos, desde el punto de vista del actor, las experiencias de los y las jóvenes de sectores medios y populares, respectivamente, según el modo en que han construido el espacio propio. Cabe advertir que, si bien estos modos emergen de la comparación sistemática y del análisis temático de las 22 entrevistas a jóvenes de sectores medios y las 19 entrevistas realizadas a jóvenes de sectores populares, a los fines de la presentación hemos seleccionado aquellos casos que resultaron más ilustrativos por su riqueza empírica y analítica. Así, optamos por recuperar las historias de 13 jóvenes de sectores medios y de 11 jóvenes de sectores populares (ver Tabla 1). En el capítulo IV realizamos una lectura interpretativa de los modos de construir un espacio propio a fin de establecer una mirada integral de las de transición residencial entre las generaciones recientes, en relación con la configuración de las subjetividades juveniles y la (re)producción de las desigualdades sociales.

Tabla 1: Características de los y las 24 jóvenes seleccionados/as

Joven	Sector socioeconómico	Edad		Modo de construir un espacio propio		
		de entrevista	de salida	Desencadenante de la salida	Tipo de espacio	Tipo de arreglo de convivencia
Federico	Medios	27	23	Crecimiento personal	Afuera	Amigos/as
Nicolás	Medios	28	24	Crecimiento personal	Afuera	Amigos/as
Clara	Medios	25	24	Crecimiento personal	Afuera	Amigos/as
Tomás	Medios	25	24	Crecimiento personal	Afuera	Amigos/as
Matías	Medios	25	24	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Rocío	Medios	27	25	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Pablo	Medios	27	27	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Noelia	Medios	28	25	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Daniela	Medios	29	27	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Andrés	Medios	27	26	Crecimiento personal	Afuera	Unipersonal
Lucas	Medios	27	27	Crecimiento personal	Afuera	En pareja
Agustina	Medios	27	26	Crecimiento personal	Afuera	En pareja
Gabriel	Medios	28	24	Crecimiento personal	Afuera	En pareja
Marcelo	Populares	28	21	Salida forzada	Adentro	En pareja
Angie	Populares	24	17	Salida forzada	Adentro	En pareja
Jésica	Populares	27	20	Formación de una familia	Adentro	En familia
Evelin	Populares	27	19	Formación de una familia	Adentro	En familia
Candela	Populares	25	19	Formación de una familia	Aparte	En familia
Rubí	Populares	25	21	Formación de una familia	Aparte	En familia
Juan	Populares	25	20	Formación de una familia	Aparte	En familia
Gisela	Populares	28	25	Formación de una familia	Afuera	En familia
Walter	Populares	29	27	Formación de una familia	Afuera	En familia
Kevin	Populares	20	18	Salida forzada	Afuera	Unipersonal
Gabriela	Populares	24	24	Salida forzada	Afuera	Unipersonal

CAPÍTULO II

MODOS DE CONSTRUIR UN ESPACIO PROPIO EN JÓVENES DE SECTORES MEDIOS

Este capítulo aborda los modos en que un grupo de jóvenes de sectores medios construye, habita y significa un espacio propio. A partir del cruce entre el tipo de arreglo de convivencia y la modalidad del espacio habitacional, establecimos tres modos de construir un espacio propio en sectores medios. A continuación nos adentramos en cada uno adoptando como hilo conductor las historias de vida de los y las jóvenes, las cuales han sido desarrolladas según las tres dimensiones analíticas del proceso de transición residencial: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia. Cabe advertir que si bien nos centramos en la experiencia de salida del hogar de origen, no desconocemos que tanto la forma de acceso a la vivienda como los arreglos de convivencia pueden cambiar a lo largo de la biografía, de manera tal que pueda haber reversibilidad y pasajes de un tipo de arreglo a otro, o que puedan producirse retornos al hogar parental.

1. La “casa de la amistad”: las historias de Federico, Nicolás, Clara y Tomás

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio propio en una vivienda independiente a través de la asociación con otros jóvenes (por lo general amigos/as, aunque también puede tratarse de hermanos/as o primos/as). La particularidad de este arreglo de convivencia radica en su carácter grupal no familiar; es decir, el hogar se construye sobre la base de relaciones afectivas horizontales, caracterizadas por la confianza y la intimidad, que no involucran la formación de una pareja ni de una familia propia. Los/as amigos/as, con quienes con quienes se compartieron espacios de sociabilidad preexistentes al arreglo de convivencia, operan como un apoyo emocional y afectivo, y a la vez como recursos para conquistar un espacio habitacional. A partir de lo que tienen en común, aúnan esfuerzos mancomunados y resuelven de manera asociativa los costos del alquiler y los gastos domésticos. Así, la “casa de la amistad”, elocuente expresión de un entrevistado, resulta un proyecto colectivo en el que

confluyen las expectativas de autonomía singulares y se consigue una vivienda, en general en alquiler, mediante una alianza juvenil³⁷.

Federico emprendió la salida de su hogar parental a los 23 años junto a dos amigos que conocía de la facultad, donde estudiaba la carrera de Relaciones del Trabajo. Entre los tres alquilaron un departamento en Villa Crespo (CABA). Federico habitaba con su papá en una casa ubicada en Liniers (CABA), que éste había heredado recientemente, a los 57 años. Sus padres se habían divorciaron cuando él tenía 17. Durante un tiempo vivió con su mamá y sus dos hermanas menores en el departamento que ella alquilaba en Flores (CABA); más tarde, decidió mudarse con su papa a Liniers: “me fui con mi viejo porque era más cómodo, me servía más para estudiar, ¿viste?, estaba como más solo todo el día en casa”. La madre de Federico es periodista y trabaja de manera *freelance* como coordinadora de grupos que realizan encuestas para consultoras; su padre, quien inició la carrera de Ciencias Políticas en una universidad privada pero no la terminó, es monotributista y trabaja como asesor de un diputado.

A los 20 años, Federico empezó a trabajar como encuestador en un *call center*, mientras cursaba la carrera de grado: “el laburo era tipo changarín. Trabajaba quince días al mes, con suerte, pero eso me alcanzaba para pagar mis cosas,irme de vacaciones con amigos, etc. No tenía que aportar a los gastos de la casa”. En ocasiones, Federico optaba por interrumpir el trabajo para dedicarse de manera exclusiva a estudiar; en esos casos, les pedía dinero a sus padres. A los 21 consiguió un trabajo “en blanco” en Aerolíneas Argentinas. Según cuenta, vivir con su papá le permitía combinar estudios y trabajo: “tenía todas las comodidades: me hacía la comida, me tendía la cama, no pagaba absolutamente nada. No tenía que pensar en nada más que ir a la facultad, ir a trabajar y eso era todo”. Por ello, cuando a los dos años, un amigo de la facultad le propuso “vivir juntos”, su primera respuesta fue negativa. Sin embargo, tras pensarlo unos meses, aceptó; a pesar de las comodidades del hogar paternal, Federico también buscaba mayor autonomía:

³⁷ Aquí nos remitimos a jóvenes cuya ciudad de origen es Buenos Aires, pero no descartamos que la “casa de la amistad” también resulte una modalidad recurrente entre jóvenes estudiantes que han migrado a la ciudad. Véase Cleve (2016) para un análisis de los procesos de migración interna de jóvenes que se trasladan a la ciudad de La Plata para comenzar la universidad.

Llegaba un momento en que me exasperaba porque era una invasión a la individualidad que ya me era insoportable a cierta edad, como... ‘dejame’’. (...) Necesitaba un espacio para hacer lo mío y hacer de ese espacio lo que se me cante, lo que se me dé la gana. Yo creo que eso fue muy importante. Y después, bueno, todas las expectativas que tenía también a nivel de la individualidad, de crecer yo mismo. (Federico)

Al relatar la salida del hogar de origen, Federico señala que asociarse con sus amigos le permitió afrontar los costos de una vivienda, lo cual hubiera sido imposible de forma individual. Sus ahorros no le alcanzaban para costear la “entrada” al alquiler y tampoco contaba con una garantía propietaria; en cuanto a sus padres, ellos no se encontraban en una situación económica para ayudarlo. Además, sus amigos también le brindaban el apoyo afectivo necesario para afrontar esa independencia: “creo que, si hubiese sido otra situación, si hubiesen sido otras personas, no me hubiese ido. Desde ese lado me convenció la situación”.

Decididos a emprender la salida del hogar de origen, Federico y sus dos amigos buscaron un departamento que estuviera cerca de la zona de la facultad y de sus trabajos; además, establecieron un punto de partida: “nos pusimos de acuerdo en que iba a ser una experiencia buena onda y en que cada uno se tenía que comprometer a realizar alguna tarea grupal, que sea en beneficio del grupo”. En menos de un mes, encontraron un departamento que los dejó “obnubilados”: “era gigante, tenía noventa metros cuadrados, con una habitación para cada uno, cerca de todo, cerraba por todos lados”. Según cuenta, lo alquilaron por inmobiliaria y pusieron el contrato de locación a nombre de los tres: “se decidió así para compartir responsabilidades”, indica Federico. Si bien él no conseguía garantía, “alguien puso la cara por ese tridente mágico que estábamos conformando y todos lo afrontamos con la responsabilidad que eso implicaba”. Al relatar aquel momento, Federico enfatiza la importancia de la contención grupal:

Los tres salíamos del nido materno, o paterno en mi caso, y nos embarcábamos juntos en un proyecto que no teníamos ni idea de... ¡Yo no sabía hacer arroz, imaginate, no tenía la más pálida idea! “Voy a vivir a *delivery*”, decía. Fue como muy divertido, digamos, ¿no? Un poco aprender juntos, un poco que, bueno, alguno sabe de alguna cosa, entonces enseña; el otro sabe de otra cosa, entonces enseña. Pero, al ser en conjunto, fue como muy divertido. Creo que si tuviese que haberlo hecho solo, por ahí hubiese encontrado una barrera un poco más dura. (Federico)

Aunque a Federico le parecía “divertido”, el hecho de que se fuera a “vivir solo” y con amigos le generó algunas discusiones con su padre. Por un lado, su papá le criticaba que

se fuera a alquilar: “¡vas a perder plata! Acá [en mi casa] vas a poder ahorrar. Tenés que pensar en el futuro y por ahí armarte un colchoncito para poder despegar hacia algo un poco más importante”. Por otro lado, su padre dudaba de que pudiera afrontar por su cuenta la vida doméstica —“si no te sabés hacer ni una salchicha, ¿cómo te vas a ir a vivir solo?”—, recuerda que le decía— y también dudaba de que pudiera finalizar sus estudios: “él me decía que, estando con él, estudiar se me hacía más fácil, porque no tenía que ocuparme de tareas domésticas o hacer otro tipo de trámites burocráticos, que por ahí con él estaban completamente saldados”. Si bien reconoce que él también tenía dudas al respecto, consideraba que irse a “vivir solo” era la oportunidad de ejercitar la independencia y, en ese marco, la incertidumbre era parte del aprendizaje. En esto también lo apoyaba su madre: “mi vieja era como ‘bueno, ¿te querés ir a vivir solo?, me parece bien, ya tenés edad, tenés que aprender a mantenerte’. Pasa que mi vieja era consciente de que yo no hacía nada en la casa de mi viejo”. Finalmente, su padre lo apoyó y el día que firmaron el contrato fue “toda una ceremonia”: “cayeron las tres familias, los padres con todos los hermanos. Sí, fue como toda una ceremonia porque, claro, cada padre viendo a ver quién era el tipo que se iba a vivir con su hijo, que era chiquito”.

En su relato, Federico destaca el nivel de decisión y autonomía que implica construir un hogar propio con amigos: “yo en la casa de mi viejo no tenía decisión alguna, digamos. Estaba todo armado, estaba todo estructurado de alguna forma. Esto era nuevo y había que armarlo de cero”. Para equipar el departamento recurrieron a los muebles que sobraban en las respectivas familias: “era caro comprar para equipar una casa y no estaba bueno tampoco comprar entre los tres porque en algún momento eso se iba a romper, ¿y después cómo hacemos? Digamos, como que era más para discordia que otra cosa”.

En palabras de este joven, sus amigos “suplantaban al núcleo familiar materno, pero con otro nivel de decisión, digamos, con otro nivel de autonomía”. En este sentido, Federico asocia la salida del hogar de origen a una experiencia de aprendizaje: “yo quería tener ese espacio de autonomía para poder divertirme, para poder crecer, aprender a estar con uno mismo, a estar con otra gente que no es tu núcleo familiar; era todo un proceso de aprendizaje”. Por ello, al referirse al alquiler, afirma: “el negocio

pasa por otro lado, por esto del crecimiento personal”; en sus palabras, alquilar era “invertir en vida”.

[El alquiler] formaba parte de una inversión y no de un gasto. Digamos, invertir en vida, en individualidad, en autonomía y crecer en todos esos aspectos que por ahí estaba como muy apichonado todavía por este abrazo de los padres, digamos. Entonces fue como que en ese momento dije: “bueno, es plata, es verdad, pero es plata que yo invierto en crecer, en aprender a manejarme solo, a tener mi espacio”. Y no me arrepiento para nada de esa decisión. (Federico)

Acerca de la organización doméstica, Federico cuenta que dividen entre “gastos personales”, por fuera del “matrimonio que teníamos nosotros tres” y costeados con dinero personal; y “gastos de la casa”, compartidos y administrados con dinero común: “compramos una estructura común: fideos, arroz, digamos, todo lo que se necesita estructuralmente en una casa... Productos de limpieza (...) Compartimos el *shampoo*, compartimos desodorante”. A su vez, en cuanto a las tareas domésticas, destaca que “siempre fue todo muy consensuado. Es, bueno, a ver quién limpia, quién va a hacer las compras, quién va a pagar, quién organiza tal cosa”. Por eso, para él vivir solo es aprender a “hacerse cargo”:

Acá uno ya no está apañado por una figura que corrige o que orienta (...), uno siente que hace las cosas sin consultar, que uno tiene decisiones propias, que con esas decisiones tiene resultados que pueden ser buenos, pueden ser malos, pero que son propios. Y además tiene el apoyo de los amigos. Nos remamos [apoyamos], ¿viste? Al principio, por ahí alguno lo levantaba al otro si alguno se había tomado una cerveza de más y se había acostado tarde. (Federico)

El relato de Federico evidencia el carácter festivo que, desde su origen, atraviesa el hogar con amigos: “como vivo con dos amigos de mi mismo estilo de vida, también era un espacio mucho más de fiesta. (...) Ellos dos compartían esta visión de disfrutarlo, de tratar de no descuidar algunos aspectos, pero de disfrutarlo a morir”. Para él, la casa tiene una “mística”; según cuenta, al principio, “todos los fines de semana era gente, gente circulando (...) Siempre: martes, miércoles, jueves, siempre te caía alguien; entonces tenía como esa mística también, ¿no? Era la casa de la amistad”. Federico señala que con los años fue mermando la atmosfera festiva y lúdica: con los compromisos profesionales y laborales, así como las relaciones de pareja más estables, fueron dejando aquel “estilo de vida”.

Creo que para mí por lo menos ese momento fue de fiesta, ¿no?, tratando por ahí de descuidar lo menos posible la facultad pero siempre invirtiendo, como... bueno, este es el momento para conocer, para salir, para hacer cosas que estoy cerca... estoy en el centro, en el núcleo de la Capital Federal, digamos, como moverme, aprender, como circular por... conocer. Esa creo que era la idea y ellos dos compartían mucho esta visión de disfrutarlo (...) a morir, a sabiendas de que eso en algún momento se corta. (Federico)

Después de cuatro años viviendo con amigos, y con un puesto más jerárquico en Aerolíneas, Federico está buscando un departamento para alquilar; aunque está en pareja hace dos años, quiere atravesar la “experiencia de vivir solo”. Dice haberse cansado de la dinámica grupal y necesita un “espacio más solitario” para enfocarse en sus estudios. Entre sus objetivos está finalizar la carrera para seguir creciendo en la empresa: “pasa que todo ese estilo de vida, más el trabajo, me hicieron atrasar un poco en la carrera; entonces dije ‘bueno, pará, ya la hiciste, ya tuviste cuatro años de joda con amigos, es momento de parar un poco’”. Con el manejo del dinero, Federico se propone empezar a ahorrar en vistas a la posibilidad de aplicar a un crédito y adquirir una casa: “es que que uno va tomando cierta edad y como que por ahí ya vas haciendo un viraje un poco a lo conserva, ¿no? Como diciendo: ‘bueno, pará un poquito, empezá a pensar un poquito más’”. Aunque se siente completamente independizado, reconoce que su padre le sigue lavando la ropa: “él insiste, viste. ‘Bueno, llevála’. Es como que es su forma también de seguir presente”.

Nicolás se fue de su hogar de origen a los 24 años, junto a dos “amigos de toda la vida”: “nos conocíamos de la misma escuela a la que fuimos al jardín, al primario y al secundario”. Según cuenta, optaron por “vivir juntos” porque los tres se querían ir a “vivir solos”: “Rama se quería mudar solo, Manu se quería mudar solo, yo... Y un verano, que fue, no sé, a los 24, empezamos a mirar casas”. Estudiante del último año de la licenciatura en Diseño de Imagen y Sonido, este camarógrafo *freelance* nunca sabía con cuánto dinero llegaría a fin de mes. Antes de mudarse “solo con amigos”, sabía que podía ocurrir que un mes no pudiera pagar el alquiler. Tampoco contaba con el “respaldo económico” de sus padres porque, al cerrar el “emprendimiento de venta de carteras y cinturones de cuero” que manejaban, sus ingresos se habían limitado a lo que vendían de forma autónoma; además, sus dos hermanos todavía vivían en la casa familiar. Al asociarse entre amigos, se “amortizaban” los gastos y, si un mes no podía afrontarlo, lo ayudarían. Para Nicolás, “eso era parte del aprendizaje”.

De alguna forma me iba a curtir, de alguna forma iba a conseguir la plata para pagar lo que tuviera que pagar. Así que sentía que era algo súper válido que te pase que un mes no llegues a pagar el alquiler o que un mes te endeudes o lo que fuera. Y fue lo que pasó, dos meses no tuve la plata y se la pedí prestada a mis amigos. (Nicolás)

Nicolás vivía con su mamá (arquitecta), su papá (contador), su hermano menor y su hermana mayor en una casa que era propiedad de sus padres, situada en el barrio de Colegiales (CABA). Según cuenta, su casa de origen siempre fue “muy abierta”. Su tía abuela los visitaba tres o cuatros días por semana y se quedaba a dormir allí; a su vez, “siempre había amigos míos durmiendo o amigos de mi hermano o amigos de mi hermana”. Aunque disfrutaba de la “multitud” y de que su casa fuera un “punto de encuentro”, Nicolás reconoce que “era muy difícil tener privacidad, intimidad o lo que fuera, muy difícil todo”. En búsqueda de un espacio propio dentro de la casa familiar, a sus 18 años dejó la habitación que compartía con su hermano y se trasladó a la habitación de servicio: “un cuartucho, un lugar donde sólo entraba una cama y nada más”. Si bien estaba cercano a las zonas comunes (cocina y living), eso le permitió separarse de su hermano y conseguir mayor intimidad. Esa búsqueda de privacidad fue uno de los motivos que lo llevó a abandonar el “nido”.

Entre los 18 y los 20 años, Nicolás tuvo “trabajos informales”: “eran para pagar vacaciones y ese tipo de cosas. Desde el día uno que entraba al trabajo sabía que lo iba a dejar a los tres meses para irme de vacaciones”. A los 20, por recomendación de su padre, quien lo notaba “muy desordenado”, empezó a colaborar en el emprendimiento familiar: “mi viejo tiene un emprendimiento: hace carteras de cuero. Entonces me dio la posibilidad de salir a vender cinturones y lo que fuera”. Este trabajo se acomodaba bien a sus tiempos y le permitía organizarse con la facultad, de manera que lo mantuvo dos años hasta que una amiga lo invitó a trabajar como camarógrafo en una película. Desde entonces, Nicolás se desempeña en su rubro de manera *freelance*. Durante el tiempo que vivió en la casa de sus padres, aprovechó para ahorrar, ya que no tenía que aportar a la economía hogareña; tampoco realizaba tareas domésticas. Tal como lo define, “el funcionamiento de la casa, el *backstage* estaba invisibilizado” porque lo realizaba Irma, la empleada doméstica que iba todos los días al hogar. Así describe las ventajas y desventajas de vivir con sus padres:

Tenés los beneficios estos de tener una casa ordenada casi sin darte cuenta de cómo funciona una casa, digamos. Irma iba todos los días seis horas. Y sí, era alguien más en la casa todo el tiempo y era la que hacía que se invisibilice, digamos, porque todo

siempre estaba limpio, porque todo siempre estaba ordenado. Es como que todo el funcionamiento de una casa estaba invisibilizado todo el tiempo porque tus viejos, al menos los míos por ejemplo, nunca les interesó que supiéramos cómo funcionaba una casa, digamos, como todo el *backstage*, el detrás de escena de la casa. Nada, es más cómodo vivir en lo de tus viejos. Pero, bueno, al ser así, al ser como era la casa de mis viejos, también tenía un montón de contras, que eran que no tenía espacios personales en los que podía, no sé... Y, bueno, otro beneficio importante es que no tenés que tener un ingreso fijo todos los meses viviendo en lo de tus viejos. Que ahora igual tampoco tengo un ingreso fijo, porque soy *freelance* pero bueno, sé que tengo que mínimamente tener todos los meses algo como para pagar el alquiler y vivir. (Nicolás)

La historia de Nicolás, así como la de Federico, evidencia que con los amigos se comparte dinero, garantía propietaria, objetos de equipamiento, información, contactos, entre otros y, a la vez, ellos mismos constituyen recursos para acceder a una vivienda. Los costos involucrados en el proyecto de salida de la casa de origen fueron discutidos y calculados en grupo sobre la base de las posibilidades económicas de cada uno. Nicolás cuenta que, antes de mudarse, “nos juntábamos en la casa de alguno y veíamos cuánta plata se gastaba en el departamento (alquiler, expensas, si faltaban cosas de cocina, muebles) y sumábamos las compras del supermercado, las más grandes, que eran para el mes”. De esta manera, el grupo de amigos –futura unidad doméstica– fijaba un “tope máximo” por persona que incluía alquiler, expensas, servicios y comida, y en función de ello emprendía la búsqueda de la vivienda. En general, el criterio siempre fue el mismo: una habitación por persona.

La vivienda elegida también debía cumplir con algunos requisitos: “lo que nosotros buscábamos era un PH con parrilla, era lo único que queríamos. Y un dormitorio para cada uno. Y, bueno, barrios. Había restricciones de barrios pero no muchas”. Finalmente, alquilaron un PH, con terraza y parrilla, en Caballito (CABA). Los gastos de “entrada al alquiler” los repartieron entre los tres y la garantía la tramitaron los padres de Nicolás. En cuanto al equipamiento, también constituyó una tarea colectiva, basada en regalos de la familia, el intercambio de objetos familiares usados y su puesta en común con los amigos: “cada uno fue rescatando de la casa de los viejos lo que pudo y después, a medida que fue teniendo la posibilidad de comprarse algo mejor o algo más cómodo, más funcional, lo iba haciendo”.

Al igual que Federico, al relatar cómo amueblaron el nuevo hogar, Nicolás señala el carácter transitorio de la “casa de la amistad”: “nadie quería comprar muebles grandes para el living porque sabíamos que eventualmente nos íbamos a separar, y difícilmente un mueble que te sirve para abarcar este living te va a servir para cuando te

mudés solo o en pareja”. Así, por ejemplo, nunca se pusieron de acuerdo con la compra de un lavarropas, de manera que Nicolás lleva su ropa sucia a la casa de origen, donde su madre se encarga de lavarla: “Entonces dije ‘ya fue’, si total mi vieja va a seguir lavando la ropa, entonces se la llevo a mi vieja allá’.

Para Nicolás, la experiencia de vivir con amigos lo ayudó a confiar más en él y le dio una “sensación de autonomía”: “de alguna forma sentí que yo podía, que no me iba a pasar nada malo, que estaba todo bien con salir de lo de tus viejos”. Por eso, aunque implica un gasto, el alquiler representa para él una “inversión” en sí mismo que le permitió “ganar experiencias”:

Para mí ni en pedo es tirar la plata. O sea, sí, duele pagar el alquiler. Hoy, justamente, tengo que ir a pagarlo [risas]. Me molesta ir a pagar el alquiler (...). Pero para mí ni en pedo es tirar la plata, para mí de hecho es como invertir, no sé, como yo lo único que hice en este tiempo fue ganar cosas, experiencia, conocimientos, sobre todo eso. Si me hubiese quedado esperando a juntar la plata para comprar una casa, todavía estaría viviendo casi con treinta años con mis viejos, que sería lo más triste que me podría haber pasado en la vida. (...) Yo diría que estoy invirtiendo en mí, digamos. Es como, no sé, ésta es una discusión que tuve una vez con el papá de una ex novia mía, que para él alquilar era tirar la plata... Para mí, no sé cómo explicarlo igual, eh, pero sí, es eso. Yo gané un montón yéndome de lo de mis viejos y alquilando... Tengo muchos recuerdos y muchas anécdotas lindas y situaciones copadas que de otra forma, de haber vivido todavía en lo de mis viejos, no hubiese tenido y que no las puedo cuantificar, no les puedo poner un valor. (Nicolás)

En cuanto a la modalidad de convivencia, Nicolás explica que “tenemos un pocito de la casa. Ponemos todos los meses. Juntamos para el alquiler y un poquito más, y ese poquito más va al pozo”. En su relato, este joven señala que el carácter distintivo de sus vidas es el “no cálculo”, el vivir al día, sin implicar por ello la inestabilidad. A diferencia de su casa familiar, en la casa de Nicolás “la heladera no tiene nunca cosas a futuro, siempre es con lo del día; la vida es como mucho más inestable... o menos calculable, no sé si inestable (...) Entonces no tenemos comida a largo plazo, porque lo más probable es que se termine pudriendo”. Así, a diferencia de sus padres, que hacían grandes compras mensuales, Nicolás destaca que ellos realizan compras diarias. Ahora bien, como advierte este joven, “acá nunca hubo nada etiquetado en la heladera. O sea, yo sé que si Juani tiene aceitunas y se las termino, se va a enojar. Pero, bueno, está todo bien, al otro día voy y le compro otras aceitunas”. Asimismo, aunque los jóvenes señalan que cada vez “los de afuera” tienen “más conciencia de la heladera del otro (...) y no te saquean la comida”, prefieren “separar” los gastos ocasionados cuando

participan amigos o parejas. Ante la pregunta de para qué usan el dinero del pozo común, explica lo siguiente:

Para la comida de Víctor Hugo [el gato], para los artículos de limpieza, para Lili, que viene una vez cada quince días a limpiar y para... ahora ya no pasa tanto, pero al principio se rompía algo y había que arreglarlo o decíamos ‘bueno, juntemos durante un tiempo para pintar el living’, que fue lo que pasó. O arreglar la cocina. Fuimos de a poquito arreglando la casa también con ese pozo. (...) Era como siempre para tener algo por alguna contingencia, pero no una fortuna. Tratamos de no tener mucha plata en el pozo. (Nicolás)

En la “casa de la amistad”, las decisiones hogareñas surgen de la experiencia compartida y, como tal, expresan aquello que los jóvenes tienen en común: si “no hay quórum, si no hubo acuerdo, quedan ahí”, señala Nicolás. En comparación con su casa de origen, este joven explica que “no hay reglas, bah, no es que no hay reglas, sino que las que hay son las mismas que yo prohibiría. O sea, no me vomités en la puerta del cuarto. O, si vomitás, limpialo [risas]”. Las tareas domésticas también se distribuyen de manera equitativa: “normalmente nos dividimos las tareas. El que va al súper normalmente es el que cocina y es el que no lava los platos”. Desde que vive con amigos, a Nicolás le gusta “experimentar” en la cocina: “en la casa de mis viejos no cocinaba, no lavaba los platos, no hacía nada del funcionamiento de la casa. Y acá siempre estoy experimentando, haciendo un montón de comida mala hasta que te sale una buena”. Así, el hecho de vivir solo con amigos le ha permitido reconocer aquellas tareas de mantenimiento del hogar que en su casa familiar estaban “invisibilizadas”:

Acá se visibiliza porque lo hacés vos. Entonces, si de repente vienen tres amigos tuyos y se quedan fumando porro en el living y después van y se cocinan a las tres de la mañana una entraña y hacen el sánduche y dejan todo sucio, y después se van a tocar la guitarra a la terraza y llevan los vasos y los dejan allá, al otro día los querés matar. Entonces cosas que por ahí no pensabas que te ibas a poner la gorra [vigilar] con ese tipo de cosas, cuando proyectás vivir solo, después te das cuenta que sí, que son re molestas, que vengan y te desordenen toda la casa y después tenés que hacerlo todo solo, digamos. (Nicolás)

El grado de confianza e intimidad permite generar una “dinámica más grupal”. Con los amigos se construye un nuevo grupo de convivencia, una “familia ad hoc”: “es casi como seguir viviendo con tus viejos pero sin tus viejos. Es como vivir con tus hermanos, digamos, una cosa así”. De algún modo, el carácter afectivo de la casa de origen permea el nuevo hogar: sobre la nueva casa de la amistad se proyecta lo que ha sido vivido en la casa familiar. Nicolás señala que en el hogar “no hay un jefe. Está bien

dividido todo”. Su relato enfatiza esta idea: “nunca una decisión se toma individualmente; en la medida de lo posible, nos esperamos a comer, hacemos actividades juntos... No somos tres personas que viven en una casa, digamos, somos como un grupo que vive en una casa”. En este marco, los mensajes del tipo “¿a qué hora llegás?”, “¿alguno cena en casa hoy?”, o “che, anoche no viniste, ¿qué onda?” no son vividos como obligaciones o formas de control, sino como parte del compañerismo o la fraternidad construida.

Me parece que mudarme con amigos fue una especie de generar como una familia ad hoc, no sé cómo explicarlo... La dinámica que se generó en la casa fue una cosa bastante familiar. En realidad, terminamos reproduciendo algo muy parecido a lo que pasaba en mi casa, sólo que con otras personas. Por ahí, eso era, era repetir ese vínculo con Juani y con Manu, que no eran de mi familia... Era como poder elegir sobre esos vínculos, y que esos vínculos no eran tan agobiantes como sí pasaba en mi familia, digamos. Si dos días no venía a cenar, Juani no me iba a hacer ningún planteo; por ahí mi vieja sí. (Nicolás)

Hace cinco años que Nicolás está de novio y, aunque disfruta de tener “semiconvivencias” en su casa, todavía no está pensando en vivir en pareja; según cuenta, primero le gustaría terminar la carrera: “me quedan dos materias, que las estoy cursando, y rendir tres o cuatro finales”. En cuanto a su trabajo, sabe que, por ahora, tiene que “agarrar lo que venga” en relación con sus tareas de camarógrafo: “filmo, edito y hasta propongo la idea, digamos”. Mientras tanto, sus padres lo ayudan pagando la cobertura de salud y la psicóloga. En verdad, Nicolás señala que, si bien ahora acepta esta colaboración porque siente que logró “una independencia estable”, cuando apenas se mudó esto le molestaba, ya que creía que “ahí estaba mi independencia, ¿entendés?, que en eso se jugaba mi individualidad, en yo poder comprarme mis cosas, yo poder bancarme solo”.

Viviendo “solo con amigos”, Nicolás también aprendió a ahorrar, algo que no hacía mientras vivía con sus padres: “en lo de mis viejos era un chiste. O sea, yo tenía un sueldo y ese sueldo no lo gastaba ni en comida ni en nada”. No obstante, destaca que al tener trabajos temporales le resulta difícil armarse un “colchón”, de manera que ahorra sólo cuando tiene un objetivo específico, entre los cuales destaca los viajes y la compra de un auto. Asimismo, al preguntarle sobre la posibilidad de comprar, él responde: “Sí, soñé mil veces con comprar una casa, pero son sueños, es imposible que yo compre una casa... al menos, hasta que se muera mi viejo [risas]”.

Clara tenía 24 años cuando se fue a “vivir sola con dos amigos”. Estudiante avanzada de la carrera de Psicología y con un trabajo como monotributista en una defensoría pública, esta joven señala que “había un tema de gastos, no me daba la guita [el dinero] para irme sola de ningún modo”. La dificultad no residía únicamente en conseguir una casa, sino también en equiparla y sostenerla en el tiempo, teniendo en cuenta los costos mensuales que implica alquilar. Además, el hecho de irse con un amigo y una amiga “de toda la vida” le ofrecía un soporte afectivo: “le tenía pánico a la cena sola delante de la tele, no quería que pasara eso. Como que la dinámica más grupal hacía más fácil irme”. En el siguiente testimonio Clara cuenta cómo fueron “maquinando” la salida del hogar:

A Cami [la amiga] la conozco desde los trece años más o menos y era como la cantada que en algún momento iba a pasar. Nos íbamos de vacaciones juntas siempre... todo. El proyecto de mudanza era con ella. Y el año pasado estábamos las dos laburando en el centro, ya veníamos maquinando y empezamos a buscar y todo. En el medio enganchamos a uno de los chicos, porque siempre ser tres era mejor, y medio como que empezamos en chiste: “dale, venite con nosotras”. Y medio como que se fue enganchando... Y a último momento fue: “mirá, nosotras ya estamos por reservar un departamento, ¿sí o no?”, “bueno, sí”. Y empezamos a buscar para los tres. (Clara)

Clara vivía con su mamá, su papá y su hermano menor, en una casa ubicada en Flores (CABA), de la que sus padres eran propietarios. Según cuenta, su mamá es psicóloga, aunque no ejerce, y su papá comenzó a estudiar administración de empresas pero nunca terminó; juntos pusieron una empresa que importa insumos médicos y distribuye en la Argentina. Su hermana mayor se había ido del hogar hacía ocho años, lo que le permitió a Clara tener el “cuarto entero” para ella. Si bien estaba cómoda, señala que quería un espacio propio: “tener mi espacio y decir ‘acá hago lo que quiero’. Mi vieja, además, es de esas madres muy pesadas, perseguidas y todo. Sufre si llego tarde, si no llego tarde, esas cosas. Quería liberarme un poco de eso”. Otra cuestión que señala Clara remite a las relaciones sexuales dentro de la casa familiar. Mientras estuvo de novia, eso no había sido un problema porque había un acuerdo implícito con sus padres de que estaba permitido; sin embargo, al separarse y tener relaciones ocasionales, no tenía un espacio donde se sintiera cómoda, ya que invitar a alguien a la casa de sus padres implicaba “presentarlo”. Por otra parte, Clara cuenta que necesitaba “tener algo que controle yo” porque, aunque trabaja desde los 18 años, la vida en el hogar familiar siempre había sido “muy de arriba”:

Yo, cuando terminé el colegio, empecé a laburar, mientras cursaba el CBC. Tenía, no sé, 17, 18 años. Pero siempre era como (incluso planteado desde ellos) que mi guita era para mis vacaciones, para comprarme cosas que quisiera. Como para la facultad, para comprarme un libro, si en vez de las fotocopias quería el libro, y cosas así. Pero, si no, fueron siempre ellos los que ponían la guita y se encargaban de todo. La limpieza... venía Mechí a limpiar, que era la que cuidaba a mi vieja cuando era chica, no sé qué, que la amábamos todos, nos cuidó a nosotros y todo. (...) Fui muy hija sin responsabilidades [risas]. (Clara)

Hacía un año que Clara estaba trabajando en la defensoría pública y, al no tener que aportar a la economía hogareña, había ahorrado el dinero suficiente para costear parte de la entrada al alquiler. Según cuenta, al darles la noticia, sus padres reaccionaron bien, aunque temerosos: “lo primero que me dijeron fue ‘¿cómo vas a hacer con la plata?’”. A diferencia de las historias anteriores, Clara podía contar con el apoyo económico de su familia, pero prefería “arreglarse sola”. En efecto, aun cuando reconoce que sus padres siguen pagando varios de sus gastos –la cobertura médica, el abono mensual del celular y el psicólogo–, esta joven siente que en el terreno del dinero “se juega” la independencia. Por eso, cuando durante un tiempo el dinero no le alcanzó y tuvo que pedirles ayuda a sus padres, destaca que fue un “préstamo” y no un “regalo”, ya que se lo devolvía “medio en cuotas” y “sin interés”. De acuerdo con sus testimonios, devolver el dinero tiene un valor simbólico: expresa su capacidad de autosustentación. En sus palabras, “sentir que hay algo que yo hice, que me esforcé para conseguir y que logré hacerlo yo sin depender de mis viejos”. Frente a la pregunta por las razones de devolver el dinero, a pesar de saber que sus padres no lo necesitaban, Clara responde lo siguiente:

Me pasaba esto también de “bueno, me mudé”, y necesito saber que me mudé y que la plata la puse yo, y si después me tuviste que prestar fue circunstancialmente porque en ese momento no tenía el efectivo y yo te lo devuelvo, y listo. (...) A mí toda la vida (lo que te decía antes) me arreglaron para que alguien me viniera a cuidar, que alguien me fuera a buscar, que alguien me llevara, que me compraran lo que necesitaba. Como toda una vida muy dada y muy sin esfuerzo. Hay algo ahí desde lo totalmente subjetivo de necesitar romper un poco con el “te vino la vida regalada” y sentir que es algo que me gané y me merezco. (Clara)

Antes de mudarse, Clara recuerda que acudieron a amigos y conocidos con experiencia en “vivir solos con amigos”: “nosotras teníamos una amiga, que también vivía sola con dos amigas, entonces nos juntábamos para ver cómo era la idea. Y le fuimos preguntando las experiencias de qué era lo que por ahí nos podía aconsejar”. Con los consejos de sus amigos, comenzaron la búsqueda: “lo que queríamos era sí o sí tener un cuarto cada uno, menos de eso no. Y después no teníamos muchas limitaciones de zona,

estábamos buscando medio por todos lados”. En verdad, ese buscar “por todos lados” se restringía a la CABA: “todo Ciudad, capital, sí. Porque los tres somos de capital y estamos con una vida muy de capital. Los tres estábamos en el momento en que nos mudamos estudiando, trabajando, todo, ¿entendés?”. Finalmente, con el “visto bueno” de los padres de los tres, alquilaron un departamento de cuatro ambientes ubicado en Almagro.

Nos dividimos los gastos entre los tres. Eso ya estaba pautado: hicimos las cuentas de cuánto era, llevó cada uno la parte que le correspondía. El día que llegamos, el Negro [el amigo] no había llevado la plata, dijo: “no, tengo que ir al cajero”, no sé qué. Entonces mis viejos que habían llevado más plata por las dudas pusieron la plata suya y después se la devolvió. Bah, me la devolvió a mí y yo se la di a mis viejos. Y la garantía... ahí teníamos un problema porque ninguna de las tres casas de los padres podía, porque eran bien de familia, así que la terminó poniendo la abuela de Cami. (Clara)

En cuanto al equipamiento del hogar, Clara afirma: “¡mi casa es un gran rejunte de un montón de cosas! Nada tiene que ver con nada”. Como ocurría en las historias anteriores, en la “casa de la amistad”, los objetos usados son la norma porque asumir de forma colectiva estas compras representa una complicación. Los bienes que pueblan la casa de la amistad tienen una historia, provienen de otras casas familiares, les pertenecían a tíos, abuelos, padres o hermanos; así equipadas, son una suerte de casas collage.

Mi familia me regaló la heladera, que era como el problema principal. Después todo lo demás lo fuimos de rejunte [juntar]. (...) Yo tenía una cama de dos plazas que también era una cama de mi tía, creo, que había tenido mi hermana, que mi hermana después cuando se mudó se llevó la de mi mamá, que cambió la cama. Así: vueltas. Y yo me quedé con la de mi tía. Cami tenía una cama prestada por la hermana también, que se había mudado con el novio, entonces tenían los dos camas, le quedó para ella. (Clara)

Al igual que señalan Federico y Nicolás, la “casa de la amistad” está atravesada por una dinámica grupal; Clara cuenta que, al momento de la cena, llegan los mensajes al celular: “¿alguno cena en casa?”, “sí”, “no”, y ahí vemos, pero medio día a día dependiendo cuántos somos”. Tal como señala Clara, si bien ese tipo de mensajes eran vividos como “control” cuando vivía en la casa familiar, el hecho de que sea entre amigos les da otro carácter: “uno lo vive distinto viniendo de un padre que viniendo de un amigo. Y no molesta”. Respecto a la organización doméstica, Clara y sus dos amigos realizan “compras comunes” de forma individual y llevan un registro de los gastos:

“cada uno las va pagando y anotando. Y a fin de mes o cada quince días hacemos una cuenta y vemos: ‘bueno, che, vos me debés \$ 200, yo te debo a vos \$ 100. Bueno, listo, ya está’”.

Cada uno va comprando. Lo que hacemos es, por ejemplo: yo voy, compro papel higiénico, compro Cif y compro no sé qué, bueno, eso lo anoto en el cuadernito de las cosas comunes. El resto de las cosas son para mí, yo sola. Igual obviamente tiene sus complejidades de recriminaciones típicas, Cami y yo le hacemos por ejemplo al Negro, no compra nunca nada. Dale, un día comprá. O el papel higiénico he hecho huelga: “no voy a comprar papel higiénico hasta que alguno vaya a comprar”. Y quizás pasábamos dos o tres días en casa sin papel higiénico o sin shampoo, por ejemplo. Dale, loco, compre alguno. Pero, bueno, son como esas pequeñas guerras de convivencia que... esas son las que menos me joden igual, porque no pasa nada. (Clara)

El hecho de “vivir sola con amigos” también la ha vuelto más consciente del dinero y de sus gastos; en sus palabras, “ahora me noto distinta en eso, en que tengo más dimensión de lo que salen las cosas. Y después sí es diferente porque tengo que contar qué gastos hago. Sé que tengo que ser más consciente”. Sin embargo, también destaca que vive los gastos desde el “placer”: “laburo, tengo guita y, bueno, no sé, me saqué una entrada para ir al recital y, bueno, me saqué yo una entrada para ir al recital porque tengo ganas y está perfecto”. Para Clara, ese “nivel de decisión” hace de su hogar un “espacio propio”: “nadie me juzga, nadie tiene voz ni voto de lo que hago yo en mi casa y eso siento que lo hace muy mi espacio”. Al preguntarle por sus proyectos, Clara señala que le gustaría renovar el contrato y seguir viviendo con amigos. En algunos años, con ayuda de sus padres, espera poder adquirir una propiedad. Por el momento, con su novio no están pensando en convivir: “siento que hay algo del vínculo hogareño en pareja que todavía no tengo ganas”.

Creo que hay algo del momento de la pareja de que tiene que ser para mí un momento especial para poder afrontar el vivir juntos, que creo que no estoy todavía en esa situación. Y también hay algo de ganas de... Para mí algo del vivir en pareja que es como medio... siempre lo pensé, de poder disfrutar también mi juventud con amigos, teniendo mi espacio. Siento que uno se va a vivir en pareja y quizás es como medio ya clausurar una etapa de la vida demasiado rápido. Como que ahora me da más ganas de hacer otras cosas, de cada uno tener su espacio, cada uno hacer sus cosas. Y me da ganas de vivir... juntarnos todas las pibas en casa y que esté todo bien y seguir extendiendo todo esto, me parece. (Clara)

Tomás, un joven de 25 años estudiante de Psicología, relata que hace un año se fue a “vivir solo” y en seguida se corrige: “el irme solo no es literal, sino que es irme de mi casa [la de origen]. De hecho, nunca la pensé solo porque no me daba [el dinero]”. Si

bien no ayudaba económicamente en su hogar familiar, con sus ingresos pagaba el monotributo, costeara la universidad privada donde estudiaba y solventaba sus gastos personales, entre los que se incluían gastos fijos como el abono del celular, el mantenimiento de la tarjeta de crédito y la cobertura médica. “Lo principal era el temita de la economía, que solos es muy difícil”. Por eso no lo dudó cuando surgió la posibilidad de vivir con dos de sus amigos.

Esto empezó como un proyecto hace un año y medio, más o menos. Nosotros nos conocemos, somos un grupo de amigos. Desde hace cinco años que jugamos al fútbol. Y nos empezamos a juntar con otros que más o menos se conocían y se armó un grupo de catorce. A partir de ahí, siete u ocho, nos empezamos a hacer más amigos y de esos siete u ocho, ahora somos tres acá, que vivimos, que se dio que el año pasado, más o menos seis teníamos ganas de vivir solos. Entonces, dijimos, bueno, “solos” solos no se podía porque es muy caro. Y nos pareció una buena posibilidad, por ahora, de vivir con alguien: de a tres o de a dos. En ese momento, eran tres porque, bueno, éramos tres los que nos queríamos ir justo en el mismo momento. (Tomás)

Tomás vivía con su mamá –psicóloga– y su hermano menor en una casa en Vicente López, que su madre había heredado al fallecer sus padres. Según cuenta el joven, su mamá y su papá se habían divorciado cuando él tenía 15 y, desde entonces, él no se comunica con su padre. En su casa familiar, Tomás se sentía “muy cómodo”, porque desde los 19 se había armado su propio cuarto en el garaje –“sacamos el portón, pusimos una pared, una ventana y se hizo el cuarto”– y no realizaba ninguna tarea doméstica: “en casa estaba Norita, que limpiaba todos los días, así que no tenía que lavar, ni cocinar, ni planchar, ni nada, ni hacer la cama”. Sin embargo, desde hacía un año que estaba pensando en “irse a vivir solo”. La decisión de Tomás se vinculaba con el deseo de independizarse de su madre: “tenía que avisarle todo, si iba a la facultad, cuando llegaba ahí, cuando volvía a mi casa; si salía, a dónde salía y a qué hora volvía. Me sentía como que me estaba controlando todo el tiempo y me molestaba mucho”. La decisión de irse a vivir solo también estaba asociada a las ganas de habitar en la CABA. Tomás se movilizaba todos los días hacia “la Capital” para cursar y trabajar, ya que desde hacía tres años se desempeñaba como capacitador en la Subsecretaría de Derechos Humanos; también iba los fines de semana para salir con amigos y jugar al fútbol.

En su relato, Tomás destaca que no fue fácil separarse de su mamá y su hermano: “yo tenía miedo de que por ahí se perdiera eso... esa cosa de la familia, que por ahí al estar menos, ir menos o compartir menos cosas”. Por otro lado, su madre

tampoco recibió bien la noticia de que Tomás se fuera del hogar: “lo que ella creía era que por ahí no era momento para hacerlo, que por ahí me convenía esa plata tenerla para viajar... Ella no me veía lo suficientemente maduro para irme”. A pesar de las dificultades, Tomás quiso emprender ese “camino”; para él, irse a “vivir solo con amigos” representaba una “prueba”: “quería probar si era capaz de hacerlo, si lo podía hacer, si tengo la capacidad en este momento”. Tal como evidencia su testimonio, tener un “espacio propio” era un “desafío” que quería afrontar: “me motivó eso de tener que arreglarse para trabajar, para pagar las cuentas como también la... no sé, la soltura que tiene decidir tus propios horarios, decidir tus cosas, no tener que estar avisando ni esas cosas”. En este sentido, la formación de un hogar propio con amigos era un modo de experimentar la vida solo en una atmósfera de acompañamiento y diversión. Para Tomás, la “casa de la amistad” es una “casa de transición”:

Siento que es una casa de transición, un lugar que yo lo voy a utilizar para aprender. En ese sentido, es como un lugar en el que estoy de paso. No es la casa que, obviamente, querré toda la vida, pero como para practicar para este momento me parece que está bueno también no vivir “solo solo”. (Tomás)

A través del “boca en boca”, Tomás y sus amigos le alquilaron a “un conocido” un departamento de cuatro ambientes en Colegiales (CABA). Se trataba de un joven, amigo de la hermana de uno de ellos, que había vivido allí con su madre hasta que ella falleció y prefería mudarse. “La hermana de uno de los chicos habló con este pibe y nos comentó: ‘che, lo quiere alquilar. La verdad que está muy barato. Si quieren, vayan a verlo’”. Según cuenta Tomás, al ser “dueño directo”, no hubo comisión y eso abarató los costos de entrada a la vivienda. Además, “el precio estaba bien, así que hicimos un contrato, y había que pagar el primer mes por adelantado y un depósito que se devolvía al final. Eran como diez lucas de una, entre los tres”. Como se puede advertir, aunque le alquilaron a “un conocido”, se firmó un contrato y se estableció un aumento anual del 10%. También intervino un profesional pero, de nuevo, se trataba del padre de unos de los jóvenes, que era abogado, y no les cobró.

Fue todo mucho más simple. Por el hecho también de que nos conocíamos y que el contrato lo armó el papá [de Alan, uno de los cohabitantes], que es abogado. Ni siquiera tuvimos que pagarle a un escribano, nada. (...) En ese sentido también nos simplificó. Se puso él de garante y me puso a mí como que yo alquilaba. (Tomás)

Al igual que en las historias relatadas, la organización doméstica es una tarea colectiva. Según cuenta Tomás, realizan dos compras al mes en las que incluyen “todo lo que sea compartido”: “comida, bebidas, limpieza y cosas de higiene”. Para gestionar el dinero cuentan con una aplicación en el celular en la que van ingresando los gastos que hace cada uno: “tenemos esa aplicación con la que más o menos nos vamos guiando y que la misma aplicación te dice quién le debe a quién y cuánto”. Respecto a las tareas domésticas, después de algunos ensayos y errores, establecieron algunas pautas; por ejemplo, en cuanto a la ropa, acordaron que el desorden se mantuviera dentro del cuarto propio. También optaron por dividir algunas tareas:

Después, lo que se intentaba hacer era que cada uno lo que usara, lo lavara, que al principio funcionó, que ahora ya, de a poquito, va quedando por ahí. Entonces, por ahí uno ve que ya no se puede más, entonces se sacrifica: lava todo y después, bueno, lava otro y vamos haciendo así. Y, nada, después había otra [pauta], que era que el que cocinaba, no lavaba. Entonces, los que cocinaban, por ahí, si uno cocinaba, el otro ponía la mesa y el otro lavaba. Como que tratamos de dividir las tareas. (Tomás)

En general, estos jóvenes mantienen una dinámica grupal y se esperan para cenar: “lo que mayormente compartimos es la cena, que sí, hay uno de los... Alan y yo, que más o menos cocinamos, y Agus es el que siempre lava, al que le toca lavar”. También se consultan antes de invitar a sus novias o amigos, ya que, como señala Tomás, “ésta es una casa de tres”. Al igual que en las historias relatadas, en este hogar tampoco hay un “jefe”: “está bien dividido todo. Hay uno que se encarga de las expensas, otro se encarga de los gastos de la tele, el teléfono e Internet, y el otro se encarga del alquiler”. Para Tomás, el hecho de vivir solo le permitió aprender a administrar mejor su dinero, e incluso con sus amigos optaron por disminuir las salidas para reducir gastos: “antes, por ahí, íbamos mucho al cine, así de ir a jugar al fútbol en la semana o ir al cine o ir a comer; todo eso se bajó mucho más, y por ahí nos juntamos, pero nos juntamos acá”.

Al tiempo que destaca las ventajas de la vida con amigos, Tomás también señala algunas complicaciones asociadas con la posibilidad de estudiar en la casa; de hecho éste había sido uno de los motivos que había considerado antes de mudarse. Según cuenta, él había querido esperar a recibirse, pero sus dos amigos le insistieron y él sabía que, de lo contrario, perdería la oportunidad. “Yo prefería por ahí esperar un poco pero, bueno... Sabía que acá se iba a complicar y, la verdad, sí, se complica porque siempre hay gente, siempre están en la Playstation, lo que sea, cosas que a mí me distraen para

sentarme [a estudiar]”. Por eso, suele irse a la biblioteca de la facultad, a un bar o, incluso, a la casa de la madre.

Con todo, y ya a un año de “vivir solo con amigos”, señala que es una experiencia que lo ayudó a “crecer”: “siento que el cambio ayudó y todavía sigue ayudando para también crecer y para todo eso de ser maduro y responsable. Creo que para mí hubo un crecimiento y que también me parecía que era necesario”. Por ello, al igual que Federico o Nicolás, Tomás concibe el alquiler como una “inversión en crecimiento personal”.

Para mí también es un inversión, más allá de que por ahí esto no sea mío, creo que es una inversión en el sentido personal, en cuanto a los desafíos que me genera. En ese sentido, me parece que es más una inversión en crecimiento personal. No siento que esté tirando la plata a la basura porque me da todo esto. Por ahí, sí, alguien viene y dice: “te hubiese convenido ahorrar para comprarte una casa”, puede ser, pero me parece que en este momento decido ponerlo acá. Por ahí más adelante pasa que no, pero por ahora no lo siento un problema. (Tomás)

2. La “casa unipersonal”: las historias de Matías, Rocío, Pablo, Noelia, Daniela y Andrés

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio propio de manera individual en una vivienda independiente. “Vivir solo-solo”, como enfatizan los y las jóvenes, se presenta como una experiencia habitacional que, al igual que la “casa de la amistad”, articula deseos de libertad y autonomía respecto de la familia de origen, y opera como un espacio de autorrealización. Ahora bien, mientras en la “casa de la amistad” el alquiler es la forma predominante de conquistar el espacio habitacional, en la “casa unipersonal” aparecen modalidades diversas que, además del alquiler, pueden involucrar el regalo o el préstamo de una vivienda, así como también el préstamo de dinero para su adquisición. En este sentido, al señalar que se construye un espacio propio de manera individual no desconocemos las redes de relaciones que intervienen en el acceso a una vivienda o en las formas de habitarla, sino que pretendemos enfatizar el carácter unipersonal de este tipo de hogar.

Matías se fue a vivir solo a los 24 años cuando sus padres le regalaron –a él y a su hermano mayor– un departamento, comprado gracias a una herencia recibida al fallecer la abuela. Este joven vivía con su mamá, su papá y su hermano en una casa ubicada en Caballito (CABA), de la que sus padres eran propietarios. Hasta los 22 se dedicó de manera exclusiva a estudiar Ciencias Biológicas en la Universidad de Buenos

Aires; había empezado la carrera apenas terminó el secundario pero tres años después decidió dejarla por “indecisión vocacional”. A partir de entonces se anotó en varios cursos de guitarra y canto, en seminarios de cine y hasta se inscribió en Diseño de Imagen y Sonido; sin embargo, la indecisión continuaba, por lo que a los 22 años optó por comenzar a trabajar.

Mi primer trabajo fue mi único trabajo y empecé a los 22. Empecé a laburar por el enorme tiempo sobrante que tenía... quería ocuparlo con algo y lo más productivo era algo que desarrolle mi maduración en lo que a responsabilidades se refiere y me genere un ingreso para poder irme algún día a vivir solo. (Matías)

Mientras vivía con sus padres, Matías no tenía que aportar económicamente ni ocuparse de las tareas domésticas: “mi vieja me hacía la comida, me lavaba la ropa siempre, me planchaba. En ese sentido, no hacía casi nada yo”. Además, contaba con un cuarto exclusivo para él: “mi cuarto era el lugar donde tenía más intimidad, era el lugar más privado para mí”. Si bien valoraba estas “comodidades”, desde los 21 tenía ganas de irse a vivir solo porque, al pasar mucho tiempo en su casa cuando estudiaba, tenía discusiones frecuentes con su mamá, quien ya estaba jubilada en su trabajo como veterinaria y pasaba “todo el día” en la casa. A Matías también le “molestaba” que su papá fuese “muy controlador”: “mi viejo es un tipo bastante que quiere saber todo de tu vida permanentemente, entonces distanciarme me iba a venir bien”. A los 22, comenzó a trabajar en el área de comunicación interna del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), donde ingresó gracias al contacto de su padre, quien es ingeniero agrónomo y desde hace quince años que trabaja allí. Ese trabajo “en blanco” le permitió proyectar la salida del hogar de origen, a pesar de las dudas que tenía su padre en cuanto a su proyecto. Al final, esto se tornó materialmente posible cuando sus padres le regalaron un departamento comprado con el dinero que heredaron tras fallecer la abuela.

Mi vieja lo tomó siempre bien eso, incluso antes de mudarme. Ella quería que yo me vaya por un tema de... Ella lo decía de esa forma: me quería dejar volar. Y mi viejo no. Mi viejo es todo lo contrario porque es muy controlador y en ese sentido prefería tenerme en mi casa y, bueno, nunca conciliaron ideas en ese sentido, pero mi viejo lo tuvo que asimilar por el hecho de que yo me quería ir; era una decisión mía también. Yo le planteé el hecho de que, si no tenía el departamento, hubiera alquilado. (Matías)

Según cuenta Matías, sus padres decidieron “invertir” en él y su hermano, comprando una casa que “está a nombre mío y de mi hermano”. Así como han invertido en su educación, los padres de Matías realizaron una suerte de “inversión residencial”

pensando en el bienestar futuro de sus hijos: “lo pensaron para nosotros dos... Según ellos, es lo que sintieron que nos correspondía de la herencia, una cosa así. (...) Fue como una inversión hacia nosotros. Por ese lado también es un regalo”. Junto con su mamá, Matías desempeñó un papel activo en la búsqueda de la vivienda: “ellos pusieron la plata, pero yo la busqué”, expresa él. Según cuenta, “la primera opción siempre fue Caballito, porque ya nos movíamos, tanto yo como mis amigos y mi familia, nos movíamos en ese entorno”. Para este joven, era fundamental la cercanía con su “círculo de los más íntimos” y el hecho de que “Caballito tiene un montón de medios de transporte”. Sin embargo, los altos precios de los departamentos por ese barrio lo llevaron a ampliar la búsqueda con una única condición: habitar en Capital; según señala, mudarse al Conurbano tenía “muchas contras”: “la distancia, la primera contra; y el no conocer la zona también, porque yo de provincia no conozco. Eso era una clara desventaja”.

Finalmente, Matías y su mamá encontraron en San Telmo un departamento de dos ambientes que, por necesitar refacciones, estaba a un precio adecuado a su presupuesto de U\$S 80.000; en sus palabras, “si bien lo vimos demacrado, como que con mi vieja llegamos y lo imaginamos absolutamente con todos los cambios que podíamos hacer. Y además caímos un domingo, estaba la feria, había mucha cultura, se sentía, nos gustó mucho”. Luego de comprarlo, los padres de Matías refaccionaron el departamento con la ayuda de su tío arquitecto. Así, al año y medio de iniciada la búsqueda, con 24 años y un ingreso fijo, Matías se fue a vivir solo. Al relatar cómo fue la elección y refacción del departamento señala:

Las ideas, básicamente, fueron de mi vieja y en segundo lugar mías. Después ayudó un poco mi viejo y mi tío, como que nos iba dando el aval de ciertas ideas y de otras no; y recién en cuarto, quinto lugar viene mi hermano, que él estaba en Córdoba cuando nosotros estábamos eligiendo el departamento, y lo único que hizo fue elegir el color de las paredes. Después, todo lo demás fue idea de mi vieja y mía. (Matías)

En cuanto al equipamiento del hogar, Matías cuenta que recibió regalos de sus padres y que varios de los muebles provenían de la casa de su abuela: “básicamente son los muebles de mi abuela, algunos electrodomésticos que compraron mis viejos, el futón cama que compró mi hermano, y después yo compré la mesita de luz y el microondas”. En su relato, Matías destaca que, al principio, recibir una vivienda regalada le generaba algunas dudas, ya que sentía que “les debía algo” a sus padres.

Bueno, al principio yo me sentía un poco mal del hecho de que me den todo servido, que me caiga todo servido, y me den un departamento amueblado para mí solo; un departamento que no puse ni un peso, y... sí, me hizo sentir un poco mal. ¿Por qué tengo todo eso? Como que me hacía mal el hecho de que me haya caído todo regalado, como que les debía algo a mis viejos. Después fui comprando cosas yo, me estoy manteniendo yo, y ya fue. (Matías)

Matías señala que está “mucho más tranquilo” y que disfruta de “la libertad, la independencia que te da vivir solo”. Al describir su rutina, indica: “salir del laburo, llegar acá, tomarme unos mates, estar un rato con la guitarra, con la computadora, hacer la comida, limpiar. Antes mi rutina era estar, prácticamente, todo el día encerrado en mi cuarto”. Según cuenta, la relación con sus padres ha mejorado; los suele visitar una o dos veces por semana y, en ocasiones, duerme allí los sábados cuando se junta con sus amigos de Caballito. Para Matías, la vida solo ha sido fuente de aprendizaje: “el tema de tener ciertas responsabilidades te hace dar cuenta de esa independencia económica, de que me distancia de la plata de mis viejos y de las comodidades de la casa donde estaba”.

Al relatar cómo administra su dinero, este joven separa sus gastos en categorías: “impuestos y servicios”, “comida e insumos del hogar”, “actividades extralaborales” y “otros gastos”, entre los que incluye “salidas, transporte, compra de bienes innecesarios”. Actualmente, él es el único propietario porque, con ayuda de sus padres – quienes le prestaron el dinero– le compró a su hermano el 50% de la propiedad: “a él le vino bien porque se mudó a Córdoba y quería comprar ahí”. En su carácter de propietario, Matías señala que puede ahorrar un gran porcentaje de su sueldo; para ello, tiene que ponerse un “tope” en los gastos porque a veces se pasa: “como soy bastante ordenado, tengo un gasto fijo, flexible, pero fijo, y si bien hay meses que gasto más o que tengo ciertas inversiones en guitarra o amplificador, trato de ahorrar y los gastos los tengo bastante calculados”. Entre sus proyectos figura un viaje por Europa y, para aumentar su capacidad de ahorro, Matías piensa en la posibilidad de alquilar la habitación a turistas mientras él duerme en el futón cama del living.

Rocío, luego de graduarse de psicóloga, recibió una vivienda prestada por su padre, que le permitió irse, a los 25 años, de su hogar de origen, donde había vivido con su madre y la nueva pareja en una casa propia en el barrio de Colegiales (CABA). Tras el divorcio, al padre le surgió una oportunidad de trabajo como ingeniero naval en Uruguay y se trasladó allí; en palabras de esta joven, “medio que mi viejo es bastante

lejano y ausente, los últimos más de diez años de mi vida no los viví con él. Lo vi sólo una o dos veces al año”. Según cuenta ella, aunque en su casa de origen tenía una habitación propia –“mi espacio privado”–, su madre no solía respetar su intimidad y esa fue una de las razones por las cuales quería irse a vivir sola.

Mi vieja es de preguntar mucho, meterse mucho, querer tratar de decidir sobre tu vida y no se daba cuenta de que yo ya no tenía 10, 11 años, que ya tenía 23 para 24, casi una carrera encima y que me tenía que dejar ser un poco más. Hasta el día de hoy tengo un problema para que me vea como una persona adulta porque soy “su nena”. No se daba cuenta de que yo necesitaba más intimidad que antes. No sé, no tenía ganas de compartir todo con ella. Y yo dije: “la única manera de resolver esto es que yo me vaya a la mierda y que mi vieja se entere de una buena vez que no soy una nena que le tiene que andar...”. (Rocío)

Para irse, Rocío esperaba a graduarse porque sabía que ocuparse de las tareas del hogar, a las que no estaba “acostumbraba”, le consumiría tiempo y energía. A los 24, a punto de recibirse, empezó a planificar la salida de la casa de origen teniendo en cuenta el departamento de tres ambientes que su padre alquilaba a terceros en el barrio de Colegiales. Se trataba de una vivienda que su padre había comprado, “no para mudarse, sino para hacer una inversión: en vez de tener la guita en el banco, tenerla en un inmueble”. Rocío quería vivir sola y, a la vez, sabía que no tenía ahorros porque, durante los estudios universitarios, sólo había tenido “trabajos temporales” con los que costeara gastos cotidianos y vacaciones: “llegaba diciembre, renunciaba al trabajo que tenía, me juntaba todos los pesos que había logrado juntar con ese trabajo y me iba de viaje”. Según cuenta, el acuerdo con su padre fue que ella buscaría un “trabajo fijo” y se ocuparía de “todos los gastos de la casa”, mientras que él no le cobraría alquiler.

De entrada pensé en que, si me mudaba sola, no quería que fuera a alquilar porque tampoco tenía el ingreso que me permitiera alquilar. Más bien, tenía que ser con mucha ayuda. (...) Laburaba con changuitas en consultoras y así sacaba más o menos lo básico que necesitaba. Después me ayudaba un poco mi vieja. Ese verano que me había decidido, cuando fui a verlo a mi viejo a Europa, le dije: “Yo lo que quiero como regalo por haberme recibido es que cuando se vayan los inquilinos de [la calle] Conde –que mi viejo tenía todavía este departamento y siempre había estado alquilado– que me lo des a mí en vez de volver a alquilarlo”. (Rocío)

Esta joven define la vivienda prestada como un “regalo incompleto”, ya que si bien no paga alquiler su padre sigue siendo el dueño de la propiedad. Considerando el carácter doble de la vivienda –propiedad y servicio–, podríamos plantear que el regalo es el uso del espacio. Rocío considera que “merecía” el préstamo de aquel departamento ya que

respondía a un logro alcanzado por ella –la graduación– y a una “deuda” que su padre tenía por haber estado lejos luego de divorciarse. Con el correr de los años, ella espera que pueda volverse un regalo o una herencia.

No era algo que me copaba muchísimo pero, al mismo tiempo, sentía que quizás mi viejo siempre estuvo lejos y le tocaba el momento de darme una mano y que, nada, me había recién recibido, bastante joven, había hecho las cosas bastante bien, y que por ahí me merecía que, si tenía ganas de vivir sola, me ayudaran hasta que consiguiera un laburo. (Rocío)

Durante los primeros seis meses, hasta que consiguió su “primer trabajo en blanco” en una consultora, Rocío también recibió dinero para solventar los gastos cotidianos. “Mi viejo pagaba las expensas y los gastos de la casa”; además, “[mi mamá] siempre me preguntaba si necesitaba guita, íbamos al supermercado, hacíamos una compra y la pagaba ella”, o “las primeras épocas mi vieja me ayudaba en el sentido de que, si yo me quería comprar algo de ropa o si se me rompía algún electrodoméstico...”. Además, su familia colaboró en el equipamiento del hogar. Por ejemplo, “la heladera fue un regalo de mi abuelo; el *sommier* fue un regalo de mi tía; el lavarropas me lo regaló mi mamá y así”. “Los escritorios y la computadora” estaban en su hogar de origen y los trasladó a su nueva casa. Lo único que tuvo que comprar fue la vajilla: “cuchillos, vasos”.

Al igual que otros jóvenes de sectores medios, Rocío relata la construcción de un espacio propio como una experiencia liberadora: “podía ser mucho más libre en el sentido de que yo manejaba a qué hora llegaba, a qué hora salía; nadie me preguntaba sobre eso, podía invitar amigos”. Un aspecto que esta joven destaca es que la dinámica del hogar de origen y el control que su madre ejercía sobre ella le habían dificultado establecer relaciones sexo-afectivas; en efecto, su primera “relación amorosa seria” fue a los 25, ya conquistada la independencia habitacional: “yo empecé mi sexualidad cuando me mudé acá, como que logré independizarme un poco más yo también en la cabeza. Casi un año después de mudarme conocí al que fue mi novio, que terminó mudándose acá”. En cuanto a la organización del hogar, Rocío también fue “descubriendo” que le gustaba cocinar, ordenar su casa y limpiar.

A mí me sirvió mucho hacer esta experiencia de vivir sola. Porque una se da cuenta que si falta leche, no va a venir un enano mágicamente a llenarte la heladera; no tenés una goma en la heladera, no hay para comer, vas a tener que ir al supermercado; que las camisas no se planchan solas, que las plantas no se riegan solas, que el baño no está limpio de milagro. (Rocío)

En su relato, Rocío describe una suerte de cohabitación parcial con su novio. Al año de vivir sola, ella ya no vivía “sola-sola”: “[Mi novio Joaquín] empezó durmiendo dos o tres veces por semana, después se fue haciendo que dormía una o dos veces por semana en la casa de los viejos nada más. Me empezaba a decir ‘vamos al supermercado y compro yo’”. Esta dinámica se mantuvo tres o cuatro meses hasta que “él se mudó de hecho”. Para Rocío, “fue de a poco, medio de hormiga... una cosa llevó a la otra. No hubo nada de sentarse a charlar. Fue más como naturalmente”.

Al principio, tenía bastante ropa del laburo acá porque, a veces, se iba al laburo desde acá; empezó con ser ropa nada más. Después él trabajaba con computadoras, es ingeniero en sistemas, y para él su computadora era... digamos, pasaba mucho tiempo acá y no tenía su computadora, que era como el centro de su universo y, entonces, un día me consultó si podía traer su computadora. Es muy simbólico, pero para mí el día que Joaquín mudó su computadora fue el día que se mudó acá definitivamente y empezamos a vivir juntos. (Rocío)

Ella sentía que ya había probado la “experiencia de vivir sola”: “sentía que ya había vivido un tiempo sola y que había podido aprovechar esta independencia de haberme mudado de la casa de mi vieja. No es que alguien me la había coartado; que había podido hacer mi proceso”. A partir de entonces, la “casa unipersonal” devino en una “casa de novios”, y establecieron un “fondo común” para los gastos domésticos.

Pablo, un joven pianista y profesor de música, también se fue a vivir solo a un departamento que le prestaron sus padres, a los 27 años; pero, a diferencia de Micaela, este joven les paga un alquiler. Pablo vivía con su mamá (fonoaudióloga), su papá (economista y dueño de una pyme) y su hermano siete años menor en una casa ubicada en Flores (CABA), propiedad de sus padres. Sus dos hermanos mayores se habían ido hace tiempo y él tenía ganas de irse desde los 24 años. Sin embargo, demoró la salida del hogar porque priorizaba estudiar y recibirse: “me quedaba porque estudiaba, me quería recibir. Esta negociación entre estudiar, trabajar y vivir con mis viejos me permitía trabajar menos y estudiar más y vivir. (...) Sacrificaba vivir solo en pos de poder estudiar tranquilo, ¿se entiende?”. Según cuenta, en la casa de origen estaba “muy cómodo”: “tenía un cuarto donde dormía y un cuarto donde tenía un estudiecito: tenía la computadora, el piano, daba clases, estudiaba, tenía ensayos”. En retrospectiva, Pablo señala que vivir con sus padres le permitió dedicarse a estudiar sin tener que recurrir a “laburos de mil horas” y contar así con la “flexibilidad horaria” para aceptar los trabajos que le gustaban: componer, participar de conciertos y dar clases de música.

Mientras vivía con sus padres, Pablo no tenía que aportar económicamente al hogar pero, a diferencia de otros jóvenes, sí realizaba algunas tareas domésticas: “lo que hacía fuerte era cocinar. Yo tenía que cocinar todos los miércoles a la noche. Mi casa era muy ordenada, cada uno tenía un día para cocinar. Los viernes se pedía comida”. De la limpieza, se encargaban su mamá y una empleada doméstica, que iba dos veces por semana. A los 18, Pablo inició sus estudios en el conservatorio de piano mientras trabajaba ofreciendo conciertos y acompañando a otros músicos. Desde los 24 años, con el proyecto de vivir solo, también comenzó a trabajar como profesor de música en escuelas y brindando clases particulares, ya que eso le permitía contar con un sueldo estable. En sus palabras, “el momento definitivo que dije ‘me voy a vivir solo’ fue cuando dejé de laburar tocando y empecé a laburar dando clases. Ahí empezó a darme el cuero económicamente y, aparte, me empecé a dar cuenta que era constante”. Para Pablo, el tema económico fue central al momento de decidir irse a vivir solo porque quería “vivir bien” y tener las “condiciones básicas cubiertas”:

Para mí era importante que, si me voy de mi casa, yo entiendo que voy a vivir un poco más acotadamente pero no quiero vivir... quiero vivir bien. Quiero tener las condiciones básicas cubiertas: tener Internet, comer, tomar, si quiero comprar vino compro vino, tener todo... si quiero salir un día salgo. Ese era mi plan ideal. Por eso yo en ese momento estaba esperándolo, dije: “bueno, quiero poder venir cuando...”. Capaz que yo podía venir antes y vivir recontra justo y, no sé, caminar en vez de tomar colectivo o andar en bicicleta todo el tiempo a todos lados y no tomarme nunca un transporte público. Y yo decía: “no; yo, si me voy, quiero vivir bien”. Eso para mí era importante. En ese sentido, no hippearla. (Pablo)

Entre las motivaciones para emprender la salida del hogar de origen, Pablo señala el deseo de “adueñarse” de su tiempo y personalizar sus rutinas: “parece una boludez, pero allá [en la casa de origen] nunca era dueño de mi tiempo del todo porque alguien te puede abrir la puerta y decirte: ‘poné la mesa’, ‘atendé al gasista’, ‘atendé el teléfono’”. Además, Pablo quería tener un espacio propio para la experimentación en materia sexual, ya que en su casa estaban restringidas las posibilidades de tener relaciones. Tal como evidencia el siguiente testimonio, esta restricción limitaba sus posibilidades de formar pareja:

En mi casa no se podían llevar mujeres. Son muy conservadores. Mi hermano chiquito se rebeló un poco más, pero yo nunca pude... Llevé minas de canuto [a escondidas], pero yo no podía llevar minas. Y en un momento cuando vas creciendo tiene un límite tu relación con las mujeres si no podés estar en un lugar tranquilo. Porque no podés estar en un telo... Llega un momento que no podés: “bueno, ¿cojemos?, che, me

encantó conocerte”. Tenés que compartir algo más, no sé, tocar el piano, ¿entendés? No sé, algo, “desayunemos, cocinemos”. Si la piba vive con sus padres, es un límite. Entonces una vez yo le dije a mi viejo... Mi viejo se enojó, me dijo: “vamos a tener que aclarar que no podés traer minas”. Así que para mí eso fue muy importante. Tenía ganas de poder cojer tranquilo, básicamente es eso, para qué te voy a mentir. (Pablo)

En un principio Pablo había planeado irse de la casa de sus padres alquilando un departamento con un amigo: “no tenía plata para irme a vivir solo. Entonces dije: ‘bueno, me voy con un pibe, pagamos todo a medias’. Me daba más seguridad el tema del alquiler, además que para entrar tenés que poner un montón de plata”. Sin embargo, cuando se lo comunicó a la familia, su padre le hizo una “contraoferta”: le ofreció alquilarle su departamento de dos ambientes ubicado en Caballito. Allí vivía la hermana de Pablo, cuatro años mayor que él; al trasladarse al sur de la Argentina, ella “liberaba” esa casa. Entonces, el padre le pidió: ‘no, pará, no te vayas. Haceme la gauchada. Yo quiero alquilar el departamento y no se lo quiero alquilar a cualquiera, prefiero alquilártelo a vos’. Si bien Pablo estaba “chocho de la vida porque me ahorra toda la plata para entrar al departamento”, el préstamo requería ciertas negociaciones y acuerdos para definir las condiciones. Además, suponía “abandonar” a su amigo, ya que el préstamo era sólo para él, lo cual no fue un problema porque su amigo consiguió a otra persona con quien vivir. En cambio, definir las condiciones del préstamo fue un proceso más complejo porque, como señala Pablo, “mi viejo seguía con el plan de que yo no le pague [un alquiler] y yo estaba convencido de que le iba a pagar”. Al preguntarle por qué, Pablo responde lo siguiente:

Porque yo lo conozco a mi viejo. Para mí, era una forma de él de todavía tener autoridad fuerte sobre mí, porque casi me está haciendo un favor. Mi psicólogo me dijo: “decile que le pagás un alquiler y, si no lo acepta, que te guarde la plata y después te hace un regalo a fin de año”. (...) O sea, porque no es mío este departamento, es de él. Básicamente por eso. Él quiere “ayudarme a que...”, yo le digo: “bueno, ayudame, me encanta que me ayudes. Yo te doy la plata y si vos me querés ayudar, me ayudás”. Pero no quiero vivir en un departamento que es de mi papá, es como que sigo viviendo en la casa de mis viejos. No sé cómo explicarlo, quiero independizarme de eso. No quiero que me haga un favor mi viejo. O sea, sí, me encanta que me haga favores mi viejo, pero no quiero estar viviendo de un favor de él. Que él tenga esa sensación de que él tiene un derecho sobre mí y puede venir un día, abrir la puerta y decirme... No sé si me explico. (Pablo)

Según relata, al padre no le resultaba fácil aceptar que su hijo pagara un alquiler, así que le propuso que no lo hiciera durante el primer año y “después sí te cobro”. De acuerdo con Pablo, esto se debía a que el padre quería que trabajara menos para recibirse en el corto plazo y, además, “tenía la fantasía de que yo compre un departamento cuando

salió toda esta línea de créditos, que me ofrecieron uno”. De hecho, su madre no estaba a favor de que se fuera: “mi mamá quería que me quede. Me lo dijo: ‘¿no querés quedarte, Pablo?’. Ellos querían mucho que me reciba. Sentían que si me iba tenía menos chances de recibirme”. En este sentido, los motivos del padre referían a deseos personales en torno a los proyectos de vida de su hijo que poco coincidían, además, con deseos reales de Pablo. Él preferiría no asumir un endeudamiento con el banco, que le suponía además endeudarse con su familia, porque lo “ahogaba mucho económicamente”. El siguiente testimonio refleja el cruce entre la experiencia de Pablo y las expectativas de su padre:

Él [el papá] quiere que compre (...) Él tiene la fantasía de que yo ahorrando plata me puedo comprar algo... a futuro, con otro crédito, lo que fuera. Pero él dice... Él cree eso, y yo no lo creo tanto. En ese plan está la idea de que, si yo trabajo, y soy joven, y soy soltero, puedo juntar plata y comprarme algo. (...) Pensá que mi viejo, a mi edad, ya se había comprado dos... Se había comprado un departamento, se había mudado a una casa y se había casado. Y eso nosotros... nadie se casa y se compra... Dos profesionales, porque se casan, no se compran un departamento; eso no existe más. Porque la realidad cambió un montón, se devaluó el dólar, todo se fue a la mierda, no tenés forma de ahorrar. Si el dólar devalúa, si las propiedades aumentan... (Pablo)

Finalmente, Pablo y su padre acordaron el pago de un alquiler. Al preguntarle cómo se estableció el monto, este joven revela que “es raro” porque no se trata de un “alquiler completo”: “es algo que yo puedo pagar, que no me ahoga y que tiene algo que ver con la realidad de lo que puede salir un dos ambientes en un barrio como éste con las expensas incluidas”. En otras palabras, el precio del alquiler es el resultado de un proceso de negociación en el que intervienen factores diversos: los ingresos del joven, sus proyectos (laborales, educativos o recreativos), la relación afectiva con su padre y el precio de mercado. Según cuenta, “lo que arreglamos fue un número”: mientras el valor de mercado aproximado de un departamento como el de Pablo era, en 2013, de \$ 2.200 –según datos provistos por Reporte Inmobiliario–, el valor acordado con su padre era de \$ 1.400 (más expensas de \$ 1.100). Tal vez por ello Pablo señala que “no es un alquiler de verdad” y se define como un “inquilino a medias”.

Acá soy inquilino a medias, soy inquilino pero sé que mi viejo no me va a echar si un mes no puedo pagarle o si el mundo se viene abajo. Nunca me va a echar... Por ejemplo, yo tengo la sensación de que me puedo quedar acá, si quiero, quince años. Es una sensación, capaz que no, capaz que me voy, me canso, o capaz que viene mi hermanito después. (...) Pero es tu casa... entre comillas, porque yo la siento así. Es mi casa por más que yo sea inquilino porque potencialmente nadie me va a echar, y yo me quiero quedar acá. (Pablo)

Para el equipamiento del departamento, Pablo contó con la ayuda de su hermana mayor, quien había vivido allí y, al trasladarse a Neuquén, le dejaba la heladera, la cama y el lavarropas. Sus padres le regalaron un horno eléctrico y él se llevó algunos artefactos que tenía en su habitación, como el piano, la computadora y un sofá cama. A un año de vivir solo, Pablo considera que está más ocupado porque le consume tiempo libre la administración económica y doméstica del hogar: “cocino, limpio, limpio todo el tiempo. Llega un momento que sentís que estás todo el día cocinando y lavando platos. Decís: ‘no puedo creerlo, pobre mi abuela’, esa es mi conclusión”. En cuanto al manejo del dinero, Pablo señala que, si bien tiene “más consciencia” de sus ingresos, también está “en plan vivir”; en el contexto actual “ahorrar” para comprar una casa tiene poco sentido y las posibilidades de ser dueño “son imposibles”.

Ahora que me fui a vivir solo empecé a tener más conciencia de cuánto ganaba, de cuánto tenía para gastar, y como que en algún momento hice números. Pero también me lo tomo con soda, vivo la vida, voy bien, tengo plata ahorrada... Si no, te volvés loco. Y aparte la situación es ésta: si tuviera cinco hijos que criar con este sueldo, lo haría seguramente, pero no, no necesito vivir así. Dije: “bueno, voy a vivir como tengo que vivir” (...) En este momento no tengo la presión de ahorrar y estoy en plan de vivir”. Sé que comprarse un departamento yo diría que es imposible. O, bueno, sí, una herencia, puede ser que en algún momento cobre una herencia. (Pablo)

Según cuenta este joven, desde que vive solo, su vida adquirió una “dosis de improvisación: pueden pasar cosas menos pautadas que antes”. Al hacerse cargo del hogar y establecer sus propias reglas, él considera que se trata de un “lugar propio”: “quizás es eso lo que hace la casa mía, que todas las reglas las pongo yo y que gran parte de esas reglas es que no haya reglas”. Además, el hogar propio se presenta como el terreno de la experimentación sexo-afectiva, lo que le ha permitido mejorar su relación con las mujeres: “poder compartir desayuno, la cena, poder cocinar, poder escuchar música tranquilo. Eso sobre todo. Yo me di cuenta en un momento de que si no podés compartir algo de lo cotidiano con la piba... A mí me gusta charlar de lo cotidiano”.

Noelia se fue de su hogar de origen a los 25, cuando logró comprar al contado un monoambiente con patio en Palermo (CABA), a seis cuadras de su casa familiar. Según cuenta, si bien había considerado irse con su novio, priorizó atravesar la “experiencia de vivir sola”. Como evidencia el siguiente testimonio, en esta decisión aparece su deseo personal –ligado a una idea de maduración y “autoconocimiento”– y, a la vez, la

influencia del psicólogo, la familia y las amigas en tanto estímulos para encarar su proyecto.

Creo que me repercutió bastante la opinión de los demás: mi psicóloga, mi papá, mis amigas me aconsejaban que tenía que pasar por la experiencia de vivir sola, como un proceso de autoconocimiento, como un paso en la madurez. (...) En ese momento pensé que era lo ideal vivir sola, por un lado, para aprovechar el momento de la vida, de armar una casa a mi antojo, con los muebles que yo quiera y poder tomar todas las decisiones. Creo que a la vez subyacían esas opiniones de terceros que te mencioné. (Noelia)

Luego de haberse graduado de abogada, Noelia emprendió la salida de su casa de origen, en la que había vivido con su mamá (también abogada), la pareja de aquella (Ricardo) –propietarios de la vivienda– y sus dos hermanas menores; sus padres se habían divorciado cuando ella tenía 13 y cuatro años después falleció su papá. Al preguntarle por las motivaciones de salida del hogar de origen, Noelia señala que quería tener su “espacio”: si bien no compartía el cuarto con sus hermanas, destaca que “no tenía intimidad” porque era “una casa donde no hay mucha independencia. Para ir al baño tenía que cruzar todo el living, un pasillo, la cocina...”. Además, quería “estar en silencio”, porque le gusta estudiar y los ruidos de sus hermanas la molestaban. De hecho, al año siguiente de recibirse y ya viviendo sola, comenzó a cursar el posgrado de Especialista en Derecho Penal.

A los 18 años Noelia ingresó a trabajar en la Defensoría General de la Ciudad, empleo que aún conserva. Según cuenta, al no tener que aportar económicamente al hogar, todos los meses ahorraba una suma de dinero que ponía en un plazo fijo con vistas a comprar una casa. Esta joven señala que ahorra desde adolescente: “cuando tenía 15 mis papás me dieron \$ 5.000, que en ese momento eran U\$S 5.000, para hacer la fiesta de 15. Yo la hice con \$ 1.000 y guardé \$ 4.000 en el banco. Los dejé todo ese tiempo juntando intereses”. El objetivo de ahorrar siempre fue “tener una casa”. Cuando falleció su padre, Noelia heredó, junto con sus dos hermanos, dos propiedades localizadas en la CABA. Por sugerencia de su madre, las pusieron a la venta “para que tuviéramos más posibilidades y que cada uno tuviera algo”.

A los 25 años, cuando planeaba irse de su casa de origen, Noelia tenía el dinero regalado de sus 15 años, lo que recaudaba de su trabajo y “todo lo de la herencia”. Según cuenta, ella quería comprar porque, a diferencia del alquiler, que “es plata que se agota en su uso”, “la casa, cuando vos la comprás, la usás y, además, es un bien que te

sirve para ahorrar dinero”. Sin embargo, el dinero que tenía representaba sólo el 50% del departamento que le gustaba. Aunque tenía un “trabajo más o menos estable”, “no podía acceder a créditos [hipotecarios] porque estaba contratada”, es decir, estaba empleada como monotributista por el Estado.

Finalmente, Ricardo y su mamá le prestaron el dinero faltante (en dólares) para comprar la propiedad. Frente a la pregunta sobre cómo se estableció el préstamo, Noelia relata lo siguiente: “se dio espontáneamente porque yo justo necesitaba la plata y ellos me la podían prestar... Acordamos que yo les iba a devolver todos los meses un monto más o menos fijo, en dólares. No me cobran interés ni nada”. Noelia define el préstamo monetario de su mamá y Ricardo como un “credipapis”, categoría que surge de la conjunción entre “crédito” y diminutivo de “padres”. Como se desprende del testimonio, las condiciones del préstamo y de su devolución son acordes al contexto afectivo en el que se inscribe. De ahí que no se establezcan plazos determinados para su devolución; el criterio en última instancia es subjetivo: a Noelia “no le gusta” estar endeudada y eso marca el ritmo de la devolución: “o sea, si bien había todo el relajo de la otra parte, ni siquiera me decían nada, a mí no me gustó sentir el peso de que estoy debiendo plata, tenerlo todo el tiempo en la cabeza”.

Tardé como 4 años, una cosa así, en devolvérselo. (...) A mí no me gusta endeudarme, así que lo fui tratando... Iba a ser más tiempo pero lo fui liquidando como más rápido y ahora apenas pude empezar a devolver más, les devolví más rápido. (Noelia)

Al buscar el departamento, Noelia señala que tenía dos condiciones: “quería que fuera en Palermo y que tuviera terraza o patio”. La opción por este barrio se vincula con el hecho de que vive allí desde que nació y lo tiene “todo”: “mis amigos”, la “murga”, mi “familia”, la “terapia”. “Yo no me quería ir de Palermo. En un momento pensé barrios más baratos, tipo Pompeya, Lugano, Mataderos, Flores, pero no. Me queda muy lejos de todo. O sea, sería lo mismo que provincia, no me sirve”, indica. Durante la búsqueda y la compra del departamento, la mamá la “acompañó todo el tiempo” y “al momento de ir a hacer todas las transacciones, [lo hice] todo con mi mamá y Ricardo”. Así, entre oferta y contraoferta, a través de una “inmobiliaria chiquita” y con escritura mediante, Noelia se fue de su casa de origen a vivir sola, en condición de propietaria, al departamento que había soñado.

Para el equipamiento del hogar contó con ayuda de su familia. Dado que es un monoambiente de 27 m², destaca que fue sencillo equiparlo: “la cama ya la tenía, el placar estaba acá, el aire acondicionado estaba acá y traje una cama de una plaza para usar como sillón y mi mamá me regaló cosas de cocina y me regaló la heladera”. Noelia aclara que no pudo mudar todas sus pertenencias; por ejemplo, la ropa no le entraba en el placar: “en verano traigo la de invierno y en invierno llevo la de verano”.

En retrospectiva, esta joven señala que la salida del hogar de origen no fue un “corte abrupto” porque, al principio, solía ir con frecuencia a visitar a su familia; cenaba en la casa familiar tres veces por semana y, al no tener lavarropas, llevaba a lavar la ropa ahí: “fue como paulatino, porque al principio por ejemplo iba mucho a buscarme vianditas de comidas, iba a dejar la ropa para lavar”. Para la limpieza del hogar, Noelia cuenta que, al principio, también contaba una empleada doméstica: “venía una vez por semana la chica que trabaja en lo de mamá, estaba cerca y pasaba una horita por acá”. Pasados cuatro años, Noelia compró un lavarropas, dejó de llevarle la ropa a lo de su mamá y aprendió a cocinar; “ahora voy una vez cada dos semanas”, señala. Además, Noelia se decidió a convivir con su novio. Según cuenta, si bien él estaba alquilando con un amigo en Caballito, solía dormir con frecuencia en el departamento de ella: “Entonces ahí yo le empecé a hinchar con que se viniera a vivir acá porque le decía ‘no tiene sentido, vos estás pagando un alquiler allá y estás viviendo acá todos los días’”. Así, desde hace un año esta “casa unipersonal” devino en “casa de novios”.

Daniela se fue de su casa de origen a los 27 años a alquilar un monoambiente en Almagro (CABA): “necesitaba mi espacio, tener mi lugar. Estaba en mi casa [la de origen] y no era realmente mi casa, digamos”. Diseñadora de indumentaria, esta joven hace tres años que trabaja de manera independiente en un emprendimiento de ropa, iniciado con apoyo económico de su papá y en asociación con una amiga. Además, es docente en una universidad privada, empleo que valora porque le asegura un salario fijo. Según cuenta, aunque había pensado en mudarse con una amiga, luego desistió: “quería tener la experiencia de vivir sola. Antes de tener que negociar con alguien, pasar por la experiencia de hacer lo que yo quiera en el momento que quiera y como lo quiera”.

Por una parte, Daniela estaba cómoda en la casa familiar, donde vivía con su mamá (licenciada en administración), su papá (contador) y su hermano dos años menor que ella; según describe, era un “departamento grande” ubicado en Villa Crespo, al que

sus padres habían accedido “mediante trabajo y ahorro, no pidieron un crédito ni nada de eso”. Allí tenía su “bunker”: “mi cuarto era como mi monoambiente”. Por eso, aunque no mantenía una economía hogareña independiente ni realizaba las tareas domésticas por su cuenta, para esta joven habitar en la casa de origen “era como vivir en una casa pero estar en otra, o sea, una casa adentro de otra casa”. Sin embargo, por otra parte, se sentía “invadida” y “asfixiada”. Al buscar una vivienda, lo que buscaba era un espacio de autonomía personal:

Quería tener mi espacio realmente, donde yo podía invitar a quien quisiera cuando quisiera. Tener mis horarios. No tener que avisar, si te vas, no te vas, si volvés o no volvés. Cosas que a uno le van cansando (...) Yo ya no tenía ganas de dar explicaciones. Todo lo que tenga que ver con tranquilidad, tus tiempos, tu espacio; que para mí siempre fue muy importante, yo siempre fui muy independiente, y eso de que me invadan siempre me provocó un poco de malestar. (Daniela)

Cuando Daniela le contó a su padre que estaba buscando un departamento en alquiler para irse a vivir sola, él le propuso comprar uno que le financiaría en cuotas mensuales. El objetivo era que ella no gastase en un alquiler porque para su papá “alquilar era tirar la plata”: “él siempre criticó el hecho de alquilar. (...) En ese momento era como el discurso que a mí me bajó, como una cuestión de fracaso alquilar, ¿no? Como un ‘no llegaste, no pudiste progresar, no pudiste comprar tu propiedad’”. En palabras de otra entrevistada, el padre le ofreció un “credipapis”.

Como que charlamos el tema de comprar un departamento y que en vez de que yo gaste en un alquiler... Me dice... bueno, como que espere un poco, me estabilice un poco y por ahí él podía comprar algo y yo en vez de pagar un alquiler se lo iba devolviendo a él por mes. Yo dije “bueno, espero porque por ahí en un tiempo o consigo un trabajo estable o me armo más dentro de lo que estoy haciendo, voy a esperar”. Y ahí fue que decidí esperar. (Daniela)

A raíz de esta propuesta, Daniela empezó a “mirar precios de propiedades, todo... por internet” y, según cuenta, fue “con los números sobre un papel” y le comunicó a su padre: “mirá, mi sueldo es de tanto, con trabajos por mi cuenta llego a tanto, con la facultad a tanto, con mi proyecto de mi marca todavía... no sé si en ese momento estábamos sacando mil pesos por mes... una cosa que era nada”. Sin embargo, Daniela confiesa con frustración que “todo este proyecto se cayó en un momento a raíz de algo que no tiene absolutamente nada que ver, sino que tiene que ver con una pelea, discusión que yo tuve con él”.

En ese momento, él se entera que yo estaba en pareja con una mujer. Entonces ahí se le chifla el moño [se enloquece] O sea, es como que en toda su estructura él no podía entenderlo y, bueno, ahí como que me dijo “yo no te voy a... Esto olvídate, ya está”. La discusión fue esa y ahí como que dijo que no, porque él no quería ser partícipe de esas elecciones que no avalaba y que entonces no me iba a ayudar en ese sentido a irme ni a comprarme nada. (...) Aparte en ese momento me había dicho que, si me quería ir a alquilar, él igual no me iba a dar la garantía y que qué sé yo. (Daniela)

De alguna manera, el préstamo de dinero sin interés tenía intereses implícitos: condicionar las elecciones de vida de su hija, y en particular su orientación sexual. Además, recibir ese dinero tenía un costo emocional y afectivo para Daniela, pues si bien ganaba una vivienda, perdía autonomía. Así obtenido, el espacio habitacional se presentaba como un obstáculo para su proyecto de independencia, por lo que optó por alquilar. Aunque en un principio su papá se negó a brindarle la garantía propietaria, luego conversaron y, según relata, pudo “negociar” e, incluso, él le “puso la plata” para “entrar al departamento”. Al preguntarle cómo se sintió con ese regalo monetario, Daniela responde en un tono efusivo: “era lo mínimo que tenía que hacer. Después de todo lo que me había dicho, de la pelea que habíamos tenido, de que me había hecho una oferta que se cayó...”. A pesar de la historia residencial familiar, Daniela reorientó sus expectativas a la luz del contexto del mercado habitacional: “hoy por hoy” comprar es imposible y, en ese marco, el alquiler no es un “derroche” porque “estoy pagando mi independencia y... sí, mi tranquilidad”.

Yo siempre veía eso de que lo que había que hacer era comprar y de repente empecé a ver que toda la gente de mi entorno, mis amigos, se empezaba a ir alquilando o se iban de a dos, de a tres o de a uno, lo que fuera, y como que empecé a ver que estaban bien, que no les generaba ningún conflicto el hecho de alquilar... O sea, llega una edad donde ya te querés ir y como que ves que están mucho mejor estando solos que estando con sus familias y como que decís: “che, por ahí no está tan mal esto de irse y alquilar”. “Si yo no me quiero quedar, ¿cuál es el costo, cuál es el beneficio?”. A ver, hoy por hoy, “me quiero ir, quiero estar tranquila, no puedo comprar, bueno, me voy a alquilar”. Como que lo empecé a ver de esa manera. (...) O sea, como que tengo una idea que me metieron en mi cabeza toda la vida también porque las posibilidades en su momento eran otras. Hoy por hoy con un sueldo promedio comprarte una casa es imposible. (Daniela)

El regalo de la entrada al departamento se complementó con regalos monetarios que le permitían solventar algunos de sus gastos cotidianos, por ejemplo, el monotributo, el celular y “cada tanto algo me regalan; a veces mi vieja va al super y me compra cosas que sabe que me gustan. Y si necesito dinero algún mes por algún gasto extraordinario, sé que se los puedo pedir”. Para Daniela, estos regalos monetarios se inscriben en una

suerte de “justicia familiar”, ya que son los mismos gastos que también le pagan a su hermano: “Le pagan celular y monotributo para que tenga la obra social, entonces como que sería injusto que se lo paguen a él y no a mí”.

Para equipar el hogar, también contó con toda la familia, “como que todas las personas de mi familia aportaron... no sé, mi abuela me regaló la cama, mi mamá la mitad de la heladera, mi tía el microondas, mi otra abuela el ventilador”. Daniela sabe que tiene este “respaldo familiar”: “por más que lo use o no lo use, yo sé que si le pido... si lo necesito, sé que está”. Tal como ella señala, contar con ese “respaldo” fue fundamental al momento de alquilar: “es saber que si de repente me va mal o que si un mes no puedo o me falta plata o lo que sea, ellos me van a ayudar porque no me van a negar la ayuda”.

Desde que vive sola, Daniela tuvo que dedicar tiempo a cocinar, ordenar y limpiar, tareas que en su casa de origen eran realizadas por su mamá y la empleada doméstica que iba una vez por semana: “antes yo llegaba del trabajo, me sacaba la ropa, la tiraba sobre la silla. Ahora llego, la doblo y la guardo o la meto en el lavarropas. Es como que son cosas que fui cambiando en cuanto al orden”. Si bien ahora visita a su familia una vez cada dos semanas, lo cierto es que al principio solía ir a la casa de sus padres con frecuencia: “una vez por semana me quedaba allá a dormir e iba dos o tres veces por semana a comer”. Dado que no tenía lavarropas, también aprovechaba para lavar su ropa en casa de sus padres: “bueno, ni siquiera lavaba yo. Mi vieja lo metía y me lo ponía porque yo ni lo sabía usar”, aclara. En cuanto a las compras, Daniela cuenta que empezó a tomar conciencia del “precio de las cosas” y “aprendió” a comprar barato buscando siempre segundas marcas. Al relatar cómo organiza su dinero, cuenta lo siguiente: “yo cobro el sueldo, me separo para el alquiler, me separo para la psicóloga, me separo para los impuestos, un sobre para cada cosa, cuestión de saber que tengo asegurado hasta fin de mes esas cosas que son fijas”.

Orgullosa de atravesar la “experiencia de vivir sola”, Daniela señala que la responsabilidad de mantener un hogar le da una “sensación” de ser “adulta”: “yo tenía esta cuestión de sentir como que dependía de mis viejos y de repente ‘yo no dependo de nadie, acá me pago mis cuentas, me manejo’, y lo hago bien”. Asimismo, aunque vive sola, Daniela indica que sus amigas forman parte del hogar: “mis amigas tienen, todas,

llave de acá de casa (...) A mí me encanta, porque es como que siento... digo, es mi espacio, pero también me gusta compartirlo”.

Andrés, un joven abogado de 27 años, se fue a vivir solo a los 26, cuando consiguió alquilar un monoambiente en Flores (CABA), al lado de la casa de su abuela y a pocas cuadras de la de sus padres. Andrés vivía con su mamá –quinesióloga–, su papá –también abogado– y su hermana cuatro años menor, en un departamento de tres ambientes con dependencia, del que sus padres son propietarios. Allí, tenía “todo servido”: “llegaba y tenía la comida a la noche, al mediodía; no tenía que ir al supermercado; no hacía muchas cosas de la casa: no lavaba, no hacía nada”. Sin embargo, señala que “era un departamento bastante chico, tenía mi propio cuarto, pero era la dependencia de servicio al lado de la cocina. Entonces, ya tenía ganas de mudarme solo para tener mi espacio”.

Si bien me llevaba re bien –la convivencia era buena– con mi familia, vivía en un departamento muy chico, para la cantidad de... éramos cuatro. Era muy chico. Entonces, tal vez yo salía a la noche, volvía tarde, mi viejo se levantaba, hacía ruido, me tenía que levantar, no podía invitar amigos, estar de novio... mi novia podía venir, pero no tenía la intimidad que podés tener viviendo solo. (Andrés)

Al año siguiente de finalizar la escuela secundaria, ya estaba cursando la carrera de Abogacía en una universidad privada y, a los 23, obtuvo su primer empleo calificado y “en blanco” en el Poder Judicial a través de un contacto de su padre. Con 25 años, ya recibido y con estudios de posgrado en curso, comenzó a planificar la “experiencia de vivir solo”, que para él “es algo que todos tienen que hacer”. Por eso, aunque hacía dos años que estaba de novio, eligió atravesarla. Como se desprende del siguiente testimonio, la “casa unipersonal” se presenta como una fuente de aprendizaje y descubrimiento sobre uno mismo.

Tener la experiencia de vivir solo, aunque sea dos años, es algo fantástico. Antes de irse a vivir en pareja, tener un tiempo de vivir solo. Y uno, aparte, se aprende a conocer más viviendo solo porque estás solo con vos y te das cuenta de algunas cosas que... o falencias que antes no las notabas tanto porque tenías otra gente que te acompañaba. Entonces, yo quería tener un espacio para mí. Vivir solo esa experiencia de tener que pagarte vos tus cuentas, de tener que organizarte de qué vas a comer, algo tan simple como qué vas a comer o, bueno, tengo que pagar o tengo que limpiar o tengo que lavar. Creo que es necesario para crecer uno como persona. (Andrés)

Según cuenta, a los 25 años fue a ver un monoambiente para alquilar por el barrio de Flores, pero “no me daba la guita. Llegaba muy jugado a fin de mes, si me mudaba.

Entonces, dije: ‘no, espero. Espero a hacer un colchón de guita como para poder ingresar, pagarme todo y empezar’”. Tenía que comprarse “todo”, recuerda: “heladera, cama, mesa, sillón, *notebook*; absolutamente todo. Lo único que tenía era la televisión”. Cabe advertir que, si iba a “llegar jugado a fin de mes”, también era porque Andrés quería conservar “la calidad de vida” que tenía mientras vivía en la casa de sus padres: “no me voy a mudar si después no puedo o tengo que sacrificar cosas... Ir a comer afuera, no poder salir... Necesito un colchón de dinero para no sufrir el tema de irme a vivir solo”. En efecto, al preguntarle por qué decidió esperar, Andrés responde: “por un tema económico. No quería cambiar mi estilo de vida por el tema de la vivienda. Prefería esperar un poco, empezar a ahorrar”. Vivir en la casa de sus padres le permitía ahorrar la mitad de su sueldo al no tener que aportar al hogar.

Vos fijate: soy un tipo que me quería mudar y tener todo, por eso tardé en mudarme, porque quería tener el dinero; es decir, no quería... no es negociar, sino ceder la calidad de vida que tenía en mi casa. (...) No soy una persona de derrochar dinero, pero capaz me gusta ir a comer afuera una vez por semana, dos veces por semana, y lo sigo haciendo. O irme un fin de semana a la costa. (...) Y, bueno, no he sacrificado el nivel de vida por haberme mudado solo. Es algo que, como había dicho, lo había evaluado. (Andrés)

Además, Andrés buscaba un departamento en la CABA: “siempre busqué en Capital... Caballito, Almagro. No irme de acá porque tengo toda la vida acá. El comité [de militancia política], mis amigos, mi familia; todo. A otra zona no me hubiera ido. Viví siempre acá”. Según cuenta, esta preferencia obedece a que allí está “toda su vida”: sus afectos –la familia de origen, los amigos y, con frecuencia, también las parejas– y sus actividades cotidianas –el estudio, el trabajo, los cursos de idioma, de música o danza. El siguiente testimonio evidencia la doble distancia construida entre la Capital y el Conurbano: por un lado, una distancia asociada a la conectividad; por el otro, una distancia simbólica, en tanto lejanía experimentada por la falta de los conocimientos necesarios para transitar y habitar ese espacio.

Yo soy muy porteño, tengo todo acá. Aparte, creo, un tema de transporte, todo sería... tengo toda la vida acá, sería... si me voy a provincia, se me complica la vida, ¿entendés? Yo voy al laburo, vuelvo a las tres de la tarde, llego a casa, me pego una ducha, voy al comité, voy a visitar a mi abuela, a un amigo... Los sábados juego al fútbol acá [en CABA], voy a comer a lo de mis amigos, nos juntamos por acá. Un tema de distancia más que nada, el tema provincia, y el núcleo familiar y de amigos está acá. (Andrés)

Finalmente, a los 26 años, Andrés “tenía la plata” requerida para emprender la salida del hogar parental: lo habían ascendido en su trabajo, lo que incrementó el dinero ganado, y “ya había hecho un colchón”. Mientras buscaba departamento, su abuela le avisó que había uno en alquiler “por dueño directo” en Flores, al lado de su casa. A Andrés le gustó, así que no lo dudó y lo alquiló: “vine a verlo y me encantó. Y dije ‘listo’. Su dinero ahorrado le permitió costear la entrada al departamento; según cuenta, “para entrar puse un mes de adelanto y el alquiler; o sea, dos alquileres. Una garantía de Capital Federal... Y tuve que pagar los informes, las firmas”. Dado que la vivienda de sus padres figuraba como bien de familia, “puso en garantía” la casa de su abuela.

En verdad, antes de alquilar, Andrés había pensado en obtener un crédito hipotecario. “Apenas empecé a trabajar, era ahorrar para tratar de entrar a un crédito y comprarme una vivienda. Siempre esa era mi idea”. Esta expectativa inicial parecía apoyarse, más que en la evaluación de las condiciones objetivas del mercado de la vivienda y de las posibilidades materiales concretas, en la trayectoria residencial familiar: tanto sus abuelos como sus padres eran dueños de la vivienda donde habitaban. En efecto, también las recomendaciones de sus padres iban en ese sentido: “mi vieja no quería que me vaya. Me decía ‘¿para qué vas a alquilar? Es tirar la plata. Esperá, esperá a juntar plata para poder acceder a un crédito’”. Para Andrés, en eso se jugaba no sólo el deseo de su madre de que él fuera propietario, sino también el hecho de que se iba el “primer hijo varón”: “a mi vieja creo que un poco le afectó, si bien no lo demostró, era un ‘se va el nene’. Sé que la afectó un poco. Me llamaba todos los días al principio, ponele”.

Más allá de sus expectativas iniciales, este joven no podía “entrar a un crédito”: “hoy es difícil acceder a un crédito, y te lo digo yo que tengo más posibilidad que cualquier joven de mi edad porque trabajo en el Estado y tenés otra posibilidad, es más fácil, y no puedo acceder todavía”. El principal motivo era que Andrés no conseguía el 30% inicial: “de la vivienda, que estaba U\$S 80.000, normal, acá, en el barrio [Flores], yo tenía que poner el 30%, y yo no tenía nada de dólares”. Tampoco tenía alguien próximo que pudiera brindarle ese dinero ya que, como relata, “mis viejos no me daban nada. (...) No les da, no están en una situación económica como para hacerlo. Sería atarles un esfuerzo muy grande que deberían hacer, y no”. Como consecuencia, señala, “no me quedaba otra posibilidad que alquilar o seguir viviendo con mis padres”.

Yo ahorra mucho [viviendo] con mis viejos y dije: “bueno, más o menos, si sigue así la situación de que uno tiene que poner el 30% de la vivienda para mudarse, tendré que estar dos o tres años viviendo con mis viejos”, para poder sacar un crédito y comprarme una vivienda, y dije: “dos años o tres no me aguantó, no me voy a aguantar”. Más allá de que yo con mis viejos me llevaba bárbaro, no tenía conflicto en el tema cotidiano, necesitaba mi espacio. Entonces dije: “bueno, me voy a tener que alquilar algo”. Y no quería. Yo siempre fui de la idea de que el alquiler... no te digo que es tirar plata porque uno está invirtiendo en algo que es su independencia, en tener su espacio, es sano vivir solo, ¿no?, a una edad considerable, con lo cual no creo que sea tirarlo. (Andrés)

Con el departamento alquilado, Andrés comenzó el equipamiento. Sus padres le regalaron la heladera y lo demás lo pagó al contado porque tenía dinero ahorrado y aprovechó un contacto familiar: “uno de los primos de mi vieja tiene un bazar, que fui un día y me compré cuchillos, ollas, porque no tenía nada. Lo único que tenía era el televisor que estaba en mi cuarto”. Según cuenta Andrés, se mudó después de una semana, cuando consiguió heladera, cama, internet y cable [televisión]. Ya instalado, compró lo demás: mesa, sillas, sillón y mueble para televisión. Desde que vive solo, Andrés fue aprendiendo a administrar su hogar; de la limpieza se ocupa una empleada doméstica que comparte con su abuela.

En mi casa no me preocupaba por nada. Así que fui aprendiendo a cocinar, a hacer las compras, a comprar más o menos lo necesario para que una casa funcione, y lo que es la independencia de la decisión. De, bueno, quiero que venga una chica a limpiar, no limpio yo, porque no me gusta limpiar porque es algo que nunca hice, así que viene una chica a ayudarme con la limpieza una vez por semana. Es la chica que ayuda a mi abuela, que vive al lado. Y, además, el tema de lavar la ropa, yo le llevo la ropa a mi abuela, que me la pone en el lavarropas y la chica esta que viene una vez por semana me plancha las camisas, por lo menos, para ir al trabajo. (Andrés)

Andrés también recibe ayuda de su familia con la comida: “no soy bueno en la cocina todavía, pero, ante la necesidad, uno empieza. Igual mi mamá a veces me trae salsa *freezada*, mi abuela capaz le sobra, me dice ‘che, hice tal cosa, ¿te llevo?’. Eso sí recibo ayuda”. Con el supermercado también fue adquiriendo experiencia: “fui aprendiendo con las distintas compras qué era lo que más me rendía o no. Al principio, se me vencía todo. Me compraba cosas más grandes de lo que consumía y se me vencían”. Aunque extraña las charlas en las cenas compartidas con su familia, Andrés señala que disfruta la experiencia de vivir solo:

Cuando uno está solo se dedica a hacer otras cosas; ahora estoy leyendo un poco más. O tener momentos más de reflexión para uno. La verdad es que me encanta vivir solo. Levantarme cuando me levanto, sin levantarme porque alguien hace ruido, porque

alguien se levantó. Salir y volver sin tener que decir “vuelvo a tal hora” o “no vengo a dormir”. Esas cosas que te da la independencia, el tener tu lugar y que nadie se meta en tus decisiones. (Andrés)

Cabe advertir que, si bien optó por alquilar, Andrés señala que “su plan” es continuar ahorrando para, en lugar de renovar el contrato de alquiler en dos años, acceder a un crédito hipotecario y comprar una vivienda, tal vez con su novia. Para él, la “casa propia” contribuye a ganar “estabilidad”: “con una vivienda propia, uno ya tiene una estabilidad o tiene algo para arrancar”. Por eso, aunque intenta no modificar su “estilo de vida”, también procura ahorrar: “yo trabajo, vivo bien, hago las cosas que me gustan –ir a comer afuera, comprarme ropa, viajar, irme de vacaciones–, pero en forma paralela es ahorrar para el día de mañana comprarme una vivienda”. Al preguntarle si está pensando en tener hijos, Andrés es contundente: “Hoy no se me pasa por la cabeza tener hijos porque no creo que esté en el momento para hacerlo, pero el día de mañana, si tengo la edad y las ganas de hacerlo, también priorizaría el tema económico y si tengo una vivienda propia”. Por ello, para este joven, la salida del hogar de origen no tiene “nada que ver” con “querer una familia”, sino con una experiencia que lo hace “crecer”, una prueba de la “autonomía” entendida como enfrentarse solo a los desafíos cotidianos.

Cuando me fui de lo de mis viejos, sentí una sensación de crecimiento personal. Fue como darme cuenta de que podía hacer eso. (...) Capaz me siento un poco más grande, porque antes era un nene, qué sé yo, llegar a casa y tener la comida hecha, la cama hecha, que te laven la ropa, que te la planchen, y ahora todo lo tiene que hacer uno. Entonces, como que uno dice, “bueno, crecí en cuanto a responsabilidad con respecto a la casa”. No es que ahora de repente voy a... qué sé yo, “quiero tener un hijo y una familia”. No. Eso no tiene nada que ver con vivir solo o con tus papás. (...) Yo en lo que cambié, sí, me di cuenta de que hay una determinada cantidad de cosas que antes no hacía y que ahora tengo que hacer y que están asociadas a una persona adulta. (Andrés)

3. La “casa de novios”: las historias de Lucas, Agustina y Gabriel

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio propio en una vivienda independiente a través de la asociación con la pareja y, en general, mediante el alquiler. Utilizamos la expresión “casa de novios”, inspirados en la categoría nativa “casa de la amistad”, para referirnos a este espacio habitado por parejas sin hijos. Consideramos que esta expresión permite ilustrar las características del modo de convivencia sin la connotación que tienen los términos demográficos “hogar conyugal” u “hogar familiar”. Al igual que advertimos en la “casa de la amistad”, aquí observamos la unificación de las salidas del hogar de origen con una lógica colaborativa: el arreglo residencial no

sólo constituye la modalidad de convivencia sino también la condición de posibilidad para conquistar la vivienda.

Lucas, un joven odontólogo de 27 años, se juntó con su novia, Vicky, para irse del hogar familiar, donde habitaba con sus padres –ambos farmacéuticos y propietarios– y su hermana menor. Lucas y Vicky (27 años) se habían conocido durante la carrera de Odontología y, una vez recibidos, trabajaban en distintos consultorios médicos. Según cuenta él, mientras vivía con sus padres, dormía todos los días con su novia: “de siete días de la semana, cinco estaba en mi casa, dos estábamos en la casa de ella, el fin de semana”. Esta pareja nómada, que orbitaba entre sus respectivos hogares de origen, necesitaba un espacio propio: “no podemos estar (...) en la casa de cada uno y siendo pareja”, señala él. Eso generaba ciertos conflictos tanto con la familia de origen como entre ellos: “estábamos todo el tiempo trasladando las cosas: la ropa... teníamos que andar pensando qué nos poníamos al día siguiente”. Si bien mientras cursaban la carrera deseaban convivir, ni Lucas ni Vicky tenían ingresos propios, ya que se dedicaban de modo exclusivo a estudiar en una universidad privada, costeadas por sus respectivos padres.

Mis papás me tenían que bancar todo. La obra social la pagaba mi papá, también el celular. Me bancaban la carrera porque era una facultad privada, y aparte odontología, una carrera cara. Con Vicky nos dedicábamos mucho tiempo los dos. *Full time* era: entrábamos a las ocho, nueve de la mañana, nos íbamos tipo seis, siete de la tarde. O sea, me era imposible trabajar por más que quisiera. Era un bajón porque tenía que pedir plata para salir, mi viejo me daba por semana y, si necesitaba más, me daba más. Ya me daba vergüenza pedirle plata a mi papá. ¿Por qué?, también lo que yo sentía era como que ya era grande para ir y decirle: “papá, ¿me das plata?”, para no sé, tenía ganas de ir al cine y tenía que pedir plata para ir al cine, ¿entendés? (Lucas)

Con 26 años, y ya graduado, Lucas comenzó a trabajar como odontólogo en consultorios médicos. Tanto él como Vicky pensaban en convivir, pero los frenaba el “miedo a no llegar”: “vivíamos haciendo cuentas sobre cuánto podíamos gastar. Nos quemaba la cabeza [preocupaba] el no llegar”, recuerda Lucas. Además, al principio los padres de él no apoyaban el proyecto de convivencia, sobre todo su madre: “no les gustó del todo porque yo era el primero en irme y, no sé, mi vieja decía como que ella me estaba chupando [absorbiendo] de mi casa, como que estaba desterrando al hombre mayor y el nene de mamá”. Durante un año, Lucas continuó viviendo con sus padres sin abandonar el proyecto de convivencia con Vicky; al no tener que aportar a la economía

familiar, aprovechó a ahorrar gran parte de sus ingresos laborales. Al preguntarle qué lo motivó a irse de la casa familiar, relata lo siguiente:

Yo desde los 24 me quería ir porque ya... ya como que no aguantaba más. Yo ya quería ser independiente, me sentía que quería tener mi lugar, mi espacio, mi tiempo. No quería ya más depender de ellos [los padres] ni económicamente y quería ya hacer mi vida, formar mi vida. (...) A veces se ponían más pesados, qué sé yo, mi vieja se ponía más pesada: “¿dónde estás?, ¿qué vas a hacer?, ¿a qué hora volvés?”. O qué sé yo, llegaste a tal hora después de salir y “¿qué hiciste anoche?”. No tenía ganas, no tenía ganas de contar o no tenía ganas de comer un domingo al mediodía o tenía ganas de hacer lo que yo quería. Y, bueno, ya me puse a salir con ella y ya, fue con ella. (Lucas)

Finalmente, Lucas y Vicky alquilaron un departamento de dos ambientes con balcón en Villa Crespo, a través de una inmobiliaria que exigía tener una garantía propietaria de la CABA y abonar dos meses de comisión, un mes de depósito y un mes adelantado. Al preguntarle cómo costearon la “entrada al departamento”, Lucas relata: “ya teníamos ahorrado. Nunca pedimos un peso. Habíamos ahorrado. Ella se quedó sin plata [sin ahorros], yo seguía teniendo ahorros”. A su vez, la garantía se la prestó el hermano de Vicky, veinte años mayor que ella, quien tenía propiedades en la CABA. Lucas también contaba con una garantía familiar de sus padres, pero prefirieron recibirla de un hermano; según cuenta él, aunque sus padres tenían “una buena posición”, él sabía que la ayuda se la harían “pagar” por otro lado.

Lucas define la salida del hogar de origen como un “logro en conjunto de los dos”. Costearon la “entrada al alquiler” “sin pedir un peso”: “todo esto es fruto nuestro, que nosotros lo generamos con una satisfacción conjunta propia. Y todo a medias. Entonces, me siento feliz cuando vengo a mi casa”. Para su equipamiento, sí contaron con la ayuda de sus familiares: “el hermano de ella nos regaló una mesita de luz; la tía, la cómoda; mis viejos, la heladera y el hornito eléctrico; mi abuela, la cama; la madre de ella, el secarropas y el lavarropas”. La televisión y el sillón los compraron por su cuenta.

Antes de alquilar, Lucas y Vicky pensaron en “pedir un crédito hipotecario” y averiguaron los requisitos: “es imposible, necesitás un boleto –me parece que se llama– que tenés que tener una plata inicial para entrar o tenés que apostar con algo, cosa que nosotros no contábamos”, explica él. Influenciado por su historia residencial familiar y los mensajes de sus padres, el alquiler asumía una connotación negativa: “es un gasto fijo que no aprovechás, [porque] no va a ser algo que te va a quedar”. Sin embargo, al

salir en búsqueda de una vivienda, estos jóvenes resignificaron el alquiler como una “satisfacción”: “pero no desde el lado material de que me va a quedar algo sino... en lo interior, desde adentro, en un sentido personal”. Esto fue lo que intentó Lucas explicar a sus padres, quienes le recomendaban esperar y seguir buscando opciones para comprar. Así recuerda este joven la conversación que mantuvo en la cocina de la casa de sus padres: “Cuando les dije ‘voy a alquilar’, [me dijeron] ‘no, pero ¿no podés comprar? ¿Por qué no te fijás en los planes que da el gobierno?’. ‘No, no puedo, papi, no puedo porque es imposible, no puedo, así que voy a alquilar’”.

En cuanto a la administración del hogar, Lucas y Vicky comparten los gastos domésticos pues, en verdad, el hecho de que “todo se divida por dos” es lo que les ha permitido independizarse. Con una fracción de los ingresos de cada uno conforman un “pozo común”; el relato de Lucas permite advertir algunas tensiones que, sin quebrar el vínculo, desencadenaron nuevas negociaciones y acuerdos. Lucas señala que durante los primeros meses de convivencia con su novia mantuvieron el arreglo que tenían cuando vivían separados: “fue más mitad y mitad”. Luego, revisaron tal arreglo porque según él, al ganar más que ella, terminaba por asumir muchos gastos extras.

“Vamos a organizar de otra manera”, dijimos. (...) ¿Por qué? Porque como ella... Te repito, ella gasta mucho... Entonces, pusimos 80% cada uno de su sueldo. Sea lo que sea, pusimos 80% de los dos en un pozo común. Entonces está ahí en un pozo común y después cada uno ahorra por separado. ¿Por qué? Porque ella todos los meses se compra algo, o sea, todo el tiempo se compra algo. “¿Vos te querés comprar algo?, comprátele vos con tu plata” (...) Yo lo ahorro porque yo no siento la necesidad. (Lucas)

En cuanto a la organización doméstica, Lucas señala que tienen menos tiempo: “llegamos acá y hacemos las cosas, no tenemos una chica [empleada doméstica] que nos ayude”; sin embargo, lo cierto es que esa primera persona del plural esconde que quien hace las tareas domésticas es su novia Vicky: “yo la ayudo a ella, pero ella hace todo: limpia, cocina, ordena, plancha, y las compras de supermercado las hacemos juntos”. Según cuenta, él se ocupa de administrar el dinero de los dos: “la cosa monetaria manejo todo yo. Pago las cuentas, me encargo del alquiler, de las expensas, Metrogas, la luz, las tarjetas de crédito, pagar el monotributo, que no me venza esto, que no me venza lo otro”.

Cabe advertir que, si bien Lucas indica que el ahorro es personal –cada uno ahorra por separado–, también señala que puede devenir una tarea compartida cuando

hay proyectos comunes a largo plazo como un viaje o la adquisición de un auto. Según cuenta él, a Vicky le cuesta ahorrar dinero, de modo que llegaron a un acuerdo: “le dije ‘dame la plata que te sobra a mí y yo te la ahorro’. Y yo ahorro mi plata y ella ahorra su plata”. Para Lucas, ahorrar es importante: “yo siento que tengo que ahorrar para comprarme el auto, hacer un posgrado, viajar, y muy a largo plazo comprarme un departamento”.

A un año de convivencia, Lucas disfruta de compartir la vida cotidiana con Vicky: “me levanto, desayunamos juntos, vamos a trabajar. Volvemos, merendamos, vamos al gimnasio, venimos, comemos, nos miramos una película o miramos la tele juntos en la cama, u organizamos para ir a comer afuera. Está buenísimo”. Además, esta pareja disfruta de conversar: “ayer no nos vimos desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche y no paramos de hablar hasta que nos acostamos, hasta que ella se quedó dormida”. Para él, convivir es “unir costumbres”.

Agustina, una abogada de 27 años que trabaja hacía cuatro en una Defensoría de la Ciudad, se fue a los 26 de la casa de origen, donde vivía con sus padres (dueños de una agencia de publicidad y propietarios) y su hermana mayor, para alquilar junto con su novio Sebastián (27 años) un departamento de dos ambientes en el centro de Ramos Mejía. Agustina y Sebastián (licenciado en comercio exterior) estaban en pareja hacía cuatro años. Se habían conocido durante el secundario por amigos que tenían en común; además, los dos habitaban con sus familias de origen en Ramos Mejía. Según cuenta ella, ambos tenían el proyecto de irse a “vivir solos” y consideraron que lo mejor era hacerlo juntos; por un lado, porque se sentían bien como pareja y les gustaba la idea de “vivir juntos”; por el otro, había un “tema de gastos”: al irse juntos, ahorran dinero y evitaban el “doble alquiler”. Sin embargo, Agustina también reconoce que tenía algunos “miedos” en torno a la convivencia en pareja:

Yo siempre tuve mucho miedo del tema de la convivencia, primero por la sociedad que te dice “no, la convivencia te mata”. Una mejor amiga que se había ido a vivir con el novio también: “es lo peor”. O sea, no es lo peor, tiene un montón de cosas buenas, pero te desgasta, ¿viste? Como que todas influencias negativas. Entonces era por un lado el miedo, digamos, del mito social, y por el otro lado que realmente yo siempre fui muy de mi espacio, de no me gusta que me invadan y que no me gusta que me toquen las cosas. Siempre fui un poco rara en ese sentido, como de querer mi espacio. (Agustina)

Después de dos meses de búsqueda, Agustina y su novio encontraron el departamento que cumplía con sus condiciones: “que sea dos ambientes; que esté en el centro. Bueno,

él quería que sea luminoso y yo, con balcón. A ver, si no tenía balcón no pasaba nada, pero yo quería con balcón”. Para alquilarlo pusieron en garantía la casa de los padres de ella y, entre los dos, costearon la “entrada al alquiler”. Para equipar el nuevo hogar, Agustina señala: “recibimos muy pocos regalos –que son tazas, cuchillos, unos platos–; los gastos importantes, el lavarropas, el *sommier*... la tele, le heladera, todo... [los compramos] con la tarjeta de crédito, a medias, siempre a medias”.

Respecto a la administración doméstica, Agustina cuenta que los gastos se reparten de manera más o menos equitativa: “casi todo lo dividimos entre los dos”. Sebastián “pone un poquito más” para el alquiler “porque gana un poco más y como sabe que yo a veces llego con lo justo y demás, él trata de ayudarme, que también yo pueda vivir tranquila, digamos”. Para organizar los gastos, él lleva un registro en Excel: “cualquier cosa que gastamos, la anota: “vale \$ 20, pasta de dientes”; “supermercado, \$ 300”. Y a fin de mes salta [se calcula] quién le debe a quién”. En cambio, su relato evidencia que ella suele ser la encargada de realizar tareas domésticas, tales como cocinar, lavar la ropa y limpiar.

Acá siento que tengo menos tiempo porque en mi casa no movía ni este dedo para levantar la mesa. La ropa no me encargaba de lavarla y plancharla, eso lo hacía mi vieja. O... mi mamá me hacía la pechuguita a la plancha y la ensalada. Acá es como que tengo que responder, digamos, a él, que viene con otras costumbres, ¿entendés? Son las cosas que pasan cuando te unís con una pareja. Él está acostumbrado a que si estamos acá, nos sentamos a comer, hasta que yo no le sirvo la gaseosa no me puedo servir yo, le tengo que servir a él, después me sirvo yo. Él tiene esas costumbres que por ahí yo no estaba acostumbrada. (Agustina)

A dos años de convivencia, la evaluación de Agustina es positiva: “me encanta el estar acompañada, dormir con una persona o levantarte... esas cosas son re lindas”. No obstante, esta joven también señala que les gustaría mudarse a un departamento de tres ambientes para estar “más cómodos” y tener mayores márgenes de intimidad dentro del hogar: “lo que pasa es que si uno de los dos quiere invitar a un amigo y el otro quiere dormir o descansar o leer, no se puede y genera incomodidad”. Asimismo, en su relato destaca la importancia de sostener “libertades” en la relación de noviazgo, sobre todo cuando “todavía” no se tiene hijos. En la “casa de novios” los límites entre lo propio y lo compartido resultan más borrosos y difusos que en la “casa de la amistad” porque los proyectos comunes traspasan las fronteras domésticas.

Hay proyectos en común que pueden ser ordinarios y relacionados con el día a día, o más a largo plazo como la proyección de un ahorro para un viaje o la compra de algún elemento en particular. Y, por otro lado, también hay proyectos totalmente personales como el continuar una maestría, los amigos, actividades físicas o recreativas que se hacen individualmente. (...) Es como que en otras cuestiones se mantiene una relación de noviazgo donde cada uno cuenta con libertades y proyectos personales, sobre todo porque no tenemos hijos. (Agustina)

Gabriel estudia Ciencias Políticas mientras trabaja en un banco como empleado administrativo. Hace tres años, cuando tenía 24, se juntó con su novia, Camila, dos años menor que él, para alquilar un departamento en Villa Crespo. A diferencia de su novia, quien vivía con su familia de origen en Moreno, Gabriel era de la CABA, donde residía en Almagro con su mamá (profesora de inglés) y su hermana ocho años menor. Sus padres se habían divorciado cuando él tenía 15, y su hermana mayor ya había abandonado el hogar de origen. Mientras la mamá de Gabriel es propietaria de la vivienda gracias a una herencia, su papá (mecánico) no es dueño pero habita en Paternal en la casa de su pareja, quien es propietaria. En su casa de origen, este joven tenía su propia habitación y ciertas “comodidades”: “yo en lo de mi vieja no hacía absolutamente nada, ni lavaba los platos, nada. Mi vieja hacía todo, y eso que ella laburaba”.

Antes de mudarse juntos, Gabriel cuenta que Camila “... se quedaba a dormir más de una vez por semana conmigo en lo de mi vieja, ponele dos veces por semana, porque ella estudiaba y trabajaba acá y yo también. Entonces, teníamos toda nuestra vida en Capital”. Los deseos de Gabriel y Camila coincidían: él tenía “ganancias de independizarse” de la casa de su madre y, según cuenta, su novia “estaba pensando en ver qué se podía hacer por ese lado de acercarse [a la CABA] (...) Le venía bien por una cuestión de comodidad, de movimiento”. En verdad, Gabriel quería irse a vivir solo desde que tenía 22, cuando consiguió “el laburo en el Banco, que me daba una situación económica más estable y un ingreso bueno para lo que es un pibe solo”. Si bien había “arrancado a laburar a las 48 horas de terminar la secundaria”, dice, éste era su primer trabajo estable. Él había empezado a buscar departamento “con un par de amigos (...) Hacía poco que salía con Cami”.

Solo no podía porque no sabía si lo iba a poder solventar. Yo le pasaba una guita a mi vieja. Un porcentaje del sueldo... Sería un 20%, algo así... Fueron las primeras opciones que se me presentaron con amigos. Me acuerdo que habían surgido un par de puntas para hacer con amigos y no prosperaron, y como que yo tampoco le puse demasiadas energías. (...) Y me termina frenando en ese momento decir: “Pará, voy a esperar

ahorrar un poco de guita, ahora que no me tengo que mantener yo y tengo el sueldo del Banco, ahorro un poco de guita y después me voy”. (Gabriel)

Como relata este joven, el proyecto con amigos no prosperó y él prefirió continuar viviendo en la casa de su madre para ahorrar: “era un momento en el que yo pensaba que una persona ahorrando podía llegar a comprar una propiedad”. Después de dos años trabajando en el Banco, y con dinero suficiente para alquilar, Gabriel y Camila decidieron irse de sus hogares de origen a vivir juntos. Hacía dos años que estaban de novios: “estábamos muy bien como pareja, sufríamos bastante la distancia y todo nos llevaba a eso. Yo quería irme de mi casa, a Cami le quedaba bien Capital y llegamos a la conclusión de decir: ‘bueno, busquemos’”. Para ellos, irse a vivir juntos resultaba “la mejor solución” y, además, sabían que no podían hacerlo solos por razones económicas; sobre todo Camila quien, según cuenta Gabriel, trabajaba en una fotocopidora mientras estudiaba el Profesorado de Enseñanza Primaria, ganaba “dos mangos, no le daba para sustentarse ella en lo cotidiano”. Al describirse como pareja, Gabriel cuenta lo siguiente:

Hemos tenido nuestras crisis, todo, pero nos llevamos muy bien Cami y yo. Incluso, si no fuéramos pareja creo que nos llevaríamos muy bien. Tenemos intereses parecidos: ella milita también, somos los dos muy futboleros, tenemos un sentido del humor parecido. Tenemos buena relación, y a la vez, los dos sabemos que el otro tiene todas sus tareas por militancia, por laburo, por estudio, en el caso de ella. Hay cero celos. (Gabriel)

Las opciones para la búsqueda de una vivienda se concentraban en ciertos barrios de la CABA: “buscábamos esa zona: Almagro, Villa Crespo, Chacarita, Paternal. Nos parecía un equilibrio entre céntrico y barato, y no tan céntrico a la vez”. Al preguntarle si habían pensado en comprar, Gabriel señala que, como empleado bancario, evaluó obtener un crédito hipotecario para evitar “caer en el alquiler”, pero luego desistió al entender que en el contexto actual “comprar es imposible”: “en este país el 90% de la población tiene problemas habitacionales. (...) Yo no voy a ser el inquilino que se echa la culpa”. Además, este joven también reconoce el momento en su trayectoria biográfica: “yo quería alquilar para hacer la experiencia sin tener ninguna atadura. (...) Quería algo no tan definitivo como un préstamo hipotecario, que pudiera durar muchos años. Era un pendejo”.

Finalmente, Gabriel y Camila alquilaron un departamento de dos ambientes con patio en Villa Crespo, a través de una inmobiliaria conocida de la madre de él: “lo

fuimos a ver, nos enamoramos a primera vista, chiquito pero espacioso. Ahí mi vieja habló y nos cobraron menos comisión”. Para la garantía, también recurrieron a su mamá: “hoy en día es una barbaridad; para poder alquilar un sucucho cualquiera, te piden sangre azul, más o menos. Yo tengo la suerte de que mi vieja es propietaria en Capital”. Entre los dos costearon la entrada al alquiler, y para el equipamiento del hogar aprovecharon ahorros de Gabriel y regalos familiares. Según cuenta él, a quince días de estar mudados, ya habían “llenado la casa”: “los papás de Cami nos regalaron la heladera, el colchón nos lo regaló la tía, la tele la teníamos. Y yo compré el lavarropas para no estar yendo a lo de mi vieja”.

El relato de Gabriel sobre la organización de las tareas domésticas evidencia que la administración del hogar también es una actividad compartida y consensuada. “Somos medio asamblearios: lo resolvemos así hablando y lo sacamos adelante. Según cuenta, las compras se van resolviendo “sobre la marcha”, y los mensajes de WhatsApp son una herramienta clave para la gestión de la cena.

Nosotros tratamos –pasa que nunca lo hacemos, pero tratamos– de hacer una compra mensual, pero con suerte hacemos una trimestral, por la frecuencia, no por la cantidad de cosas. Cuando es así, soy más de hacerlas yo las compras grandes. Las compras chicas dependen de quién llega más temprano ese día y va a cocinar. Cocinar está bastante intercalado. Lavar está también repartido. (Gabriel)

Para este joven, si bien estas tareas han sido una nueva “carga” porque no las hacía en su casa de origen, “es reconfortante el hecho de hacerme responsable de cosas del hogar”. En palabras de Gabriel, la casa se presenta como el “lugar de los dos y de nadie más, por más que invitaba gente y todo”: “se generó una intimidad total, de mayor conocimiento del otro, de rituales comunes, de prácticas rutinarias, en algún caso, pero voluntarias; no de aplastamiento”. Este joven destaca el nivel de autonomía y el carácter consensuado de las decisiones, así como también el compañerismo en la pareja.

Por último, al describir cómo vivió la salida del hogar de origen y la construcción de un espacio propio junto a su pareja, enfatiza la búsqueda de crecimiento personal, antes que el proyecto de formar una familia: “sentir que diste un paso adelante y que lo hiciste vos y que sos capaz de hacer más cosas. Es eso, es una satisfacción y es una maduración. Eso sentía: como una sensación de un crecimiento personal”. En efecto, por ahora no está en sus planes tener hijos.

CAPÍTULO III

MODOS DE CONSTRUIR UN ESPACIO PROPIO EN JÓVENES DE SECTORES POPULARES

Este capítulo aborda los modos en que un grupo de jóvenes de sectores populares construye, habita y significa un espacio propio. A partir del cruce entre el tipo de arreglo de convivencia y la modalidad del espacio habitacional, establecimos cinco modos de construir un espacio propio en sectores populares. Al igual que en el capítulo anterior, nos adentramos en cada uno adoptando como hilo conductor las historias de vida de los y las jóvenes, las cuales han sido desarrolladas según las tres dimensiones analíticas del proceso de transición residencial: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia. Cabe advertir que es posible encontrar la voz de algunos/as jóvenes en más de un modo, dado que hemos entrevistado parejas. Las categorías de “espacio adentro”, “espacio aparte” y “espacio afuera” emergen de las perspectivas de los sujetos que narran su experiencia de transición residencial; en este sentido, cada adverbio marca la posición de su protagonista con respecto a una casa de origen. Por último, destacamos que, si bien nos centramos en la primera experiencia de salida del hogar parental, las biografías juveniles evidencian el pasaje por dos o más espacios habitacionales e, incluso, muestran cambios en los arreglos de convivencia.

1. La pareja en el “espacio adentro”: las historias de Marcelo y de Angie

En este modo la construcción de un espacio propio se realiza en pareja dentro de la vivienda de los suegros, es decir, en un “espacio adentro” que puede adoptar la forma de una habitación con puerta o un mismo ambiente separado por algún mobiliario. Aunque en las historias indagadas este modo resulta de la salida forzada del hogar de origen de uno de los integrantes de la relación de noviazgo, no descartamos que también pueda ocurrir como fruto de una motivación personal. Cabe advertir que el “espacio adentro” puede adoptar la forma de una habitación con puerta o responder a una división material y simbólica de una parte de la casa. Asimismo, destacamos que la pareja deviene rápidamente en familia, lo que introduce cambios en las dinámicas de convivencia, al agudizar las tensiones en la vida diaria de las familias de los padres y de los hijos. De

ahí que, con la llegada de la descendencia, se intensifiquen los deseos de neolocalidad y se implementen estrategias para abandonar el “espacio adentro”.

A los 21 años Marcelo armó un espacio propio al juntarse con su novia Gisela –de la misma edad– en la casa de la suegra. Esta convivencia fue un hecho imprevisto, como consecuencia de las situaciones de conflicto que estaba atravesando él en su casa de origen. Marcelo nació en Corrientes, donde fue criado por sus abuelos maternos hasta los 4 años. Su madre había migrado a Buenos Aires en búsqueda de empleo y, cuando se acomodó, fue a buscarlo para que viviera con ella y su pareja, a quien Marcelo define como su padrastro: “yo soy hijo único (...) mi papá verdadero tenía dos familias, y cuando yo nací, él se iba a hacer cargo, pero... Yo lo conocí una sola vez cuando era chico y nunca más”. Los tres vivían en una casa que su padrastro había construido en un terreno adquirido formalmente –“tiene el título, tiene todo él”, aclara Marcelo– a través de unos loteos realizados durante la década del ochenta, cuando Lomas de Mariló (Partido de Moreno) “era todo campo, recién los barrios estaban empezando y no había nada”. En verdad, Marcelo señala: “cuando llegué ahí esa casa era una casa de material al fondo. Después edificaron, hicieron loza con dos habitaciones, baño y comedor grande con cocina”.

La mamá de Marcelo (50 años) es enfermera, aunque también trabajó como empleada doméstica, ya que el curso de auxiliar de enfermería “lo hizo de grande” (a los 30); su padrastro (55 años) es metalúrgico y siempre trabajó en fábricas. Según Marcelo, si bien ninguno cursó estudios secundarios, su experiencia laboral los ayudó a insertarse en empleos asalariados y registrados. La mamá, por ejemplo, ya hace tiempo que tiene un puesto como enfermera en el Hospital Militar. Desde la etapa adolescente, una de las principales causas de discusión entre Marcelo y su familia se debía a que no querían que él se juntara con los chicos del barrio, ni que trabajase tal como lo hacían aquellos, para que pudiera dedicarse de manera exclusiva a la escuela. Si bien no tenía que aportar a la economía del hogar, Marcelo desde los 14 quería tener su plata: “no es que no quería estudiar, quería trabajar y estudiar (...) Yo decía ‘bueno, si yo trabajo, ayudo a mi mamá y aparte me compro yo las cosas que yo quiero’”. Según cuenta, la madre buscaba controlarlo a través de los regalos que le hacía; una vez, por ejemplo, le regaló un auto: “el auto lo había comprado para que yo... o sea, para que mi mamá me agarre más, como ser ‘yo te compro el auto, pero vas a ser mío, vas a estar bajo mis

reglas””. Entonces, señala: “yo quería manejar mi plata porque es lo mío, vos no me podés venir y avasallar y decir ‘no, te lo quito””.

Al finalizar la secundaria, con 18 años, Marcelo empezó a trabajar de bachero en un restaurante de la zona. Por insistencia de su madre, al año siguiente él ya estaba estudiando enfermería en la Cruz Roja de Morón, una institución privada que costearon la mamá y su padrastro a condición de que él dejara de trabajar. Durante ese tiempo, los conflictos con su mamá y su padrastro dificultaban cada vez más la convivencia. Esto se agudizó cuando, a los 20, Marcelo comenzó el noviazgo con Gisela. Su mamá no aceptaba a su novia; según cuenta él, ella pensaba que sería un noviazgo temporal –“fue la única novia que llevé a la casa”– pero, cuando la relación se afianzó, las discusiones comenzaron a repetirse: “estaba celosa”, no dejaba que ella fuese a visitarlo y finalmente “lo echó” –en palabras de Marcelo– cuando ella le dijo “elegí entre ella o yo”. Él optó por conservar su relación con Gisela y se fue: “no tenía nada... Yo lo que tenía era lo puesto y algunos libros de la... Sí, los libros porque eran re caros y... sí o sí los necesitaba para rendir los últimos finales... y los documentos”.

Marcelo y Gisela habían sido compañeros en la primaria, y aunque luego cursaron la secundaria en colegios distintos, a veces se cruzaban por el barrio, donde vivían a dos cuadras de distancia, cada uno con su familia de origen. Cuando se encontraron en la fiesta de una amiga en común, empezaron el noviazgo que culminó con la convivencia y la formación de una familia. Según cuenta él, “un año estuvimos de novios y a raíz de una pelea que tuve con mi mamá, le digo ‘chau, me voy’. Y me fui... me fui a la casa de la mamá de Gisela”. De acuerdo con Marcelo, Gisela y él no pensaban en juntarse porque los dos tenían “expectativas de logro” vinculadas al estudio y la profesión, pero se sentían bien como pareja, tenían el “proyecto de formar familia” a futuro y, en lo inmediato, convivir en el “espacio adentro” era un modo de resolver su problema habitacional. Además, la relación con su suegra era, en sus palabras, “muy buena, muy dinámica... mucho aprecio, mucho amor”; incluso él solía quedarse a dormir con frecuencia.

Así, Marcelo y Gisela fueron a plantearle la situación a la madre de ella: “pusimos todo ya sobre la mesa, las intenciones que yo tenía... Que yo quisiera formar familia con ella, pero más adelante. Teníamos 20, 21 años. Y, bueno, ella también quería”. Según cuenta él, la mamá de Gisela no sólo aceptó sino que, al conocer la

problemática, fue ella quien le dijo “quedate, no, no, quedate”. Esta joven pareja armó su lugar en la habitación de Gisela, la cual había compartido con su hermano hasta que él se fue con su padre tras la separación. Al principio, Marcelo y Gisela dormían en la cama de una plaza, que era de ella. Él todavía estaba estudiando y no tenía ingresos. Ella estudiaba y trabajaba en el guardarropas de un boliche del barrio; con sus ingresos ayudaba a costear las últimas cuatro cuotas de los estudios de Marcelo, ya que, al irse, la familia dejó de pagarlos. “Me fui y ya no hubo más relación. Se cortó todo”, señala.

Finalmente, a los 21 Marcelo se recibió: “le metí, le metí, porque quería recibirme y trabajar y depender de mí mismo”. Una vez recibido, mientras esperaba la matrícula, comenzó a cuidar a un enfermo; y “con la matrícula y el título bien fresquito”, ingresó al Hospital Militar, con un trabajo registrado en el turno de la noche, donde continúa trabajando y combina con otro turno en el Instituto Galeno. Con los ingresos de Marcelo y los de Gisela, quien había dejado sus estudios universitarios al conseguir un trabajo en blanco como cajera de supermercado, comenzaron a equipar su espacio: “lo primero que nos compramos fue el juego de dormitorio: la cama, el placar, la mesita para la tele, una cajonera... y la cómoda... las mesitas de luz. Ah, y el colchón de dos plazas”. A los 22, después de dos años “de novios” y de un año “juntados”, decidieron “ir otro paso más adelante” y comprometerse: “yo le pedí el compromiso a ella, con los anillos”. Al preguntarle si estaban pensando en alquilar por su cuenta, Marcelo remarca el deseo de tener su “espacio” pero, a la vez, destaca el carácter negativo de ese modo de tenencia.

Pensamos en alquilar, pero lo que yo le decía a ella era que era plata tirada a la basura. Está bien, nosotros íbamos a alquilar, pero nunca iba a ser nuestro. Y esa plata la hubiéramos invertido en otra cosa. Unos meses sí, estábamos así: “¿qué vamos a hacer? ¿Alquilamos, no alquilamos? ¿Qué hacemos?”. Por temas de convivencia, roces con mi suegra... Yo ya quería mi terreno, o sea, mi casa, mi lugar. Si yo tuviera un terreno de 10x20, no me interesaba la zona, no me... O sea, yo quería mi espacio. (...) A veces ella me decía... porque llegó un momento que ella se había enojado con la mamá y “no, bueno, vamos a alquilar”. Pero yo le dije “no, alquilar no”. No porque no... uno a beneficio-costó, no nos daba. (Marcelo)

Como pareja, Marcelo y Gisela compartían el sueño de la “casita propia”; para Marcelo, este era un mensaje transmitido por sus abuelos: “vos tenés que ser buena persona, tenés que formar tu familia y tenés que tener tu espacio”. Sin embargo, sabían que comprar un terreno no estaba dentro de su horizonte de posibilidades, al menos en el corto plazo: “no llegábamos con nuestro capital, ni lo imaginábamos”. Para Marcelo y

Gisela, se trataba de un “sueño” al que aspiraban y que justificaba la convivencia en la casa de la suegra: “sabíamos que no nos íbamos a quedar ahí, a vivir ahí porque no... Siempre quise tener mi casa y Gisela también. Soñábamos con nuestra casa, hacíamos planos, queríamos nuestro lugar”. Tener una casa propia e independiente del entorno familiar de origen representaba el modelo ideal para la vida en familia: “¿cómo es el dicho? ‘Casado, casa quiere’”, repite Marcelo. Este joven recuerda las recomendaciones de su madre y su suegra: “cada uno tiene que tener su casa”. Por eso, para ellos tampoco era una opción deseable “edificar atrás”.

Yo quería mi terreno. Ya había conseguido lo que era recibirme y tener una fuente de trabajo. Y no, yo ya quería mi casa porque tu casa... yo decía, vos podés hacer lo que querés. Si querés plantar acá, hacer un hueco y vos podés hacer un hueco acá y era tuyo. Y nadie te puede decir nada. (...) Ahí [en casa de la suegra] la convivencia es rara, o sea, es complicado con el dueño de la casa. Porque vos como dueño de tu casa vas a querer, no sé... tenés un perro, decís: “no, mi perro es lo primero, mi perro come primero y...” No, yo quiero comer primero yo. O por ahí yo llegaba de trabajar y ponía música. Era como medio chocante. Y obviamente ahí está la teoría de “casado, casa quiere”. Y sí, casa quiere porque quiere su espacio, quiere su privacidad... (Marcelo)

Cuando a los dos años de “juntados” se les presentó la oportunidad de comprar un terreno “muy barato” en el barrio La Reja (Partido de Moreno), optaron por redireccionar el dinero que habían ahorrado para la fiesta del casamiento hacia la adquisición de ese terreno y la edificación de una casa propia. Aunque el lote “era fiscal”, parecía una “selva” y se reían al compararlo con el “jacal de Marimar”,³⁸ porque junto a la casilla de “chapa y rejunte” había una planta de banana y una planta de mora; para ellos ese terreno materializaba el sueño de “invertir en nosotros, era nuestro. Vos decís: wow, tenemos algo nuestro”. Como profundizamos más adelante a través del relato de Gisela, comprar el terreno les permitió proyectar la llegada de la descendencia. Con la expectativa de “hacerse la casa” en un año, planificaron el embarazo de Leo, su primer hijo. “Lo estábamos buscando, porque pensamos que hacíamos la casa y ya cuando nacía el bebé que lleguemos a tener la casa y... la verdad que no, que era re difícil, todavía [cinco años después] estamos haciendo la casa y la vamos a seguir haciendo”, indica él.

Mientras aún vivían en el “espacio adentro”, tenían una economía común entre Marcelo, Gisela y la suegra, de modo que los tres aportaban dinero para sostener al

³⁸ Alude a una novela de Thalía, una cantante, actriz y modelo mexicana. Esta imagen también fue empleada por Evelin y por Juan, otros de los entrevistados.

hogar. Según cuenta él, “la plata se redistribuía”: en el día a día iban organizando y entonces “‘un día compro la garrafa. Hoy comparabas vos la comida o comparaba mi suegra, la garrafa yo o vos...’. O tal vez decía ‘yo me encargo del teléfono, vos de la luz’. No era algo específico”. En cambio, las tareas domésticas, como la limpieza y la cocina, así como las de crianza, estaban a cargo de Gisela y la suegra, quienes pasaban más tiempo en la casa. Marcelo recuerda que, cuando tuvo dos trabajos –en el turno de mañana y de noche–, Gisela le pidió que dejara uno y él aceptó porque quería “ayudarla” y compartir más tiempo en familia: “uno, me estaba haciendo mal a mí también; otra, no la llegaba a ayudar a ella tampoco. Yo el primer año de Leonel me lo perdí”.

Para Marcelo, convivir con Gisela en la casa de la suegra no era fácil; si bien considera que se llevaban bien, había “roces” como consecuencia de la falta de intimidad y privacidad: “el tener nuestro espacio y no depender de otro es muy importante, porque como que te sentís encajonado, privado de tus cosas”. Si por lo general la familia de origen pretende intervenir en las decisiones o los modos de actuar, esto se agudiza cuando se comparte la casa. Por ejemplo, respecto a la crianza de los dos hijos, Marcelo señala que su suegra “quería hacer el rol de madre” e intervenía sobre qué hacer frente a distintas situaciones. También el uso del espacio suponía negociaciones: “es vivir bajo otras normas. Por eso el dicho de mi suegra es verdad: ‘el casado casa quiere’, porque son tus reglas, tus metas, tus decisiones”. Algunas discusiones surgían en torno a la administración del dinero. Marcelo relata que su suegra opinaba sobre sus gastos cuando, por ejemplo, a pesar de estar “ajustados con la plata”, en lugar de comprar material para la edificación, ellos decidían “disfrutar”: “darse un gustito” y salir de paseo o a comer afuera. Estos “roces”, expresión de diferencias generacionales, reafirmaban su deseo de tener “nuestro espacio y no depender de otro”.

Cuando se peleó con su mamá, Angie se juntó con su novio Juan, un año mayor que ella, en la casa de los suegros, situada en Parque Avellaneda (CABA). Tenía 17 años y un hijo de 1 año fruto de una pareja anterior. Al igual que Marcelo y Gisela, Angie y Juan tampoco estaban pensando en juntarse, pero él decidió “apoyarla” y ofrecerle un lugar donde vivir. Ella tenía algunos conflictos con su madre debido a la relación que mantenía con Juan y, cuando finalmente la “echó a la calle”, él le propuso

irse a vivir a su casa, donde habitaba con su mamá, su papá y sus dos hermanos, uno mayor y otro menor. Aunque hacía poco más de dos meses que estaban de novios, se conocían desde hacía tres años porque el hermano de Angie se había juntado con la hermana de Juan: “Ya éramos familia. (...) Y yo también lo quería tener cerca mío. (...) Está bien, él seguía trabajando y lo tenía tres, cuatro horas conmigo, pero dormía conmigo, ¿entendés?”.

Angie vivía en la Villa 31, en una casa construida por su padrastro que tenía una cocina-comedor, un baño y dos habitaciones: una donde ella dormía con sus dos hermanos y la sobrina, y otra donde estaban la mamá con el padrastro. A los 16, quedó embarazada de su primer hijo (Aaron) y tuvo que dejar la escuela secundaria. Según cuenta, el padre de Aaron, a quien había conocido en una fiesta, “se borró de una”, por lo que ella tuvo que dedicarse a trabajar: “yo cuando tuve a mi hijo ya tenía mi responsabilidad. Y yo no tenía nadie que me ayude con mi hijo, a comprarme los pañales, la leche y demás. Entonces yo tuve que empezar a trabajar sí o sí”. Angie comenzó a trabajar con su hermana como masajista, un oficio que aquélla le había enseñado y que luego perfeccionó con un curso. Trabajaba 8 horas por día en el barrio de Congreso; con lo que ganaba, según los clientes que tenía, compraba los pañales, la leche y las “cosas” para su hijo y para ella. “Yo no jodía a nadie. Y si veía que no llegaba y necesitaba, de última, sí, me prestaba mi vieja. No tenía problema mi mamá”. Las discusiones con la madre comenzaron cuando ella empezó a salir con Juan, a quien no aceptaba por considerarlo un “vago”, un “barrilete, que andaba en la joda, que le gustaba tomar, que fumaba porro”.

Ella no quería saber nada, nada, nada de nada de Juan. Y yo le decía que yo lo amaba a él, que yo quería estar con él, que por más que ella se imponga en mi camino, yo iba a estar con él igual, sea como sea. Y entonces me peleé re mal y me echó, me dijo: “no, bueno, ¿ésta es tu decisión? Ésta es mi casa, yo acá no lo quiero”. (Angie)

De acuerdo con Angie, cuando ella le contó a Juan lo sucedido, él no dudó en “llevársela a su casa”. Ella recuerda que le dijo “venite conmigo, trae tus cosas, así te llevo a mi casa”. Frente a la propuesta, Angie se alegró: si bien estaba triste por la pelea con su mamá, “sentía una emoción porque mi hijo... su papá siempre fue Carlos, mi hermano mayor. Después verlo a él [Juan] como diciendo ‘va a tener lo que el nene necesita, la figura de su papá’. Estaba re contenta”. Entonces Angie se llevó “poco y

nada” y se fue, aunque pensaba volver a buscar el resto de sus cosas y conversar más tranquila con su madre.

Tal como lo había previsto Juan, sus padres aceptaron sin inconvenientes la llegada de su novia. La casa de los suegros estaba ubicada en Villa Cildañez, perteneciente al barrio Parque Avellaneda. Era un departamento de tres ambientes al que los padres de Juan habían accedido formalmente –gracias al “esfuerzo de luchar con asistentes sociales y abogados”– cuando se realizó una apertura de calle, se tiraron abajo las casillas –donde ellos vivían– y se hicieron “torres, monoblock”. Las dos habitaciones estaban ocupadas: en una dormían los padres de Juan y, en la otra, Juan con sus dos hermanos y una de sus sobrinas; de modo que Angie y Juan armaron un lugar para ellos a partir de dividir el espacio del comedor con un ropero y una cortina. A diferencia de Marcelo y Gisela, que contaban con una habitación propia, Angie y Juan crearon su lugar con muebles, electrodomésticos y artefactos domésticos.

Hicimos una división con un mueble grande que tenía mi suegra apoyado en la pared, lo corrimos para adelante y así hicimos nuestra pieza atrás del coso, del ropero. Con una cortina que dividía. Ahí pusimos el somier, la cuna de Aaron... todo ahí. Era para nosotros. (Angie)

Angie y Juan tenían una economía compartida con la familia de él. La organización doméstica se iba resolviendo en el día a día; por ejemplo, las comidas “era todos los días, todos los días, yo llegaba, íbamos a comprar al chino dos paquetes de fideos, puré de tomate, la carne para cocinar, y así”. Angie señala que el único gasto que no era compartido era el de la luz, ya que la madre de Juan nunca quiso aceptar que lo pagaran. “Ustedes tienen un hijo, fíjense las cosas que le hace falta a su hijo”, recuerda Angie que les decía la suegra. Asimismo, solían turnarse para realizar las diversas tareas domésticas: “cocinaba el hermano de Juan, la mamá, yo... Mi suegro, cuando lo agarrábamos, bueno [risas]”. Con las compras también se repartían gastos, ya que la mercadería era compartida; en general, compraba el suegro con la tarjeta de crédito y ellos después le daban su parte en efectivo.

Asimismo, dado que tanto Angie como Juan trabajaban, se turnaban para cuidar a Aaron en los horarios libres de cada uno. Con el tiempo, eso se fue complicando porque “estaban a las corridas” y, finalmente, decidieron que sólo Angie trabaje, ya que, según cuenta, ella “traía más plata” y “por día”, mientras que Juan lo hacía por mes: “le dije, gordo dejá de trabajar, quedate en casa con Aaron y yo me voy a trabajar, yo no

tengo problema”. Juan se ocupaba de las tareas de cuidado y de la administración del dinero: “así como la traía, toda iba para él, porque yo malgasto, él por lo menos sabe: eso es para mercadería, esto para acá, esto para allá”. Angie habla en pasado porque desde hace cuatro años que es Juan quien trabaja fuera del hogar, mientras ella cuida de los niños y finaliza el secundario en un Bachillerato Popular.

Si bien al principio la convivencia con la familia de Juan “estaba todo bonito, todo bien”, con el tiempo compartir la casa fue generando algunos problemas y, a los dos años, ella “no aguantaba más”. Tener intimidad era muy complicado, porque en la casa siempre estaban los hermanos de Juan, los padres o la sobrina. De acuerdo con Angie, “siempre nos cuidamos de todo. Era esperar a estar solos... pero cuando ya pasaban los días y nunca nos podíamos quedar solos, era más complicado, porque era no hacer ruido, no hacer nada, que se choca la pared... que se choca la cama con la pared y al lado tenés a mi suegra [risas]”. Angie señala que la suegra la entendía y, de hecho, recuerda que le decía a Juan: “ella necesita su casa, su comodidad, su espacio”. Al preguntarle qué otras cuestiones le afectaban, Angie describe algunas escenas cotidianas:

Porque no podés tener nada. (...) Tenías algo en la heladera y te lo comían. No te pedían ni permiso. El yogur de los chicos te lo comían. Tenías, no sé, un shampoo, una crema en tu pieza, iban y entraban y te lo agarraban. No es lo mismo. No podés tener intimidad, tenés que bañarte y cambiarte en el baño... Es todo re incómodo. (...) Claro, y mi suegra le decía a él: “ella tiene que tener sus cosas, su comodidad, no es lo mismo”. (Angie)

A los dos años de convivencia, Angie quedó embarazada de Mili, la primera hija que tuvieron juntos. Angie y Juan anhelaban tener un bebé: “yo antes de tener a Milagros quedé embarazada y lo perdí. Y caímos muy mal, en depresión”. Por eso, Milagros fue recibida con “mucho alegría”. Este hecho también cambió la relación de Angie con su madre, quien al enterarse del embarazo les permitió quedarse en una “pieza aparte” situada al fondo de su casa en la Villa 31. Así, con la llegada de Milagros, esta joven pareja emprendió la construcción de un “espacio aparte”, tal como profundizamos en el apartado 3 al abordar el relato de Juan sobre la experiencia de salida de su hogar parental.

2. La familia en el “espacio adentro”: las historias de Jérica y de Evelin

En este modo también se habita en un “espacio adentro”, pero su protagonista es la familia, lo que puede involucrar una pareja con hijos/as o una madre/padre con hijos/as. En este sentido, la transición residencial se solapa con la transición familiar. Jérica se fue de su hogar de origen a los 20 cuando al enterarse de que estaba embarazada decidió “juntarse” con su novio –Rodrigo– en la casa de la suegra. Jérica y Rodrigo estaban de novios hacía menos de un año; se habían conocido durante la adolescencia a través de una amiga en común del barrio Libertad (Partido de Merlo), donde los dos vivían con sus familias de origen a una cuadra de distancia. Cuatro años mayor que ella, Rodrigo ya estaba trabajando como policía, mientras que Jérica cursaba el segundo año del profesorado de Matemática y Astronomía en el Joaquín V. González, luego de haber finalizado la secundaria.

Jérica no proyectó ni el embarazo ni la convivencia con su novio –de quien se encuentra separada–; en su relato, el embarazo aparece como un evento disruptivo respecto de sus planes de estudio y búsqueda laboral. Al enterarse, lo primero que pensó fue “me van a matar [mis papás], viste, la típica. No lo podía creer. Quedamos los dos... quedamos mirando así”, señala mientras abre la boca y los ojos con expresión de sorpresa. Ante la pregunta de cómo se sintieron con esta noticia ella y su novio, Jérica aclara que “él desde un principio quería una familia... Yo la verdad no, porque quería otras cosas antes... la carrera, trabajar. Él como ya tenía su carrera, viste, quería la familia... Y, bueno, sorpresa, no te cuidas, y bueno”. En retrospectiva, con dos hijos –uno de siete y otro de cinco–, ella reflexiona: “si no lo hubiera conocido a él, hubiera seguido estudiando. Porque lo principal era terminar la carrera. Pero ahora ya estoy... Hay otras prioridades”.

Durante sus estudios secundarios Jérica se dedicó de modo exclusivo a estudiar, sin tener que aportar económicamente al hogar donde habitaba con su papá, su mamá y su hermano dos años menor. A los 19 buscaba insertarse por primera vez en el mercado laboral, aunque su prioridad, influenciada por sus padres, era completar los estudios superiores. En el hogar de Jérica “dentro de todo se vivió bien”: “no es que sobraba, pero nunca nos faltó para nada”; incluso, durante el verano, se iban una semana de vacaciones a Entre Ríos, donde vivían los abuelos maternos. Tanto su papá como su mamá “siempre trabajaron”. El papá de Jérica (55 años) aprendió el oficio de

electromecánico en el ferrocarril, al que ingresó a los 16 gracias a su padre, que era uno de los encargados: “mi papá no terminó la escuela. Tiene primaria nada más. Pero toda la vida trabajó para el ferrocarril”. La mamá de Jérica (50 años) también estudió hasta la primaria y “siempre trabajó”, primero como empleada doméstica por horas y desde hace doce años como costurera en un taller, oficio que aprendió “de grande”.

La casa de origen de Jérica tiene paredes de mampostería, piso de cerámica –que su padre terminó de poner hace dos años–, techo “mitad de teja y la mitad de atrás de chapa”; tiene el revoque grueso por fuera; y por dentro, ladrillos a la vista. Al ingresar, hay un primer ambiente cocina-comedor, un baño –que, según cuenta ella, “no está terminado, hace falta revocar y poner cerámica”– y dos habitaciones: una en la que dormían sus padres; la otra, en la que dormían ella y su hermano. Jérica compartió la habitación con su hermano hasta los 19 años, cuando su papá terminó la pieza de arriba a la que ella se trasladó. Allí se sentía cómoda y no tenía intenciones de irse. Sin embargo, sus “prioridades” se vieron trastocadas y, finalmente, durmió poco tiempo en esa habitación: “él la terminó y a los tres meses me fui. Me quería morir”.

Al enterarse del embarazo, Jérica y Rodrigo decidieron “casarse legalmente”; según cuenta, este paso era importante porque en su casa “mi papá es muy antiguo, mi papá es tipo... Tenía que irle a pedirle la mano, un poco más, viste”. Para Jérica, no fue fácil contarles sobre el embarazo y la mudanza, ni pedirles la autorización que necesitaba para casarse por ser menor de 21; no sólo porque sus padres tenían expectativas de que continuara viviendo allí mientras completaba sus estudios, sino también porque no aceptaban a Rodrigo: “La relación con mis padres siempre fue muy mala con él, no lo querían. (...) Mi papá odiaba a los policías porque viste la fama que tienen, la fama es, supuestamente, según mi familia, son mujeriegos o golpeadores”. Luego de un silencio largo, Jérica concluye: “y tenían razón: golpeador, no; pero mujeriego, sí”. Después de siete años de casados y con dos hijos, Jérica y Rodrigo se separaron, y ella volvió a la casa de origen.

Aunque a los padres les “chocó” la noticia del embarazo y la mudanza, finalmente cedieron y el casamiento no sólo se celebró en esa casa, sino que además pagaron todos los gastos, ya que ni Jérica ni Rodrigo “tenían un mango”: “él ganaba muy poco cuando nos casamos. No alcanzaba para nada”. Ese mismo día Jérica se fue a la casa de la suegra, donde también vivía la abuela de Rodrigo. Con los problemas entre

él y la familia de Jérica, convivir en la casa de sus padres no era una opción: “no lo ofrecieron en ningún momento tampoco... No sé, nunca dijeron. No se lo iba a pedir, viste. Y, bueno, con la madre [de él] no hubo problema”. Rodrigo no tenía hermanos, su padre había fallecido cuando tenía doce y la madre, que era enfermera, trabajaba mucho, de modo que no solía estar en la casa; la única que quedaba allí era la abuela que, además, requería ciertos cuidados, algo que Jérica fue descubriendo en el transcurso de la convivencia.

La casa, propiedad de la abuela de Rodrigo, quedaba en el mismo barrio Libertad, en una calle que no estaba pavimentada. Jérica y él armaron su espacio en una habitación que, primero, se cerraba con una cortina y, luego, por pedido de ella, con una puerta con llave; en otra dormían la mamá de Rodrigo y su abuela; la tercera no se usaba porque el techo estaba roto y se inundaba al llover; además, había una cocina-comedor y un baño. Para Jérica, la habitación era su “hogar”: tenían una cama de dos plazas que les regaló la tía de Jérica, dos mesitas de luz y una tele “grande, viste, la LED” que compraron en cuotas; como placar, usaron dos “mueblecitos de cocina”, regalo de la mamá de Jérica. Cuando nació el segundo hijo –“de sorpresa”, aclara ella–, compraron un cama cucheta que también colocaron ahí y un lavarropas que estaba en el salón comedor; el papá de Jérica les regaló el secarropas. Usaban la heladera de la suegra y, cuando la prima de Jérica les obsequió una cocina vieja, cambiaron la que estaba allí. Jérica describe las condiciones habitacionales como “horribles” y, si bien Rodrigo empezó a arreglar la casa cuando ella se mudó, nunca se sintió “cómoda” porque “era muy precario todo”.

Yo me fui de la casa de mis padres, que no estaba terminada impecable pero no me faltaba nada, a lavar los platos en un fuentón. Porque no tenía pileta, nada, sacábamos el agua de un tanque de lluvia (...) Y se llovía adentro (...) Porque cuando él hizo el techo, dejó todo abierto y, viste, la habitación estaba toda abierta, la unión de la chapa con la pared, entraba frío, todo. (...) Cuando llovía yo sacaba un balde de agua de la habitación. (...) No podés estar bien así. (...) La verdad, si lo tengo que volver a hacer, no lo hago, te juro, porque fue horrible. (Jérica)

Jérica, Rodrigo y sus dos hijos mantenían una economía doméstica independiente. Según cuenta ella, la suegra y la abuela “se cocinaban aparte”, y tampoco compartían la “mercadería”, sino que “cada cual tenía lo suyo”: “no consumíamos las mismas cosas, viste, aparte con los nenes son más gastos. A ellos vos les tenés que llevar a la escuela, las galletitas, después para la tarde, la leche”. Las comidas tampoco eran momentos de

encuentro: “ella [la suegra] comía once y media de la noche y yo le hacía a las nueve a los nenes”. Sólo compartían el almuerzo de los domingos: un asado que costeaban a medias. A diferencia de Rodrigo, Jérica pasaba todo el día en la casa, ya que, desde que quedó embarazada, había abandonado sus estudios superiores y ya no buscaba un empleo, puesto que tenía que ocuparse de sus hijos mientras Rodrigo trabajaba en la policía.

Si bien Jérica vivió en la habitación de la casa de la suegra durante los siete años que estuvo en pareja con Rodrigo, lo cierto es que ese no era el “proyecto” que él le había “prometido” al casarse. Según cuenta, el “plan” era estar un “tiempo corto” hasta juntar el dinero para alquilar o, incluso, comprar una casa a través de un crédito que le ofrecían a Rodrigo por ser policía. Sin embargo, lo que empezó siendo transitorio se tornó definitivo, y eso implicó una frustración para Jérica, que finalmente culminó con la separación y el regreso a su casa de origen. “Uno quiere lo suyo... Te molesta, ya te digo, todo, viste, ‘el casado casa quiere’, que dicen. O sea, hasta un tiempo, bueno, uno tolera, pero después se cansa. Querés lo tuyo. Es tranquilidad”, señala Jérica. Frente a sus insistencias para con Rodrigo, en el último tiempo también habían considerado construir al fondo de la casa de la suegra; pero los planes se reorientaron nuevamente porque, según cuenta ella, con el dinero ahorrado Rodrigo quiso comprar un auto usado para emprender un negocio de remises que les permitiera juntar más plata, ya que con el sueldo de él sólo alcanzaba para costear los gastos cotidianos.

Yo ya estaba cansada, porque no era dueña de nada, viste, yo no podía poner un cuadrito con una foto porque le molestaba a mi suegra. Igual lo ponía, pero como que está todo el tiempo esa tensión (...) Yo quería poner lo tuyo, armar tu casa, tuya, sin que nadie te diga nada. Yo tenía que preguntar, o ponía y [la suegra] me sacaba porque no le gustaba, y así. Es feo. (Jérica)

Aunque Jérica señale que al quedar embarazada y juntarse con Rodrigo “nunca trabajó”, su relato revela que lo que no tenía era un trabajo remunerado pues, en rigor, estaba a cargo de todas las tareas domésticas y de cuidado de los hijos: “no, él no hacía nada”. “Él quería que esté sentada cebándole mate (...). O decía que no era compañera por eso, porque yo tenía que dejar todo para cebarle mate a él, viste, si estaba haciendo otra cosa, con los nenes, viste, con la casa”. Cuando sus dos hijos comenzaron el jardín y tenía más tiempo libre, Jérica intentó hacer un curso de auxiliar de farmacia, pero a Rodrigo “le molestaba” porque “no quería cuidar a los nenes”: “a veces él iba a buscarlos a la

escuela, ponele, yo llegaba a las seis, y él venía a buscarlos a las cinco; hasta que llegaban a casa eran cinco y cuarto, y a las cinco y cuarenta ya me estaba llamando: ‘¿cuándo venís, que están insoportables?’. Media hora estuviste con tus hijos”. Ya separada, reflexiona: “él quería la mujer perfecta: que trabaje, que atienda a los hijos, que lo atienda a él, que atienda la casa, que esté todo impecable. Y no, no es así”. Entonces relata otra anécdota de cuando se inscribió en el curso de ingreso de la Universidad de Moreno para estudiar Administración. “Me faltó Historia”, señala, “la di mal”. A dos semanas del examen, se enteró de que podía rendirla nuevamente y conversó con Rodrigo:

Le digo “mirá, abrieron la mesa, me voy a poner a estudiar, tengo poco tiempo, disculpame, va a estar la casa un poco desordenada”, qué sé yo, y le digo “la ropa la voy a planchar lo que vayamos a usar, para salir”, porque no tengo tiempo para planchar dos horas, viste, la ropa. Yo con los nenes siempre me manejé así, lo que pasa que a él le gustaba tener todas las remeras ordenaditas, planchaditas, todas juntas. Y yo le digo “cuando quieras una remera, te la plancho, decime y te la plancho en el momento, y ya está”. Y... doy el examen, diez me saqué. Re chocha. Pero discutimos después, y ¿qué fue lo primero que me echó en cara? Que la casa era un despelote, que no tenía la ropa planchada. (Jésica)

Además, para Jésica, ocuparse de las comidas era “hacer magia” con el dinero que Rodrigo le daba “a cuenta gotas”: “me daba miserias para comer. Me daba \$ 100 por día para que no gaste más. Yo con esos \$ 100 tenía que hacer dos comidas para los cuatro: para los nenes, para él y para mí”. Por eso, algunas noches que Rodrigo no estaba porque trabajaba en ese turno, Jésica se iba a cenar a la casa de sus padres. En ocasiones, cuando no le alcanzaba, la madre también le prestaba plata o la suegra la ayudaba comprando algunas leches o yogures para los hijos. “Me decía: ¿qué falta? Y antes de irse a trabajar traía dos botellitas de jugo o gaseosa para la escuela (...) Con la ropa, ponele, ella los vestía siempre. Porque el padre nunca ni una remera les compraba”. Jésica tampoco sabía cuánto dinero ganaba Rodrigo ni qué hacía con el dinero de los remises que habían comprado ya estando casados: “la manejaba él, viste (...) Él siempre trabajó y siempre fue plata de él. Y también estaba confiada, confiaba plenamente en todo lo que me decía, mirá, estaba ciega. Él decía: ‘no hay’ y no le discutía”.

Aunque Jésica quería conseguir un empleo, se le hacía difícil porque, según explica, “no tenía a nadie que cuide a los nenes. Porque mi mamá también trabajaba, mi ex suegra trabajaba todo el día, y él no estaba. Aparte cualquier trabajo que podía hacer

tampoco iba a ganar como para pagarle a alguien”. Rodrigo tampoco se ocupaba del cuidado de los hijos y sus horarios cambiaban cada cinco meses: “yo vivía pendiente de los horarios de él. ¿Qué trabajo voy a hacer? No podía”, explica. Además de estas tareas, Jélica también se encargaba de cuidar a la abuela porque “la única que estaba era yo”. El último tiempo la cuestión empeoró: “tenía que cambiarle los pañales; porque son esos viejitos inquietos encima”. Tal vez por eso, ya separada de Rodrigo y de regreso en su casa de origen, frente a la pregunta de si quiere formar familia de nuevo, es taxativa: Jélica quiere tener tiempo para ella, concretar sus proyectos educativos y laborales, y por ello se define a sí misma como “egoísta”.

No, familia de vuelta no. O sea, conocer a alguien sí, viste, todo bien, pero más hijos ya no. Otra vez empezar, no. Es que posponés mucho. Yo pospuse... Es más, una de las últimas peleas con mi ex fue esa, él quería la nena. (...) Yo le dije que no. Le dije: “yo quiero lo mío”. Yo pospuse muchos años ya, viste, dejé mucho y te lleva... diez años te lleva hasta que crecen, se hacen un poquito más independientes. (...) Y yo le dije: “¿otra vez?”. Yo le decía a él: “vos ya hiciste tu carrera, estás trabajando de lo que querías, estudiaste, ahora quiero yo”. Y le dije: “¿sabés qué? Sí, voy a ser egoísta y voy a pensar en mí ahora”. (Jélica)

Evelin, a los 19 años, cuando consiguió su primer trabajo remunerado como costurera, decidió subalquilarle a la madre una de las piezas de la “casa estilo chorizo”, donde habitaban en el barrio de Liniers (CABA). Evelin tenía un hijo de tres años –Agustín– y quería “darle lo mejor”, ya que con su mamá, el padrastro, la hermana menor y Agustín vivían “todos juntos” en una misma “pieza”: su hermana, ella y su hijo “arriba”, en un altillo; su mamá y su padrastro, “abajo”. El baño, la cocina y el comedor los compartían con los inquilinos de las otras dos piezas. Desde una primera impresión podría argumentarse que Evelin no se fue de su casa de origen; sin embargo, al adentrarnos en su experiencia habitacional, se advierte la construcción de una distancia física y doméstica a través de la independencia de su economía y su organización cotidiana.

Con objetos propios de uso diario, Evelin fue trazando fronteras y delineando un área que, aunque interna, quedó fuera de la influencia familiar. Cocina, heladera, mesa, alacena, ropero y cortinas son algunos de los artefactos que le permitieron construir un espacio propio. Además de su utilidad material, estos artefactos tienen una utilidad simbólica: expresan la independencia de la joven. Ese “intersticio” dentro de la órbita familiar le permitió tener lo propio, ya que, como ella misma reconoce, “mi mamá nunca me hubiera dejado ir”.

Yo me voy a vivir a la pieza de al lado, quería mi privacidad. Eso era lo que por ahí mi mamá no entendía. (...) Yo quería vivir cómoda, quería mi comodidad, entonces yo ahí sentía que ya éramos muchos en esa pieza. Todo es con esfuerzo, yo entiendo eso, pero al tener mi hijo, uno desea darle lo mejor. Por eso yo me alquilo mi pieza aparte, ya que empecé a ganar mi propio dinero. (Evelin)

Este relato de construcción de un espacio propio está atravesado por el deseo de privacidad para criar a su hijo Agustín, fruto de la relación con Fernando, un novio seis años mayor que ella con quien estuvo a los quince, mientras iba a la secundaria. Con Fernando, Evelin no convivió; si bien él le había propuesto vivir juntos en la casa de los padres para que “el chico crezca en una familia”, ella se negó. Su mamá, a quien le había ocultado el embarazo durante los primeros tres meses, apoyó su decisión de quedarse en la casa, ya que, según explica Evelin, la madre “siempre tuvo el deseo de que sea profesional y continuara estudiando”. Con ese respaldo familiar, y a pesar de las presiones y de la resistencia de Fernando, ella se “rebeló”: se quedó en la casa de origen y finalizó, tal como tenía previsto, sus estudios secundarios: “me parecía ilógico que por un hijo uno tenga que juntarse. ¿Por qué? Por qué juntarse, por qué decidir a los 16 años ‘tengo marido’”.

El noviazgo con Fernando terminó a los pocos meses del nacimiento de Agustín, pero el vínculo afectivo se mantuvo fuerte, ya que la madre de él siempre la ayudaba y Fernando se ocupaba de su hijo: ha costeado los pañales, la leche y le “pasaba dinero” por semana. En rigor, fue la madre de Fernando quien le consiguió, a los 19, su primer trabajo remunerado en su propio taller de costura. Evelin tenía experiencia en el rubro porque “ayudaba” a su mamá en el puesto de ropa que aquélla tiene en la feria de José León Suárez; aunque para ella esa “ayuda” era “trabajo”, no recibía un sueldo. Justo cuando empezó a “ganar dinero” en el taller de costura, se liberó una de las piezas que la madre estaba subalquilando; Evelin aprovechó la oportunidad y habló con su mamá: “le dije que me alquile a mí y a mi hijo”.

A través de la construcción de un espacio propio, Evelin buscaba mayor autonomía para gestionar su vida. Al preguntarle qué la motivó a alquilar esa pieza, señala: “yo quería independizarme, no quería que siga mi mamá manejando mi vida”. Aunque mantuviera la cercanía física, el espacio propio le permitía restringir la intervención de su madre en torno a las prácticas económicas y domésticas, así como centrarse en su propio hogar, pues la liberaba de las tareas hogareñas que realizaba en su casa de origen. Además, podía tomar decisiones en cuanto a la administración del

dinero, algo que considera fundamental: “cuando uno se maneja su plata como que... te ayuda mucho a crecer”. Al igual que otros jóvenes, Evelin jerarquiza el valor del disfrute en el presente:

Ponele... unas estupideces: a ella no le gustaba lo que yo cocinaba... (...) Tenía que hacer las cosas de la casa, incluidas sus cosas... lavarle la ropa... Y yo no quería eso. (...) Aparte quería comprarles cosas a mis hijos. Y, ponele, yo le compraba algo a mi hijo y ya ella decía que yo estaba gastando el dinero, que estaba despilfarrando. Es algo tonto, pero a veces a mí me gustaba tomar mi desayuno, comprar café y... comprar jamón, queso, facturas, no sé, esas cosas, pero eso para mi mamá era un lujo, era dinero desperdiciado. Y yo no quería eso, yo quería que mi hijo se sienta cómodo, o comer bien. (...) ¡Mi mamá quería que no me compre nada! Que simplemente ahorrara y ahorrara. (...) No me parecía justo de que uno, trabajando, no se dé un gusto. No es siempre, ¿no? (Evelin)

Si bien al principio la madre opuso cierta resistencia, finalmente le alquiló esa habitación. Evelin indica que era un “alquiler común” y aclara: “no me hizo precio”. Según ella, la madre no le regaló ni la ayudó con nada porque no aceptaba que ella quisiera independizarse: “las primeras semanas que me fui a vivir ahí, ella me dejó de hablar... Yo sentía que no me entendía y me decía ‘bueno, ahora que tu suegrita te ayude’”. Con la conquista de la pieza propia, Evelin considera que se “desligó” y se “separó” de su madre: no sólo porque se “cocinaba aparte” sino porque, en sus palabras, “me armé mis cositas”, e incluso compró aquellas que su mamá no tenía –ni la dejaba tener– por considerarlas “despilfarros”. En ocasiones se juntaban a comer con la madre y la hermana, pero ya no compartían gastos –ella se compraba su comida– y, aunque se cruzaban, Evelin cerraba la puerta de su pieza con llave y su madre no podía entrar: “cada una por su lado”.

Me compré mi cama, la cama de mi hijo, mi ropero, me compré mis dos cómodas... de a poquito... lo compraba de segunda. Iba, la lijaba, la pintaba... ¡y queda bien! Como nuevo. Me compré mi alacena después... que es el día de hoy que la sigo teniendo. Me gustaban mucho las vajillas, las cosas de cocina, y me compraba mis frascos para poner las lentejas, esas cositas... Me armé una pequeña alacena para poner esas cositas... Mi azucarera, mi matero, mi termo... Mis ollitas chiquitas, todo de a poquito... Mientras que mi mamá por ahí no tenía esas cosas. Y yo tenía ganas de tener esas cosas... Y, bueno, así de a poquito me fui armando. (...) Después, bueno, le compraba cosas a mi hijo... Iba ahorrando, lo poco que ahorraba, siempre era para comprar cositas. Compré ahí mi somier, colchón de dos plazas. (Evelin)

Mientras hacía de esa pieza su espacio propio, Evelin ya estaba de novia con Rubén, ocho años mayor que ella, a quien había conocido en La Salada durante el tiempo que “ayudó” a su mamá en el puesto de la feria. Rubén disponía de un negocio propio en La

Salada y, al igual que Evelin, tenía un hijo de una pareja anterior de quien ya se había separado. Según relata ella, a los seis meses de conocerse, Rubén le propuso vivir juntos y ella aceptó: “me encapriché con él, es impresionante porque decís ‘no, yo no puedo vivir sin él’”. Rubén pensaba en alquilar una pieza por Budge, cerca de La Salada, pero a Evelin no le gustaba la zona y tampoco quería “despegarse” de su mamá y su hermana menor. Además, sabía que su madre no lo permitiría. Finalmente, Rubén se instaló “con lo poco que tenía” en la pieza que Evelin habitaba con su hijo.

La llegada de Rubén consolidó el sueño de construir un hogar. En su relato, Evelin destaca: “yo nunca tuve un hogar”; desde los ocho hasta los catorce años se crió con una tía mayor que la “agarró de empleada”: “me obligaba a cocinar, a atender, a lavar la ropa, a trapear el piso”; su mamá había tenido que migrar desde Perú a la Argentina en busca de trabajo, y a su padre nunca lo conoció. A los catorce, su madre las buscó a ella y a su hermana menor para instalarse en Buenos Aires, primero, en la pieza de una casa de familia que su mamá alquilaba con su pareja en Ciudadela, y luego en la “casa tipo salchicha” que alquilaron –y subalquilaron– en Liniers. “Yo creo que siempre buscaba un hogar”, afirma Evelin. Esta joven define un “hogar” como “algo feliz”, y agrega: “siempre he apostado a algo feliz. Fue por eso que, cuando convivo con Rubén, quiero tener un hijo con él y después de un año quedo embarazada de Bejamín”.

Sin embargo, el “hogar feliz” al que aspiraba duró poco tiempo; en su relato, la convivencia con Rubén aparece como un camino de “decadencia”, en el que ella va perdiendo autonomía: “me volví muy tonta... Me dejaba dominar por él... Él no quería que yo salga, no salía; no quería que visite a mi amiga; no salía. No quería de que salga a hacer compras, a comprarme ropa, no iba tampoco”. Ya separada, después de siete años de convivencia, Evelin considera que la llegada de Rubén a su vida –y a su casa– marcó un cambio sustancial en su forma de ser: “de lo que era una persona muy de llevar la contra, me volví una persona muy sumisa... él podía hacer de mí lo que quería... Siempre he sido muy rebelde (...) y llega él y con la mirada nada más...”.

Ya no podía yo decir “quiero comprarme esto, quiero comprarme lo otro”. Ya eran cosas de la casa nada más, del hogar... Mi mamá, como vendía ropa, me regalaba a veces, o mi hermana a veces me regalaba, pero yo ya no me compraba. A mi hijo sí, le compraba, pero ya para mí no, porque él se ponía... Se ponía furioso, no por el gasto de plata, porque no quería verme bien. En su momento yo decía: “ay, debe estar celoso... porque piensa de esa manera”. Y así pasó el tiempo. (Evelin)

En rigor, al juntarse con Rubén, la joven dejó el taller de costura para trabajar con él en La Salada; al preguntarle si recibía una “paga” por ello, Evelin responde que sí, aunque enseguida aclara: “claro, él, como hombre, administraba más el dinero, yo no tanto administraba”. Rubén “maneja la plata, todo eso” y, al igual que le sucedía a Jérica con su marido, Evelin tampoco sabía bien cuánto ganaba, ya que, señala, él sólo “me daba para los gastos... manejaba todo”. La plata que le daba Rubén era por día y sólo para los gastos hogareños: “a veces alcanzaba, a veces no. Le decía ‘no me alcanza, dame más’, y a veces me daba. Pero nunca era de decirme ‘mirá, hice esto toda la noche’”. Al preguntarle cómo se sentía, Evelin afirma: “no me sentía bien, no es grato para una mujer estar pidiéndole: ‘no, porque, me vino, tengo que comprarme toallitas higiénicas, dame un poquito más de plata’, o quiero comprarme jamón”. En retrospectiva, Evelin siente que, bajo el discurso del “amor”, justificó varios de sus “maltratos”: “yo aceptaba todo porque creía que lo quería mucho (...) sentía que era el amor de mi vida, de que me iba a quedar con él, que quería tener un hogar, y no lo conocía”.

El negocio en La Salada duró dos años aproximadamente, entre los 19 y los 21 de Evelin; habían tenido muchos problemas porque Rubén “andaba con una mujer de ahí” y, a los 20, ella ya estaba embarazada de Benjamín, el primer hijo de la pareja. A partir de eso, Rubén empezó a trabajar en una remisería de noche y Evelin se dedicó a las tareas domésticas y al cuidado de los niños: al no contar con la ayuda de su familia – “a mi mamá no le gusta cuidar chicos”, señala–, pasaba su día en la pieza cuidando a Agustín, Benjamín y Guillermo, el hijo de siete años de Rubén. Con el trabajo de Rubén en la remisería durante el turno de la noche, se complicaba la convivencia en una pieza: “ahí peor: en el día no había que hacer ruido porque él dormía”.

Yo cocinaba, lavaba, planchaba, todas las cosas las hacía yo. Él... Ahí me di cuenta que era un vagoneta de primera, vago, vago, vago, cero paciencia. No era lo que yo creía que era, no tenía paciencia, le gustaba dormir todo el día, no le gustaba salir con los chicos a pasear, nada... A veces él se ponía agresivo, me gritaba... se enojaba mucho, no le gustaba el ruido... Entonces ahí empezábamos a discutir, que yo defendía lo de los chicos... Jugaban y él se enojaba. (Evelin)

Aunque durante ese tiempo quería un empleo, Evelin señala que no podía porque estaba a cargo del cuidado de los niños y, al igual que Jérica, no contaba con quien pudiera ayudarla: “era muy difícil encontrar un trabajo que pueda solucionarme con los tres chicos”. Fue la abuela de su primer hijo quien la ayudó al “aceptarla” de nuevo como

asistente en el taller de costura. Evelin ya tenía 23 años; Benjamín, casi dos y Agustín, seis. “Me aceptó con mi hijo [Benjamín], me dijo: ‘vení con tu chuflo’”, recuerda con una sonrisa. Si bien sabía que Rubén se opondría, no le importó: “le dije a Rubén que no podía cuidar más a su hijo... le dije ‘no puedo, no es que no quiero, no puedo. Quiero trabajar, no alcanza la plata, quiero comprar cosas, nos hacen falta cosas’”. Evelin recuerda ese momento con alegría, ya que adquirió mayor independencia.

La convivencia con Rubén resultaba cada vez peor: “ya no veníamos bien, él ya quería levantarme la mano, ya lo había hecho un par de veces, ya era muy violento... Yo no quería eso para mí”. Pero, a los pocos meses, se enteró de que estaba embarazada de Nayelli, su tercera hija: “fue por accidente. (...) creo que él no quiso cuidarse, porque después de Benjamín no quiso cuidarse más...”. Tal vez por ello, luego del nacimiento de su hija, con 24 años, Evelin optó por ligarse las trompas, sin informarle a Rubén. Con el embarazo auestas, y cansada de la insistencia de él para que dejara el taller, Evelin cedió, pero aceptó la propuesta de su madre de trabajar con ella en el paso de compras de José León Suárez. Esta vez, la madre le pagaría, y ella se lo ocultaría a Rubén.

Con el dinero que logró ahorrar durante un año, y con Nayelli de ocho meses, Evelin alquiló su primer puesto sola en el paseo de compras de José León Suárez, y de esa manera comenzaba un camino que le permitiría “despegarse” de Rubén hasta, finalmente, lograr la separación: “ahí cambió todo. Yo ya no quería que me mandonee más, me había vuelto histérica, me había vuelto gruñona, ya no dejaba que él me grite o me levante la mano”. Evelin define el proceso de separación con Rubén como “una transición” que le llevó poco más de un año. Según cuenta, si bien quería separarse, también sentía que sufría mucho si él no estaba, le preocupaba dónde viviría él y hasta le daba “lástima”: “yo decía que lo amaba mucho”. Finalmente, una de las tantas veces que Rubén se iba de la casa y tardaba días en volver, Evelin le puso fin y dijo: “vuelve otra vez, y no lo recibo”. Y así fue: “se llevó todas sus cosas, cosas de los dos, y nunca más volví con él. Él quiso volver a los tres días, pero yo ya no quise. Ahí mi mamá y mi hermana estaban conmigo”.

Aunque Evelin reconoce que “no quería eso, quería siempre un hogar”, los últimos años con Rubén, cuyo punto extremo fue su intento de atropellarla con el auto, le mostraron que “eso no es amor, es amor enfermizo, amor es de a dos, eso es capricho,

es costumbre”. Al momento de la entrevista, con 27 años, ya hacía uno que Evelin estaba separada y tenía “toda la casa” para ella, ya que su mamá, su padrastro y su hermana se habían ido a alquilar a otro lado. Evelin relata cómo está acondicionando la casa “de a poquito”: pintando, poniendo muebles que estaban en el altillo, cómodas que va a pintar de nuevo, arreglos, refracciones. En su respuesta a la pregunta sobre si subalquila alguna pieza, se expresa la satisfacción de tener “toda la casa” para ella.

Ahora estoy más cómoda y mejor. Yo tengo mi habitación, mis hijos tienen su habitación. Toda la casa para mí. Yo no quiero subalquilar, quiero estar bien. Estoy haciendo arreglar la casa de a poquito y no nos cobran mucho de alquiler. (...) Cada uno tiene su espacio. Ya no estamos haciendo silencio porque [Rubén] quiere dormir. (...) Yo tengo mi habitación, mis hijos la suya, hay un comedor, hay un pequeño living, tenemos un perrito. Todo privado. Ya no estamos compartiendo cosas, o cohibiéndonos de estar gritando. A veces viene mi mamá, compartimos alguna comida, o pueden venir mis amigos. (Evelin)

Además, Evelin tiene otros proyectos. Con el dinero ahorrado a partir de su trabajo, compró tres “terrenitos” en Moreno, donde “con el tiempo” piensa edificar; al lado, también compró su madre y cerca vive la familia de su primer novio. Evelin se enteró de la oportunidad de adquirir esos terrenos por la abuela de su hijo mayor, quien vive ahí y, además de avisarle, le insistió: “tenés que tener algo, pensá en el futuro, para tus hijos”, recuerda Evelin que le decía la señora. Aunque la tenencia es irregular, ella confía en que la abuela de su hijo mayor se los cuida porque, por ahora, dada la distancia respecto de su trabajo, Evelin no quiere vivir allí. Para ella, los “terrenitos” son “dinero invertido”: “lo pensé más por mis hijos que por mí, por eso compré tres, uno para cada uno, para que después no anden peleando. Lo pensé por ellos, para que les quede algo”. Más adelante, le gustaría construir ahí su casa y describe su sueño procurando diferenciarse de su madre: “Mi mamá dice ‘vos lo que tenés que hacer es vender dos terrenos y en uno construir’. Pero no pienso así yo. Yo quiero paz, libertad (...) Que tenga dos piecitas al menos para que los chicos sigan teniendo su privacidad”. Para expresarlo en términos de Candela, a quien abordamos a continuación, el modelo habitacional anhelado es la “casa completa”, con división en ambientes, baño y cocina propia.

3. La familia en el “espacio aparte”: las historias de Candela, de Rubí y de Juan

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio propio en familia, mediante la edificación de un lugar “aparte”, es decir, fuera de la vivienda parental o de los suegros pero dentro del mismo lote. Al igual que en el modo anterior, la transición residencial se solapa con la familiar, aunque aquí se consigue mayor independencia habitacional, ya que, desde la perspectiva de los y las jóvenes, la mayor separación física favorece la privacidad e intimidad con la familia propia. Así, “vivir aparte” constituye una de las formas que asume el modelo neolocal en sectores populares.

Candela tenía 19 años cuando quedó embarazada de su primera hija Valentina. Hacía menos de tres meses que estaba saliendo con Hernán, un joven dos años mayor que ella a quien había conocido en el barrio a través de una amiga en común. Los dos vivían con sus familias en Ciudad Oculta (Lugano, CABA). Según cuenta ella, el embarazo generó “problemas” porque, si bien ella quería tener el bebé, ni su familia ni Hernán la “apoyaban”: “estaba sola”. Por una parte, Hernán consideraba que “no era el momento” y le pedía “ir al médico por una inyección para llegar al aborto”; por otra parte, la familia no aprobaba su relación con él: “mi mamá no lo quería, mis hermanos no lo querían, porque decían que no lo veían para mí, que no era muy compañero”. Pero Candela siguió adelante tanto con su embarazo como con su relación con Hernán, quien finalmente aceptó continuar con el embarazo.

Transitoriamente, Candela y Hernán se juntaron en la casa de la madre de él; si bien la familia de ella también les había propuesto quedarse en su casa, la suegra ya “había empezado a edificar un primer piso” y les ofrecía “juntarse ahí con el hijo”. Mientras terminaban de construir la “pieza aparte” en el primer piso, Candela y Hernán se quedaron en la habitación que era de él. Según cuenta ella, la casa de la mamá de Hernán tenía dos habitaciones, cocina y baño propio; allí vivían Hernán, su hermana y la mamá. Su suegra, al igual que sus padres, fue una de las primeras en llegar a Ciudad Oculta, cuando sólo había casillas y era “todo alambrados”. Según señala Candela, de a poco fue construyendo esa casa y, durante los últimos años, también había edificado piezas para alquilar. El agua sale del tanque, pero sólo tienen agua fría, ya que no cuentan con termotanque. “Todo el barrio tiene luz, agua y gas, pero nadie lo paga”, indica Candela.

A los pocos meses, antes de que naciera Valentina, Candela y Hernán terminaron de edificar la pieza y se fueron a “vivir aparte”. Según cuenta ella, se instalaron en “una pieza que te entra una cama de dos plazas, un ropero, una cuna. Una mesa chiquita con dos sillas, y tenía un ventanal grande”. La puerta era independiente, y se llegaba a través de una escalera. Aunque tenían una cocina, un microondas y una heladera que les permitía cocinarse de manera independiente, para bañarse “bajaba y subía con los baldes de agua”, ya que al principio compartían el baño con otros inquilinos de la suegra. Al preguntarle si ellos pagaban un alquiler, Candela señala que Hernán le “daba plata a la madre”; aunque hoy, ya separada, duda acerca de si eso era verdad. Durante los días de semana no compartían con la suegra, tenía una “vida aparte”: “yo cocinaba para comer con mis hijos y, si él llegaba, comía. (...) Mi suegra venía y a veces... sabía que los nietos estaban acá arriba y les mandaba un platito, viste, como para que prueben”. El día de encuentro familiar era los domingos, cuando la familia de Candela hacía un asado del que también participaba su suegra.

A medida que Valentina crecía, la pieza les empezaba a “quedar chica”. Dado que los inquilinos de la habitación próxima a la suya se habían ido, la suegra les propuso “romper la pared de la habitación de al lado, que era una piecita”, para ampliar la casa: “nos dijo ‘bueno, rompan’. Rompimos la pared... hizo un cuarto y como que se agrandó un poquito la casa”. A los tres años volvieron a reacomodarse, cuando Candela quedó embarazada del segundo hijo. Los inquilinos que vivían “arriba del primer piso, en el segundo”, habían decidido mudarse, y la suegra les ofreció quedarse en la “casa de arriba”, que era una “casa completa”: “tiene baño, tiene un comedor, cocina y dos cuartos, o sea, uno grande y uno chiquito, pero no tenés que compartir nada ahí. Es como... es casa, o sea, es una casa que está completa, ponele”. Según Candela, en esta oportunidad tampoco les alquilaba: “supuestamente el hijo le daba, pero... como que la ayudaba nomás”.

Durante su primer embarazo, Candela había dejado el secundario y, aunque los primeros meses trabajó como empleada doméstica, después Hernán la convenció de renunciar para dedicarse de manera exclusiva a las tareas del hogar. Al igual que Jérica y Evelin, Candela era la única encargada de las tareas domésticas y de cuidado de los hijos. Según cuenta, Hernán le “dejaba” el dinero en la mesa y, al igual que relataban aquellas otras jóvenes, ella se las tenía que “ingeniar” para cocinar: “él me dejaba... así

en la mesa... me decía: ‘te dejé ahí’. Porque él se iba temprano, a las 6 de la mañana se iba. (...) Lo que sí, ponele, yo me tenía que ingeniar. Él me daba \$ 50 y yo con esos \$ 50 tenía que hacer un milagro, ponele”. En rigor, el “milagro” al que se refiere Candela excede a los usos del dinero:

A él le molestaba que la nena llore. Bueno, y ese tiempo él ya empezó a estudiar. Era como que llegaba a la noche y yo tenía que tenerle cocinado. Él llegaba y me decía: ‘¿qué cocinaste? Tengo que comer, me tengo que poner a estudiar’. Y la nena tenía que estar dormida. Y, bueno, y todo eso hacía yo, hasta que me cansé. Me cansé pero igual lo seguí aguantando. Porque dejé, dejé que me haga lo que quiera, viste. Qué sé yo, me decía que se iba a estudiar y era un viernes. Yo, ponele, ya estaba acostumbrada a que él... yo cocinarle, llegue, come y tenía que estudiar. (...) Sólo hablaba de él y lo que él quería hacer, nunca nos contó a mí y a la nena, viste, como un proyecto. Yo, mientras, cuidaba a los chicos, todo, viste. (Candela)

Cuando Valentina fue más grande, Candela decidió volver a trabajar como empleada doméstica en una escuela. Con el dinero ganado, “compraba cosas para la casa, comida, para limpieza. Tampoco ganaba mucho, pero siempre tenía que tener leche, yogurt para la nena”. Sin embargo, Hernán le hacía sentir que el dinero de ella “no valía”: “él me decía que lo mío no valía, que él era el único que ponía y que daba para la casa, que él le compraba a la nena... Yo no servía ahí, o sea, lo mío no servía”. Aunque Hernán había cambiado su trabajo en la estación de servicio por uno “mejor”, como empleado en el Poder Judicial, Candela dice que “no notaba la diferencia”, porque él se “guardaba” la plata. Al igual que en las historias de Jélica y Evelin, ella no sabía cuánto ganaba, pues el dinero lo administraba él.

La vida doméstica de Candela también estaba atravesada por situaciones de violencia física que, según señala, durante los seis años que estuvo junto a Hernán se fueron tornando cada vez más frecuentes y extremas, hasta llegar al abuso sexual: “yo con el papá de mis hijos tuve un problema, o sea, él abusó de mí y yo quedé embarazada... después tuve que... Ahí yo decidí que no quería”. Con la ayuda de agrupaciones que estaban en el barrio, Candela adquirió unas “pastillas” y, aunque no lo nombra explícitamente, su testimonio indica que se realizó un aborto; su familia nunca se enteró porque ella no quería “llevarles sus problemas”. A lo largo de la entrevista, Candela relata cómo Hernán le pegaba tanto a ella como a los dos hijos: “era agresivo, era agresivo con la nena, conmigo (...) Que yo del miedo que le tenía, no podía defender a mi hija. Me amenazaba con que me iba a matar”. Candela recuerda lo sucedido cuando una vez intentó defenderlos:

El nene lloraba, lloraba. Le dije que me iba a ir, me dijo ‘no, qué te vas a ir’, que ‘dame el nene’, ‘no, yo no te lo voy a dar al nene’. Viste, teníamos al nene ahí... Con la nena yo también pasé esos momentos... Me ha pateado de ese piso [segundo piso] hacia abajo, no sé cómo llegué viva debajo de la escalera, o sea, abajo. Porque es una escalera que cae, viste. Y no sé cómo. Y encima yo la tenía encima a la nena cuando era bebé. Bueno, y lo mismo con el nene. (Candela)

Cuando el segundo hijo cumplió un año, Candela se separó. A pesar del sufrimiento que describe, señala que le costó separarse porque su “sueño” era “tener una familia”: “yo siempre, para mí... yo quería una familia, quería a mis dos hijos, yo y al papá de mis hijos, que estemos los cuatro juntos”. Aunque ella esperaba que regresara, Hernán no sólo no volvió, sino que a los pocos meses inició un noviazgo con otra mujer. “Menos mal que me quería”, agrega Candela al relatarlo. Para ella, en ese instante se le “cayó todo para abajo”, pero también fue eso lo que la ayudó a “ponerse firme”.

Para sostener el hogar, ya que Hernán no aportaba económicamente, Candela comenzó a trabajar como empleada doméstica en un sanatorio. Su horario laboral –de 14 a 22– le dificultaba cuidar a sus dos hijos, de modo que decidió regresar por un tiempo a la casa de sus padres, aunque sólo “con lo puesto”, sin trasladar muebles, cocina ni heladera, pues consideraba la mudanza como algo temporal. La familia de Candela era numerosa y en la casa habitaban sus dos hermanos y tres de sus hermanas, con sus respectivos hijos. Para ella, esto representaba un problema y, aunque necesitaba de la ayuda de su mamá, esperaba que fuera transitorio: “imaginate lo que es la casa, mucha gente. Yo no puedo convivir con tanta gente. Aparte mis hijos no tenían la comodidad. Como que ellos no descansaban bien”. Con el propósito de “estar más tranquila” y “cómoda” con sus hijos, Candela empezó a “edificar una pieza” en el terreno familiar, arriba de la casa de sus padres, con vistas a convertirla en una “casa completa”, donde habitar durante un tiempo. Además, hacía un año que ella estaba en pareja con Facundo, un policía de 26 años a quien conoció en el barrio, y con quien tenían ganas de convivir.

Para edificar, los materiales los aportaba su mamá, ya que los tenía “tirados” en el fondo de la casa y “se estaban secando”; según aclara, no era un regalo sino un préstamo: “mientras ella nos daba el material, nosotros le comprábamos lo que estábamos usando en la pared, porque estábamos levantando pared en realidad. Nosotros les usábamos los ladrillos, pero después se lo reponíamos”. Sin embargo,

Candela y Facundo no terminaron de edificar la pieza porque en seguida comenzaron los conflictos con las hermanas de ella por el terreno familiar: “mucha negatividad, viste. Tengo mis hermanas que me decían: ‘esa parte es mía, no la toques porque la tengo que hacer yo’. Aunque su idea era quedarse sólo de manera transitoria, y luego esa “casa completa” le quedaría a su madre, tuvieron que abandonar el proyecto de construcción para finalmente marcharse de allí antes de lo previsto.

Nosotros en realidad queríamos edificar arriba, hacerle todo arriba a mi mamá, una casa completa que tenga todo. Pero eso después le quedaba a mi mamá, porque no me iba a quedar a vivir ahí, porque yo quiero salir de ahí, de la villa, no quiero que mis hijos estén ahí. Pero como [mis hermanas] se opusieron dije “no”, porque ellas decían que esa parte era de ellas. Y vos vas a la casa ahora y vas a ver que está igual, que decís... Y me fui, viste. Tampoco me quería poner a pelear con mis hermanas porque no es mi casa, es de mi mamá. (Candela)

Candela decidió regresar, al menos por tres meses, a la “casa de la abuela de sus hijos”, donde habitaba cuando estaba en pareja con Hernán, para instalarse en la “casa completa” que habían construido en el tercer piso. Facundo, por su parte, se quedó en un monoambiente que alquilaba en Pompeya. Aunque la abuela de sus hijos le aclaró que “no era necesario” pagarle un alquiler, Candela insistió: para ella el pago de un alquiler es un modo económico de saldar una deuda moral. Candela describe con alegría este período en el que habita con sus hijos y sin Hernán, porque ha significado la conquista de “libertad” y “tranquilidad” para ella y para sus hijos.

Estamos más tranquilos. Nos sentamos a comer tranquilos. No los hago dormir a la fuerza, ellos duermen cuando ellos quieren. No tan tarde, pero les digo “bueno, vamos a ver una peli y después dormimos porque hay que levantarse al otro día”. (...) Ellos también están más libres, porque no están todo el tiempo: “mi papá no me deja”, “mi papá no quiere”, viste. Era como... “a mi papá le va a molestar”. (...) Y ahora como están... Los juguetes los tiran para allá, hacen lo que quieren [risas]. Ahora estamos bien. Yo estoy bien. (Candela)

Sin embargo, Candela sabe que pronto la “echarán”: “yo sé que va a venir [la ex suegra] y me va a decir que me vaya, porque el hijo le dijo ‘buscate ya alguien, ponelo en alquiler’ y la mamá le va a hacer caso”. De todos modos, hace tiempo que con Facundo están buscando un lugar para vivir juntos, sobre todo ahora que están esperando un hijo. Dado que “es difícil conseguir un alquiler barato”, por ahora el plan es mudarse al departamento donde vive él. Si bien reconoce que es pequeño para los cuatro, también considera que van a compartir poco tiempo todos juntos allí: “nos vamos a ver más a la noche. Él [Facundo] trabaja todo el día, nosotros mucho tiempo no nos vamos a ver,

porque él entra a las 4 de la mañana y sale a las 11 de la noche, llega a casa y se va a dormir”. Además, para Candela ese departamento tiene otra ventaja: está fuera de la villa. De la pieza construida en lo de la madre ya se olvidó: “al final, la terminó ella [la mamá] y duermen los varones”; pero no se arrepiente: “yo no me sentía bien ahí”.

Rubí vive con su marido Carlos y su hija en una “casa completa” edificada arriba de la vivienda de sus padres; “vivimos juntos, pero aparte”, señala. Aunque se “juntaron” a los 21 años, durante el embarazo de su primera hija, hacía tiempo que Rubí y Carlos querían vivir juntos. Se habían conocido en el colegio y comenzaron su relación cuando Rubí tenía 19 años y Carlos 24. “Los dos terminamos el secundario, somos técnicos en administración de empresas”, señala Rubí. Al finalizar la escuela, ella inició el CBC para la carrera de Administración de Empresas. Mientras estudiaba, también trabajaba como vendedora en un local de ropa. Carlos, por su parte, se desempeñaba como operario en una droguería y, a la vez, estudiaba Administración en un Centro de Formación Profesional. Según cuenta ella, al principio prefería “estar solar”: “no quería saber nada, porque a veces uno no sabe, no termina de conocer a una persona, te muestra una forma de ser y después te termina mostrando otra”. Por eso, durante un año, fue “conociendo” a Carlos, “entendiendo cómo era él también”, hasta que se enamoraron: “me enamoré de él antes de convivir”.

Poco a poco lo fui conociendo y me fue gustando la persona cómo era. Aparte los amigos hablaban de él que era una buena persona, que no eran de esos que jugaban con las chicas, que tomaban todo a la ligera. Y yo no sabía si creerles o no porque, bueno, los hechos son mejor que las palabras. Entonces ahí lo fui conociendo, fui entendiendo cómo era él también, y empezamos a salir, a compartir cosas, nos enamoramos. (Rubí)

Durante los dos años de noviazgo, antes de la convivencia, Rubí y Carlos andaban con el “bolsito” de una casa a la otra: él vivía con su mamá, su padrastro y sus tres hermanos en una casa por Pompeya; mientras que ella residía con su papá, su mamá y su hermano menor en una casa ubicada en Lugano. Los dos tenían ganas de “vivir juntos”, pero los padres de Rubí se oponían porque consideraban que era “muy temprano” para que abandonara el hogar. Además, ellos querían que se casara antes de la convivencia. Sin embargo, para ella, “el casamiento no es tan importante; lo importante es la unión que hay entre nosotros dos. El resto es un papel y es la gente que viene, supuestamente, a festejar la felicidad de uno”. Según cuenta, la familia de Carlos tampoco apoyaba que él se fuera del hogar de origen pero, en este caso, porque “son muy de agarrarlo al hijo

económicamente”. En verdad, Rubí destaca que el problema era que, al irse, Carlos “se llevaba un sueldo”.

Mi marido, cuando él se fue, como que mi marido era un sostén económico, entonces... una vez que él se fue, ese sostén económico se fue también... Se fue un sueldo. Entonces como que eso les costó al principio y le seguían pidiendo. (...) Quizás ya cuando nació mi hija como que entendieron que la cosa ya no daba para más. Ahora ya es distinto, ya no lo hacen, no le piden. (Rubí)

Los padres de Rubí habían migrado juntos desde Bolivia cuando su papá tenía 30 años y su mamá 24. Los dos habían completado el secundario, pero no continuaron estudiando ya que, según señala Rubí, eran varios hermanos –“seis del lado de mi mamá, y siete del lado de mi papá”– y “no alcanzaba para hacerlos estudiar a todos”. Al llegar a Buenos Aires alquilaron un PH por la avenida Escalada (Lugano, CABA) y una verdulería, que tuvieron que cerrar en el 2001 como consecuencia de la crisis. Mientras la madre trabajaba en limpieza, el padre “hacía fletes” con la camioneta que había comprado: “mi papá trabajaba en el mercado central, iba a La Salada también”. Para ese entonces también adquirieron la casa en Lugano, donde continúan viviendo, lo que les permitió “salir del alquiler” y “tener más comodidad”. Rubí indica que la compraron “con escritura y todo”: era una casa “sencillita, digamos, no tenía losa... chapa y machimbre hecho, viste, no era losa”. Con la ayuda de un albañil, el padre fue ampliando y mejorando la casa. “Nosotros [Rubí y su hermano] teníamos una habitación, mis papás tenían otra habitación y la sala. Y el baño, la cocina. Y tiene un patio chico. Y ahora eso quedó. Sólo que ahora mi hermano tiene individual su cuarto”.

A los 21, Rubí se enteró de que estaba embarazada. La noticia fue una alegría tanto para ella como para Carlos. La cuestión era resolver dónde vivir. Pensaron en alquilar una pieza en un hotel-pensión, pero “se complicaba por mi hija, por comodidad se complicaba”. Si bien al principio los padres de Rubí se habían opuesto a la convivencia, la llegada de la hija movilizó el apoyo y la ayuda familiar: “al principio mis papás no querían saber nada... Después les avisamos del embarazo. Ellos no querían que se corte la relación [con nosotros]. Nos llamaron que vengamos, que... como que ya está”. El padre de Rubí les propuso construir arriba: “con mis papás hablamos y decidimos que lo mejor era poner plata y construir y vivir mejor; o sea, para ellos y para mí. También estar juntos porque mi hija es la primera nieta, así que ellos

querían tenernos cerca”. Por eso, para Rubí su hija “vino a unir”: a “alinearse” la relación entre ellos y sus padres, y de ella con sus suegros.

Al relatar el ofrecimiento de su padre, Rubí indica: “primero me lo habló a mí, me empezó a hablar para que lo convenza a Carlos. Y yo también empecé ‘tic, tic, tic, tic’”. Según cuenta, al principio, Carlos no quería aceptar la propuesta del padre; pero logró convencerlo al señalarle las ventajas que tenía construir allí: “le decía que no íbamos a pagar alquiler, que me iban a ayudar a cuidar a la bebé”. Pero Carlos insistía: “nos alcanza para alquilar, no tenemos por qué estar pidiendo nada a nadie”, recuerda ella que le decía él. En palabras de Rubí, “es como que él quería tener su independencia de todo, digamos. Y yo le tiraba más o menos por qué nos convendría, digamos. Y él no quería porque decía que se iban a meter”. De alguna manera, Carlos manifestaba aquello que los regalos esconden: la obligación de devolver y, por lo tanto, el costo moral que acarrear.

Finalmente, Carlos cedió y comenzaron el proyecto de construir su casa: “contratamos a un albañil que sabía de esas cosas... y con la ayuda de mis papás... mi marido también, colaborando por lo menos con plata, por ahí no podía colaborar con mano de obra porque él trabajaba”. En el relato de Rubí se traza una frontera entre un “abajo” y un “arriba”: “en la planta baja vive mi mamá y yo construí la parte de arriba, que es un primer piso, ahí vivo con mi familia. Vivimos juntos pero no tan juntos”. Durante la construcción, se plantearon algunos conflictos entre el padre de Rubí y ellos.

Hubo un poco de discusiones, porque mi viejo quería, en el primer piso, hacer un cuarto para mi hermano, y yo decía “pero mejor hacele una individual”, porque no es lo mismo, digamos... Es como que por ahí hablamos o alguna cosa y mi hermano escucha, o yo escucho cosas de él. Entonces es raro eso. Entonces yo decía “mejor hagámosle aparte para él, arriba mío, cosa q él tenga su independencia, yo tengo la mía, y ustedes tienen la suya”, decía yo. (...) Así que yo tengo lo mío... todo independiente. Tiene la habitación la nena, tengo una habitación, hay cocina, baño y tiene una sala... Y aparte, abajo, ellos tienen su habitación, está mi hermano abajo... ¡todavía está mi hermano!
(Rubí)

La vida doméstica también es “aparte” y, al igual que en las otras historias, los artefactos y electrodomésticos propios cumplen un papel fundamental. Así, por ejemplo, cada familia tiene su lavarropas, donde Rubí lava sólo su ropa y la del marido y su hija. Además señala que la “comida es aparte”, aunque algunas veces, cuando no tiene ganas de cocinar, la madre le “comparte” o, incluso, ella le “lleva” comida. Al principio, a Carlos eso le molestaba, pero ella le explicó que es un modo de ayudarse mutuamente:

“yo a veces bajo y le comparto, le digo a mi marido ‘mirá que le estoy llevando, y él al principio decía ‘no, por qué le estás dando...’, pero después otras veces yo estaba cansada y mi mamá me mandaba [comida]”. Además, Rubí señala que ella siempre trata de darle “sus caprichos” a Carlos: “a él le gustan las milanesas, las papas fritas, entonces yo también se lo cocino aparte para él”.

Como evidencian estos testimonios, Rubí es la encargada de realizar las tareas domésticas: limpia, lava y cocina; sin embargo, a diferencia de los relatos de Jéssica, Evelin y Candela, su marido Carlos “la ayuda” –“ahora sí, antes no. Pero le cuesta... ¡le cuesta!”, indica– y también se ocupa de las tareas de cuidado de la hija con la colaboración de sus suegros. Según cuenta Rubí, este arreglo se estableció hace dos años cuando a su marido lo echaron de la droguería donde trabajaba como operario y ella comenzó a trabajar en el almacén-verdulería que abrieron su mamá y su papá en un local alquilado del barrio. Para ella, este cambio fue fundamental no sólo porque le permitió concretar el deseo de trabajar y retomar sus estudios universitarios –proyectos personales que había abandonado con el embarazo de su primera hija–, sino también porque le permitió a Carlos “soldar” el vínculo con su hija al compartir más tiempo juntos. Tal como evidencia el siguiente testimonio, el hecho de que su marido permanezca en la casa es un modo de compartir más tiempo con su hija ya que, mientras trabajaba, la veía poco y no se había generado entre ellos un vínculo de “confianza”.

Es como que antes, cuando trabajaba, él era su trabajo, sus compañeros de trabajo y su vida, digamos. Ahora que dejó de trabajar es como que está mirando más hacia nosotros, hacia mi hija, hacia mí, hacia nosotros, digamos. Y como que se está acostumbrando más a la familia. (...) Ahora también está tranquilo, está descansando un poco, pero también está cuidando a la nena. Está más tiempo con ella. El vínculo se pudo soldar mejor, son más unidos. Lo que pasaba es que yo le reclamaba un poco porque él siempre trabajaba y llegaba cansado y quería dormir y nada con la nena. Y tienen que compartir tiempo porque... Él me decía: “¿por qué la nena me rechaza?”. Porque a veces cuando ella tenía que elegir entre estar conmigo y él, prefería estar conmigo o por ahí con los abuelos. Y yo decía “pero es porque no pasás tiempo con ella, por eso, porque por ahí estás en el tiempo libre, en vez de elegir estar con ella, elegís la *play*”. (Rubí)

Según cuenta Rubí, emprender un negocio propio era un sueño de su mamá y ella quiso “darles una mano” porque ellos también le “habían dado una mano”: “es cansador, pero es como que nos damos un mano las dos: yo le doy una mano a mi mamá y ella me da una mano con mi hija. Así que todos nos damos una mano entre todos”. Las encargadas de atender el negocio son Rubí y su mamá, ya que, según señala, el hermano y el papá

son vergonzosos, entonces se dedican a “cargar lo pesado, manejar el auto, traer la mercadería, descargarla”. Según relata, al principio Carlos se enojaba porque no le pagan: “claro, plata no me llevo. Llevo comida y si necesito pagar la carne, también me lo dan”; entonces Rubí optó por hacerle una demostración: “yo empecé a anotar todas las cosas que yo traía con su precio. Y ahí yo le decía “¿me lo vas a reintegrar o cómo hacemos?”. Entonces [Carlos] se cansó y dijo: “bueno, manejá vos la plata”. El siguiente testimonio evidencia que, a diferencia de los arreglos económicos advertidos en las historias de Jéssica, Evelin y Candela, la pareja de Rubí y Carlos ha encontrado un modo más igualitario de administrar el dinero: “con él compartimos la plata. Yo no le digo ‘no podés’”.

Él también tiene [dinero], no es que no maneja nada, si él necesita algún gasto, se lleva, digamos. No es que me tiene que pedir permiso, “me llevo \$ 100”, ni nada por el estilo. Está la plata ahí, entonces se lleva y cualquier cosa... Por ahí después me dice “alcé tanto” para saber, porque a veces mi hija también agarra, por ahí la rompe o la lleva a algún lado. Entonces, por si acaso, me avisa: “alcé tanto”, “fui a tan lado”, “hice esto”, “compré tal cosa”. Pero la plata está ahí, y los dos, digamos, disponemos. Tenemos una cajita donde poner. (Rubí)

Rubí señala que, incluso cuando era Carlos quien trabajaba fuera del hogar, los arreglos económicos se discutían y negociaban en pareja. Según cuenta, al principio, “cuando sólo él trabajaba porque estaba la nena recién bebé”, acordaron que Carlos dejara el dinero para evitar “estar dependiendo” de él: “yo le decía ‘tengo que hacer compras’, ponele, (...) y él me decía ‘bueno, ¿cuánto necesitás?’. Yo decía: ¡no! ¿Cómo cuánto necesitás? ¡Dejame la plata en casa! ¿Para que querés todo?”. A partir de entonces, Carlos comenzó a dejar la tarjeta de débito en la casa de modo tal que, si Rubí necesitaba dinero, “sacaba”: “‘porque si voy a estar dependiente de que vos vayas o lo que sea, o alguna cosa, entonces mejor hacé vos las compras... más fácil’”, recuerda que le decía. Cabe advertir que, en cuanto al manejo del dinero, Rubí y Carlos procuran ahorrar sin desestimar el valor del disfrute en el presente; al igual que señalaban otros jóvenes entrevistados, esto los distingue de la generación de sus padres: “mi mamá es ahorrativa, pero yo también inculco esto de está bien, estás ahorrando, estás ganando plata, pero también date tus gustos. Si querés comer una cosa, comela. Si necesitás comprarte una cosa, comprala”.

En el relato de Rubí, la convivencia aparece como el ámbito “donde te conocés verdaderamente con tu pareja”; “cuando empiezas a convivir con esa persona, empiezas

a ver todos sus recovecos, sus hábitos... que haga ruido cuando come, no sé, que no haga la cama, que no tire la cadena [del baño], o que no suba ni baje la tapa [del inodoro]”. Para evitar peleas, Rubí cuenta que aprendió a “conversar” con él y a no “aguantarse” las cosas: “tenés que decírselo”, recomienda. Esta joven distingue entre el “enamoramiento” y el “amor”: a diferencia del “enamoramiento”, “cuando todo te gusta”, “el amor es el día a día (...) Es quererlo más allá de todo eso, más allá de todos los defectos, sus virtudes, de su carácter, de que por ahí sea mamero. Más allá de todo eso, quererlo igual”. Al preguntarle si están pensando en tener otro hijo, Rubí destaca que, por el momento, sus planes se vinculan con el trabajo y el estudio: “uno más se complicaría por el tema del tiempo, sobre todo porque yo no tengo tiempo... En realidad, si tendría otro, tendría que dejar de trabajar y estudiar, y no”.

Juan también “vive aparte” con su pareja y sus cuatro hijos/as, luego de haber habitado un “espacio adentro” en la casa de sus padres, cuando a Angie la “echaron a la calle” y él, que ya “lo venía pensando”, le propuso juntarse en su casa de origen. Dos años después, a los 20, con el nacimiento de su primera hija, este joven emprendió la salida de hogar de origen, junto a su pareja Angie y el hijo de ella fruto de una pareja anterior. Juntos construyeron un espacio propio en una pieza ubicada “al fondo” de la casa de la madre de Angie en la Villa 31. Como mencionamos al relatar la historia de Angie, aunque la relación de ella con su mamá era conflictiva, mantenían contacto y, cuando se enteró de que ella estaba embarazada por segunda vez, les ofreció establecerse en una “pieza aparte” ubicada al fondo de su casa con el proyecto de ayudarlos a edificar “arriba”, en el segundo piso, una “casa completa”. Según cuenta Juan, allí se instalaron durante un año: “era la pieza, un comedor chiquito y después compartíamos cocina y baño con Carlos y la Eli [el hermano de Angie y su pareja]”.

Para Juan, irse de la casa de sus padres no fue sencillo porque él era muy unido a su mamá: “no me quería ir. La costumbre de vivir toda la vida con ella [la madre]... no me quería separar”. Según recuerda, la madre lo impulsaba y le decía “‘hijo, te tenés que ir, sos grande, te tenés que liberar’”, pero a él le costaba. La mamá de Juan había venido de Chaco con su familia y conoció al papá de Juan –porteño– en la Ciudad. Según cuenta Juan, ninguno de los dos terminó la primaria porque, desde pequeños, tuvieron que trabajar; su mamá, quien falleció hace dos años, fue auxiliar de portería y su papá, quien solía trabajar “en negro” en el Parador de Retiro, actualmente ingresó a

un Centro de Gestión y Participación Comunal (CGP). Además, Juan tiene dos hermanos –uno mayor y otro menor– y una hermana mayor, con quienes compartía habitación en el departamento de Villa Cildañez (barrio Parque Avellaneda, CABA) en el que vivían con su familia de origen y del que sus padres eran propietarios. “Está todo mejorado. Ahora es Barrio Cildañez, no es más villa”, indica Juan.

La llegada de la primera hija de la pareja –Milagros– fue vivida con “muchísima alegría”. Para Juan, la paternidad era un sueño cumplido: “yo quería tener un hijo. Una nena. Y cuando ella me dijo que sí, cuando me dijo ‘sí, estoy embarazada’, fue lo más lindo. Porque era lo que yo quería”. En rigor, según cuenta él, juntarse con Angie y asumir el rol de padre con el hijo de ella (Aaron) también había sido una experiencia deseada por él, a la que describe como un punto de inflexión. Antes de conocerla, Juan se define como un “barrilete”: “yo era un pibe que andaba en la joda, que le gustaba tomar, que le gustaba... Si pintaba fumarse un porro, lo fumaba. Me decían ‘vení, vamos a robar que hay plata’, yo iba, lo hacía”. En cambio, al comenzar la relación con ella y su hijo Aaron, este joven siente que “cortó todo lo que ya tenía, de salir, andar de joda, porque ya era una responsabilidad ayudarla a ella con su hijo”.

En verdad, a los 17, cuando se juntó con Angie, Juan considera que “ya había pasado de todo”, que habían vivido “diez años de joda” y que “ya era el momento de un poco ir cortando”: “yo ya quería cambiar, quería tener mi pareja, estar bien”. Durante los 11 y los 17 años, Juan relata distintas anécdotas acontecidas en la Villa 31, donde solía ir con sus hermanos, a través de quienes conoció a Angie. “Disfrutaba, como quien dice, el momento. Andaba muy rebelde, no quería estudiar nada, y los fines de semana me venía para acá y paraba acá”. A los 16 empezó a trabajar “porque quería todo de marca. Mi mamá me acostumbró así. Tener zapatillas de marca”. Entonces su papá le dijo: “¿querés esto? Bueno, vení a trabajar conmigo”. Juan comenzó a trabajar como personal de limpieza en el Parador de Retiro y, según señala, ese fue el motivo por el cual dejó la escuela secundaria: “estaba más concentrado en trabajar, en tener mis cosas, en salir”.

Durante un año, Juan, Angie, Aaron y Milagros estuvieron en la “pieza al fondo”. Angie se dedicó a las tareas domésticas y de cuidado mientras Juan trabajaba en el sector de carnicería de un supermercado. Era un “trabajo en blanco”, “fijo” y “con obra social”, que había conseguido a través de Carlos, el hermano de Angie. Según

describe Juan, ese trabajo fue un cambio significativo en la vida familiar: “empezamos a poder tener cosas mejores, a darnos más gustos, darle más gustos a los nenes, comprarles mejores cosas”. Sin embargo, el empleo duró apenas ocho meses porque, con el recorte de personal, Juan fue “el primero que fue a la bolsa [despedido]”. Como él no conseguía otro trabajo, Angie volvió a trabajar como masajista con su hermana, aunque fueron sólo seis meses, dado que ya estaba embarazada de Leonel, el segundo hijo que tuvieron juntos. Al agrandarse la familia, la “pieza al fondo” les quedaba “chica”, de manera que Juan y Angie aceptaron el ofrecimiento de la madre de ella para mudarse a la “parte de arriba” –una pieza de madera más grande que estaba en el segundo piso de la casa– con la posibilidad de “ampliar” y edificar a futuro “una casa completa”. “[Mi suegra] nos dio aire de un terreno de ella”, especifica Juan.

Si bien comenzaron a edificar apenas se instalaron, lo cierto es que fue el nacimiento de su tercera hija (Alessia) lo que aceleró la construcción e impulsó el proyecto de convertir la “pieza” en una “casa completa”: “empezamos a construir, y ahora estamos con el ladrillo y revoque. Esto [la escalera] ahora va para arriba y sería la casa de mi cuñado [en el primer piso] y la mía [en el segundo piso]. Es como una casa arriba de otra casa; y no una pieza de una casa. Se cerró la comunicación interna”, describe Juan. Cabe advertir que, a diferencia de su primera hija, Juan señala que tanto Leonel como Alessia “vinieron de sorpresa”: “la idea de nosotros era ya está porque yo siempre quise tener una nena y un varón. Tenía la nena y el varón. Y, bueno, después vino Leonel y vino Alessia”. En verdad, Juan señala que él quería, pero Angie no. “Ella no quería, decía ‘no, ya está, ya están grandes, independientes’, me decía ‘no, volver a criar a otra, ¿te parece a esta altura?’, pero ya teníamos la casa”.

Para Juan, “no hay como tener lo tuyo”: “podés hacer lo que querés que nadie te va a decir nada. Podés gritar, te podés tirar un pedo [sic], podés hacer cualquier cosa que nadie te va a decir nada”. Juan siente que de esa casa no se irán más: “es un alivio terrible ya tener un espacio, no hay nada como lo tuyo”. (...) No hay como mi casa, mi comida, mis cosas y acostarme... No hay como tu lugar propio”. Al describirla, Juan repite una imagen utilizada por varios entrevistados: “vos lo ves y es el jacal de Marimar, viste, así, igual, porque es de madera, viste, pero ya arrancamos con todo, a terminar mi casa”, y acompaña sus palabras contando los proyectos que tienen:

Ya hicimos... el baño. Ya no compartimos más. Y ahora estoy trabajando bien, gracias a Dios, en una cooperativa del barrio, así que... sueldo para comer y sueldo para los materiales. (...) Ya vamos a tener la pieza solos y la pieza de ellos [los hijos] dividida. Los nenes y las nenas. Porque va a ser... mi casa va a ser grande, va a tener el living-comedor, cocina, baño y tres dormitorios. (Juan)

Al preguntarle cómo se organizaron para edificar, Juan señala que recibieron ayuda de su suegra, quien “compró los ladrillos, todo, un pallet de ladrillo, el cemento”. Según cuenta, al principio, aunque Angie estaba trabajando, no ganaba mucho y él estaba desocupado. Juan recuerda las palabras de su suegra: “me dijo ‘para ayudarlos, que por lo menos tengan su baño, yo se los hago y después con el tiempo ustedes me devolverán’”. De a poco, Juan y Angie se lo fueron devolviendo “en partes, con el trabajo de Angie o mío, y con la asignación [AUH]”. Según señala, la suegra no tiene problemas mientras se lo devuelvan: “porque es de ella, tiene razón. Ella te ayuda... Mientras vos de a poco le devuelvas, te ayuda”. Por ahora, la casa es “una pieza grande” que cuenta con cocina y baño propio, en la que Juan, Angie y sus cuatro hijos “comparten todo ahí”.

Ahí tenemos todo: el comedor, las camas, la tele... Una cama nosotros, la superpuesta de los chicos. Es una cucheta. Y abajo duermen Aaron y Leonel, que comparten cama, y arriba duerme Milagros. La cuna del bebé... Cocina tenemos nosotros. Está todo en el mismo ambiente. Una cocina, heladera. A la cocina nos la regaló la Eli, cuando se compró la de ella. A la heladera se la compré a mi hermano. Y la cama también nos regalaron. La superpuesta nos regaló Eli. La cama nos regaló un amigo. Y, bueno, la tele la compramos nosotros. El LED, un LED de 32, la compramos en cuotas, acá en el barrio había uno que te daba a pagar. Entonces así la sacamos. (Juan)

Si bien dos pisos más abajo vive la suegra, Juan señala que ellos viven “aparte”. Con frecuencia la suegra “se mete” y, según cuenta, eso genera algunos problemas en la pareja: “nosotros siempre tenemos que la mamá de ella se mete mucho en cómo nosotros criamos a los pibes. Es muy metida. A mí no me gusta. Entonces, nos salimos peleando nosotros”. En cuanto a la organización doméstica, Juan señala que Angie se ocupa de las tareas de limpiar, lavar y ordenar la ropa, pero aclara: “a veces lo hago, pero a ella no le gusta cómo limpio, es medio obsesiva con la limpieza de la casa”. Juan se encarga de cocinar: “me gusta cocinar, mi mamá me enseñó y también trabajé en una rotisería, era ayudante de cocina y ahí aprendí, la verdad aprendí un montón de cocina. Hago un pollo a la mostaza...”. A Juan también le gusta compartir tiempo con sus hijos: “son re quilomberos, pero bien. Bah, cuando está Angie. Mientras no está ella, conmigo se portan re bien”.

Por el momento, Juan es quien aporta dinero al hogar a través de su trabajo de limpieza en la cooperativa del barrio, mientras Angie completa sus estudios secundarios en el Bachillerato del barrio; sin embargo, esta distribución tampoco es fija, pues se amolda a los vaivenes de la situación laboral de cada uno y al tipo de empleo que consiguen. Cuando se “quedan cortos”, Angie “se pone” a vender ropa que le dan o de ella que ya no usa; según cuenta Juan, Angie pronto ingresará a trabajar en la misma cooperativa, lo que les dará mayor margen para construir: “ahora que trabajemos los dos, ya arrancamos con todo a terminar la casa”. Juan señala que él es el encargado de administrar el dinero: “ella me lo da a mí, yo lo cuento, lo guardo y lo separo (...) Me fijo yo todo lo que hace falta”. Con arreglos económicos y domésticos más o menos flexibles y préstamos de la suegra que devuelven apenas cobran, hace nueve años que Juan y Angie afrontan juntos las peripecias de la vida cotidiana.

4. La familia en el “espacio afuera”: las historias de Gisela y de Walter

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio con la familia propia en una vivienda y en un terreno independientes al de la familia de origen o de los suegros. Al igual que en los dos modos anteriores, la transición residencial se enlaza con la familiar, pero con la particularidad de que se conquista la máxima independencia habitacional. Por ello, mientras en el “espacio aparte” persisten algunas tensiones relativas a la intromisión de la familia de origen en las dinámicas domésticas, éstas suelen neutralizarse cuando la familia joven consigue un “espacio afuera”. En las historias relatadas identificamos dos tipos de “espacio afuera”: la “casa propia” (por medio de la autoconstrucción) y el alquiler de un “depto”.

Gisela se fue de su casa de origen con su pareja Marcelo y sus dos hijos, a los 25 años, cuando construyeron su casa en un terreno adquirido en el barrio La Reja (Partido de Moreno)³⁹. Como relatamos al referirnos a la historia de Marcelo, esta pareja se había “juntado” en la casa de la madre de Gisela como consecuencia de la salida forzada de Marcelo de su hogar de origen; y los hijos llegaron en el marco de esa convivencia en el “espacio adentro”. Hasta que se juntaron, Gisela vivía con su mamá, porque sus padres se habían separado y su hermano menor había decidido quedarse con el papá.

³⁹ Cabe advertir que si bien aquí adoptamos el punto de vista de Gisela, ya que es ella quien se ha ido de su casa de origen, articulamos su relato con los aportes de Marcelo, ya que, en rigor, sólo en la conexión de ambas historias resulta posible comprender esta experiencia.

Gisela y su madre vivían en Lomas de Mariló (Partido de Moreno), en una casa que su mamá había construido con la ayuda de un albañil en un terreno fiscal que “agarró” en la década del ochenta. Según cuenta Gisela, primero había sido una casilla que su mamá “plantó” ahí hasta que pudieron costear los materiales y la mano de obra para construir una “casa toda terminada, con tres habitaciones”.

La madre de Gisela “siempre laburó” como empleada doméstica. Gisela, por su parte, empezó a trabajar a los 18 para aportar económicamente al hogar y ayudar con la compra de los materiales para la construcción. Según cuenta, esperó a los 18 porque su madre no quería que lo hiciera hasta terminar el secundario; una vez finalizado, tuvo su primer empleo en el guardarropa de un boliche y un año después lo complementó con un empleo como cajera en un supermercado, mientras cursaba el CBC para Medicina. A los 19, conoció a Marcelo, quien al poco tiempo se mudó a su casa. Durante dos años, Gisela mantuvo los dos empleos hasta que a los 21 quedó “efectiva” en el supermercado, momento en el que también dejó de cursar, ya que coincidió con el embarazo de su primer hijo.

Al igual que Marcelo, Gisela recuerda los conflictos que suponía convivir juntos con su mamá: “yo también me quería ir por los conflictos entre los tres, viste. Estaba en medio de todo y yo quería tener mi lugar, mi casa”. Para ella, no sólo era tener su espacio físico, sino también construir sus propias reglas y tener “su comodidad”: “había tensiones en decisiones, viste. O por ahí en esa época me gustaba, no sé, cocinar y acostarme a dormir la siesta y después levantarme y lavar. Y mi vieja no: antes de acostarse, tenés que lavar los platos”. A los dos años de convivencia en el “espacio adentro”, Gisela y Marcelo tuvieron “la oportunidad” de comprar un terreno, por lo que optaron por redireccionar el dinero ahorrado para su casamiento hacia su adquisición. Los dos compartían el deseo de tener un espacio propio fuera de la órbita familiar; en palabras de Gisela, “nosotros somos muy parecidos, la verdad que nos llevamos muy bien y como que siempre queremos las mismas cosas. Es como que sí, siempre pensamos lo mismo, viste, de tener nuestro espacio”.

Según cuenta Gisela, si bien se trataba de un terreno fiscal, “sabíamos que no teníamos riesgos porque la familia que vivía ahí ya estaba instalada hace varios años, el barrio también estaba formado hace un montón de tiempo, más de 20 años”. Marcelo agrega que “se lo compramos a la familia que vivía ahí, de palabra. Esta familia era

nómade: iba, había un pedazo de terreno, se metía, lo revendía y se iba”; por eso, en cuanto al modo de tenencia, los dos aclaran: “tenemos un boleto de compra-venta, pero de mutuo acuerdo nada más”. Según describe Gisela, el terreno “parecía una selva, en realidad, tenía una casilla de chapa y de rejunte con algunas partes de madera”; sin embargo, esto no era un problema: “eso se modifica, ponerle árboles, quitarles árboles, eso es lo de menos. Era terreno... Y nos gustó la zona, muy tranquila”. En cuanto a la infraestructura, si bien el agua es de pozo y las cloacas todavía “no llegaron”, Gisela y Marcelo confían en que de a poco el barrio irá creciendo: “al extenderse el centro, se irá asfaltando, habrá luz, agua, todos los servicios hasta que se valoriza más”. Algo similar destaca Marcelo:

Era una oportunidad, estaba muy barato. Ya me imaginaba todo, todo lo que podía tener ahí. Tenía la planta de banana... Cuando viene mi suegra, vienen los abuelos, vienen todos al terreno a ver lo que habíamos comprado... y ahí quedó el famoso Jacal de Marimar. A los abuelos de ella mucho no le gustaba el lugar porque decían: “pero está todo sucio”. Sí, está sucio, pero el pasto lo corto, la basura la embolso, que la lleve el basurero... O sea, se pueden hacer un montón de cosas. Y ellos no veían eso. Mi señora, sí, decía: “sí, sí, sí, vamos para adelante, esto limpiamos, hacemos esto...” (Marcelo)

Con la casa propia en el horizonte, Gisela y Marcelo planearon la llegada de su primer hijo: “compramos el terreno y dijimos ‘bueno, en un año hacemos la casa’. Entonces quedé embarazada... Porque pensamos que hacíamos la casa. Y, ya cuando nació el bebé, que lleguemos a tener la casa”. Sin embargo, pasaron cuatro años desde que compraron el terreno hasta que se fueron a vivir allí. “Hacer la casa” resultaba “difícil” y “lento”, tal como señala Marcelo al relatar su historia; a su vez, la madre de Gisela tuvo un accidente que, al dejarla en reposo, requería de cuidados y eso restringió sus posibilidades laborales. Como consecuencia, Gisela y Marcelo no sólo permanecieron en el “espacio adentro” durante el embarazo y el nacimiento del primer hijo, sino también hasta el nacimiento del segundo. Frente a la pregunta sobre el proceso de construcción, Gisela destaca la ayuda que recibieron de su familia:

Como Marcelo ya estaba trabajando en el Hospital Militar, sacamos un préstamo de \$ 12.000, me acuerdo. Y con eso pensábamos que íbamos a hacer bastante. Cuestión que hicimos una pieza y un baño y nos quedó un pasillito. Y nos costó un montón pagarlo porque eran muchos intereses. (...) Contratamos un albañil y también mi familia ayudó porque, por ejemplo... Un día vino un tío mío y nos dijo “bueno, yo te hago las bases, te regalo las bases”. Después mi viejo vino de vacaciones y dijo “bueno, yo te levanto pared hasta la mitad de la pared”. Y después ahí ya tuvimos que pagar un albañil. (Gisela)

Aunque la intención era mudarse cuando tuvieran “bien terminadita la habitación, el baño, todo...”, lo cierto es que, “viendo que no se podía”, se fueron igual. Gisela destaca que fue Marcelo quien tomó la decisión definitiva, ya que ella no estaba segura: “él me empezó a apurar a mí, viste. Yo estaba cómoda porque mi vieja me ayudaba con los nenes, tenían otro lugar, nos acomodábamos”. Según describe ella, la casa no tenía la habitación para los chicos ni una sala comedor, tal como la habían imaginado, pero “estaba bien”: “teníamos el baño, teníamos agua, teníamos luz, teníamos una pieza 4x4. Y ahí teníamos la cama y en la cuna dormían los dos porque, como eran chiquitos, se llevaban re bien”. En esa misma pieza, colocaron la mesa con las sillas y el televisor, y la cocina se ubicaba en el pasillo que quedaba entre el baño y la pieza. “Así estuvimos bastante tiempo porque después hubo que seguir pagando el préstamo, más otros problemas”, aclara ella.

Después de dos años de instalados, Gisela señala que tenían la necesidad de “ampliar” la casa: “porque la heladera estaba adentro de la pieza, comíamos ahí, era el comedor nuestra pieza, teníamos que ampliar”. Ella se encargaba de administrar los ingresos de Marcelo para comprar el material de manera progresiva. Según cuenta, lo ponían en común y decidían: “sobraban \$ 200 y lo invertíamos en ladrillos. Sobraban \$ 100, y lo invertíamos en arena. Y lo guardábamos, guardábamos todo. Y cuando teníamos todo, pagábamos un albañil”. Gisela destaca que “era todo de a poquito, no era de un día para el otro, de un mes para el otro, era medio complicado”. El siguiente testimonio de Marcelo refuerza este carácter gradual de la construcción:

Era mes a mes, decía “bueno, este mes, ¿para qué nos alcanza? Un metro de arena, dos metros de arena. Esto ya está”. Íbamos comprando y después, la otra parte de la casa, hablamos con un albañil que nos había cobrado... Era un pariente amigo. Y nos cobró dentro de todo un trabajo accesible y nos hizo la parte del comedor, todo... El techo también fue un día que yo tenía la plata. Juntar el aguinaldo, más el sueldo y más los extras, compré todo de una vez el techo. Al contado. Y el techo lo puse yo, con mi cuñado, nos dimos maña los dos e hicimos el techo. (Marcelo)

Para lograr el objetivo, Marcelo asumió tres trabajos como enfermero de lunes a lunes: “a la mañana, a la tarde y noche por medio, que eran seis horas que estaba en el hospital; pero dentro de todo, por ahí dormía una o dos horas en el hospital”. Sin embargo, esto repercutió en su salud: “eso fueron las causas de una hernia de disco, un pinzamiento cervical, problemas gástricos, porque comía mal. Bajo peso, migrañas, todo un combo”. A esta situación, se sumaba su ausencia en el hogar, que aquejaba a

Gisela: “yo le pedí que no, que deje uno, porque era mucho, viste, no lo veíamos y yo no llegaba, no llegaba con todo. No podía”, señala ella. En respuesta al pedido de su pareja y con el deseo de compartir más tiempo con los dos hijos, Marcelo renunció a uno de los tres trabajos.

Según cuenta ella, el hecho de que él estuviera más disponible para las tareas de cuidado, así como la ayuda de su mamá que también cuida a los dos nenes, le permitió retomar los estudios superiores. Hace dos años, Gisela se inscribió para la carrera de Trabajo Social en la Universidad de Moreno: “la maternidad ya me estaba tirando abajo, viste, el tema de estar tan encerrada con los nenes. Yo estaba acostumbrada a trabajar, a salir”. Primero había pensando en volver a trabajar, pero luego desistió: “era trabajar o estudiar, y yo sabía que si me ponía a trabajar no a iba a estudiar. Entonces no. Estoy estudiando nada más”. En rigor, la joven señala que fue Marcelo quien le sugirió que se dedicara de manera exclusiva a estudiar, en lugar de combinar estudios y empleo: “él me dijo ‘no, pará, tranqui, no te avasalles, tratá de rendir porque no te van a dar los tiempos. De recibirte, recibite, el tiempo no importa’”. Gisela destaca que Marcelo la “ayuda un montón”: “es más, una vez también cambió los horarios. Porque él trabajaba a la mañana y yo le pedí que se pase a la tarde, como que es flexible”. En este sentido, los proyectos emprendidos por ella operan sobre la base del acompañamiento y el respaldo de su marido.

Al preguntarle cómo se organizan con el dinero, Gisela destaca que “la plata siempre fue de nosotros dos. Nunca fue ‘yo mi plata; yo te doy mil, vos estíralo como chicle y yo me quedo con el resto’. No”. El testimonio de Gisela se distingue de los relatos de Jéssica, Evelin y Candela que “hacían magia” con lo que les dejaban sus maridos. El sentido compartido del dinero ganado también aparece en el relato de Marcelo, tal como lo evidencia la utilización de la primera persona del plural para referirse al ingreso que recibe por su empleo: “una vez que cobramos, pagamos todas nuestras cuentas y nos queda para comprar, o sea, la comida, los insumos y un puchito que queda, bueno, si salimos a algún lado, si vamos al cine, siempre tratando de salir”. Al igual que Juan y Angie, o Rubí y Carlos, Gisela y Marcelo se sienten un “equipo”: tienen un proyecto común, asumen compromisos mutuos, y se reparten –de manera más o menos equitativa– roles y tareas en la convivencia.

Walter se fue de su hogar de origen a los 27 años con su novia Belén –de 24– cuando quedó embarazada. Hacía cuatro meses que estaban juntos; se habían conocido a través del hermano de Belén que trabajaba con Walter en el supermercado Coto, donde él había ingresado como cajero a los 20 años. “Yo siempre la esquivé por una cuestión que yo no quería compromiso. Me quería ir a vivir solo. Después bajé un poco los cambios. Estuvimos cuatro meses, y al quinto quedó embarazada. Todo rápido”. Al igual que otros jóvenes, Walter señala que la experiencia de la paternidad fue un punto de inflexión: “te cambia la vida ser padre y tener un compromiso. Es una responsabilidad”. Por ejemplo, cuenta que desde que nació su hijo dejó de vestirse con “ropa cara” o de gastar \$ 1.000 “en la noche”, “como si nada”.

Walter nació en Misiones y vivió con su mamá y su hermana mayor hasta los siete años, cuando aquella tuvo que viajar a Buenos Aires en búsqueda de mejores condiciones laborales. A su padre no lo conoció, porque se separó de su madre apenas él nació. Walter y su hermana se quedaron con sus abuelos en Misiones hasta los nueve años, cuando la madre los fue a buscar para vivir en Buenos Aires con ella y su pareja (Ricardo), a quien Walter reconoce como su padre. Según cuenta, su madre había sido empleada doméstica “toda su vida” y, actualmente, trabaja en un colegio realizando tareas de limpieza; su padre, trabajó “de pintura” y hace dos años que es empleado de mantenimiento en un club del barrio. Los padres de Walter habían adquirido una vivienda en Ciudad Oculta, gracias a que los familiares de Ricardo eran muy conocidos en el barrio y le dieron una casa: “era una casa muy chica, con dos habitaciones, un patio grande (porque no había nada construido). Muy humilde fue siempre mi familia”. Al principio, Walter vivía con su mamá, Ricardo y su hermana más grande: “hasta ahí éramos pocos, porque somos una familia muy numerosa hoy en día. Somos 11 hermanos”. Con la llegada de la tercera hermana, Walter recuerda que en una pieza dormían su mamá y su papá; y en la otra, dormían los tres: sus hermanas compartían cama mientras él dormía solo. Con la ampliación de la familia, la casa se fue adaptando a las necesidades: se construyeron nuevas piezas y refaccionando ambientes.

Al relatar su historia, Walter señala que siempre estuvo “bastante solo” y desde chico se las arregló: “estuve gran parte de mi vida solo, las decisiones las tomé solo”; y reconoce que “cuando empezás a experimentar la calle, necesitás una familia atrás, yo la tuve”. A los 16 años, Walter dejó la escuela secundaria; según cuenta, “salía con los

pibes más grandes, iba a bailar, acá, allá, a todos nos gusta la joda un rato, pero joda sana igual; en vez de ir al colegio, me iba para otro lado, a los fichines”. Walter empezó a trabajar “de pintor” con un amigo más grande que conocía del barrio: “él agarraba trabaja y nosotros íbamos y trabajábamos. Y ahí fui conociendo el lado laboral, y me enganchó porque tenía mi plata, después me juntaba con mis amigos, íbamos a comer, a bailar, a tomar algo”. Con una parte de sus ingresos, Walter aportaba económicamente al hogar: “traía cosas del laburo, colaboraba con la comida, en lo que podía los ayudaba, obviamente, vivía ahí”. A los 20, mientras trabajaba en Coto, se propuso terminar la secundaria: “me anoté en un acelerado y la terminé en dos años”.

Al enterarse del embarazo, Walter y Belén decidieron “juntarse”. Belén vivía con sus padres, su hermana mayor y su hermano menor en el Barrio Copello, un conjunto habitacional ubicado en Lugano, y Walter habitaba en Ciudad Oculta con su familia de origen. Al mes del embarazo, comenzaron la búsqueda de un departamento en alquiler y encontraron un PH por el barrio de Lugano, que estaba a seis cuadras de la casa de la madre de Belén. Según describe Walter, la búsqueda “fue complicada”: “era todo muy caro y nos pedían garantía”. El hecho de que los dos trabajaran en empleos registrados contribuyó a la posibilidad de alquilar; en cuanto a la garantía, la ayuda de los suegros resultó fundamental. En palabras de Walter, “ellos pusieron la garantía, eran dueños del departamento donde viven, y nosotros pusimos el dinero. Fuimos juntando dos, tres meses, lo que pudimos juntar entre los dos”. Al describir el PH, Walter cuenta que “era una pieza grande que entraba el placar y la cuna del bebé. Una cocina, un comedor-living y una terraza. Y el baño también, nuestro. Era chiquito pero bastante lindo y cómodo”. Para equipar el hogar recibieron regalos de las dos familias: “nos regalaron mesa, sillas, lavarropas, lo regaló la madre. La cama y la heladera lo compramos nosotros, en tarjeta, la típica doce cuotas”.

Según relata Walter, la convivencia con Belén no fue fácil: “al principio todo bien, pero después había diferencias de costumbres, conocimiento de la pareja. Éramos muy distintos, nos dimos cuenta que éramos muy distintos, no encajábamos”. Al describir los conflictos de la vida diaria, Walter señala que, en general, se debían a la “boludez” de “te toca a vos” o de “a ver si me das una mano”, frases que Belén solía decirle. Según cuenta, al año del nacimiento de su hijo, Belén dejó su empleo como administrativa en una institución gubernamental para dedicarse a las tareas domésticas y

de cuidado; sin embargo, para Walter, eso fue un problema porque “la entrada no era la misma y faltaba colaboración [de Belén]”.

Falta de colaboración, viste. Yo tenía que trabajar y ella... ella todavía no había preparado nada para comer. Y llegaba cansado, y la cabeza no es la misma, la reacción no es la misma... Pasa en todas las parejas. Y después, bueno, que yo llegaba cansado, me quería tirar a dormir y ella quería hacer otras cosas. (Walter)

En ese tiempo Walter había renunciado a Coto para iniciar, junto a uno de sus compañeros, un emprendimiento de peluquería para perros. Allí trabajaba “todo el día”, de lunes a sábados, desde las 9 hasta las 22: “era un trabajo muy cansador, te taladraban la cabeza, rendía económicamente, pero...”. Al preguntarle cómo se organizaban con el dinero, Walter destaca que “la plata estaba en casa”: “como ella no laburaba, laburaba yo solo, dejaba la plata en una caja y ella se encargaba”. A su vez, contaban con la ayuda de la madre de Belén, quien le había dado a su hija una tarjeta de crédito para que pudiera comprar cuando lo necesitara. Según cuenta, a diferencia de sus padres, sus suegros tenían empleos registrados como administrativos en un hospital, de manera que tenían mayores posibilidades de ayudarlos. Luego de dos años juntos, la relación “entró en crisis”.

El problema es que nunca nos terminamos de conocer antes de ir a convivir y, bueno, así fue la relación, de cansancio, de falta de conocernos. Para mí eso es básicamente lo que pasó. Vos para irte a convivir con una persona tenés que conocerla, un poco más que lo poco que estuvieron de novios. Yo estuve cuatro meses y a los cinco ya estábamos con el bebé en la panza. (Walter)

Walter señala que a las peleas diarias en torno a la organización doméstica se sumaron “los celos” de Belén por el tiempo que él pasaba fuera del hogar: “un día me fui tres días del departamento a lo de mi vieja. Y no me fui de trolas, ni de joda, ni de nada, pero para ella sí. No me creía”. Según cuenta, él volvió a los tres días, pero Belén no quiso reconstruir la relación. Aun así, Walter se quedó en la casa: “quería estar al lado de mi hijo también. Un año más me quedé. Yo ya dormía en el sillón, a veces juntos, pero no pasaba nada”. Finalmente se fue y emergieron nuevos conflictos: “fue todo un enrosque. Una vuelta me lo agarró de rehén al nene. Por un mes no me lo dejó ver. Tuvimos discusiones”. En el siguiente testimonio, Walter describe los “tire y afloje” con Belén:

Ella se quedó ahí [en el PH] un año más. Yo, en lo que podía, la ayudaba, pero después le dije que no, porque yo necesitaba pagar un lugar donde llevar a mi nene. Y ella me dijo que entregaba el departamento y que volvía con los padres y el nene. Estábamos así en el tironeo. Jamás en mi vida le levanté la mano, me hizo denuncias de violencia familiar, pero nada que ver porque después fue a retirar la denuncia. Todo un tironeo y afloje para buscar algo. Hasta que le dije: “loca, fijate que nada, nos separamos, cada uno haga su vida. Me hago cargo del nene, de hecho, tiene mi apellido; me hago cargo de los gastos de él, la comida”. Quedamos de palabra, ya hace dos años. (Walter)

Con la separación, Walter regresó a su casa de origen y se instaló en una de las piezas donde dormían sus hermanos varones, aunque tenía un estilo “medio nómade” –tal como lo describe él– porque solía ir a lo de un primo o amigo: “es difícil no tener un lugar, sobre todo porque ya soy papá, ya tengo un hijo, una responsabilidad”. Para ese entonces, también cambió de trabajo: alquila un taxi que maneja él. Según cuenta, su madre quiere armarle una “pieza aparte” para él y su hijo: “está construyendo en el patio, una habitación con baño está haciendo”. Walter sabe que este ofrecimiento ha sido fuente de conflicto con el resto de sus hermanos y hermanas, pero no es por ello que se niega a aceptarlo: “quiero un lugar afuera, pero está difícil la mano”. El siguiente testimonio evidencia que esta negativa responde no sólo al deseo de “no vivir con la familia”, sino también a que no le gusta “la gente del barrio”:

Yo quiero vivir solo y no estar ahí en el barrio. No me gusta la gente del barrio, que mi hijo vea que se están drogando en frente de la nariz de él. El nene ve, ahora viene dos veces por semana y un finde cada dos, que yo lo saco, no va a caminar por el barrio, no va a comprar. Sé que mi vieja me da un espacio, pero quiero tratar de salir y vivir solo, tratar de buscar otras cosas. Si vivís ahí, siempre te involucrás con la familia, vas a comer con ellos, todo bien; quiero tener mi espacio solo, y un espacio para mi nene. Los días que está conmigo quiero estar con él, relacionarme con él, tranqui, tener la privacidad con él, que si no están mis sobrinos, mis hermanos... (Walter)

A pesar del deseo de conquistar un “espacio afuera”, Walter reconoce que alquilar un departamento resulta difícil dado que no cuenta con garantía y sus recursos económicos no son lo suficientemente altos ni estables para asegurar el pago de los alquileres cada vez más altos; tampoco le convence alquilar una pieza: “no, porque si voy a compartir un baño, lo comparto en la casa de mi vieja. No me gustaría compartirlo con gente que no conozco”. Por el momento, habita en la casa de origen aportando a la economía hogareña: “yo soy muy generoso con mi familia, protejo mucho a mi familia, sea que esté afuera o esté adentro”. Al preguntarle por la organización de la vida cotidiana, Walter relata que, al ser muchos, no se realizan compras mensuales sino por día: “mi vieja, yo, después mi hermana trae cosas, todos colaboran, uno de los varones hace las

compras, hay días que cocina una de mis hermanas, o mi viejo. Y los domingos todos juntos, unos fideos con pesto y estofado”. Rememorando la historia vivida, Walter recuerda la recomendación que siempre les da a sus hermanos menores: “no te apures, pensá, analizá un poco y después te mandás”.

5. Vivir solo/a en el “espacio afuera”: las historias de Kevin y de Gabriela

Este modo se caracteriza por la construcción de un espacio propio de manera individual, en una vivienda y en un terreno independientes al de la familia de origen. Aunque no descartamos que pueda resultar de una motivación personal, en las historias aquí indagadas sólo ha sido registrado como consecuencia de una salida forzada del hogar de origen. Bajo estas condiciones, el joven suele carecer de una red familiar en la que apoyarse para conseguir un lugar; a su vez, al no estar en pareja, tampoco cuenta con una red familiar alternativa, tal como advertimos en las historias de Marcelo y de Angie.

Kevin no estaba pensando en vivir solo cuando a los 18 tuvo que salir en búsqueda de una pieza en alquiler. Desde los quince vivía con su mamá en un PH alquilado en Balvanera (CABA). Su papá falleció cuando él tenía ocho y seis años después sus dos hermanas mayores se fueron del hogar: una tuvo “una hija a temprana edad” y alquiló una pieza en la Villa 21-24 (Barracas, CABA); la otra vivía sola en una habitación alquilada. Kevin describe la muerte del padre como un hecho disruptivo para la vida familiar: “se murió por un coágulo cerebral, por mucho alcohol y cocaína. Mi viejo laburaba bien. Cuidaba coches, limpiaba, se ganaba bien. Pero la mala junta, viste”. Según cuenta, al fallecer su padre, su madre tuvo que “vender todo” para pagar las deudas que aquél había dejado; además, les embargaron la casa donde habitaban en Parque Chacabuco (CABA).

Desde entonces y durante tres años, la vida cotidiana de Kevin y sus hermanas transcurrió de hotel en hotel –“no teníamos casa fija”–, hasta que lograron alquilar el PH en Balvanera. Según describe Kevin, “era una casa bonita, bastante grande. Yo tenía mi pieza con mi hermana, y mi vieja tenía su pieza arriba. Adentro, el comedor, la cocina, el baño. Y pagaba mucho menos de lo que valía porque conocía a la dueña”. Sin embargo, luego de cuatro años, la dueña no les renovó el contrato alegando que la madre debía plata. Las complicaciones laborales que afrontaba la madre, sumadas a las dificultades para conseguir un nuevo lugar, derivaron en la disolución del hogar de

Kevin. Como indica el siguiente testimonio, lo que allí estaba en juego era la lucha por la supervivencia.

Mi vieja ya estaba muy complicada de plata, no estaba trabajando bien, se fue a alquilar una pieza sola, pequeña... Me dijo: “bueno, intentá a ver cómo hacer y después vemos cómo sigue esto”. (...) Ahí mi hermana también se enojó porque dijo que mi vieja me dejó tirado y esas cosas, y no. Son cosas que pasan en la vida y vos no te las esperás, y no estás en un momento en el que tenés plata, porque lamentablemente todo es plata en la vida. Tenés un hijo, pero ¿qué vas a hacer si no tenés lugar ni para vos? Yo mismo le dije: “ma, yo veo cómo me las arreglo”. Y me las arreglé. (Kevin)

Kevin necesitaba “conseguir un laburo fijo” que no sólo le permitiera costear un alquiler mensual, sino también garantizar la cobertura de sus necesidades básicas para vivir y reproducirse. Desde que había dejado el secundario a los 14, hacía “changas”: “vendía fragancias, ahí trabajaba en la calle, vendía ropa, chalecos, después conseguí en un bar restaurante, ayudaba con la construcción, no sé, hice de todo”. Según señala, “era plata del día, que se iba en el día a día”, con la que no podía costear una pieza en alquiler.

Hasta que pudo resolver su situación laboral, vivió un año con una de sus hermanas y con su sobrina en la pieza que aquélla alquilaba en la Villa 21-24. El arreglo que establecieron fue que él cuidaría de su sobrina de seis años –hasta entonces su hermana pagaba una niñera–, y ella se encargaría de los gastos de alquiler y comida. En sus palabras, “ella sabía cuál era mi situación y me dijo: ‘bueno, la plata que tenés es para moverte vos’”. Aunque este joven recuerda con alegría ese período en el que cuidaba a su sobrina mientras su hermana trabajaba, también destaca que vivir en la villa significó un cambio radical en su situación habitacional.

Cuando yo caí en su casa, era re pequeño el lugar. Era una pieza sola y tenías el baño afuera. La cocina era una hornalla que teníamos con anafe. Lo bueno es que cuando estás en una villa la economía es otra y te sale todo más barato. El cable estás colgado, está todo así nomás. Lo que no era muy bueno era la higiene, es muy complicado. Y el tren que me pasaba por al lado. Cuando pasaba el tren era: “chicas, agarren todo”, porque se volaba, se movía todo, temblaba todo. Y era todo tierra, viste. El techo de chapa, todo de chapa, que cuando llovía era... balde acá, balde allá, y se inundaba. Era complicado... era otra vida, otra forma que no estaba acostumbrado. Y a veces me pasaba que salía y me decían que “de dónde sos vos y qué hacés acá...” Por suerte no me peleé con nadie, nunca me pasó nada, porque los pibes la conocían a mi hermana. (Kevin)

Durante la semana Kevin se quedaba en la villa y los fines de semana visitaba a su mamá, quien había logrado estabilizarse laboralmente y alquilar una pieza en un hotel-pensión en la Boca (CABA). Además, su madre había comprado una computadora que

él utilizaba para buscar trabajo: “yo iba y me pasaba el fin de semana armando curriculum y entrando a páginas y, en la semana, con las direcciones que anotaba, iba y tiraba”. Finalmente, Kevin consiguió el trabajo que mantiene hasta la actualidad, un empleo “fijo” como repositor en una distribuidora de productos de librería ubicada en Palermo: “laburo 10 horas, de lunes a sábados (...) Me levanto muy temprano, a las 5 de la mañana para llegar a las 7, y salgo 4.30 [de la tarde]”. Kevin valora este trabajo porque está “en blanco” y “el ambiente es copado”; sin embargo, reconoce que las tareas son duras pues requieren de su fuerza física y eso le ha ocasionado problemas de salud: “al tanto levantar cajas empecé a tener dolores en la espalda... Tenés que laburar con el cuerpo y moverte, no te queda otra. Y no sé bien si es la hernia de disco o qué”.

Con sus primeros sueldos, Kevin pudo costear el alquiler de la pieza que le dejó su hermana cuando ella decidió juntarse con su pareja en otra pieza en la villa. Según señala, él no quería vivir solo: “la verdad que yo me sentía bien, no necesitaba un espacio solo, me daba igual. Yo quiero mucho a mi sobrina, demasiado, y es como que no podía irme, no quería. Me quería quedar ahí, a cuidarla”; pero su hermana “quería tener su espacio sola”. Para Kevin, este fue el momento en el que se sintió independizado: “ahí fue como que dije ‘ah, estoy solo. Tengo plata. Ya está. Estoy independizadísimo”.

Durante ese tiempo, Kevin aprovechó para dedicarse a la música: “el tiempo pasaba laburando y llegar a casa y pasar el tiempo escuchando música, escribiendo y haciendo algo que me libere”. Para él, la música es su “templo”: “donde voy a meditar y encuentro respuestas, entendés, encuentro todas las respuestas. Si no fuera por eso, te digo, mi vida estaría perdida, no sabría cuál es el camino”. A Kevin le gusta escribir canciones porque lo siente “muy liberador”: “me ponía a escribir lo que sentía, lo que era mi vida y lo plasmaba en escribir, y me la pasaba mucho improvisando, me gusta mucho el hip hop”. Acompañado por la música, Kevin fue haciendo de esa pieza un espacio personal: “estaba bueno porque tenía mi espacio, mi casa (...) Me sentía en un lugar que estaba pagando yo, que estaba manteniendo yo y nadie me podía decir nada. Era muy copado”.

Al poco tiempo, gracias a su madre se enteró de que había una pieza disponible para alquilar en un conventillo refaccionado ubicado en La Boca, cercano al hotel-pensión donde ella habitaba. Kevin no lo dudó: hacía tiempo que quería dejar la villa e

irse a un “lugar mejor”; según cuenta, no le gustaban una serie de “secuencias” que ocurrían allí: “no estaba bueno, siempre había un fisura, chabones ahí drogándose y hay nenes, “rescatate, no tiene por qué ver que te querés matar”. No me gustaba para nada, pero no tenía económicamente los medios para decir “bueno, me voy”.

Cuando logró ahorrar el dinero, Kevin pagó los dos meses de alquiler que la dueña del conventillo le exigía para “entrar”: “tuve que ahorrar, estuve ahorrando un mes, porque en este laburo cobraba \$ 12.000, en la villa pagaba 800, entonces podía guardar”. Según cuenta, el monto del alquiler mensual era \$ 3.000 e incluía el alquiler, la luz, la limpieza general del lugar y el agua –aunque aclara que no tiene agua caliente—. Kevin señala que, si bien “no es un espacio grande”, es “para estar ahí muy tranquilo” y se siente cómodo porque “adentro” tiene “todo”:

Tengo mi cama, tengo la computadora que me regaló mi vieja, una mesa, una silla, una heladera (que eso vino con la casa) y después el baño, que está adentro... Tengo mi baño, viste, que la higiene de cada uno es... Detesto compartir, no me gusta, yo viví en una villa y es como que tengo esa experiencia y es horrible. Y después, bueno, tengo la cocina, que está en lo que sería el salón. Está todo junto, está todo pegadito. Tengo una hornalla que también es con anafe. Me hago la comida ahí, para el día y para llevar al laburo. (Kevin)

Kevin realiza todas las tareas domésticas: “me crié con tres mujeres, imaginate. Mi vieja y mis hermanas me enseñaron a limpiar, a cocinar. Eso me hizo re bien porque tengo mi casa y sé hacer los quehaceres de la casa”. Para él, “la crianza con mujeres es muy buena porque te enseñan cosas que capaz, si te criás con un papá, te hacés un poco más machista y mi viejo era un tipo machista”. En rigor, Kevin señala que comenzó a ocuparse de las tareas domésticas cuando falleció su papá, ya que previamente aquel solía decirle que no limpiara ni levantara la mesa porque de esas tareas se ocupaban “las mujeres de la casa”: “yo era un vago, siendo hombre, era un vago”. Para Kevin fue fundamental haber aprendido a “mantener la casa”: “estoy muy contento con eso, me dio el poder estar solo y tener un lugar, y mantenerme por mí mismo, mi comida, mi limpieza”. Con sus ingresos, se ocupa de pagar el alquiler, los viáticos, la comida y la ropa: “me gusta comprarme ropa... Después, bueno, compro marihuana, y nada más porque, como te digo, no soy un tipo que sale mucho, no frecuento mucho los boliches”. En rigor, Kevin señala que “antes, de joven, sí vivía de joda”:

Desde los 12 hasta los 16 barrileteaba, salía a fiestas electrónicas, consumí un montón de drogas, y también estaba en un punto que no sabía qué mierda quería hacer de mi vida, estaba en esa, vivía de joda, juntándome con amigos, salía con chicas. Era genial, pero no era realmente lo que yo quería. Ahora ya no, ahora tengo un sueño y mi viejo lo único que me dejó es que si vos tenés un sueño, tenés que cumplirlo, esforzarse y cumplirlo, y hay que sacrificar cosas. (Kevin)

A dos años de la salida forzada de su hogar de origen, Kevin indica que disfruta de tener un espacio sólo para él: “estoy conmigo mismo y me siento bien. Para mí está joya, tenés tu espacio y podés hacer lo que querés”. Así, aunque “vivir solo” no fue el resultado de una motivación propia, sí fue el ámbito en el que emergieron proyectos que involucran la realización personal: “quiero estudiar inglés y producción musical, porque quiero vivir de la música y empezar a producir mi propia música. Ese es mi sueño”. En este sentido, a diferencia de otros jóvenes de sectores populares, sus proyectos no involucran la formación de una pareja o de una familia. Como se desprende del siguiente testimonio, el proyecto profesional es su “prioridad” y, con la experiencia de sus amigos como antecedente, Kevin establece un orden de prioridades: primero se cumple el sueño y, luego, se proyecta la familia.

Yo tengo mis amigos que fueron padres a los 16 y los veía... hermosa la criatura, pero te vuelve loco. Porque sos joven, te corta las piernas para un montón de cosas. Es una prioridad si tenés un hijo, una prioridad muy importante. Entonces si estás bien económicamente, si tu sueño ya está encaminado, yo creo que recién ahí podés tener un hijo. Si no, no. Primero yo, antes que cualquiera, y después mi familia. Entonces me pongo a mí primero, y a mi objetivo, y yo cuando esté bien, si se da, ahí voy a tener un hijo. (Kevin)

Al preguntarle si alguna vez pensó en vivir con un amigo, Kevin destaca que sí pero que luego desistió: “el problema de vivir con alguien es que si vos estás bien y menganito te dice ‘che, mirá que este mes no llego al alquiler’... Es difícil tener amigos que tengan un laburo fijo, así que por eso no”. Tampoco está pensando en “ponerse de novio”: “estar con una persona y que te entienda es complicado. Cada uno tiene su forma de ser y que te entienda lo que vos querés y que vos también tenés tu tiempo, es complicado. Ponele, ‘yo no voy a perder lo que quiero hacer para pasar tiempo con vos’”. Por eso, antes de convivir y formar una familia, Kevin destaca la importancia de conocer a la persona: “me gustaría conseguir a alguien a los 25, y estar cinco años con ella y ver si esa persona es realmente la que quiero para el resto de mi vida y tener un hijo”. En definitiva, para Kevin el espacio propio no es sólo un lugar sino también un tiempo para él y sus proyectos personales.

Gabriela comienza el relato de salida de su hogar de origen con una afirmación contundente: “a mí no me gusta vivir sola. Nunca me hubiese ido a vivir sola, pero bueno, me tuve que ir porque mi hermano me echó de mi casa. Yo no me aguanté más y me fui”. Gabriela vivía con su mamá, su sobrino y su hermano Gonzalo, dos años mayor que ella, con quien nunca tuvo una “buena relación”. Según cuenta, su familia siempre hizo diferencia entre ellos: “siempre él era más y yo era nada, porque yo soy mujer y él es hombre”. Gabriela indica que Gonzalo “se cree jefe de todo, dueño de todo, papá de todos”; por ejemplo, no la dejaba salir a bailar y, si la veía bailando con un chico, reaccionaba peor: “me pegó un montón de veces. Lo más triste de todo es que mi mamá nunca le dijo que no, y mi mamá no es mala persona, pero ella... ella dice que es el hombre de la casa”. Durante el último año de convivencia, los conflictos habían empeorado. Gonzalo cada vez le pegaba más y la insultaba en público; ella estaba incómoda en su casa, creía que “sobraba” y que “nadie la valoraba”. Por eso, cuando a los 24 años, producto de una de las tantas discusiones, su hermano le exigió que se fuera de la casa, no aguantó más y se fue. Para ella, ese momento fue “pura tristeza”:

Hasta el día de hoy estoy muy dolida. Y, ponele, estoy muy dolida con mi mamá porque el otro día me decía, antes de irme, que por qué no voy a la casa y por qué estoy viviendo sola. Me decía que no me vaya, que cómo me voy a ir si tengo una casa. Pero ella piensa que, o sea, que a mí me gusta estar sola. Y nada que ver. La primera noche que estuve sola ahí, me puse a llorar mal porque no me gustaba. (Gabriela)

En la familia de Gabriela, son diez hermanas y dos hermanos; tal como ella se define, es la “hija número doce”. Cuando tenía cuatro años, su papá falleció: “le cayó un rayo mientras sembraba, porque estábamos trabajando en el campo”. Gabriela y su familia vivían en “un pueblo chico” de “la parte de Sucre”, en Bolivia. Sus padres, quienes no habían finalizado los estudios primarios, eran dueños de un campo donde tenían animales y sembraban la tierra. Su papá –quien, a diferencia de su madre, sabía leer– también “era como un intendente”, porque se ocupaba de administrar varios pueblos. Según cuenta, todos trabajaban en el campo: “a los cuatro años yo ya tenía que cuidar animales”.

Con el fallecimiento de su padre, Gabriela señala que “el mundo se vino abajo”: “éramos un montón, muy chiquitos, la mayoría mujeres y mi mamá estaba sola”; al no poder hacerse cargo de las tareas realizadas por su marido, la madre de Gabriela tuvo que buscar quién se ocupara de ello. A su vez, tanto ella como sus hermanos y hermanas

dejaron la escuela para dedicarse de manera exclusiva a trabajar. Los mayores migraron a Buenos Aires en búsqueda de mejores condiciones laborales; Gabriela permaneció en Bolivia con su madre y Gonzalo hasta que una de sus hermanas les envió una suma de dinero que les permitió instalarse en Buenos Aires. Según cuenta, “no la estábamos pasando bien, éramos muy pobres, no teníamos para comer. Así que vendimos lo poco que teníamos, los pocos animales y nos vinimos para acá [Buenos Aires]”.

Gabriela tenía cinco años cuando se instalaron en una quinta en Escobar: “sembrábamos verdura. Nosotros trabajábamos para el dueño, y el dueño iba a vender lo que nosotros sembrábamos”. A modo de pago, recibían comida y vivienda. Según relata ella, la casa tenía una cocina y dos cuartos en los que dormían su mamá, ella y seis de sus hermanos: “no teníamos nada (...) Nuestro ropero era una jaula de verduras, al igual que nuestras camas. Les poníamos un colchón, si se puede decir, y, bueno, dormíamos ahí encima. Siempre compartíamos la cama”. Gabriela destaca que “el baño era en otro lado pero lo usaban todos los que trabajaban ahí”. En la quinta permanecieron durante siete años, hasta que una de sus hermanas mayores (Nilda) logró juntar el dinero para comprarle una casa a la madre en el barrio San José (Temperley, Partido de Lomas de Zamora). Para ese entonces, Gabriela ya tenía doce años.

Nilda vivía con nosotros, pero estaba en un mercado de verduras, se alquilaba su puesto y compraba verduras y revendía. Era la única que trabajaba afuera. Primero se compró un auto. Después, cuando vio que no podíamos trabajar en la quinta porque era un trabajo muy duro, es más, mi mamá ya era grande (tiene 67 años), ella decidió comprar la casa para nosotros, que éramos chicos, y para ella. Así que con lo que ahorró quiso comprar la casa y no le alcanzaba; vendió el auto y tampoco le alcanzaba, así que se prestó de todos los que pudo, de todos los conocidos, se prestó de sus compadres, hasta llegar al precio de la casa y la compró. Fue trabajando y fue devolviendo la plata. Y esa casa está a nombre de mi mamá. (Gabriela)

De acuerdo con el relato de Gabriela, su hermana Nilda se había enterado de la existencia de esa casa por sus hermanos mayores, quienes hacía varios años que vivían con sus familias en el barrio San José. Según describe ella, “la casa tiene un patio, entrada, reja, un jardincito, living chiquito, el dormitorio (que lo usa mi mamá), el cuarto, el patio del fondo, después está el cuarto de mi hermano, la cocina. Es todo chiquito”. Para ella, es una “linda casa”, “bien equipada”, que “tiene toda la alacena, termotanque, gas natural, el baño es lindo, es de material”. Las tres habitaciones se repartían de la siguiente manera: en la primera dormía su hermana Nilda; en la segunda, su hermano Gonzalo; y en la tercera, Gabriela con su mamá, otra de sus hermanas y su

sobrino. Con el tiempo, quedaron sólo Gabriela, su mamá, su sobrino y su hermano Gonzalo, de modo que ella también pudo tener su propio cuarto: “ahí tenía mis propias cosas, mi ropero, mis fotos pegadas en la pared, era distinto. Cuando tenía mi propio cuarto, ya tenía mi cama, viste, que me lo fui comprando yo”. Sin embargo, Gabriela pudo disfrutar de su habitación apenas un año, porque luego el hermano la echó de la casa.

Según cuenta, a diferencia de Gonzalo, quien “nunca salió de la escuela y siempre fue el mimado”, a los 16 años ella tuvo que dejar el colegio para dedicarse de manera exclusiva a trabajar. En verdad, Gabriela trabajaba desde los trece: “hacía bordados a mano y a la vez iba a la primaria”; además, durante el período de vacaciones de verano, trabajaba en “talleres en Capital, cama adentro” y volvía a su casa sólo los fines de semana. Sin embargo, esos ingresos y la pensión de su mamá no resultaban suficientes para sostener el hogar, de manera que a los 16 dejó definitivamente el colegio para instalarse en un taller de costura “cama adentro”, ubicado en el barrio de Flores (CABA). En cambio, Gonzalo y el sobrino, los varones del hogar, se dedicaban a estudiar. Para ella, ese fue el momento más difícil de su vida.

Me re costaba acostumbrarme porque empezábamos a las 7 de la mañana hasta las 10 de la noche. Yo tenía hambre y, ponele, teníamos que comer a la 1 y nos daban re poquito. Toda la semana dormía ahí. Me venía el sábado a la tarde, y ponele yo llegaba a las 5, y volvía el lunes. Éramos 40 personas trabajando y había una ducha. Yo tenía que hacer toda una cola para bañarme. Había un cuarto para mujeres y un cuarto para hombres. 20 y 20 éramos. Cuchetas de tres, cuchetas de dos. Nunca me gustó. Yo extrañaba un montón a mi mamá. (...) Los viernes a la noche los chicos se iban a jugar al fútbol y las chicas a bailar. Y yo no iba, porque sabía que mi mamá no me dejaba. Y a mí me daba un montón de miedo porque no quedaba nadie, o venían mis compañeros de trabajo re borrachos y me molestaban. Me asustaba un montón. (Gabriela)

Cuando su hermana María abrió su propio taller de costura cerca de la casa, Gabriela dejó el trabajo de costurera “cama adentro” para emplearse en el taller de su hermana. La mayor flexibilidad horaria y la cercanía le permitieron terminar la secundaria en “una nocturna”: “tenía 19 años cuando retomé primer año, una vergüenza tenía, porque ya era grande, viste. Decía ‘qué nadie me vea’, ‘qué nadie me vea’”. Durante ese tiempo, Gabriela tuvo que hacerse cargo de las tareas domésticas en su hogar de origen, ya que su madre estaba enferma y su hermano “no se acerca a la cocina si no es para comer”. En retrospectiva, esta joven destaca: “siempre trabajé para la casa. Yo le

compré el lavarropas a mi mamá, la tele, el microondas, la cocina, todo. O sea, yo no trabajaba para mí, yo siempre trabajé para mi mamá”.

Al finalizar la “nocturna”, Gabriela decidió cambiar de trabajo porque el taller de la hermana era pequeño y le “pagaba poco”. Hace dos años que se desempeña como costurera en el taller de una señora que conocía del barrio: “cortamos, cosemos y mandamos directamente al negocio para que lo vendan. La jefa también trabaja para otra persona; no es que es de ella”. Aunque le gustaría “saber qué se siente trabajar en blanco”, Gabriela destaca que valora este empleo porque tiene un sueldo fijo y trabaja de lunes a viernes, desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, lo que le permitió comenzar la carrera de Contador Público en la Universidad de Moreno, donde estudia desde hace un año. Con los estudios, Gabriela espera cambiar de trabajo: “quisiera tener otro tipo de trabajo. No éste, porque sé que me hace mal, porque sufro mucho de dolor de espalda, dolor de ojos, ya años de trabajo así. Hay días que no puedo abrir los ojos”.

Con sus ingresos laborales, Gabriela también pudo afrontar la salida de su hogar de origen. Según cuenta, lo primero que imaginó fue alquilar un departamento cerca de la estación de Moreno, pero en seguida desistió: “yo quería un depto, un monoambiente... algo cómodo. Traté de buscar lo más económico, pensaba en la facultad y en el trabajo que no me quede lejos. Quería en el centro de Moreno, pero era carísimo”. Además del precio de los alquileres, Gabriela tenía dificultades para cumplir con los requisitos exigidos por los propietarios e inmobiliarias: no sólo no tenía un recibo de sueldo, sino que tampoco contaba con el apoyo familiar para presentar la garantía: “mi hermano no me daba ni ahí la garantía”. Finalmente, alquiló un cuarto a diez cuerdas de su casa de origen: “parece un departamento, pero ni tanto, tiene un dormitorio chiquito, un comedor chiquito, el baño privado y la cocina, pero cero muebles. Está vacío, vacío”. La pieza había sido construida por una pareja de personas mayores en el terreno que tenían detrás de su casa; además de Gabriela, la pieza de al lado está alquilada por una familia joven. Sin contrato mediante, para ingresar tuvo que pagar un depósito y dos meses de alquiler por adelantado; además, paga el cable, la luz y el gas, gastos que dividen entre todos. Dado que no tenía muebles, Gabriela utilizó el resto de sus ahorros para comprarse un *sommier* y con un dinero que le prestó la pareja de su sobrina compró una televisión, una cocina y un ropero. Según señala, para

terminar de “acondicionar” su casa, sólo le faltan la mesa y las sillas. Para costear sus gastos cotidianos y devolver el dinero prestado, los fines de semana también trabaja como camarera.

Aunque vivir sola le ha permitido concentrarse más en sus actividades (trabajar y estudiar), ya que antes se preocupaba por su mamá o discutía con su hermano, Gabriela no se considera feliz: “la verdad que estoy triste, no me gusta estar sola. Por eso le mando un mensaje a mi sobrina a ver si quiere venir a dormir conmigo. Yo quiero compartir mi espacio con ellos, viste [los sobrinos]”. Al preguntarle si está en pareja, Gabriela es taxativa: “no, gracias a Dios, no”. Según cuenta, su última relación “terminó mal”: “varias veces llegó a golpearne. Y la última vez que me golpeó, decidí denunciarlo”. Tampoco está pensando en tener hijos: “quiero tener por lo menos mis cosas, quiero terminar de estudiar mínimo. Tener una pareja por ahí sí, pero el hecho de hijos no, por ahora, no”. Al igual que Kevin, Gabriela prioriza sus objetivos y sus proyectos personales por sobre la formación de una nueva familia.

CAPÍTULO IV

EXPERIENCIAS DE TRANSICIÓN RESIDENCIAL, SUBJETIVIDADES JUVENILES Y DESIGUALDADES SOCIALES

A partir de una lectura interpretativa de los modos en que los y las jóvenes construyen un espacio propio, este capítulo desarrolla una mirada analítica sobre las experiencias de transición residencial, en relación con la configuración de las subjetividades juveniles y la (re)producción de desigualdades sociales. Analizamos de manera comparativa las experiencias de los y las jóvenes de sectores medios y populares, de acuerdo con las dimensiones indagadas: los desencadenantes de la salida del hogar parental, las formas de conquistar un espacio habitacional y las dinámicas de convivencia. A lo largo del capítulo exploramos cómo se articulan factores socioeconómicos y socioculturales en las formas de experimentar la transición residencial en el escenario contemporáneo.

1. Los desencadenantes de la salida del hogar parental

La transición residencial constituye una experiencia asociada a la búsqueda de autonomía respecto de la familia de origen. Tanto en sectores medios como en sectores populares, la construcción de un espacio propio remite a un proceso de separación en el que se trazan distancias objetivas y subjetivas, materiales y simbólicas, entre la vida familiar de origen y la vida individual. Sin embargo, registramos diferencias en torno a los desencadenantes del proceso de independencia habitacional, que inciden en los sentidos atribuidos al “espacio propio”. Del análisis de las entrevistas emergen tres posibles desencadenantes que, en ocasiones, pueden reforzarse entre sí: la formación de una familia, la salida forzada y la búsqueda de “crecimiento personal”. Mientras los dos primeros se registraron sobre todo entre los y las jóvenes de sectores populares, el último es frecuente entre los sectores medios.

1.1. La formación de una familia

La llegada de la descendencia es uno de los desencadenantes de la construcción de un espacio propio. En este caso, la salida del hogar de origen se enlaza con la experiencia de la maternidad/paternidad (planificada o imprevista) y la conformación de un espacio familiar, de manera que se produce un solapamiento entre la transición residencial y la

transición familiar. Este desencadenante ha sido recurrente entre los y las jóvenes de sectores populares, lo que suscribe a las tendencias señaladas por los estudios sociodemográficos respecto al inicio, en este sector social, de la vida reproductiva a una edad más temprana (Lupica y Cogliandro, 2013)⁴⁰. En cambio, este desencadenante no ha sido advertido en los sectores medios.

Al indagar las biografías afectivas de los y las jóvenes de sectores populares identificamos algunas diferencias en las experiencias de formación de la familia que repercuten en los modos de practicar y significar el espacio propio. Para Jérica, Candela, Evelin y Walter, el embarazo constituye un hecho imprevisto, ocurrido en el marco de un noviazgo incipiente que no tenía un proyecto compartido ni a largo ni a mediano plazo. Ese no era “el plan”, tal como lo expresa Jérica al remitirse a su primer embarazo. Por el contrario, para Rubí, Juan y Gisela el primer hijo llegó en el marco de una relación de noviazgo duradera e, incluso, como les ocurrió a Juan y a Gisela, “ya juntos”, como parte de una convivencia que había sido originada por la salida forzada de la pareja de su hogar parental. Por lo tanto, mientras para los primeros la transición residencial constituye un hecho familiar imprevisto, para los segundos está asociada a un proyecto común de familia.

En las historias de Jérica, Evelin, Candela y Walter, el primer hijo llegó en una etapa de experimentación sexo-afectiva. La relación de noviazgo recién se iniciaba. De manera súbita, la irrupción del primer hijo clausuró esa etapa de juego al introducir nuevas responsabilidades que reestructuran sus trayectorias. En estos casos, pareciera que los hijos son quienes construyen la pareja, al desencadenar la convivencia (“juntarse”) con relativa independencia de las motivaciones personales o la elaboración conjunta de un proyecto de familia. Sobre bases ciertamente inestables, la transición residencial se torna precaria.

Ante la irrupción del primer hijo, “vivir juntos” se presenta como una “práctica razonable”. Orientados por intuiciones y previsiones del “sentido práctico”, estos jóvenes “se embarcan en estrategias ‘prácticas’: en el doble sentido de implícitas, no

⁴⁰ No descartamos que el desencadenante “formación de una familia” pueda encubrir el efecto de un contexto familiar difícil y adverso, es decir, una “salida forzada”. En México, Saraví (2009: 126) advierte que “el embarazo o la unión conyugal (...) pueden actuar como variables intermedias, que mediatizan el efecto de una atmósfera hostil en el hogar y la salida temprana del mismo (particularmente en las mujeres), o que empujan a abandonar el hogar sin una completa planificación previa”.

teóricas, y cómodas, adaptadas a las exigencias y urgencias de la acción” (Bourdieu, 2010: 22). “Juntarse” es una manera de maximizar recursos frente a un hecho para el cual no hubo planificación económica y, a la vez, de “inventar” un proyecto de familia que, en principio, no existía; en otros términos, parece la manera que encuentran de anclar la llegada del primer hijo en un “nosotros”. En este sentido, la alianza residencial basada en circunstancias específicas también puede operar como un mecanismo para legitimar el noviazgo y la vida reproductiva frente a la familia de origen.

En sintonía con el argumento sobre la moral sexual restrictiva para las mujeres (Jones, D. 2010) –y en particular para aquellas de sectores populares–, pareciera que al “juntarse” se pretende inscribir la vida reproductiva dentro de una relación de noviazgo pues, bajo este horizonte cultural, la sexualidad de la mujer resulta aceptable en el marco de una relación amorosa, en tanto este tipo de amor, y no el mero deseo, justificaría la actividad sexual femenina⁴¹. Así, por ejemplo, “juntarse” es la estrategia a la que recurrió Jérica para conseguir la aprobación de sus padres: al mismo tiempo que avisó del embarazo “sorpresa”, informó del casamiento y de la decisión de convivir. Este mandato también se observa en las tensiones que suscita: Evelin lo enfrentó al quedar embarazada a los 16 años de su primer novio cuando se negó a convivir con él, y también lo enfrentó más tarde, cuando le alquiló a su madre una pieza para vivir sola con su hijo.

Las biografías afectivas de Rubí, Juan y Gisela evidencian otras experiencias de formación de una familia: el primer hijo llega como fruto del deseo común de construir un hogar familiar. En el caso de Rubí, el primer hijo torna aceptable la anhelada salida del hogar de origen junto a su novio Carlos. En cuanto a Juan y su novia Angie, y a Gisela y su novio Marcelo, si bien “juntarse” no había sido en principio su objetivo, tanto Juan como Gisela optaron por apoyar a sus parejas, brindándoles una solución habitacional ante la “salida forzada”. En el marco de esa suerte de noviazgo-convivencia, comenzaron a planificar la llegada de su primer hijo y la salida del “espacio adentro”. Las historias de estos jóvenes, en particular las de Gisela y Marcelo,

⁴¹ Tal como analiza Jones (2010: 102), habría una “... dinámica que reproduce normas y jerarquías sexuales marcadamente distintas entre varones y mujeres, sancionándolas a ellas por lo mismo que se los valoriza a ellos”. En este marco, el autor analiza la oposición entre las figuras de la “puta” y el “ganador”; mientras “la “puta” marca el horizonte de lo que la mujer nunca debería ser y representa una figura a través de la cual se sanciona y se pretende controlar los comportamientos sexuales de las mujeres; en los varones se celebra una cantidad abultada de conquistas sexuales, por ser éstas expresión de su virilidad (Jones, 2010: 113).

sugieren la valoración de un período de noviazgo-convivencia antes de la llegada de los hijos, tal como advertimos entre los y las jóvenes de sectores medios. El “espacio adentro” funciona como escenario propicio para conocerse y experimentar la “vida juntos”, en un contexto en el que el acceso a una vivienda resulta cada vez más problemático.

En general, en las historias de los y las jóvenes de sectores populares parece haber una asociación entre noviazgo y embarazo, que da cuenta del ritmo específico que adopta la afectividad en este grupo social; a la luz de las biografías afectivas en sectores medios, esta pauta sería considerada sumamente acelerada. Por ejemplo, Jérica, Candela, Evelin, Rubí y Gisela tuvieron su primer embarazo con quien consideran su primer novio, a los 20, a los 19, a los 15 y a los 21, respectivamente. En este sentido, pareciera que mientras en sectores medios el noviazgo es parte de la “moratoria social”, esto es, de un período de experimentación sexo-afectiva; en sectores populares el noviazgo, así encadenado a la maternidad/paternidad, puede ser un factor que contribuye a su acortamiento.

Asimismo, las historias indagadas complejizan las tendencias advertidas por los estudios sobre transiciones juveniles. Al explorar las experiencias de jóvenes de sectores populares en relación con el ámbito doméstico, nos encontramos con un fuerte arraigo del patrón tradicional caracterizado por la simultaneidad entre transición familiar y residencial. En efecto, lo que caracteriza a este modo de construir un espacio propio es la búsqueda de autonomía familiar, antes que personal. Tener “su comodidad” significa contar con un espacio físico donde resguardarse de los controles de la familia de origen para conquistar independencia e intimidad con la pareja y los hijos. Así, el espacio propio se configura como un nuevo ámbito familiar.

¿Cómo interpretar esta forma recurrente de experimentar la transición residencial en sectores populares? En las biografías juveniles notamos la injerencia de un modelo de domesticidad que, al tiempo que condena como “egoísta” la búsqueda de espacios de autonomía individual, postula como ideal el hogar familiar, organizado sobre la base de formatos de pareja signados por mandatos de género tradicionales. Este modelo sociocultural parece intervenir en las experiencias de transición residencial de los y las jóvenes de sectores populares, aunque sin obturar la formulación de otros horizontes deseables.

Por una parte, en los relatos de estos jóvenes surge el ideal del hogar familiar: la familia es valorada como la forma deseable y, a la vez, habitual de construir un espacio propio. El “sueño de tener un hogar” aparece como sinónimo de “construir una familia”, al tiempo que la familia es imaginada como un núcleo completo. Por otra parte, sus relatos manifiestan la existencia de una concepción negativa de la búsqueda de autonomía individual, al punto tal de que el deseo de realización personal parece estar moralmente condenado. En este contexto económico y sociocultural, no habría lugar material ni simbólico para experimentar la transición residencial como proyecto personal. Dada la escasez de recursos económicos, el hogar unipersonal no sólo resulta costoso y difícil de sostener en el tiempo, sino que, además, quien se va del hogar parental por un deseo personal es catalogado de “egoísta” y su salida es percibida como una suerte de “traición”.

Esta valoración negativa del desarrollo de la individualidad puede comprenderse en el marco de las estrategias reproductivas de las familias de sectores populares. Los hijos y las hijas jóvenes ocupan un rol fundamental en la reproducción familiar de sectores populares, a través del aporte monetario o el trabajo doméstico y de cuidado (Eguía y Ortale, 2007; Peiró, 2007). Mientras sus pares de sectores medios suelen habitar la casa familiar de origen sin tener que aportar dinero a la economía hogareña ni hacerse cargo de las tareas domésticas y de cuidado; varios de los y las jóvenes de sectores populares comienzan su vida laboral a una edad temprana, en respuesta a un presupuesto signado por la estrechez, que requiere del trabajo de los mayores y del aporte de hijos e hijas para la reproducción de la unidad familiar. Además, las mujeres jóvenes suelen ocuparse del trabajo doméstico y de cuidado de los miembros dependientes del hogar.

Bajo estas dinámicas domésticas, en sectores populares parece haber un mensaje, en ocasiones latente y en otras explícito, como lo indica Rubí respecto de la familia de su pareja: la salida del hogar del joven es percibida como la “salida de un sueldo”. Considerando los clivajes de género, podemos realizar una distinción: la salida de la hija joven, dedicada al trabajo doméstico, complicaría la realización de las tareas de cuidado; mientras que la salida del hijo varón, orientado a la actividad de producción de ingresos, complicaría la reproducción económica. Tal vez esto explique la resistencia que muestran los padres frente a las parejas de sus hijos e hijas; como se advierte en los

testimonios, resulta frecuente que los padres se opongan y rechacen a la pareja, lo que en ocasiones puede derivar en salidas forzadas. Pareciera haber un saber práctico en cuanto a las consecuencias de la relación de noviazgo en los comportamientos reproductivos de los y las jóvenes, y de éstos en sus trayectorias vitales. El embarazo suele derivar en la construcción de un espacio propio, lo cual supone reconfiguraciones en los arreglos económicos y domésticos del hogar de origen.

Asimismo, del análisis de las entrevistas surge que estos jóvenes tampoco cuentan con modelos de autonomía individual sobre los cuales anclar la propia experiencia. Esto se agudiza en las mujeres, ya que parece operar un imperativo moral acerca de la autonomía sexual restrictiva para ellas: irse solas o, incluso, con amigas podría suponer una condena moral y estar cargada de “sospechas”. Así, a diferencia de las jóvenes de sectores medios, que cuentan con el apoyo y, en ocasiones, también con el antecedente experiencial de sus madres para habitar un hogar unipersonal, aquellas de sectores populares encuentran restringida esta alternativa tanto material como moralmente.

La formación de la familia no sólo es el modelo ideal de construir un espacio propio, sino también la forma socialmente legítima de emprender la salida del hogar. Cuando “tenés tus hijos”, como repiten varios jóvenes, los padres reconocen una “responsabilidad” que legitima “llevarte” el sueldo o, también, el trabajo doméstico a otro hogar. Además, la familia de origen exime a los jóvenes padres y a las jóvenes madres de la participación en la reproducción de la unidad doméstica. Así, la situación biográfica de los y las jóvenes incide en la posición ocupada en la estructura familiar de origen.

Este argumento se refuerza al analizar las ayudas familiares hacia hijos e hijas: los recursos de los padres suelen movilizarse sólo cuando aparece la descendencia. Mientras la salida individual o en pareja no activa la ayuda familiar, la llegada de la descendencia desencadena la movilización de los recursos familiares para construir un espacio propio. Por ejemplo, los padres de Jérica, cuando ella quedó embarazada, la ayudaron a costear el casamiento con una pareja que, en principio, no aceptaban; los padres de Rubí y de Candela actuaron del mismo modo a pesar del rechazo del novio, con quien luego se conrgraciaron. Planteamos que a través de la disposición a ayudar en estos casos particulares, y al eximirlos de la colaboración con la unidad doméstica de

origen, los padres refuerzan el “sueño” del hogar familiar, a la vez que transmiten la valoración moral negativa en torno a la búsqueda de autonomía individual. La formación de una nueva familia aparece como un operador moral que invierte la carga negativa que tiene la búsqueda de autonomía juvenil a través de salidas individuales o noviazgos.

1.2. La salida forzada

Entre los y las jóvenes de sectores populares también identificamos una salida del hogar de origen que puede considerarse “forzada”, ya que resulta de una atmósfera hostil que los obliga a asumir la responsabilidad de manutención de un espacio propio. Al relatar las razones de la salida del hogar parental, estos jóvenes aluden a factores como la migración de los padres, las situaciones de violencia doméstica o los contextos de extrema escasez de recursos, en los que está en riesgo la supervivencia. En menor medida, también aparecen relatadas discusiones con la familia que, de acuerdo con los y las jóvenes, derivan en expresiones explícitas o implícitas de expulsión: “si no te gusta, andate”. Por lo tanto, esta forma de abandonar el hogar de origen se caracteriza por el debilitamiento de la red familiar, que deja de contener a las generaciones jóvenes.

Por su carácter imprevisto, conjugado con este debilitamiento de los lazos, la salida del hogar parental se produce en un contexto de riesgo y precariedad, al punto tal que podría considerarse expresión de una autonomización forzada. Con recursos y soportes limitados, sin dudas se reducen sus márgenes de maniobra. Sin embargo, en los modos de experimentar la salida forzada advertimos diferencias de acuerdo con la situación afectiva atravesada. Mientras los y las jóvenes solteros deben arreglárselas por sus propios medios, quienes están en pareja encuentran en la familia del novio/a una red alternativa en la que apoyarse.

Tanto Marcelo como Angie se mudaron a la casa familiar de sus parejas, de manera que la salida forzada también desencadenó la convivencia conyugal. Sus testimonios manifiestan que, aunque imprevista, la convivencia se inscribe en el marco de una relación de noviazgo más o menos prolongada y en el deseo de ayudarse mutuamente. Como señalamos en el primer apartado, en estos casos la construcción de un espacio propio con la pareja integra un proyecto compartido de formación de una familia, lo que se confirma en la escasa diferencia temporaria entre el “juntarse” y la

llegada del primer hijo. Así, el “espacio adentro” funciona como un ámbito de experimentación y conocimiento del otro/a, a partir del cual planificar la llegada de la descendencia.

A diferencia de estos jóvenes, Kevin y Gabriela –ambos solteros y sin hijos– dependen de manera exclusiva de sus propios recursos económicos y de las redes de relaciones que hayan conformado por fuera de la familia de origen. En estos casos, la construcción de un espacio propio resulta particularmente problemática, puesto que el carácter imprevisto de la disolución del hogar parental no les permitió prepararse ni económica ni emocionalmente, lo que agudiza la inestabilidad de la salida. Las historias relatadas evidencian que algunos jóvenes cuentan con la ayuda más o menos limitada, o temporal, de los hermanos o amigos hasta que logran “armarse”, conseguir un “laburo fijo” y conquistar un espacio habitacional (Kevin). Otros ya se encontraban trabajando y la disponibilidad de recursos propios fue lo que les posibilitó marcharse ante escenas rutinarias de conflicto y violencia (Gabriela). En general, recurren al alquiler de piezas que, por sus requisitos flexibles, se adecuan a sus situaciones vitales, aunque implican contar con dinero para estar al día con el pago.

Un aspecto que resulta llamativo es que estos jóvenes, a diferencia de los anteriores, construyen un espacio de carácter personal y atraviesan una etapa de experimentación durante la cual se formulan proyectos educativos y laborales que toman distancia de la formación de una familia propia. Sus biografías contrastan con las de la mayoría de los y las jóvenes de sectores populares, cuya particularidad radica en haber atravesado la experiencia de la maternidad/paternidad. Estos solteros sin hijos se orientan a vivir solos, trabajar y estudiar, al tiempo que desarrollan espacios de autonomía vinculados con los consumos culturales. Aunque no figuraba dentro de sus expectativas iniciales, la construcción de un espacio personal va ingresando en su horizonte cultural.

En este sentido, los solteros sin hijos, en sectores populares, parecen encarnar un modelo de varón y de mujer al que podría nombrarse como “independiente”: no tienen novio/a y afirman preferir estar solos para disponer de su tiempo y de su vida libremente. Tanto Kevin como Gabriela indican que no están pensando en formar pareja ni familia porque su proyecto profesional es su “prioridad” y “tener una criatura te corta

las piernas”. Las responsabilidades que acarrea la vida familiar interrumpirían ese período de experimentación y formación.

En sintonía con el argumento esgrimido sobre los condicionantes morales que intervienen en las ayudas brindadas por los padres, planteamos que la falta de apoyo económico ante la disolución del hogar de origen se traduce en la apertura de otros horizontes vitales, quizás justamente por la consiguiente ausencia de tales condicionantes. En otros términos, el quiebre de la red familiar habilitaría la ruptura con las pautas culturales y normativas en torno a la legitimidad de la autonomía sólo bajo la forma familiar. Aun si no fue el motivo de salida del hogar de origen, estos jóvenes construyen un espacio personal afín al construido por los y las jóvenes de sectores medios. Al analizar sus experiencias, notamos que en la construcción de un espacio propio se activa el descubrimiento de necesidades individuales y, en ese sentido, opera un encuentro consigo mismo. Rota la red, se desarma la trama y nuevos tejidos emergen.

1.3. La búsqueda de “crecimiento personal”

La búsqueda de “crecimiento personal” es otro de los desencadenantes de la transición residencial identificado entre los y las jóvenes de sectores medios. En el marco de la salida del hogar de origen, esta categoría nativa remite a la búsqueda de una experiencia habitacional que promueva el desarrollo de la individualidad y la ejercitación de la autonomía. Como surge de los testimonios, la salida del hogar de origen no tiene “nada que ver” con “querer una familia”, sino con una experiencia que los hace “crecer”.

Las experiencias de los y las jóvenes de sectores medios evidencian la formulación de la independencia habitacional en términos de proyecto, desligado de la formación de una familia. De acuerdo con sus relatos, al emprender la salida del hogar de origen, buscan construir un espacio propio alejado del control de los padres y, al mismo tiempo, fundado sobre la base de valores, preferencias y gustos propios de sus congéneres. Pareciera que, aunque la autoridad parental se ha flexibilizado, dando lugar a relaciones entre padres e hijos más democráticas y negociadas, estos jóvenes de sectores medios procuran un espacio físico para ampliar su espacio interior pues, sin él, estos padres no reconocen que “la nena había crecido”.

En este sentido, a diferencia de lo que ocurre en sectores populares, donde sí se suele armar un espacio familiar, en sectores medios los y las jóvenes buscan construir un espacio personal donde aprender a manejarse solos y practicar la vida independiente. Tanto la “casa de la amistad como “la unipersonal” y “de novios” son concebidas como proyectos habitacionales asociados al aprendizaje, la experimentación y la autorrealización. La construcción de un espacio propio resulta una prueba de la “autonomía” entendida como enfrentarse solos a los desafíos cotidianos, dado que aprenden a “hacerse cargo” y a confiar más en sí mismos. En este marco, también opera como un mensaje para los adultos, pues permite demostrar(se) que pueden “valerse por sí mismos”, aun cuando en ocasiones dependen de la ayuda económica de la familia de origen para la conquista del espacio habitacional y la manutención del hogar.

El “crecimiento personal” como desencadenante de la transición residencial resulta comprensible a la luz de los procesos socioculturales ligados a la flexibilización de las normas sociales que en el pasado sujetaban la vida de las personas, y en el marco de los procesos de individualización y entronización de la realización personal. Los relatos de los y las jóvenes de sectores medios sobre la salida del hogar de origen muestran el avance de una cultura más individualista que privilegia el desarrollo personal y la autorrealización frente al logro familiar. En este contexto sociocultural, habitar bajo formas no familiares se presenta como una suerte de consigna juvenil que, en sectores medios, es promovida –tanto material como moralmente– por las generaciones adultas. En las decisiones de vivir solo/a o con amigos/as se advierte no sólo el deseo personal sino también la influencia del psicólogo, la familia de origen y los amigos. A través de los regalos, los padres –y otros adultos– también expresan la aprobación y la legitimidad de estos arreglos de convivencia asociados a la búsqueda de “crecimiento personal”.

En este sentido, mientras en sectores populares la construcción de un espacio personal sólo aparece como consecuencia de una salida forzada; en sectores medios identificamos un imperativo social de realización personal, transmitido por los padres y buscado por los jóvenes, que podría expresarse bajo la consigna “aprender a valerse por sí mismo”. Así, la tensión advertida por la literatura entre la individualización como valor y como riesgo (Giddens, 1997) atraviesa las experiencias juveniles de transición residencial en sectores populares y medios. Mientras para los primeros la construcción

de un espacio propio puede ser una experiencia de riesgo, que incluso algunos se ven forzados a atravesar; los segundos la viven como un proceso de experimentación y expansión de la libertad personal, aunque apoyados en el soporte familiar de origen.

Bajo estas coordenadas socioculturales, “vivir solo” o “con amigos” ha ido ganando terreno en la experiencia juvenil de sectores medios hasta incorporarse en el acervo de las determinaciones de la vida social. Estas experiencias habitacionales también se vinculan con una “moratoria en la formalización de los vínculos afectivos” (Margulis, 2003); la proyección de la pareja es más difícil de materializar en un mundo de mayores libertades individuales, de creciente valoración de la intimidad y la experimentación. Los testimonios muestran que quienes valoran y atraviesan el vivir “solo” o “con amigos” suelen postergar la convivencia en pareja. Si bien ésta se mantiene como modelo y proyecto de vida, la pareja no siempre aparece en sectores medios como una primera forma de habitar al salir del hogar de origen.

En particular entre las mujeres, vivir sola o con amigos/as es una nueva modalidad de realización personal que acompaña proyectos educativos, laborales y profesionales. Noelia, por ejemplo, cuenta que había considerado irse a vivir con su novio pero que, finalmente, eligió atravesar la “experiencia de vivir sola”. Según señala, en esta decisión opera el deseo de transitar un proceso más amplio de maduración y “autoconocimiento”. Considerando los cambios en el rol de la mujer en la sociedad, planteamos que la experimentación en materia habitacional identificada entre las mujeres encierra, en verdad, una larga historia de lucha social y cultural.

En la medida que se avanza en la igualdad social entre los géneros, se han abierto progresivamente para las mujeres, sobre todo para aquellas que han alcanzado niveles educativos altos, modalidades de realización que no se restringen a la maternidad. Esto supone una diferencia respecto de las experiencias de las mujeres de sectores populares, quienes habitan en un contexto de significativas privaciones en el cual la falta de horizontes y oportunidades reales de desarrollo personal harían de la maternidad el espacio de realización por excelencia (Binstock y Gogna, 2015; Krause, 2016; Mancini y Wang, 2003). A esto se suma el hecho de que, en sectores populares, los hijos constituyen una posibilidad –material y simbólica– de conquistar espacios de independencia habitacional, como planteamos en el apartado anterior.

A diferencia de la “casa unipersonal”, registrada en las experiencias de los y las jóvenes que se fueron entre los 25 y los 27 años, la construcción de la “casa de la amistad” se concentra en el grupo de los entrevistados más jóvenes. La mayor intensidad del crédito temporal y social entre los 20 y los 24 años habilitaría este espacio propio atravesado por la atmósfera festiva, lúdica y fraternal. A su vez, ese crédito temporal despierta algunas dudas y temores entre sus familias de origen. De acuerdo con los relatos de algunos jóvenes, para sus familias la salida del hogar “tan joven” y “con amigos” podría poner en riesgo la finalización de los estudios superiores. Sin embargo, para estos jóvenes, insertos en un entramado familiar, la incertidumbre –y no el riesgo– es parte del aprendizaje: en estas casas, expresión material y simbólica de la amistad como espacio de sociabilidad, juntos aprenden a “vivir solos”.

Al igual que la “casa unipersonal” y la “casa de la amistad”, la construcción de la “casa de novios” está atravesada por el espíritu de prueba y experimentación, tanto a nivel individual como afectivo. De ahí que, incluso cuando se hace en pareja, la salida del hogar de origen tampoco involucre el proyecto de formar una familia y también se inscriba en una experiencia de “crecimiento personal”. Además, si bien la convivencia resulta de un proyecto de pareja, ésta no se asume como definitiva; antes que el resultado o producto de su conformación, la convivencia es concebida como una etapa de la construcción y consolidación de la pareja.

En este sentido, la construcción de la “casa de novios” está asociada a la búsqueda de un espacio de experimentación sexo-afectivo que, aunque resulta central en el proceso formación de la familia, no lo contiene desde su origen. Para los y las jóvenes de sectores medios, la maternidad/paternidad es la culminación de un proceso de maduración y de estabilidad de la pareja que incluye la experimentación habitacional como condición pero no como garantía. En el marco de la relación de noviazgo, estos jóvenes establecen convivencias de prueba en los que la pareja puede tanto avanzar como diluirse, lo que hace que una persona pueda habitar más de una “casa de novios” antes de formar una “casa familiar”.

Así, en la postergación de la descendencia, no sólo influyen la prolongación de los estudios y las dificultades para obtener un empleo estable que les permita solventar la independencia, sino también un marco valorativo que jerarquiza la “inversión en vida”, entendida como acumulación de vivencias asociadas a su desarrollo personal. Los

y las jóvenes de sectores medios anteponen proyectos que apuntan a la realización personal, laboral o educativa como antesala necesaria para la iniciación de la vida reproductiva, entre los cuales también se incluye la independencia habitacional. De ahí que sus biografías afectivas adquieran un ritmo más lento al compararlas con las de los y las jóvenes de sectores populares.

Las historias indagadas sugieren que la salida del hogar se inscribe en una etapa de la vida durante la cual ésta aparece en pleno proceso de desenvolvimiento. Tanto a nivel profesional como afectivo y personal, estos jóvenes de sectores medios perciben su vida como una obra en construcción. Ciertas certezas, como haber culminado la carrera o tener un empleo afín, coexisten con algunas vacilaciones en torno a su futura situación afectiva o profesional. Para algunos jóvenes, por ejemplo, “recibirse” y conseguir un empleo afín a sus estudios fue una condición para emprender la salida; para otros, que no contaban con el respaldo económico de la familia de origen, el requisito era tener un empleo con ingresos suficientes para iniciar y mantener un hogar independiente. Si bien estas condiciones pueden prolongar la convivencia en la casa parental, sobre todo en períodos de mayor desempleo y precariedad, lo cierto es que ninguno esperaba consolidar su profesión o establecer una familia propia como requerimientos para abandonar el hogar.

Las experiencias juveniles de sectores medios cuestionan el modelo tradicional de transición residencial, según el cual la salida del hogar de origen se solapa con la formación de una familia. En este grupo social, el proceso de transición residencial es experimentado como una suerte de viaje, en el sentido de exploración, descubrimiento y cambio, en el que los y las jóvenes se embarcan asumiendo riesgos y con resultados más o menos inciertos, según las combinaciones entre sus recursos, los de la familia de origen y el contexto social. Mientras en sectores populares se pasa de una casa familiar de origen a una casa familiar de destino, en sectores medios advertimos la existencia de una experiencia habitacional “juvenilizada”, es decir, signada por el tipo particular de condición juvenil, caracterizada por la conjugación de la “moratoria vital” y la “moratoria social”.

2. Las formas de conquistar un espacio habitacional

Con la formación de la familia, la salida forzada o la búsqueda de crecimiento personal, se inicia el proceso de conquista de un espacio habitacional. ¿Cómo conseguir un lugar donde habitar, en un contexto de agudización de las condiciones de acceso a una vivienda en el AMBA? ¿Qué modalidades asume el espacio habitacional? ¿Cómo se articulan con sus propias expectativas residenciales? ¿Con qué recursos cuentan estos jóvenes y cómo los movilizan? ¿Qué papel desempeña la familia de origen y cómo influyen los modelos culturales en las ayudas familiares?

Las experiencias de los y las jóvenes evidencian las dificultades que acarrearán las mayores restricciones y exigencias del mercado de la vivienda tanto de la Ciudad como del Conurbano. En sectores populares advertimos que sólo una pareja ha logrado adquirir un terreno –con tenencia irregular– y acceder a la vivienda a través de la autoconstrucción, a pesar de ser una estrategia recurrente en este grupo social. Alquilar un departamento en el mercado inmobiliario formal también se presenta como una modalidad inusual. La mayoría aprovecha el terreno y la vivienda parental, al tiempo que depende en gran medida de la ayuda familiar para edificar allí su casa, debido a la dificultad cada vez más notoria para costear los materiales y la mano de obra, o disponer de tiempo para construir por cuenta propia.

A su vez, en sectores medios son recurrentes las referencias a los costos económicos y las dificultades para alquilar o comprar en el mercado formal; tal vez a ello se deba la frecuencia de modos de acceder no mercantiles basados en apoyos familiares. El acceso a la propiedad sólo aparece como resultado del regalo de una vivienda por la familia de origen o del “credipapis”, ya que incluso los mejores posicionados en el mercado laboral han visto frustradas las posibilidades de acceder a créditos hipotecarios. La “entrada al alquiler” tampoco resulta sencilla; afrontarla puede involucrar tanto la movilización de regalos o préstamos monetarios de la familia como las asociaciones con amigos o pareja para compartir gastos y conseguir garantías propietarias.

Al contexto habitacional desalentador se suman las mayores limitaciones que enfrenta la población juvenil respecto de la adulta para insertarse en empleos formales, con acceso a la protección social; con esto nos referimos al carácter precario e inestable de los empleos juveniles, que no permiten seguridad en términos de remuneración ni

cálculos razonables para el mediano plazo. La remuneración baja restringe la adquisición de una vivienda a través del crédito hipotecario, dadas sus elevadas tasas de interés; a su vez, la precariedad impide la obtención de un crédito, aun cuando se cuenta con remuneraciones altas, ya que los bancos suelen exigir, entre los requisitos, un empleo formal. Esto también afecta el ingreso al mercado de alquiler, ya que no permite cumplir con las exigencias (garantía o recibo de sueldo).

Ahora bien, aunque la situación laboral incide en las posibilidades de resolver las necesidades habitacionales juveniles, lo cierto es que su capacidad de condicionarlas está filtrada por la pertenencia a un determinado contexto familiar de origen. En sintonía con lo advertido por investigaciones previas (Cravino, 2008; Cosacov, 2017; Di Virgilio, 2007; Cosacov, Di Virgilio y Najman, 2018), las experiencias juveniles evidencian que, bajo las condiciones del mercado inmobiliario, la ayuda de la familia de origen adquiere un peso significativo –y hasta definitorio– en la conquista de un espacio habitacional, e incluso introduce diferencias dentro de un mismo sector socioeconómico.

2.1. Las modalidades del espacio habitacional

Las modalidades identificadas en sectores populares –“adentro”, “aparte” y “afuera”– manifiestan la diversidad de espacios que estos jóvenes construyen en búsqueda de su independencia habitacional. Sus experiencias habitacionales confirman la hipótesis de que el acceso a una vivienda independiente es un aspecto parcial del proceso de transición residencial que, aunque fundamental, no agota su sentido. Explorar las experiencias de estos jóvenes sin ceñirnos a la cuestión del cambio de domicilio nos permitió captar otras formas de construir espacios propios. A través de tácticas de uso (De Certeau, 1999), estos jóvenes no sólo acceden a espacios sino que también los crean.

El “espacio adentro” remite a la conquista de un espacio habitacional en una parte de la vivienda familiar de origen, como resultado de una división material y simbólica. Los y las jóvenes se separan de la familia al producir un “intersticio” donde desarrollan una vida doméstica propia. Aunque existe una proximidad física y las fronteras son porosas, a través de los usos y las apropiaciones de una fracción de la vivienda parental procuran delimitar un área habitacional distinta y distintiva. Por eso,

aun si la “mercadería” se compra en conjunto con la familia de origen, y se comparte equipamiento, baño y cocina, el “espacio adentro” representa un primer paso en la construcción de una intimidad conyugal o familiar. Los artefactos propios y ciertos objetos materiales, como puertas, paredes, biombos, cortinas o equipamiento de cocina, les permiten armarse un lugar con relativa independencia dentro de la órbita familiar; en tanto objetos portadores de identidad (Appadurai, 1991), estos artefactos operan como soportes y generadores de separación.

El hecho de que el “espacio adentro” sea considerado la primera modalidad de espacio propio resulta comprensible en relación con el contexto habitacional de origen, en el que es frecuente compartir cuarto con hermanos/as o sobrinos/as y en el que la cantidad de camas suele ser inferior al número de miembros del hogar. Tener un espacio íntimo y privado en la vivienda parental constituye algo inédito para varios de los y las jóvenes de sectores populares, quienes por lo general pertenecen a familias numerosas y extensas, o apremiadas por la falta de ambientes, tal como evidencian las historias de Angie, Juan, Candela, Walter y Evelin. Al indagar sus experiencias habitacionales de origen, advertimos condiciones de hacinamiento que dejan poco margen para el aislamiento de los miembros dentro del espacio del hogar y poco o ningún lugar para la intimidad. Teniendo en cuenta que las actividades hogareñas suelen ser públicas y visibles, el lugar propio dentro de la vivienda parental supone una conquista que, además, suele estar condicionada por la formación de una familia⁴².

El “espacio adentro” constituye una solución práctica frente a un hecho imprevisto que, como tal, no permitió implementar una estrategia de ahorro. Así, resulta frecuente ante un embarazo no planificado (Jésica y Candela), o frente a la salida forzada de uno de los miembros de la relación de noviazgo (como les ocurre a Angie y a Marcelo). Además, tal como hemos analizado en el primer apartado, la cohabitación de la pareja joven con la familia de los padres también puede resultar un beneficio en términos de reproducción social, pues es un modo de sumar fuerza de trabajo e ingresos, o trabajo doméstico a la unidad familiar. En el marco de su “cultura habitacional”

⁴² Esto supone una diferencia significativa respecto a los y las jóvenes de sectores medios, quienes, dentro de la vivienda parental, suelen tener un lugar físico exclusivo donde pueden, por ejemplo, reunirse con amigos, acumular objetos, escuchar música o estudiar. En este sector social, el cuarto propio –o “búnker”, como lo denomina Daniela– aparece como un lugar dado, facilitado por la mayor disponibilidad de recursos económicos, el menor tamaño de las familias y el tipo de viviendas habitadas, con diferenciación de ambientes y mayor amplitud.

(Bonvalet, 1997; Giglia, 2012) y bajo las condiciones actuales del mercado de la vivienda, el “espacio adentro” aparece en el horizonte de estos jóvenes como una alternativa pensable, posible y razonable. De alguna manera, aun si la neolocalidad constituye la forma ideal de habitar en familia (tal como analizamos más adelante), en este grupo social también se aprueba, ante las urgencias económicas y las necesidades domésticas, la cohabitación de la familia de los padres con la familia de los hijos. El allegamiento residencial forma parte de su cultura habitacional y, en ese marco, la neolocalidad no constituye un requisito para formar una familia.

Por otra parte, la construcción de un “espacio adentro” les permite a los y las jóvenes que han formado familia contar con una red de apoyo frente a la llegada del primer hijo. Tanto Gisela como Angie, quienes recurrieron a su mamá y a su suegra respectivamente, destacan que las ayudas de estas mujeres fueron fundamentales para sostener sus actividades laborales o retomar la formación educativa. En general, estos relatos evidencian una solidaridad femenina que las conecta tanto con las mujeres de su familia de origen como con las de la familia de su pareja, incluso después de la separación.

El “espacio adentro” tiende a operar como un trampolín que les permite dar el salto hacia el “espacio aparte” o el “espacio afuera”, que constituyen las metas habitacionales de estos jóvenes de sectores populares. Al permitirles ahorrar, el “espacio adentro” funciona como una estrategia para capitalizarse. En efecto, aunque ante la falta de recursos económicos pueda tornarse la modalidad definitiva del habitar –tal como le ocurre a Jérica–, la cohabitación constituye un período más o menos transitorio hasta la conquista de un espacio “aparte” o “afuera”, y así lo evidencian las historias de Juan y Angie, Marcelo y Gisela, y Candela y Hernán (su pareja). En sectores populares el “espacio adentro”, aunque en familia, parece cumplir una función similar a la del “cuarto propio” en los y las jóvenes de sectores medios: es un lugar en el que logran cierta autonomía e intimidad y, a la vez, les permite ahorrar recursos económicos para luego alcanzar un espacio “aparte” o “afuera” en el que consolidar la independencia habitacional.

El “espacio aparte” remite a un lugar propio edificado en un terreno compartido con la familia de origen. Los y las jóvenes de sectores populares utilizan la expresión “vivir aparte” para enfatizar la construcción de esta distancia física y doméstica. En el

relato de Rubí se traza una frontera entre un “abajo” y un “arriba”: la planta baja donde viven sus padres con su hermano, la planta de arriba donde ella armó su casa junto a Carlos y su hija. Juan también construyó su casa junto a Angie y sus hijos en la planta de arriba de la casa de su suegra. Para Candela, el “espacio aparte” refiere a la “pieza” construida en la planta de arriba de lo de su suegra, en la que concentraron una cocina, un microondas y una heladera que les permitía cocinarse de manera independiente, aunque para bañarse tuvieran que “bajar” a un baño compartido.

En cuanto al “espacio afuera”, se trata de un espacio construido por fuera tanto de la vivienda como del terreno familiar de origen. Por lo tanto, a diferencia de los espacios adentro y aparte –que operan bajo la lógica de cesión o préstamo de una fracción de la vivienda parental o de una parte del terreno–, habitar el “espacio afuera” puede involucrar la adquisición de un nuevo lote –con tenencia formal o informal– para construir allí una “casa propia”, así como el alquiler de una pieza –en hotel pensión, villa o casa de familia– y, en menor medida, de un departamento. En otros términos, el “espacio afuera” activa la lógica del mercado inmobiliario formal o informal. Esta modalidad se advierte tanto entre familias jóvenes como entre aquellos solteros de sectores populares que han experimentado una salida forzada y no cuentan con redes familiares de apoyo.

En contrapartida, el análisis de las experiencias juveniles en sectores medios evidencia una única modalidad del espacio habitacional: la vivienda entendida como unidad física independiente, con cocina y baño propio; o, en términos nativos, el “depto”. Si bien algunos jóvenes habitan en PH, el “depto”, emplazado en áreas centrales con acceso a servicios e infraestructura urbana básica, suele ser la forma predominante en la que los y las jóvenes de sectores medios conquistan un espacio habitacional, tanto en la CABA como en el Conurbano bonaerense. Para expresarlo con las categorías empleadas en sectores populares, en este grupo social el espacio habitacional adquiriría la modalidad “afuera”. A su vez, los modos de tenencia de la vivienda manifiestan una relación formal con el mercado inmobiliario e involucran el alquiler, la compra o la “ocupación preferencial”, tal como denominamos a aquellos jóvenes que habitan en viviendas prestadas por su familia de origen.

En este sentido, al construir un espacio propio, los y las jóvenes de sectores medios y sectores populares suelen habitar espacios con características diferenciales en

cuanto a calidad, servicios, entorno inmediato, localización relativa y forma de tenencia, que reflejan condiciones de vida desiguales. Mientras el “depto” es la modalidad recurrente en jóvenes de sectores medios, los “espacios adentro”, “aparte” y “afuera”, como “pieza” o “casa completa”, configuran los modos de habitar, en general informales, en jóvenes de sectores populares.

2.2. Las expectativas residenciales

Tanto en sectores medios como en sectores populares, los relatos juveniles muestran la presencia de tres modelos habitacionales: la neolocalidad, la “casa completa” y el “sueño de la casa propia”. Sin embargo, mientras en sectores medios estos modelos aparecen de manera tácita, en tanto presupuestos constitutivos de su “cultura habitacional”; en sectores populares son referidos de modo explícito como metas hacia las cuales se despliegan gran parte de los esfuerzos e ingresos laborales, aunque no siempre se logre concretarlas.

En sectores populares, la neolocalidad es una forma deseable del habitar, hacia la cual los y las jóvenes orientan sus recursos económicos, pero sin condicionar la formación de un hogar propio. En efecto, el “espacio adentro” evidencia un modo de construir lo propio dentro de la vivienda familiar de origen. Principal referente de sus horizontes habitacionales, el ideal del “casado casa quiere”, expresión recurrente en las entrevistas, encarna el deseo de privacidad e intimidad que distingue al modelo de familia neolocal, aunque no siempre se haya pasado por el registro civil, la casa a veces sea una pieza y la propiedad sea con frecuencia de tenencia informal. De acuerdo con las experiencias relatadas, la neolocalidad se logra cuando se habita un “espacio aparte” o un “espacio afuera”, en tanto estas modalidades logran satisfacer los deseos de privacidad e intimidad familiar que encauzan la búsqueda de la neolocalidad en este sector social.

En su conjunto, los espacios “adentro”, “aparte” y “afuera” indican gradaciones en las experiencias de los y las jóvenes de sectores populares desde una menor hacia una mayor independencia habitacional respecto de la vivienda parental. En algunas historias advertimos que el “espacio afuera” es jerarquizado respecto del “espacio aparte” no sólo por la mayor distancia física respecto de la familia de origen, sino también por la posibilidad de modificar la inscripción territorial. En rigor, tanto el

“espacio adentro” como el “espacio aparte” involucran una reproducción de la “posición residencial” (Bourdieu, 1999) de origen que no siempre representa un beneficio para los y las jóvenes de sectores populares, en particular para quienes habitan en villas. Tal como han advertido Chaves (2016) y Segura (2015), se trata de espacios donde el estigma territorial recae con más fuerza y reduce sus perspectivas de accesibilidad y circulación por el espacio urbano. Así, por ejemplo, aunque tenían la posibilidad de construir una “pieza aparte” en la vivienda parental, localizada en Ciudad Oculta, Walter y su pareja prefirieron alquilar un departamento en Lugano. En las historias de Kevin y de Candela también aparece el deseo de hacer de la transición residencial una oportunidad para cambiar la localización dentro de la ciudad; aunque para Candela, y para otras mujeres jefas de familia, su materialización encuentra como principal limitación la necesidad de mantener la cercanía con las redes de apoyo para el cuidado de los hijos. Como planteamos más adelante, en las oportunidades habitacionales de las generaciones jóvenes influyen tanto la posición residencial de origen como las características de la vivienda y su entorno inmediato.

Con la expresión “casa completa”, los y las jóvenes de sectores populares definen un segundo modelo del habitar. Esta categoría nativa alude a las características arquitectónicas de la denominada “vivienda moderna”, definida en función de la incorporación de servicios públicos (electricidad, cañerías de agua y cloacas, entre otros) y el equipamiento específico (baño y cocina en el interior de la unidad), así como por la diferenciación espacial de las funciones de la vida doméstica. Así utilizan el término “casa completa” para diferenciarla de la “pieza” que, aunque tiene una puerta independiente, se caracteriza por el hecho de que el baño está afuera, no siempre cuenta con una cocina propia y no permite separar las actividades entre los miembros de la familia. En este sentido, sus aspiraciones habitacionales reflejan la búsqueda de mayor intimidad individual dentro de la vida familiar, aun cuando en contextos de escasez de recursos la arquitectura de la casa no siempre lo haga posible.

En la “pieza”, el ambiente hogareño no reconoce usos diferenciados; en un mismo espacio se superponen múltiples actividades como las comidas diarias, las discusiones y peleas de los adultos, las actividades de esparcimiento y las tareas escolares de los hijos. La falta de privacidad deviene en conflictos permanentes en la vida cotidiana de las familias. Al confluir diversas actividades en un mismo recinto,

unos quedan supeditados a otros: en general, los niños a los adultos y las mujeres a los varones. Para estos jóvenes de sectores populares, dejar de compartir y separar las actividades hogareñas, así como contar con un baño y una cocina dentro de la vivienda, constituyen aspiraciones a las que orientan recursos, esfuerzo y trabajo, sobre todo cuando el protagonista es un grupo familiar. A diferencia de ese único ambiente multifuncional, la “casa completa” cuenta con una habitación para la pareja y otra para los hijos, living-comedor, cocina y baño propio. En general, cuando son dueños del terreno, la vivienda se va armando de manera progresiva, según sus posibilidades, en función de las necesidades de privacidad familiar.

Asimismo, en las expectativas habitacionales de los y las jóvenes de sectores populares registramos la impronta del “sueño de la casa propia”, vinculado con la clasificación jerárquica de los modos de tenencia de la vivienda. Los testimonios de estos jóvenes sugieren que el carácter estabilizador de la propiedad persiste incluso cuando se trata de una tenencia irregular, lo que supone una incertidumbre respecto a los derechos de uso y propiedad. Si bien “tener los papeles” y formalizar la tenencia del terreno es un aspecto considerado por estos jóvenes, en sus relatos no lo advertimos como un condicionante. En el marco de su cultura habitacional, anclada en una condición de clase, la tenencia irregular se asume como un punto de partida habitual y, en tanto es una práctica compartida por otros, adquiere legitimidad: lo “propio” es lo “apropiado”.

Bajo estas coordenadas, dedican su esfuerzo y su trabajo para afrontar la deficiencia de los aspectos constructivos, y la ausencia o la baja calidad de los servicios públicos y de la infraestructura urbana básica en general. En ocasiones, con el apoyo de organizaciones sociales, hacen de este “asunto individual” una cuestión pública de garantizar un derecho. En sintonía con lo advertido por Chaves (2016: 43), la construcción de la casa propia, “las mejoras” y “los arreglos” que se le han ido realizando constituyen la “materialidad del progreso”; a su vez, en sus relatos aparece una narrativa sobre el esfuerzo, categoría que toma la forma del “desgaste físico” e incluso el “daño físico”.

La “casa propia” constituye la forma principal de ahorro y capitalización para las familias de sectores populares; por eso, aunque parecía el “jacal de Marimar” y la regularización estaba en trámite, para Marcelo y Gisela la compra del terreno fue un

modo de invertir en el progreso familiar. Asimismo, la “casa propia” opera como una condición de seguridad que influye en las decisiones de “agrandar” la familia. Gisela y Marcelo, por ejemplo, planificaron la llegada de su segundo hijo con el terreno ya adquirido y en vistas a finalizar la construcción de la casa, aunque después los tiempos se prolongaron. También Juan, a pesar de la negativa de Angie, quiso “agrandar” la familia con la “tranquilidad” de que ya habían conseguido tener su casa.

En sectores medios, el proyecto de salida del hogar de origen es indisociable del acceso a una vivienda independiente –el “depto”–. Del análisis de las entrevistas surge que la residencial neolocal es la forma habitual y hasta evidente de habitar un espacio propio. De la misma manera, la “casa completa” aparece como una condición habitacional implícita al referirse a la búsqueda de una vivienda, lo que resulta comprensible dado el carácter formal de su tipo de hábitat. En contrapartida, la localización residencial emerge como una variable que condiciona sus decisiones y hasta la salida del hogar de origen. Al buscar un “depto”, antes que los metros cuadrados o la diferenciación de ambientes, los y las jóvenes de sectores medios priorizan la ubicación ventajosa en términos de acceso a servicios urbanos y cercanía a sus espacios de sociabilidad. En un contexto en el que resulta cada vez más difícil no sólo comprar sino también alquilar, sostener el “capital locacional” (Abramo, 2004) de origen es uno de los principales desafíos que enfrentan los y las jóvenes de sectores medios.

La importancia atribuida a conservar el barrio de origen o mantenerse en zonas aledañas se vincula con su cercanía a los espacios de sociabilidad frecuentados, lo que revela un modo de usar la ciudad estructurado por su tipo particular de condición juvenil. Al encontrarse en una etapa de “crecimiento personal” y en la que no hay proyectos de formar una familia propia en el corto plazo, no es la cercanía con la familia de origen lo que motiva a quedarse en el barrio, sino el hecho de que sean lugares emplazados en áreas centrales, con buena accesibilidad a sus espacios de trabajo, ocio y sociabilidad. En efecto, estos jóvenes valoran la cercanía con sus pares de generación, esa “familia elegida”, como señala Nicolás, con quienes comparten espacios de encuentro cotidianos. De ahí que, en la experiencia juvenil de sectores medios caracterizada por la “moratoria social”, el monoambiente, emplazado en áreas centrales,

con posibilidades de acceso tanto a bienes y servicios como al desarrollo de actividades, resulte el espacio habitacional arquetípico.

La “casa propia” también constituye en sectores medios una forma deseable y hasta frecuente de habitar; sus relatos evidencian un mandato residencial reforzado con la experiencia concreta de formar parte de una familia propietaria, lo cual va configurando una memoria residencial que influye tanto en los cursos de acción como en las aspiraciones y los planes para el futuro. Sin embargo, el tipo particular de condición juvenil, caracterizada por la conjunción de la “moratoria vital” y la “moratoria social”, le atribuye algunos matices. Por un lado, en sintonía con lo ya planteado, el “sueño de la casa propia” tiene sus coordenadas espaciales definidas, ya que se inscribe en ciertos barrios o zonas en particular, asociadas al “capital locacional” de origen. Por otro lado, resulta relativizado cuando lo que moviliza la conquista de una vivienda es la búsqueda de “crecimiento personal”. En rigor, la “casa propia” emerge como uno de los requisitos que esperan cumplir antes de tener el primer hijo. Mientras tanto, el alquiler es el “precio de su autonomía”.

Influidos por la historia residencial familiar y los mensajes de sus padres, antes de emprender la salida de la casa de origen, estos jóvenes concebían el alquiler como una “pérdida de dinero”. Sin embargo, al iniciar la búsqueda de la vivienda y toparse con la “realidad” (su particular tiempo histórico y social), estos jóvenes experimentaron un desajuste entre los valores en los que habían sido socializados y el mundo que tuvieron que afrontar. Quizá por ello repitan una voz que hace eco generacional: “comprar es imposible”. Esto fue lo que intentaron explicarles a sus padres; quienes, atados a su propia experiencia histórica, les recomendaban esperar y seguir buscando opciones para comprar.

La perspectiva generacional permite comprender que el desacuerdo entre padres e hijos de sectores medios manifiesta, en verdad, una tensión intergeneracional: el (des)encuentro de dos experiencias históricas distintas, dos generaciones socializadas en circunstancias diversas. Los padres se dirigen a sus hijos, nativos del presente, como si aún se mantuvieran aquellas condiciones socioeconómicas en las que les tocó experimentar su juventud. Los relatos evidencian que los y las jóvenes, al no compartir vitalmente aquel pasado en el que “la compra era posible” (al menos, según les cuentan sus padres), introducen modificaciones que cuestionan el orden establecido.

Así, habría un efecto de aprendizaje social con relación a tener que alquilar, al reconocer que la propia dificultad para comprar es también la dificultad del otro, de un amigo, de una pareja, en definitiva, de los pares de generación. Como consecuencia de este aprendizaje, que surge de compartir vivencias y adecuarse a la propia experiencia histórica, se cancelan los efectos de postergación que generaba la representación negativa del alquiler sobre la salida de la casa de origen y, en lugar de esperar, los jóvenes se vuelcan al mercado de alquiler. Mientras que sus padres fueron la primera generación de universitarios en su familia, algunos de estos jóvenes son la primera generación de inquilinos.

En este sentido, cuando la referencia de los jóvenes es la familia de origen, el alquiler aparece como una situación de precariedad y hasta un símbolo de fracaso individual. Por el contrario, cuando la referencia son los pares de generación, el alquiler se presenta como una alternativa posible, frecuente y, sobre todo, efectiva a los fines de marcharse de la casa de origen. “¿Cuál es el costo, cuál es el beneficio?”, se pregunta Daniela. Con crédito temporal y social, aunque sin créditos hipotecarios, estos jóvenes de sectores medios, ante un futuro incierto e indefinido, no están dispuestos a sacrificar “vida”, esto es, experiencias que favorezcan su crecimiento personal.

En un contexto en el que la compra de una vivienda no resulta asequible, revalorizan el alquiler por su utilidad social antes que económica: alquilar es una forma de “invertir en vida”. La “moratoria social” –que condicionó la búsqueda del “depto” en cuanto a su tamaño y ubicación– también influye en las valoraciones sobre el alquiler y la propiedad. Al recomendarles “esperar, ahorrar y comprar”, lo que los adultos no ven y los jóvenes denuncian es el costo social, antes que económico, de renunciar a un espacio propio, más allá de la condición de tenencia.

Lejos de indicar una ruptura con la tradicional cultura del propietario, esta resignificación del alquiler en sectores medios daría cuenta del carácter situado del ideal de la casa propia, el cual se reactualizaría con las cambiantes circunstancias de la experiencia social de los sujetos. En efecto, alquilar es una “inversión” cuando no está en juego la supervivencia cotidiana ni la reproducción de una familia propia, como sí ocurre en sectores populares, donde intenta evitarse el alquiler y sólo aparece como respuesta a una salida forzada. Además, el alquiler como “inversión en vida” descansa en una ilusión de control de los y las jóvenes de sectores medios apoyada en la

acumulación de la que dispone su familia de origen. Así, conserva vigencia, en sus horizontes residenciales, el “sueño de la casa propia”, garantizado por el patrimonio familiar y el mecanismo de la herencia⁴³.

El hecho de que la “casa propia” sea un sueño compartido y transmitido de generación en generación resulta comprensible a la luz de las condiciones del mercado habitacional. Dado el carácter desregulado del mercado inmobiliario, el ideal de la “casa propia” no sólo descansa en la cualidad de la propiedad de permitir proyectar, crear y estabilizar una trayectoria habitacional. También permite proveer un seguro contra la incertidumbre y habilitar mayores márgenes de maniobra en un contexto social cada vez más inestable.

Las diversas modalidades que adopta el espacio habitacional entre los y las jóvenes de sectores populares, así como el ajuste de las expectativas residenciales en sectores medios y las dificultades para materializarlas en sectores populares, van mostrando que conseguir un lugar donde habitar se presenta como un proceso conflictivo para ambos grupos. Tal como desarrollamos en la introducción, los y las jóvenes de nuestro estudio experimentan la transición residencial en un momento histórico en el que han empeorado de manera significativa las condiciones de acceso a una vivienda. Aunque con particularidades según el origen social, la construcción de un espacio propio condensa la movilización de diversos recursos para dar respuesta a las necesidades habitacionales juveniles.

2.3. El entramado de recursos movilizados en torno a la vivienda

Las características socioeconómicas y las condiciones habitacionales de la familia de origen (re)producen desigualdades en el proceso de transición residencial. Esto se advierte tanto en sectores populares como en sectores medios, donde las estrategias laborales y de obtención de ingresos solían constituir una herramienta efectiva para costear el alquiler o para adquirir una vivienda, por ejemplo, a través de créditos hipotecarios o el pago del inmueble en cuotas a la empresa constructora (“de pozo”)⁴⁴.

⁴³ En otro trabajo (Felice, 2017) profundizamos sobre los conflictos intergeneracionales en torno a las valoraciones sobre el alquiler y la propiedad en familias de sectores medios.

⁴⁴ La compra “de pozo” significa comprar un departamento antes o en el comienzo de la construcción del edificio. El fideicomiso o la compra al costo son algunas de sus modalidades. La particularidad de la compra “de pozo” es que permite financiar el pago.

Quedó demostrado que quienes encuentran mayores dificultades para afrontar la conquista de un espacio habitacional son los y las jóvenes que carecen de apoyo familiar.

Tanto en sectores medios como en sectores populares, la ayuda en materia de vivienda está condicionada por la coyuntura económica de la familia al momento en que uno de los hijos emprende la salida del hogar de origen, y se encuentra enmarcada en un contexto histórico más amplio que puede “corromper” la pretendida distribución equitativa de los recursos económicos desde los padres hacia los distintos hijos. La situación en la trayectoria familiar de origen y la situación en la trayectoria vital del hijo no siempre se conjugan a favor del joven, ni por igual entre los hermanos. En esta lógica de la equivalencia también adquiere relevancia el tamaño de la familia, ya que la capacidad de ayuda depende de la cantidad de hijos.

En sectores populares, el principal recurso movilizado para conquistar un espacio habitacional es la vivienda parental, con terreno disponible y arquitectura flexible. Para estos jóvenes, el hecho de que su familia tenga una vivienda –sea de manera formal o informal– se traduce en una ventaja concreta para acceder a un espacio físico, tal como vimos con el “espacio adentro” y el “espacio aparte”. Por ello, además de su carácter “durable”, valoran el hecho de que la propiedad sea un “bien flexible”, adaptable a los cambios familiares. Cuanto mayor sea la posibilidad de modificar la casa de origen, mayor seguridad parece ofrecerles, ya que podrá expandirse a medida que la vida familiar la coloniza y la desborda.

En un contexto de escasez y valorización creciente del suelo urbano, la principal herramienta con la que cuentan estos jóvenes de sectores populares es la potencialidad de densificar el lote de origen. En este sentido, podríamos plantear que quienes con sus familias de origen habitan en villas o asentamientos están mejor posicionados que quienes residen en viviendas sociales, donde se encuentran limitadas las posibilidades de fraccionar la vivienda o edificar “aparte”⁴⁵. De alguna manera, las oportunidades habitacionales también están restringidas por la dimensión territorial. Considerando este mecanismo, resulta comprensible que estos jóvenes prioricen el “espacio afuera” por sobre el “espacio aparte”; contar con un “espacio afuera” supone hacerse de un capital

⁴⁵ Sobre los modos de habitar en viviendas sociales, véase Cravino (2012), Del Río (2021) y Najman (2017), entre otros.

habitacional propio para ofrecerle a las siguientes generaciones la oportunidad de construir un “espacio aparte”⁴⁶.

Desde luego, este recurso no está exento de limitaciones. El terreno parental constituye un capital escaso que se agota a medida que es ocupado y habitado por las generaciones jóvenes, de manera que el tamaño de la familia y su composición son factores que condicionan su disponibilidad. De ahí que pueda ser fuente de conflictos familiares. Las historias de Candela y de Walter, por ejemplo, manifiestan las tensiones y las negociaciones suscitadas entre hermanos en torno a la autoconstrucción de una “pieza aparte”. En este marco, también influyen las características de la vivienda parental y su localización, ya que quienes habitan en barrios populares del Conurbano suelen contar con viviendas de origen más espaciales y con mayor terreno disponible que quienes habitan en villas de la Ciudad, donde en general las viviendas son mínimas y las posibilidades de edificación se restringen, cada vez más, hacia arriba.

Asimismo, para edificar una casa propia se requieren recursos económicos que no siempre están disponibles, dados los empleos precarios e inestables de varios de estos jóvenes de sectores populares. En estos casos, influye la ayuda familiar mediante el regalo o el préstamo de materiales y equipamiento, así como la colaboración con mano de obra, tiempo o saberes técnicos para la construcción. Aunque en menor medida, también advertimos préstamos monetarios de padres a hijos, préstamos de una “pieza” (con o sin cocina propia y baño compartido), generalmente a cambio del pago de servicios o impuestos, y sólo en un caso identificamos transacciones económicas como el pago de un alquiler. Cuando resulta posible, los recursos económicos provistos por la familia se combinan con recursos propios de los y las jóvenes para sostener y mejorar las condiciones habitacionales. En consonancia con otras investigaciones sobre hábitat popular (Comas y Márquez, 2017; Di Virgilio y Gil y de Anso, 2012), notamos que los trabajadores con inserciones formales y estables pueden recurrir a sus ingresos laborales y articular estrategias de ahorro previo, mientras que quienes tienen inserciones intermitentes y mayormente informales dependen en mayor medida de las ayudas brindadas por su familia, ya que encuentran limitadas sus posibilidades de ahorro previo o incluso de acceder al sistema financiero formal.

⁴⁶ Cabe considerar que, en tanto propia, la vivienda también es un activo central en las estrategias familiares de reproducción social, ya que puede utilizarse, por ejemplo, para la realización de un microemprendimiento productivo o comercial. Al respecto, véase Comas y Márquez (2017).

La ausencia de estas ayudas familiares marca las experiencias de Kevin y Gabriela, jóvenes solteros protagonistas de la salida forzada, quienes carecen de una red familiar propia o “prestada” por la pareja. A diferencia del resto de los entrevistados, tanto Kevin como Gabriela tuvieron que recurrir al alquiler de una pieza en hotel-pensión o casa familiar. Debido a este acceso mercantilizado, la salida forzada puede acarrear mayores riesgos sociales, dado que la inestabilidad y la precariedad laboral impactan directamente en sus experiencias. Por el contrario, quienes cuentan con el apoyo de la familia de origen o de la familia de la pareja resuelven sus necesidades sin recurrir al mercado y, por lo tanto, sus modos de habitar están menos condicionados por sus ingresos monetarios.

En sectores medios, la ayuda familiar resulta notoria entre quienes pertenecen a familias profesionales y propietarias de una vivienda, o incluso de más de una. En algunos relatos advertimos que, cuando la herencia se demora (por el aumento de la esperanza de vida), la situación habitacional de las generaciones jóvenes se presenta como una problemática familiar en el presente. ¿Cómo asegurarles el porvenir a los hijos cuando el estudio y el trabajo parecen no alcanzar para concretar el “sueño de la casa propia”? ¿Qué hacer para lograr una reproducción social ampliada? En estos casos, los y las jóvenes resuelven sus necesidades habitacionales mediante “inversiones residenciales” que, a modo de inversiones afectivas, realizaron hacia ellos sus padres y en ocasiones sus abuelos. Así, entre las formas de ayuda familiar en sectores medios, identificamos el regalo o préstamo de una vivienda, el “credipapis” y la ayuda monetaria.

El regalo de vivienda constituye un acto respaldado por un trámite legal de donación y escrituración que inaugura al joven en su condición de propietario. En la vivienda regalada no hay una restricción temporal sobre la tenencia del bien, ni un costo monetario por su uso o adquisición, pues el bien le pertenece al joven. Tal como evidencia la historia de Matías, así como han invertido en su educación, sus padres realizaron una suerte de “inversión residencial” pensando en el bienestar de su hijo. Fuertemente asociada a estrategias de consolidación familiar y de la propia posición social, la vivienda regalada se revela como un modo de dejarle a la descendencia una

propiedad que les asegure el patrimonio, y que también les permita proyectar en el presente, por ejemplo, la salida del hogar de origen⁴⁷.

En esta dirección también opera el préstamo de una vivienda. Esta forma de ayuda se trata de una transferencia sin mediación de instituciones ni contratos, por la cual el propietario –en general, los padres– entrega el usufructo del bien por un tiempo más o menos determinado, sin perder su propiedad. En este tipo de intercambio hay una temporalidad establecida, ya que el propietario espera –de forma más o menos explícita– su devolución. No obstante, opera como una suerte de temporalidad “a la carta”, ya que el tiempo de duración es flexible y se ajusta a las necesidades del joven.

Mientras el regalo supone la tenencia como propietario, el préstamo establece una situación particular que denominamos “ocupante preferencial”. Con esta expresión aludimos a aquel joven que habita una vivienda prestada por su familia y asume tal responsabilidad con una serie de beneficios económicos: no paga alquiler o abona un alquiler simbólico, no debe afrontar gastos de entrada al departamento, ni requiere contar con una garantía propietaria ni con un recibo de sueldo, entre otros. Tanto en el caso del regalo como del préstamo, la vivienda no asume la forma de mercancía, ya que los jóvenes la obtienen sin haber recurrido al mercado.

El “credipapis”, tal como lo denominó una de las entrevistadas, constituye un financiamiento familiar por el cual se obtiene una vivienda en propiedad. La familia de origen opera como un “banco” o prestamista brindando el dinero que habilita la operación de compra. Las condiciones del préstamo, así como los modos y los plazos de su devolución, se negocian y se definen de acuerdo con el contenido afectivo del vínculo y la solidaridad que le es propia. Por su parte, la “ayuda monetaria” se trata del préstamo o regalo de un monto de dinero, significativamente menor al “credipapis”, que se utiliza para costear los gastos implicados en la “entrada” a un departamento en alquiler. Bajo estas formas monetizadas de la ayuda familiar, los y las jóvenes

⁴⁷ Considerando que el regalo de vivienda proviene de una herencia recibida por sus padres al fallecer la abuela, la historia de Matías también podría estar evidenciando los efectos de la prolongación de la esperanza de vida en la dinámica de la herencia y, por tanto, en las estrategias reproductivas de las familias. Al extenderse la expectativa de vida, no sólo cambia la composición de la parentela sino también la temporalidad de la transferencia de recursos entre generaciones (Torrado, 2003). Así, el dinero heredado puede “saltar” una generación y circular dentro de la familia, regulado por la norma del afecto o, en términos de Bourdieu (1997), “el espíritu de familia”.

movilizan el capital económico de su familia de origen –dinero– y lo articulan con su propio capital para concurrir al mercado y comprar o alquilar una vivienda.

Entre los sectores medios, las historias de Andrés y Noelia muestran cómo, a pesar de tener empleos estables e ingresos “altos” (como ellos mismos lo indican), el precio de las viviendas y las condiciones de los créditos no les permitieron acceder a la propiedad, por lo cual debieron volcarse al mercado de alquiler. Si recordamos el relato de Noelia, quien tenía condiciones laborales similares, podemos notar que la diferencia entre ella y Andrés radica en el acceso al “credipapis”. De no contar con ese préstamo monetario familiar, ella tampoco hubiese podido comprar una vivienda. De la misma manera, gracias a la ayuda de sus padres, que les prestaron un departamento, tanto Pablo como Rocío pudieron emprender la salida del hogar de origen aun cuando no contaban con un trabajo remunerado ni tenían ingresos estables. En general, los que no cuentan con el respaldo económico de sus padres recurren a sus propios ingresos laborales y a los apoyos horizontales, tales como la asociación con amigos o en pareja, para alquilar y compartir los gastos.

Las historias indagadas en sectores medios y sectores populares sugieren que la movilización de recursos familiares no sólo está condicionada por la situación socioeconómica de la familia de origen, sino también por los códigos culturales sobre la afectividad, la domesticidad y el habitar que rigen en cada grupo social. Como señalamos en el primer apartado, la familia de origen ayuda siempre y cuando apruebe aquello para lo cual ofrece tal ayuda, de manera que suele funcionar como un operador moral para prescribir formas de vida juveniles. En estas ayudas se transmiten deseos personales, proyectos de vida y mandatos de los padres que no siempre reconocen las particularidades de la condición juvenil. Así, a través del mecanismo de la ayuda, el contexto familiar de origen habilita a la vez que restringe las oportunidades habitacionales de las generaciones jóvenes tanto en términos económicos como culturales.

En sectores medios, las ayudas familiares buscan contribuir a la individuación, es decir, ayudan a los jóvenes como individuos para favorecer su “crecimiento personal”. En efecto, las viviendas regaladas o prestadas, los “credipapis” y las “ayudas monetarias” suelen realizarse de manera exclusiva hacia el joven o la joven, reguladas por el “espíritu de familia” (Bourdieu, 1997). En cambio, en sectores populares la ayuda

es movilizada cuando aparece la descendencia ya que, tal como analizamos, sólo se torna legítimo construir un espacio propio cuando interviene la formación de una familia; al ser respaldada moralmente, también cuenta con respaldo económico. Los hijos parecen operar aquí como medios de negociación, a través de los cuales se conquistan espacios, recursos, reconocimiento y privilegios en el contexto familiar de origen.

Ahora bien, en tanto sistema de intercambio, la ayuda familiar ofrece recursos y, a la vez, insta una deuda (Bourdieu, 1997). En sectores populares, esa deuda es ante todo económica y, lejos de ser encubierta, se dialogan y se acuerdan los plazos y modalidades de devolución. Evelin, por ejemplo, señala que era un “alquiler común” el que arregló con su madre para ocupar una de las piezas. Juan indica que su suegra le prestó dinero con la condición de que se lo devolvieran. En un contexto de escasez de recursos, el intercambio económico no se disimula y se ofrece sin disfraces ni eufemismos.

En sectores medios, la deuda nunca es solamente económica y, de hecho, en el menor de los casos requiere de una devolución en términos monetarios. Definir las condiciones de la ayuda familiar forma parte de la construcción de un espacio propio, porque los beneficios económicos obtenidos acarrearán costos morales. Aun cuando se presentan como actos unilaterales, “gratuitos” y desinteresados, los regalos –al igual que los préstamos– constituyen un intercambio, es decir, es “... un dador-dador que no puede confesarse como tal” (Bourdieu, 1997). El dinero regalado, el “credipapis”, la vivienda prestada o el regalo de una casa se vuelven un terreno de lucha por la autonomía, un campo de batalla que se revela central en la construcción subjetiva de los y las jóvenes de sectores medios⁴⁸.

El préstamo de una vivienda tampoco es gratuito; al ingresar en esta lógica, se pasa a estar en deuda con los padres y, tal como señalan los y las jóvenes, ellos lo hacen sentir a través del control y el cuestionamiento sobre los usos de ese espacio habitacional. A través del pago de un alquiler, Pablo encontró un modo de saldar esa deuda. Al abonar el alquiler, paga por el uso libre e incondicionado del espacio, es decir, por su autonomía. En lugar de dar explicaciones sobre sus actos a cambio de

⁴⁸ En otro trabajo (Felice, 2018) abordamos en profundidad las articulaciones entre economía y afectividad que operan en la conquista de la vivienda de los y las jóvenes de sectores medios, desde el enfoque de los estudios sociales de la economía (Figueiro, 2013; Wilkis, 2015; Zelizer, 2009).

utilizar el espacio, da dinero. Al simular la lógica mercantil, el costo económico reemplazaría el costo moral: que su padre tenga todavía “autoridad fuerte” sobre él. Este alquiler no responde a una necesidad económica de los padres, sino que tiene una utilidad simbólica para el joven, pues expresa su independencia.

El caso fallido de Daniela muestra una serie de condicionamientos bajo los cuales puede operar el “credipapis”. De alguna manera, el préstamo sin interés (económico) tenía intereses implícitos (morales): condicionar la orientación sexual de la joven. Además, recibir ese dinero tenía para ella un costo emocional y afectivo, pues si bien ganaba una vivienda, perdía autonomía. En la misma dirección se pronuncia Clara, a quien le prestaron dinero para mantener el hogar. Recibir –y definir– el dinero familiar como un préstamo, y no como un regalo, es un modo de demostrarles a sus padres que ella “también puede”. En este sentido, el dinero se vuelve un terreno de lucha para defender la independencia.

Tanto en sectores medios como populares, junto a la familia de origen, las experiencias juveniles evidencian que la pareja también puede funcionar como capital para conseguir un lugar donde vivir, en tanto ofrece recursos económicos y redes de relaciones, tales como terreno, dinero, garantía propietaria, mano de obra, objetos de equipamiento, entre otros. Las relaciones de amistad, en cambio, son un recurso exclusivo entre los y las jóvenes de sectores medios, lo que se vincula con el lugar preponderante que adquieren en su cotidianeidad, al postergarse la familia propia. En este grupo social, vivir con amigos no sólo es una modalidad de convivencia sino también la estrategia de acceso a una vivienda, ya que la asociación económica y residencial resuelve la encrucijada: el deseo de “irse a vivir solo” y la dificultad de concretarlo de manera individual. Al “poner en común” el capital económico de cada uno, se conforma una suerte de capital económico colectivo que les permite alquilar. Ahora bien, en ningún caso esta dimensión colectiva involucra la autogestión en términos de producción social del hábitat; más bien, las alianzas juveniles constituyen una estrategia para participar del mercado habitacional.

Así, tanto en sectores medios como en sectores populares, la intervención de la familia de origen reproduce las condiciones habitacionales. En sectores medios, a través de mecanismos que implican movilizar dinero, e incluso grandes sumas de dinero líquido, por ejemplo, para comprar. En sectores populares, mediante el regalo o

préstamo de una porción del terreno o una parte de la vivienda parental, y con ayudas monetarias de menor envergadura e intermitentes, de acuerdo con la coyuntura familiar. A su vez, en ambos grupos la ayuda de las familias constituye una vía de transmisión de modelos y mandatos sobre la afectividad y el habitar.

3. Las dinámicas de convivencia

¿Cómo habitan el espacio propio? ¿Qué modelos culturales intervienen en los modos de practicar, compartir y significar el hogar? ¿Qué formas adopta la afectividad? ¿Cómo organizan la vida cotidiana? En sectores medios la salida del hogar parental representa un hito en la experiencia vital, vinculado con la adquisición de responsabilidades y capacidades para manejar asuntos cotidianos que antes estaban a cargo fundamentalmente de sus padres. En cambio, en sectores populares varias de esas tareas domésticas, asociadas a una vida independiente, ya eran asumidas como responsabilidades propias en el hogar de origen, de manera que la transición residencial representa ante todo una ganancia en términos de espacio físico, privacidad e intimidad. A su vez, en sintonía con las tendencias sociodemográficas, mientras la vida en familia aparece como la modalidad de convivencia predominante en sectores populares; en sectores medios se observa una postergación de la llegada de la descendencia, de manera tal que la familia propia no suele formar parte de la experiencia juvenil.

A fin de considerar estas diferencias al analizar las dinámicas de convivencia en el espacio propio, en vez de adoptar como criterio de clasificación el tipo de hogar conformado (horizontal, unipersonal o conyugal, tal como se realizaría desde una perspectiva demográfica), optamos por clasificar los espacios habitados según sean familiares o no, ya que la presencia de los/as hijos/as introduce rasgos específicos a las dinámicas de convivencia. De esta manera, distinguimos dos configuraciones habitacionales: la “casa familiar” y la “casa juvenil” –habitada solo/a, con amigos/as o en pareja–.

3.1. La “casa familiar”

En sectores populares la “casa familiar” es la forma predominante que adopta la construcción de un espacio propio: de los 19 jóvenes entrevistados, 16 habitan en familia. Este carácter familiar le impone ritmos y modos específicos a los arreglos

domésticos y económicos, sobre todo cuando los hijos/as son pequeños/as. No obstante, la posición de padres y madres se articula con su condición de jóvenes, nativos de una particular coyuntura histórica, lo que involucra coordenadas económicas y culturales compartidas con los y las jóvenes de sectores medios. Así, aunque se distingue de la “casa juvenil” y está anclada en una experiencia de clase, en la “casa familiar” es posible encontrar algunas similitudes en las orientaciones valorativas de sus moradores, en particular respecto a los usos del dinero.

Míguez y Semán (2006) afirman que para las generaciones jóvenes resulta difícil conectar esfuerzo con progreso, tal como sucedía en generaciones anteriores, cuando el acceso a la educación y al trabajo permitía imaginar un futuro que se vislumbraba más o menos estable. Así, mientras las generaciones anteriores buscaban atesorar el dinero, las generaciones contemporáneas valorizan la dimensión del disfrute asociada al tiempo presente y a la lógica de la satisfacción más o menos inmediata. Esto resulta particularmente significativo en sectores populares, donde las posibilidades de elección se encuentran acotadas por un contexto de urgencias y escasez de recursos económicos.

Aunque los padres transmiten formas legítimas de usar y conservar el dinero, éstas no operan sobre una tabula rasa, sino que son apropiadas y reactualizadas en la experiencia subjetiva de los y las jóvenes. Frente a los mensajes de su madre –“ahorrá, ahorrá”–, Evelin quería “darse un gusto”. Algo similar destaca Marcelo, al señalar que su suegra opinaba sobre sus gastos cuando, por ejemplo, a pesar de estar “ajustados con la plata”, en lugar de comprar material para la edificación, ellos decidían “darse un gustito” y salir de paseo o a comer afuera. Entre estos jóvenes, pasar un “buen momento” o “darse el gusto” constituye una “manera de reapropiarse de la propia vida” (Figueiro, 2013: 84).

Ahora bien, estas prácticas centradas en el ocio y el placer se encuentran limitadas no sólo por el contexto de escasez de recursos económicos, sino también por su particular situación biográfica: el hecho de tener hijos/as a cargo. De alguna manera, mientras la condición juvenil motiva valores como el ocio y el placer, la condición de padres y madres moviliza valores como el control, el sacrificio y la capacidad de proyectar el futuro, con independencia de la condición etaria. Así, la familia propia activa otras ecuaciones y formas de evaluación monetaria, en las que adquiere

protagonismo el “dinero cuidado” (Wilkis, 2013) como mecanismo de “inversión” en la educación de los hijos o la vivienda y poder “dejarle algo” a la descendencia.

En cuanto a la organización de la cotidianeidad, un acercamiento preliminar a la “casa familiar” en sectores populares evidencia que suelen reproducirse formas tradicionales de concebir los roles de género. Mientras las mujeres son quienes se ocupan de las tareas domésticas y de cuidado, los varones se encargan del trabajo fuera del hogar. Como consecuencia, las jóvenes suelen movilizar recursos monetarios que deben solicitarles a sus parejas varones. Sin embargo, no hallamos un único modelo de organización de las prácticas y de las tareas cotidianas. Al adentrarnos en las dinámicas de convivencia, identificamos arreglos domésticos más flexibles entre aquellas parejas cuya convivencia, así como la llegada de la descendencia, ha sido fruto de un proyecto compartido. Mientras en las experiencias de Jérica, Candela, Evelin y Walter persiste un fuerte arraigo del modelo de familia patriarcal; en las de Rubí, Gisela y Marcelo, y Juan y Angie aparecen aires de cambio que van erosionando la estructura tradicional.

3.1.1. Las huellas de los roles de género tradicionales

En las historias de Jérica, Candela y Evelin –quienes estaban separadas al momento de la entrevista– advertimos que la división sexual del trabajo aparece como una forma habitual de organizar la vida doméstica, al punto tal que mujeres y varones asumen las tareas domésticas y extradomésticas como ámbito de su “responsabilidad”. La organización interna es jerárquica y se aleja en gran medida del ideal igualitario, lo que responde a un modelo tradicional en el que el jefe de familia es el que concentra el poder, y a la vez el eje a partir del cual se organiza la vida familiar, la convivencia y la sexualidad (Jelin, 2010). Bajo estas condiciones socioculturales, las jóvenes tienen poco margen para desarrollar espacios de autonomía.

Las mujeres cuentan con menos posibilidades de decidir en qué usar su tiempo libre, con quién salir y a dónde, en comparación con sus pares varones. En rigor, la “responsabilidad” sobre las tareas de cuidado del hogar y la familia se hace evidente no sólo cuando las jóvenes las formulan de modo explícito, sino también cuando, al realizar otras actividades, piden permiso para ausentarse del hogar o se disculpan con sus parejas por no poder cumplir con los mandatos. Por ejemplo, al retomar sus estudios, Jérica le pidió disculpas a su marido por “plancharle las camisas” en el día en

lugar de hacerlo por anticipado; Evelin se disculpó con su pareja porque ya no podría cuidar al hijo de él, ya que volvería a trabajar en el puesto de La Salada. En sintonía con lo señalado por otros estudios (Eguía y Ortale, 2007; Jelin y Faur, 2013; Krause, 2016), las jóvenes manifiestan que incluso conseguir un trabajo remunerado o continuar estudiando resulta más difícil cuando los hijos son menores, pues la atención y el cuidado de los pequeños suele ser la actividad que más tiempo les demanda.

En las historias de Jérica, Candela y Evelin, los roles se ciñen a una sociabilidad doméstica tradicional, en la cual la mujer se encuentra abocada al enclave doméstico, fuertemente controlada por el varón; quien, por el contrario, es libre de circular por otros espacios sin la presencia ni el “permiso” de la mujer. En el marco de esta organización doméstica, las jóvenes también relatan cómo sus parejas las controlaban a través del dinero, ya sea porque se lo daban “a cuenta gotas” o porque les ocultaban cuánto ganaban. En estos casos, más que solicitarlo, las jóvenes debían implorarlo. Para ellas cuestionar que fuese el marido quien controlase el dinero resultaba difícil dada la fuerza del modelo del varón proveedor.

Sus modalidades de convivencia evidencian maneras específicas en las que aparece el machismo y la desigualdad de género; los testimonios de estas mujeres ilustran cómo el “sueño” del hogar familiar puede resultar una pesadilla, en tanto escenario de conflictos familiares, violencia verbal y física, celos e infidelidad. Evelin, por ejemplo, asocia la convivencia con Rubén a una “decadencia” que comenzó con un cambio de actitud al que describe con frases del tipo “me volví muy sumisa”, “me volví muy tonta” y “me dejaba dominar por él”. Para esta joven, la construcción de un espacio propio con Rubén fue el fin de su “rebeldía”, término que utiliza para enfatizar que ella solía expresar sus deseos y elegir sus acciones, incluso cuando eso implicara desobedecer los designios de su madre.

Estas parejas conforman hogares inestables tanto en términos económicos como afectivos. Los varones de estas historias no parecen cumplir ni con el rol de padre ni con el de compañero; en sus movimientos pendulares de irse y volver, configuran una afectividad fugitiva. Así, nacidos como noviazgos acelerados, se forman familias vertiginosas con afectividades lábiles. Bajo estas condiciones, para estas jóvenes la transición residencial, lejos de brindarles autonomía, les teje nuevas ataduras: más que

habitar un espacio propio, viven un espacio ajeno, con poco margen para su desarrollo personal.

Sin embargo, la persistencia de las condiciones opresivas de la vida doméstica puede operar como motor de cambio. Aunque asumen como su responsabilidad el cuidado de los hijos y las tareas domésticas, estas jóvenes también comienzan a rechazar la distribución desigual basada en roles de género tradicionales. Sin llegar a criticar abiertamente el supuesto destino de las mujeres en relación con el cuidado de los hijos o la realización de tareas del hogar, Jérica, Evelin y Candela adoptaron una postura desafiante y resistente cuando, por ejemplo, se negaron al deseo de sus parejas de tener más hijos. Evelin se ligó las trompas después del último embarazo, Candela abortó con el apoyo de agrupaciones del barrio y Jérica se impuso en una pelea que desencadenó la separación y su regreso al hogar de origen. En esta negativa a ampliar la descendencia encontramos, por una parte, el reconocimiento de que a través de los hijos sus parejas pretenden extender el dominio sobre ellas; por otra parte, un deseo de desarrollo personal, que permanecía latente y sólo había sido suspendido con la irrupción de los hijos. Para Jérica, por ejemplo, había llegado el momento de “ser egoísta” y concretar sus proyectos de estudio para insertarse en el mercado laboral.

Con estas prácticas y acompañadas por redes familiares u organizaciones barriales, las jóvenes fueron ganando fuerza para enfrentar el control que sus parejas ejercían sobre ellas. Ya separadas, al rememorar sus biografías afectivas, evidencian una reflexividad crítica con respecto a la experiencia vivida y una predisposición a “no repetir la historia”. En este marco, la separación adquiere un sentido de libertad; aun cuando las lleva a enfrentar solas la manutención del hogar y la familia, esas experiencias fallidas las empoderan, al abrirles nuevos horizontes para su desarrollo personal.

3.1.2. Los aires de cambio

Las historias de Rubí y Carlos (su pareja), de Gisela y Marcelo, así como de Juan y Angie, reflejan arreglos domésticos más flexibles, en los que ciertas formas tradicionales de concebir los roles de género coexisten con modos alternativos de masculinidad y femineidad. En estos casos, la división del trabajo no se presenta de una manera antagónica y estática: en ocasiones, aparece como una posibilidad el intercambio

recíproco de roles. Asimismo, los arreglos económicos resultan más igualitarios respecto a las parejas previamente descriptas: tanto Rubí como Gisela señalan que sus parejas dejan el dinero en la casa y ellas “sacan” cuando necesitan. Al contar cómo administraban el sueldo de Marcelo, Gisela destaca que “la plata siempre fue de nosotros dos”. Sin generar una ruptura total con los mandatos tradicionales, consideramos que estas parejas han incorporado nuevos hábitos y discursos sobre la afectividad y la organización de la cotidianeidad familiar.

En general, las historias de las jóvenes manifiestan la presencia de horizontes y expectativas que van más allá del mundo de la familia. Completar o continuar los estudios se vincula con la búsqueda del desarrollo profesional, y tener un empleo aparece ligado a la conquista de independencia económica, antes que a la exclusiva necesidad de contribuir con sus ingresos a una economía doméstica. Gisela comenta que la maternidad y el hecho de estar “encerrada” con los hijos la sofocaban, porque estaba acostumbrada a “salir y trabajar”. Estas expectativas, así como el apoyo moral de sus parejas, dan cuenta de la apropiación de roles de género menos tradicionales.

Asimismo, tanto en las expectativas de estas mujeres como en los relatos de Juan y de Marcelo, aparece un discurso en torno al cuidado de los hijos y la cercanía emocional con ellos, que los aleja de la imagen de una autoridad inquebrantable y disciplinadora. Estos varones se distinguen de las parejas de Jérica, Evelin y Candela, pues no cumplen un rol despótico ni autoritario, ni pretenden ejercer un férreo control sobre las actividades de la mujer. Mientras aquellos se quejaban por el “ruido” que los hijos hacían mientras jugaban o por su mera presencia en el hogar, Juan y Marcelo valoran “estar” y “dedicarles tiempo”, y así lo expresan en demostraciones de cariño y afecto, lo que a su vez denota que no son considerados aspectos eminentemente femeninos.

Para Marcelo y para Juan, la llegada de los hijos desencadena una reestructuración de la biografía, a la que le atribuyen un valor positivo. Los testimonios de Juan sugieren que la paternidad y el hogar familiar establecen una “responsabilidad” que, mientras en las mujeres solía traducirse en la asunción de las tareas de cuidado y el abandono de sus proyectos laborales y educativos, en los varones aparece como un compromiso respecto a la participación en el mercado laboral. Con el cambio de la situación biográfica, el trabajo remunerado adquiere para él nuevos sentidos: si hasta

entonces los ingresos laborales eran para uso personal y, en ocasiones, para aportar al hogar de origen, con la conformación de la pareja y la llegada de los hijos, estos ingresos son para proveer el bienestar de la propia familia.

Así, la conformación de una familia aparece en el relato de Juan como un eje ordenador de su biografía, que marca un punto de inflexión: con 18 años, y después de “diez años de joda”, era el momento de cambiar. De alguna manera, su testimonio reafirma la capacidad de la formación de una familia para consumir la “moratoria social” que entre los y las jóvenes de sectores populares operaría a edades más tempranas. Asimismo, la familia propia permitiría encontrar un sentido de pertenencia, después de que durante años éste hubiese girado en torno al grupo de pares, la “calle” y las prácticas cotidianas asociadas a los consumos culturales y la experimentación del “aguante” (Garriga Zucal y Moreira, 2006; Gentile, 2017; Silba, 2018).

Más allá de las dificultades impuestas por el contexto de precariedad e inestabilidad laboral, Juan y Marcelo experimentan el trabajo remunerado como una “responsabilidad” propia, asociada al “cuidado” de la mujer y de sus hijos. En este sentido, la formación de la familia activa una identidad masculina construida sobre la capacidad de constituirse en “proveedores”. Ahora bien, pareciera que este modelo de varón proveedor-protector del hogar no se limita a la búsqueda del éxito económico, sino también a proveer demostraciones de cariño y afecto.

Estas nuevas negociaciones en los roles de género y las relaciones de pareja abren un espacio de mayor diálogo, en el que no necesariamente una de las partes tiene el control y el dominio sobre el resto. De hecho, si bien persisten relaciones de desigualdad, el varón no siempre impone su voluntad, de manera que en la organización de la vida cotidiana se toman decisiones compartidas. Esto también se advierte en la manera en que evalúan “agrandar la familia”. Orientadas a concretar proyectos de desarrollo personal, las jóvenes indican que no quieren tener más hijos y así lo acordaron con sus parejas, lo que denota mayores niveles de autonomía femenina, aun cuando en el caso de Angie la realidad nuevamente se haya impuesto por sobre sus expectativas.

La adhesión simbólica a un modelo de familia planificada y reducida, extendido ampliamente en los sectores medios, puede comprenderse en relación con el entorno socioeconómico y cultural de estos jóvenes de sectores populares. Por una parte, el

hecho de que al menos uno de los integrantes de la pareja se encuentre inserto en un empleo relativamente estable otorga previsibilidad a los ingresos y favorece la planificación futura. Por otra parte, al emprender proyectos educativos, las jóvenes se inscriben en una cultura universitaria que las acerca a espacios de interacción donde se valora la vida individual y la realización personal. Estas condiciones socioeconómicas y culturales parecen promover una temporalidad menos regida por la inmediatez, que atraviesa tanto su vida afectiva como doméstica.

Los aires de cambio, que hacen a las identidades de género más flexibles, favorecen las transformaciones de las relaciones familiares. El hecho de que estas parejas continúen juntas podría ser un indicador de cómo contribuyen los cambios culturales al desarrollo de convivencias menos conflictivas y más duraderas. Mientras las primeras parejas se han separado y las mujeres han atravesado diversas situaciones de violencia, las segundas valoran el espacio propio construido en familia y fundado sobre la base del consenso y de un reparto más equitativo del ejercicio de la autoridad. Consideramos que las experiencias relatadas manifiestan el asomo de otras formas posibles de afectividad y domesticidad en sectores populares, aun si no implican un quiebre absoluto del modelo de familia patriarcal, sobre todo en lo que refiere a la distribución de las tareas domésticas por género.

3.2. La “casa juvenil”

Proponemos la categoría “casa juvenil” para definir una configuración habitacional que se distingue tanto de una casa familiar de origen como de una casa familiar de destino. La “casa juvenil” es un espacio signado por la “moratoria vital” y la “moratoria social”, que caracteriza la experiencia de los y las jóvenes de sectores medios, aunque también puede surgir entre algunos jóvenes solteros de sectores populares como consecuencia de una salida forzada del hogar de origen. En primer lugar, por su crédito temporal la “casa juvenil” se presenta como un espacio inaugural, experimental y en vías de desenvolvimiento. En segundo lugar, por su posición en la estructura temporal, estos jóvenes son “nativos del presente” y “sujetos en formación” bajo circunstancias históricas específicas, por lo que este espacio habitacional también es “nativo del presente” y una obra en construcción. Por último, esta “casa juvenil” es un producto de la “moratoria social” que, como tal, la constituye.

Dentro de esta “casa juvenil” hemos inscripto la “casa unipersonal”, la “casa de la amistad” y la “casa de novios”. Mientras la primera se registra tanto en sectores medios como en sectores populares, la “casa de la amistad” y la “casa de novios” aparecen sobre todo en sectores medios. En sintonía con lo señalado sobre los ritmos de la afectividad en sectores populares, notamos que la vida en pareja, sólo identificada en el “espacio adentro”, se abrevia por la llegada de los hijos. En cuanto a la “casa de la amistad”, aunque no descartamos que ocurra en sectores populares, cabría pensar que las características socioeconómicas y culturales de este medio social restringen las posibilidades de compartir un espacio con los pares de generación. Resulta infrecuente encontrar un/a amigo/a que comparta la misma situación biográfica (soltero y sin hijos) y, que de hacerlo, cuente con los recursos económicos suficientes para sostener un hogar, en un contexto sociocultural en el que, además, irse sin una familia propia tiene una connotación moralmente negativa.

Con la “casa juvenil” nos introducimos en una economía personal antes que familiar: el dinero ganado suele ser dinero que los y las jóvenes usan para sí. En general, los gastos están orientados a las necesidades cotidianas y destinados a satisfacer sus gustos en una temporalidad próxima. En sectores populares, donde los recursos económicos son escasos y, con frecuencia, inestables, las expectativas giran en torno al presente, antes que a la planificación para el mediano o largo plazo. En un contexto en el que la imprevisibilidad muchas veces deviene en riesgo, estos jóvenes procuran cubrir sus necesidades más inmediatas, pero también “darse ciertos gustos”, cuando sus ingresos se lo permiten.

En sectores medios, los y las jóvenes se proponen regular los gastos, algo que no necesariamente hacían mientras habitaban en sus hogares de origen, al no tener que aportar a la economía doméstica. Así, la construcción de un espacio propio les implica un aprendizaje sobre cómo administrar el dinero. Al cobrar su sueldo, “separan” el dinero para cubrir los “gastos fijos”, tales como alquiler, expensas, servicios domésticos, psicólogo/a, etc., aunque sin perder de vista el “disfrute”. En efecto, la administración del dinero también incluye costear una particular forma de vida que involucra salidas a comer afuera, diversión, consumos y vacaciones. De ahí que conservar la “calidad de vida” que tenían mientras habitaban con sus padres haya sido un aspecto que incluyen en la evaluación sobre la salida del hogar de origen.

En este sentido, pareciera que la condición juvenil en sectores medios, caracterizada por la conjunción de la “moratoria vital” y la “moratoria social”, aleja a estos jóvenes de sus mandatos familiares en los que priman los valores de control y sacrificio en pos de un proyecto futuro. Estos jóvenes—solteros y sin hijos— están “en plan vivir”; sus evaluaciones económicas manifiestan valores de placer y disfrute en el presente. Así, en sectores medios, la “casa juvenil” se inscribe en la búsqueda de aventuras, vinculadas con la adquisición de bienes, así como también con la acumulación de vivencias, aun cuando la capacidad de materializar tales deseos dependa de los ingresos disponibles. A su vez, aunque signados por una cultura más individualista, los y las jóvenes buscan compartir experiencias placenteras con sus afectos, en particular, con los/las amigos/as y la pareja (ocasional o estable).

Dentro de las configuraciones identificadas en esta “casa juvenil”, la “casa de la amistad” puede ser leída como una “casa de transición” que les posibilita experimentar un hogar propio, aunque no sea el definitivo. Este espacio habitacional, surgido de relaciones afectivas horizontales atravesadas por la confianza y la intimidad, le imprime una modalidad particular al hogar propio. Estos jóvenes no forman hogares independientes dentro de una misma vivienda. La mutua cooperación atraviesa tanto la gestión de la vivienda y el equipamiento del hogar como la administración doméstica. En los relatos aparece la figura del “fondo común” o “pozo de la casa” como modo de gestionar la convivencia. Así, la “casa de la amistad” se vive, se siente y se practica en conjunto. En este sentido, es una expresión material y simbólica de la amistad como espacio de sociabilidad, y funciona como un lugar de encuentro con los amigos y las parejas (ocasionales o estables). En efecto, las relaciones de amistad y los vínculos sexo-afectivos ocupan un lugar preponderante en la cotidianeidad de estos jóvenes sin hijos. Los amigos constituyen la “familia ad hoc”, con quienes se juntan, se encuentran y comparten su experiencia cotidiana.

Por su parte, notamos que la “casa unipersonal” de sectores medios no necesariamente involucra una independencia económica plena; en ocasiones, puede implicar un período inicial —más o menos prolongado— en el cual la casa del joven se configura como una “casa satélite” de la de origen, pues recibe transferencias monetarias bajo la forma de regalos o préstamos de la familia para costear los gastos domésticos. Estas casas satélites manifestarían experiencias de independencia relativa, e

incluso cierta desconexión entre la independencia económica y la independencia habitacional, algo que no se advierte en sectores populares debido, en parte, al carácter forzado de su salida del hogar parental y a contextos de origen signados por la escasez de recursos en un entorno familiar numeroso.

Tanto la “casa de la amistad” como la “casa unipersonal” posibilitan abrir el juego a la construcción de relaciones sexo-afectivas, ya que prestan lugar al sexo ocasional –a veces frecuente– y a la intimidad para construir nuevos vínculos que pueden devenir –o no– en noviazgos. Aun cuando los y las jóvenes de sectores medios provienen de familias en las que existe un alto grado de aceptación de las relaciones sexuales en la casa parental, buscan un espacio propio donde generar ámbitos de intimidad y cotidianeidad con la pareja. Este deseo singular se inscribe en el contexto sociocultural contemporáneo, en el que “... la pareja está basada en la intimidad y se espera que conjugue múltiples funciones: amistad, compañerismo, fidelidad, compatibilidad” (Margulis, Rodríguez Blanco y Wang, 2003: 128). En definitiva, contar con un espacio propio les permite experimentar convivencias fraccionarias, es decir, situaciones intermedias y provisionales en las que, al compartir lo doméstico, se profundiza el conocimiento del otro en un devenir cotidiano.

En cuanto a la “casa de novios”, también conforma un espacio de experimentación sexo-afectiva que se revela central en la consolidación de la pareja. Compartir un desayuno, cocinar juntos, mirar una serie, realizar compras en el supermercado son actividades cotidianas que van configurando una vida en común y ponen a prueba tanto la relación de noviazgo como la convivencia. Aquí advertimos que los arreglos económicos presentan similitudes con los trazados entre amigos, aun cuando implican una temporalidad diferente a la transitoriedad de la “casa de la amistad”, pues estos jóvenes esperan que la asociación económica y residencial perdure. Tanto Juan como Lucas y sus respectivas novias alquilaron un departamento mediante una alianza: la entrada al departamento y el alquiler constituyen gastos compartidos. En cuanto a la administración hogareña, establecen un criterio de división del dinero similar al de la “casa de la amistad”, pues se conforma un “pozo común” aunque de carácter flexible. Este manejo del dinero, con gastos consensuados, manifiesta modelos culturales claramente opuestos a los observados en ciertas parejas de sectores populares, en las que el dinero parece ser potestad del hombre.

En contrapartida, las tareas domésticas no siempre están distribuidas de manera equitativa: limpiar, lavar y, en menor medida, cocinar son actividades que recaen mayormente sobre ellas. En sintonía con lo advertido por otros estudios (Krause, 2016; López et al., 2012), también en sectores medios persisten formas tradicionales de división sexual del trabajo en el hogar. A pesar de verbalizar un horizonte de igualdad en el ámbito doméstico, a estos jóvenes pareciera costarles modificar esquemas internalizados que asignan roles de género. De ahí que Lucas hable de “ayudar” y no de realizar tareas domésticas junto con Vicky, que además de trabajar fuera del hogar desarrolla dentro de él todas las tareas. Es llamativo que el plural (“hacemos”) aparezca justamente en la salida al supermercado. Esta contradicción entre el plano intelectual y las prácticas concretas sugiere que los varones de sectores medios se encuentran ante una encrucijada, ya que pierden aquellas seguridades que les proveían los modelos femeninos tradicionales. Quizás la “casa de la amistad” y la “casa unipersonal” puedan operar como laboratorios donde aprender a cocinar y limpiar, tareas que no suelen realizar en sus hogares de origen y que podrían trasladar a posteriores casas “de novios” o “familiares”.

El camino recorrido evidencia que la salida del hogar de origen y la formación de un hogar propio no clausuran la etapa juvenil al concluir el proceso social de autonomía, tal como plantean algunos investigadores (Casal, Merino y Quesada, 2006). La transición residencial forma parte de la experiencia juvenil: tanto la “casa familiar” como la “casa juvenil” expresan, al tiempo que constituyen, modos diferentes de experimentar la juventud en el escenario contemporáneo. Mientras la primera muestra cambios y continuidades en las dinámicas domésticas de las familias jóvenes, la segunda expresa las consecuencias de la creciente individualización en los arreglos de convivencia juveniles. Por las responsabilidades que les acarrea, planteamos que la maternidad/paternidad puede ser concebida como el evento por excelencia que rompe con la “moratoria social”, debido tanto a su carácter irreversible como a la reducción de los márgenes de libertad para cambiar recorridos y experimentar. Mientras en sectores populares la formación de una familia ocurre “en” la juventud en tanto “moratoria vital”; en sectores medios suele ser el evento que culmina la etapa juvenil pues consume la “moratoria social”, ya habiendo agotado la “moratoria vital”.

CONCLUSIONES

La transición residencial atraviesa un significativo proceso de rearticulación como consecuencia de una serie de condiciones que plantea el escenario contemporáneo. Por una parte, la llegada a una vivienda constituye un camino cada vez más sinuoso y esquivo, dadas las dificultades para conseguir un empleo estable y las restrictivas condiciones del mercado habitacional. Las propiedades son inaccesibles en relación con los ingresos medios y ante la ausencia de créditos hipotecarios viables; alquilar en el mercado formal se ha tornado una odisea frente al aumento de los precios y de los requisitos exigidos por los arrendadores, fenómeno que ha tenido su correlato en el mercado informal, donde los precios se incrementan al calor del crecimiento de la demanda; y la opción de edificar resulta costosa por los elevados precios de los materiales y la escasez de terrenos disponibles. Por otra parte, se han flexibilizado los mandatos culturales tradicionales referidos a la afectividad, la sexualidad, la pareja y la familia, con efectos en las actitudes, los modos de actuar y las maneras de relacionarse: la experimentación en los vínculos sexoafectivos se ha tornado más frecuente y aceptada, se ha postergado la maternidad/paternidad y han aumentado las uniones consensuales en detrimento de las legales. En el ámbito doméstico, si bien siguen influyendo algunos valores y modelos del pasado, se introducen nuevas pautas de conducta y emergen arreglos de convivencia que no se limitan a la forma familiar.

Las experiencias de transición residencial de las generaciones recientes llevan la marca de este particular tiempo histórico y social en el que les toca vivir su juventud, aunque el impacto de este contexto depende de su condición socioeconómica y de género. El proceso de transición residencial opera sobre la base de desigualdades sociales que atraviesan la experiencia juvenil, a la vez que participa en su reproducción, ya que sus modalidades repercuten en el devenir de las trayectorias juveniles. En particular, la familia de origen, en tanto ámbito de vida, se ha revelado central para comprender cómo los y las jóvenes experimentan la construcción de un espacio propio. Agente socializador y subjetivador fundamental, la familia no sólo transmite recursos para conquistar un espacio habitacional, sino también modelos y mandatos sobre la afectividad y el habitar que estructuran las experiencias juveniles de transición residencial. La ayuda familiar –condicionada por los recursos económicos disponibles y

los códigos culturales– adquiere un peso significativo en los modos de construir un espacio propio, y hasta introduce diferencias dentro de un mismo sector socioeconómico.

En sectores medios, el proceso de transición residencial está asociado a la búsqueda de crecimiento personal, al desarrollo de la individualidad y a la acumulación de experiencias. Entre estos jóvenes opera un imperativo de autonomía individual formulado como deseo personal y, a la vez, promovido por los padres. Tanto la “casa de la amistad” como la “casa unipersonal” y “de novios” constituyen configuraciones habitacionales que se distancian del mundo adulto tradicional, pues son concebidas como ámbitos de experimentación y aprendizaje en el que hasta los arreglos de convivencia son vividos como provisorios.

En este sentido, las experiencias de sectores medios manifiestan la ruptura del patrón tradicional, que establecía el solapamiento de la transición residencial con la transición familiar. Ahora bien, aunque desestandarizadas respecto del formato tradicional y no necesariamente lineales, las trayectorias de estos jóvenes sí manifiestan un orden de prioridades que establece una secuencia de hitos más o menos previsible: primero un período de “inversión en vida”, tanto en términos educativos, laborales y afectivos como habitacionales, en el que puede haber frenos, vueltas, idas y venidas; luego, la formación de una familia, evento que es percibido como irreversible y para el cual se espera haber adquirido una posición laboral y económica estable.

En un contexto de agudización de las condiciones de acceso a una vivienda, los y las jóvenes de sectores medios deben lidiar con el deseo de independencia y el precio cada vez más alto de su autonomía. Aunque en sus testimonios remarquen la idea de “irse a vivir solos/as”, la formación de un hogar propio presenta una dimensión colaborativa en la que intervienen la familia de origen, los/as amigos/as y la pareja. Las historias indagadas permiten distinguirlos según sus contextos familiares y, con ello, diferenciar entre quienes tienen un “respaldo familiar”, entendido como soporte económico, y aquellos que deben armarse su “colchón”, porque la familia no opera como tal. En el primer grupo, se inscriben varios de los y las jóvenes que habitan una casa unipersonal; en cambio, en el segundo, encontramos a quienes buscaron en amigos/as o parejas un soporte horizontal, procurándose no sólo apoyo económico sino también afectivo.

Si bien la historia residencial de la familia de origen influye en los proyectos y en las expectativas de estos jóvenes, los aprendizajes generacionales, les permiten introducir modificaciones en los mandatos heredados, sobre todo en estos sectores medios, en los que las atmósferas familiares resultan menos autoritarias y más permeables a las demandas juveniles. Al adecuarse a su particular experiencia histórica, el “sueño de la casa propia” se vuelve una “trampa” que posterga o demora el objetivo final: la salida del hogar de origen. Aun cuando mantiene su vigencia en el horizonte residencial, estos jóvenes –con crédito temporal y social, y una herencia como promesa– revalorizan el alquiler por su utilidad social antes que económica: alquilar es una forma de “invertir en vida”.

El modo que adopta la transición residencial en sectores medios es un síntoma de los procesos de juvenilización dado que evidencia la extensión de la juventud, al menos como moratoria social, y el corrimiento de la adultez hacia edades mayores. Los y las jóvenes de sectores medios postergan ciertos compromisos asociados a la vida adulta, tales como la reproducción familiar, en pos de la experimentación y la “inversión en vida”. Esto no quiere decir que la familia deje de ser un proyecto; la vida familiar existe como horizonte pero no en el marco de su experiencia temporal actual.

En este sentido, hemos denominado “casa juvenil” a las configuraciones habitacionales que construyen al salir del hogar de origen: la “casa de la amistad”, la “casa unipersonal” y la “casa de novios”. Aunque también ha sido registrada en sectores populares –sólo entre jóvenes solteros y como consecuencia de una salida forzada–, la “casa juvenil” es la experiencia habitacional predominante en sectores medios. Estos jóvenes, signados por la conjunción de la moratoria vital y la moratoria social, habitan un espacio para sí, en el que ejercitan la autonomía personal y se reconocen como individuos.

La “casa de la amistad” manifiesta el lugar preponderante que las relaciones de amistad ocupan en la cotidianeidad de los y las jóvenes de sectores medios. Los/as amigos/as constituyen la “familia ad hoc”, con quienes se juntan, se encuentran y comparten su experiencia cotidiana. Por su parte, la “casa unipersonal” es la máxima expresión de los procesos de individualización que atraviesan las trayectorias juveniles de sectores medios; “vivir solo/a” aparece como una suerte de consigna generacional y una nueva modalidad de realización personal. Por último, la “casa de novios” sugiere

que los noviazgos también se inscriben en la lógica de los vínculos horizontales, aunque en sus dinámicas pueden hallarse rastros de los mandatos de género tradicionales. Con algunas similitudes con la “casa de la amistad” en lo que hace a los modos de practicar y significar el espacio, la “casa de novios” muestra la convivencia como una etapa de la construcción y consolidación de la pareja, antes que el resultado o producto de su conformación.

En sectores populares, la modalidad predominante de transición residencial involucra la experiencia de la maternidad/paternidad (planificada o imprevista) y la construcción de un espacio familiar. Al pretender comprender esta recurrencia advertimos una paradoja: la formación de una familia es la que promueve y, a la vez, legitima la búsqueda de autonomía juvenil. En efecto, en este contexto económico y cultural, quien se va del hogar parental por deseo personal es catalogado de “egoísta” y su salida es percibida como una suerte de “traición”. En cambio, los/as hijos/as permiten conquistar espacios propios ya que tornan aceptable la búsqueda de autonomía, intimidad y privacidad, al tiempo que otorgan beneficios –y hasta privilegios– en cuanto a los espacios habitados y los modos de habitarlos. De ahí que no aparezca en sectores populares la formulación de un proyecto de independencia habitacional por fuera de la formación de la familia y que el hogar unipersonal sea la consecuencia de una salida forzada antes que de una búsqueda, como ocurre en sectores medios.

Así, aunque la llegada de los/as hijos/as reduzca la “moratoria social”, dadas las responsabilidades que acarrea; lo cierto es que también constituye una herramienta para la construcción de autonomía, pues permite negociar espacios propios y ampliar los márgenes de la vida personal respecto de la vida familiar de origen. Consideramos que este argumento contribuye a explicar el fuerte arraigo del patrón tradicional caracterizado por la simultaneidad entre transición familiar y residencial, que contrasta con las tendencias de cambio advertidas en los sectores medios. A su vez, el argumento torna comprensible el hecho de que la construcción de un espacio propio como ámbito de desarrollo personal sólo resulte como consecuencia imprevista de una salida forzada: al quebrarse la red familiar, se habilita la ruptura con las pautas culturales y normativas en torno a la legitimidad de la autonomía sólo bajo la forma familiar.

A pesar de habitar en condiciones sumamente difíciles y precarias, los y las jóvenes de sectores populares logran construir un espacio propio a través de los usos y

apropiaciones que hacen de los espacios habitados. Entre ellos, la vivienda independiente –o “espacio afuera”– es sólo una de las formas que puede asumir el espacio propio y, en rigor, la menos frecuente. Tal como evidencian las modalidades “espacio adentro” y “espacio aparte”, la vivienda parental, con disponibilidad de terreno y una arquitectura maleable, es el recurso por excelencia que estos jóvenes emplean para conquistar un espacio. La relevancia de la ayuda familiar resulta notoria al analizar las experiencias de salida forzada de ciertos jóvenes solteros, quienes, ante el quiebre de la familia de origen y la ausencia de una red alternativa, deben recurrir al alquiler de piezas en villas u hoteles-pensión, lo que supone mayores riesgos e inestabilidad.

Al indagar los modos propios de nombrar y significar las experiencias habitacionales, hemos podido reconocer formas de experimentar la transición residencial que serían invisibilizadas desde el supuesto de la neolocalidad. Aunque configuran las expectativas residenciales de los y las jóvenes de sectores populares, el modelo de familia neolocal y el anhelo de la “casa completa” –con diferenciación de ambientes, baño y cocina independientes– no limitan sus opciones habitacionales. En este contexto económico y cultural, los espacios “adentro” o “aparte”, ya sea como pieza o “casa completa”, constituyen estrategias válidas para trazar fronteras y delimitar áreas de intimidad y privacidad, donde desarrollar una vida doméstica propia.

La transición residencial en sectores populares mantiene un patrón tradicional: los y las jóvenes suelen transitar desde una casa familiar de origen a una casa familiar de destino. En las dinámicas de convivencia de la “casa familiar” hallamos distintos modos de organización de las prácticas y las tareas cotidianas. Al tiempo que se reproducen formas tradicionales de concebir los roles de género, se observan arreglos domésticos más flexibles entre aquellas parejas cuya convivencia, así como la llegada de la descendencia, ha sido el resultado de un deseo compartido. En este sentido, planteamos que la planificación de la familia y su inscripción en el marco de una relación de pareja estable promueven modos más democráticos de experimentar la vida en familia.

La participación en espacios donde interactúan distintos sectores socioeconómicos –tales como universidades u organizaciones sociales y políticas– conecta a los y las jóvenes de sectores populares con horizontes socioculturales que expresan otras formas de concebir y vivir la afectividad. Esto tensiona los marcos

cognitivos heredados haciendo que algunas actitudes y prácticas pierdan su supuesta naturalidad. Así, tanto la separación de las parejas con arreglos domésticos desiguales como los aires de cambio en las dinámicas de algunas casas familiares evidencian que las pautas tradicionales pueden ser reelaboradas, cuestionadas y en algunos casos hasta rechazadas. Con “crédito temporal”, varias de las jóvenes de sectores populares emprenden o retoman proyectos personales asociados a la formación educativa o la inserción laboral, luego de haber concretado la formación de una familia.

El proceso de construcción de autonomía juvenil adquiere formas particulares en cada sector social y está moldeado por factores socioeconómicos y culturales. En sectores medios, la autonomía concebida como realización personal es un imperativo moral que se logra sobre la base de la inversión de la familia de origen. En cambio, en sectores populares remite a la formación de la familia y, en rigor, es la familia propia lo que la torna moralmente legítima. Aun en su diversidad, las escenas recorridas a lo largo de esta tesis muestran las peripecias de jóvenes que, al trazar fronteras y esbozar zonas propias, van fundando los cimientos de esa autonomía. Jóvenes hacedores que van construyendo espacios que los construyen y delineando un horizonte de múltiples independencias posibles.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramo, P. (2002). Uma teoria economica de favela; queatro notas sobre o mercado imobiliário informal em favelas e a mobilidade residencial dos pobres. *Revista Cadernos Ippur*, 16, 24-36.
- Asociación Civil por la Justicia y la Igualdad (ACIJ). (2016). *Buscar un techo. La problemática de los inquilinos y los alquileres en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires*. Buenos Aires: ACIJ.
- Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda (2015). *Mercado Inmobiliario de la Ciudad de Buenos Aires. Precio de oferta de venta de terrenos*. Buenos Aires: Ministerio de Desarrollo Urbano y Transporte.
- Appadurai, A. (1991). *La vida social de las cosas*. México: Grijalbo.
- Arancibia, M. (2016). Trayectorias habitacionales de las y los jóvenes: Construir un hogar propio en el área metropolitana de Buenos Aires entre 1999 y 2013. *Última Década, Proyecto Juventudes*, 24(44), 171-193.
- Ariès, P. (1991). Para una historia de la vida privada. En P. Ariès, y G. Duby, *Historia de la vida privada*. Buenos Aires: Taurus.
- Ariño, M., y Mazzeo, V. (2009). Siglo XXI en la Ciudad de Buenos Aires. ¿Cómo armar pareja y cómo vivir en familia? *X Jornadas Argentinas de Estudios de Población*. Catamarca: Jornadas Argentinas de Estudios de Población.
- Ariño, M., y Mazzeo, V. (2013). Estrategias familiares de la generación post-70 en la Ciudad de Buenos Aires: ¿jóvenes viejos o niños eternos? *Población de Buenos Aires*(17), 65-78.
- Arnett, J. J. (2000). Emerging Adulthood: A Theory of Development from the Late Teens through the Twenties. *American Psychologist*, 55(5), 469-480.
- Arriagada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. En I. Arriagada, *Familias y políticas públicas en América Latina: una historia de desencuentros*. CEPAL.
- Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Baer, L. (2008). Crecimiento económico, mercado inmobiliario y ausencia de política de suelo. Un análisis de la expansión del espacio residencial de la Ciudad de Buenos Aires en los 2000. *Revista Proyección*, 2, 5-31.
- Baer, L., y Kauw, M. (2016). Mercado inmobiliario y acceso a la vivienda formal en la Ciudad de Buenos Aires, y su contexto metropolitano, entre 2003 y 2013. *Revista EURE*, 42(126), 5-25.
- Ballent, A. (1999). La casa para todos: grandeza y miserias de la vivienda masiva. En F. Devoto, y M. Madero, *Historia de la vida privada en Argentina (tomo II)* (pp. 19-48). Buenos Aires: Santillana.
- Ballent, A., y Liernur, J. F. (2014). *La casa y la multitud. Vivienda, política y cultura en la Argentina moderna*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Beck, U. (2006). *La sociedad del riesgo: hacia la nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U., y Beck-Gernsheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Bendit, R., Hahn, M., y Miranda, A. (2008). *Los jóvenes y el futuro. Procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado*. Buenos Aires: Prometeo.
- Benítez, J., Felice, M., y Márquez, A. (2014). Primera Casa BA: Un programa en la encrucijada. *Revista Debate Público. Reflexión de trabajo social*(7), 120-130.
- Benza, G. (2016). La estructura de clases argentina durante la década 2003-2013. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Biggart, A., Furlong, A., y Cartmel, F. (2008). Biografías de elección y linealidad transicional: nueva conceptualización de las transiciones de la juventud moderna. En R. Bendit, M. Hahn, y A. Miranda, *Los jóvenes y el futuro. Procesos de inclusión social y patrones de vulnerabilidad en un mundo globalizado* (pp. 34-49). Buenos Aires: Prometeo.
- Binstock, G. (2010). Tendencias sobre la convivencia, matrimonio y paternidad en áreas urbanas de Argentina. *Revista Latinoamericana de Población*(6), 129-146.
- Binstock, G., y Gogna, M. (2015). La iniciación sexual entre mujeres de sectores vulnerables en cuatro provincias argentinas. *Sexualidad, salud y sociedad. Revista Latinoamericana*(20), 113-140.
- Bonvalet, C. (1997). Sociologie de la famille, sociologie du logement: un lien à redéfinir. *Revue Sociétés Contemporaines*(25), 25-44.
- Bonvalet, C., y Dureau, F. (2002). Los modos de habitar: decisiones condicionadas. En F. Dureau, V. Dupont, E. Lelièvre, J. P. Levy, y L. Thierry, *Metrópolis en movimiento: una comparación internacional* (pp. 69-87). Bogotá: Alfaomega.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (1999). Comprender. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (1999). Efectos de lugar. En P. Bourdieu, *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2010). *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial.
- Boy, M., Marcús, J., y Perelman, M. (2015). La ciudad y el encuentro de la diferencia. *Estudios demográficos y urbanos*, 2(30), 369-404.
- Brunet, I., y Pizzi, A. (2013). La delimitación sociológica de la juventud. *Última Década, Proyecto Juventudes*(38), 11-36.
- Busso, M., Longo, M. E., y Pérez, P. (2014). La estabilidad-inestabilidad laboral de jóvenes argentinos desde una perspectiva interdisciplinaria y longitudinal. *Cuadernos de Economía*, 33(63).

- Carman, M. (2006). *Las trampas de la cultura. Los “intrusos” y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Espacios del Saber.
- Carman, M. (2015). Cercanías espaciales y distancias morales en el Gran Buenos Aires. En G. Kessler (comp.), *El Gran Buenos Aires* (pp. 521-548). Buenos Aires: edhasa.
- Casal, J. (1996). Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*(75), 295-316.
- Casal, J., García, M., Merino, R., y Quesada, M. Á. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers, Revista de Sociología*, 79(798), 21-48.
- Casal, J., Masjoan, J., y Planas, J. (1988). Elementos para un análisis sociológico de la transición a la vida adulta. *Política y Sociedad, Verano*(1), 97-104.
- Castel, R. (2004). *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- Cattenazi, A. (2011). La planificación urbana en cuestión. *Voces en el Fenix*(5).
- Cecconi, S. (2003). Cuerpo y sexualidad: condiciones de precariedad y representaciones de género. En M. Margulis, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires* (pp. 177-197). Buenos Aires: Biblos.
- Cetrángolo, O. y Curcio, J. (coords.) (2017). *Análisis y propuestas de mejoras para ampliar la Asignación Universal por Hijo*. Buenos Aires: ANSES – Ministerio de Desarrollo Social – UNICEF – IIEEP UBA – CEDLAS – CNCPS.
- Cleve, A. (2016). El lugar de las familias en las migraciones internas de estudiantes hacia La Plata, Argentina: apoyo económico, acuerdos y construcción de redes. *ODISEA. Revista de Estudios Migratorios*(3), 53-77.
- Consejo Económico y Social de la Ciudad de Buenos Aires (CEyS). (2014). *Diagnóstico socio-habitacional de la Ciudad de Buenos Aires*. CEyS, Comisión de Vivienda. Buenos Aires: CEyS.
- Consejo Económico y Social de la Ciudad de Buenos Aires (CEyS). (2015). *La Ciudad de Buenos Aires inquilinizada. Un análisis acerca del mercado formal e informal del alquiler como estrategia de acceso a la vivienda en la CABA*. Comisión de Vivienda. Buenos Aires: CEyS.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Chaves, M., y Ramiro, S. (2015). *Hacerse un lugar. Circuitos y trayectorias juveniles en ámbitos urbanos*. Buenos Aires: Biblos.
- Chaves, M., Fuentes, S., y Vecino, L. (2016). *Experiencias juveniles de desigualdad*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Ciccolella, P., y Mignaqui, I. (2008). Metrópolis latinoamericanas: fragilidad del Estado, proyecto hegemónico y demandas ciudadanas. Algunas reflexiones a partir del caso de Buenos Aires. *Cuadernos del CENDES*(69), 47-68.

- Comas, G., y Márquez, A. (2017). Estrategias residenciales y trayectorias laborales: el acceso a la vivienda en un barrio popular consolidado de la periferia del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Pampa*, 111-140.
- Corica, A., y Otero, A. (2017). Después de estudiar estudio... Experiencia de jóvenes egresados de la escuela media. *Población & Sociedad*, 24(2), 33-64.
- Corica, A., Freytes Frey, A., y Miranda, A. (2018). *Entre la educación y el trabajo : la construcción cotidiana de las desigualdades juveniles en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Cosacov, N. (2012). *Alquileres e inquilinos en la Ciudad de Buenos Aires. Una radiografía*. Laboratorio de Políticas Públicas.
- Cosacov, N. (2014). *Habitar la centralidad. Trayectorias residenciales y usos cotidianos del espacio urbano de residentes en Caballito, Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Tesis de doctorado.
- Cosacov, N. (2017). El papel de la familia en la inscripción territorial. Exploraciones a partir de un estudio de hogares de clase media en el barrio de Caballito, Buenos Aires. *Población & Sociedad*, 24(1), 33-65.
- Cosacov, N., y Segura, R. (2017). Pro.Cre.Ar - Bicentenario. Azar, temporalidades y sentidos. *Bordes. Revista de política, derecho y sociedad*, 147-156.
- Cosacov, N., Di Virgilio, M. M., y Najman, M. (2018). Movilidad residencial de sectores medios y populares: la ciudad de Buenos Aires como punto de llegada. *Cadernos metrópole*, 20(41), 99-121.
- Cosse, I. (2006). *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familia, 1946-1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Coubès, M.-L., y Zenteno, R. (2004). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío, y R. Zenteno, *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historia de vida* (pp. 331-352). México: El Colegio de la Frontera Norte.
- Cravino, M. C. (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Cravino, M. C. (2008). Relaciones entre el mercado inmobiliario informal y las redes sociales en asentamientos informales del área metropolitana de Buenos Aires. *Revista Territorios*(18-19), 129-145.
- Cravino, M. C. (2009). Territorialidades en las villas de la Ciudad de Buenos Aires. Estado, mercado y relaciones sociales en la especialidad barrial. En A. Catenazzi, *El retorno de lo político a la cuestión urbana*. Buenos Aires: Universidad Nacional General Sarmiento/Prometo.
- Cravino, M. C., Moreno, V., y Matuberría Lazarini, V. (2013). Cooperativas, construcción de viviendas y política habitacional: articulación entre organizaciones sociales y el estado en el área metropolitana de Buenos Aires. *Cuaderno Urbano*, 14(14), 71-90.
- Cravino, M. C. (2012). Habitar nuevos barrios de interés social en el área metropolitana de Buenos Aires: el espacio construido por el Estado y vivido por los vecinos.

- En *Dimensiones del hábitat popular latinoamericano* (págs. 101-120). Quito: FLACSO Ecuador, CLACSO.
- Cravino, M. C. (2016). Desigualdad urbana, inseguridad y vida cotidiana en asentamientos informales del Área Metropolitana de Buenos Aires. *Etnografías Contemporáneas*, 2(3), 56-83.
- Cravino, M. C., y Palombi, A. (2015). El macrismo ¿neoliberal? Política urbana en el sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. *Cuaderno de Vivienda y urbanismo*, 8, 56-67.
- Cuenya, B. (2011). Grandes proyectos y sus impactos en la centralidad urbana. *Cadernos Metropole*, 13(25), 185-212.
- Dalle, P., Boniolo, P., Estévez Leston, B., y Carrascosa, J. (2018). Desigualdad de oportunidades de graduación universitaria en argentina (1975-2015): efectos del territorio, la clase social de origen y el nivel educativo familiar. *Ciudadanías. Revista de Políticas Sociales Urbanas*(3), 103-140.
- Dávila, Ó., y Ghiardo, F. (2012). Transiciones a la vida adulta: generaciones y cambio social en Chile. *Última Década*(37), 69-83.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología*(18), 145-169.
- De Certeau, M., Giard, L., y Mayol, P. (1994). *La invención de lo cotidiano, T. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.
- De Singly, F. (2005). Las formas de terminar y de no terminar la juventud. *Revista de Estudios de Juventud*, 111-121.
- Del Río, J. P. (2012). *El lugar de la vivienda social en la ciudad: Un análisis de la política*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Tesis de doctorado.
- Del Río, J. P. (2016). Tensiones entre hipoteca, suelo y política urbana. El caso del Pro.Cre.Ar en el partido de La Plata, provincia de Buenos Aires. *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*(19), 135-151.
- Dirección General de Estadísticas y Censos (DGEyC). (2017). *La fecundidad en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires: situación al año 2015*. Buenos Aires: DGEyC, Ministerio de Hacienda.
- Dirección General de Estadísticas y Censos (DGEyC). (2016). *Nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires. Años 1990-2015*. Buenos Aires: DGEyC, Ministerio de Hacienda.
- Di Leo, P., Guelman, M., y Sustas, S. E. (2018). *Sujetos de cuidado. Escenarios y desafíos en las experiencias juveniles*. CABA: Grupo Editor Universitario.
- Di Virgilio, M. M. (2007). *Trayectorias residenciales y estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios en Buenos Aires*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires. Tesis de doctorado.
- Di Virgilio, M. M. (2015). Urbanizaciones de origen informal en Buenos Aires. Lógicas de producción de suelo urbano y acceso a la vivienda. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 30(3), 651-690.

- Di Virgilio, M. M., y Gil y de Anso, M. L. (2012). Estrategias habitacionales de familias de sectores populares y medios residentes en el área metropolitana de Buenos Aires. *Revista de Estudios Sociales*(44), 158-170.
- Di Virgilio, M. M., y Rodríguez, M. C. (2013). Buenos Aires, una ciudad sin techo. *Voces en el Fénix*, 1-6.
- Du Bois-Reymond, M., y López Blasco, A. (2004). Transiciones tipo yo-yo y trayectorias fallidas: hacia las políticas integradas de transición para los jóvenes europeos. *Revista Estudios de Juventud*(65), 11-29.
- Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Madrid: Centro de Investi.
- Eguia, A., y Ortale, S. (2007). *Los significados de la pobreza*. Buenos Aires: Biblos.
- Elias, N. (1998). Espacio privado. En N. Elias, *La civilización de los padres*. Buenos Aires: Norma.
- Elizalde, S. (2003). Diferencias culturales y retóricas de (in)visibilidad. Respuestas de mujeres jóvenes a los discursos normativos sobre el género y edad. *Anclajes* 7(7).
- Erikson, E. (1974). *Identidad, Juventud y Crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Esquivel, V. (2012). El cuidado infantil en las familias. Un análisis en base a la encuesta de usos del Tiempo de la Ciudad de Buenos Aires. En V. Esquivel, E. Faur, y E. Jelin, *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado*. Buenos Aires: IDES UNPFA UNICEF.
- Faur, E. (2006). Género, masculinidades y políticas de conciliación familia- trabajo. *Nómadas*(24), 130-141.
- Faur, E., y Jelin, E. (2013). Cuidado, género y bienestar. Una perspectiva de la desigualdad social. *Voces en el Fenix*(23), 110-116.
- Feijóo, M. C. (1983). *Buscando un techo. Familia y vivienda popular*. Buenos Aires: CEDES.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En A. Martínez, y J. Prat, *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Barcelona: Ariel.
- Felice, M. (2018). Dineros, afectos y significaciones: prácticas económicas en torno a la vivienda entre jóvenes de la Ciudad de Buenos Aires. *Estudios Sociológicos*, XXXVI(107), 311-334.
- Felice, M. (2017). "Invertir en vida". Decisiones económicas y diferencias generacionales en torno a la vivienda en jóvenes de la ciudad de Buenos Aires, Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*(28), 193-212.
- Ferraris, S. (2015). *Vivir el momento justo. Transiciones a la adultez de mujeres del Área Metropolitana de Buenos Aires. Generaciones 1940 a 1979*. Buenos Aires: mimeo.
- Ferraris, S., y Martínez Salgado, M. (2015). Entre la escuela y el trabajo. El tránsito a la vida adulta de los jóvenes en la Ciudad de Buenos Aires y el Distrito Federal. *Estudios demográficos y urbanos*, 30(2), 405-431.
- Figueiro, P. (2013). *Lógicas sociales del consumo. El gasto improductivo en un asentamiento bonaerense*. Buenos Aires: UNSAM.

- Filardo, V. (2012). Distancias intra-generacionales: Jóvenes en Uruguay (1990-2008). *Cuaderno Mirada Joven*(1).
- Fleischer, F. (2007). To choose house means to choose a lifestyle. The consumption of housing and class-structuration in Urban Chin. *City & Society*, 19(2), 287–311.
- Furlong, A., y Cartmel, F. (1997). *Young people and Social Change: Individualisation and Risk in the Age of High Modernity*. Buckingham: Open University Press.
- Gaggero, A., y Nemiña, P. (2013). El origen de la dolarización inmobiliaria en la Argentina. En A. Kaufman, *Cultura social del dólar* (pp. 47-58). Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Departamento de publicaciones.
- Galland, O. (1985). Formes et transformations de l'entrée à la vie adulte. *Sociologie du Travail*(1), 32-52.
- García de Fanelli, A. (2014). Inclusión social en la educación superior argentina: indicadores y políticas en torno al acceso y a la graduación. *Páginas de Educación*(7), 124-151.
- García de Fanelli, A. (2016). La graduación: un reto para los estudiantes universitarios de primera generación. *ESAL-Revista de Educación Superior en América Latina*, 14-15.
- Geertz, C. (1987). Descripción densa: hacia una teoría interpretativa de la cultura. En C. Geertz, *La Interpretación de las Culturas*. México: Gedisa.
- Gentile, M.F. (2017). *Biografías callejeras. Cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Giddens, A. (1997). *Modernización reflexiva*. Madrid: Alianza Editorial.
- Giglia, A. (2012). *El habitar y la cultura. Perspectivas teóricas y de investigación*. Barcelona: Anthropos.
- Gil Calvo, E. (2009). La rueda de la fortuna: giro en la temporalidad juvenil. *Congreso de Lisboa: "Jóvenes y Rutas"*. Madrid: Universidad Complutense.
- Gómez Rojas, G. (2013). Clase social, género y división de trabajo doméstico. En F. N. (comp.), *Mosaico de sentidos: vida cotidiana, conflicto y estructura social*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Grignon, C., y Passeron, J.-C. (1991). *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Grimson, A. (2009). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En A. Grimson, *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 11-40). Buenos Aires: Prometeo.
- Gutiérrez, A. (2004). *Pobre, como siempre... Estrategias y reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreira Editor.
- Herzer, H., Di Virgilio, M. M., Rodríguez, M. C., y Redondo, A. (2008). ¿Informalidad o informalidades? Hábitat popular e informalidades urbanas en áreas urbanas consolidadas (Ciudad de Buenos Aires). *Pampa. Revista Interuniversitaria de Estudios Territoriales*(4), 85-112.

- Jacinto, C. (2010). *La construcción social de las trayectorias laborales de los jóvenes Políticas, instituciones, dispositivos y subjetividades*. Buenos Aires: Teseo/IDES.
- Jacinto, C. (2018). Los mundos del trabajo en los Procesos de Inserción: tránsitos y quiebres entre la educación, formación profesional y trabajo. En C. J. (coord.), *El secundario vale. Saberes, certificados y títulos técnicos en la inserción laboral de los jóvenes* (pp. 17-32). Buenos Aires: Miño Dávila.
- Jacinto, C., y Millenaar, V. (2013). Educación, capacitación y transiciones laborales. ¿Rupturas provisorias en las trayectorias de los jóvenes provenientes de hogares de bajo capital educativo? *Sudamericana Revista de Ciencias Sociales*(2), 63-90.
- Jaramillo, S., y Ibañez, M. (2002). *Elementos para orientar una política estatal sobre alquiler de vivienda urbana en Colombia*. Bogotá: CEDE.
- Jelin, E. (2010 [1998]). *Pan y afectos: La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jones, D. (2010). *Sexualidades adolescentes. Amor, placer y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Editorial Ciccus.
- Jones, G. (2000). Experimentar la vida familiar e inventar el 'hogar'. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*(64), 53-65.
- Kessler, G. (2014). *Controversias sobre la desigualdad: Argentina, 2003-2013*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kessler, G. (2016). *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kessler, G. (2016). *El Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: edhasa.
- Krause, M. (2014). Desigualdades de clase y género en los horizontes de expectativas para los hijos e hijas de familias de clase media del área metropolitana de Buenos Aires. *De Prácticas y discursos*(3), 1-22.
- Krause, M. (2016). La interseccionalidad entre clase y género: un acercamiento desde los relatos de vida. *Revista Lavboratorio*(27), 91-111.
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*, 7(8), 1-24.
- Lefebvre, H. (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Madrid: Capitan Swing.
- Liernur, J. F. (1999). Casas y jardines. La construcción del dispositivo doméstico moderno (1870-1930). En F. Devoto, y M. Madero, *Historia de la vida privada en la Argentina (Tomo II)*. Buenos Aires: Taurus.
- Lindón, A. (2005). El mito de la casa propia y las formas de habitar. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, IX(194).
- López, E., y Findling, L. (comps.). (2012). *Maternidades, paternidades, trabajo y salud: ¿transformaciones o retoques?* Buenos Aires: Biblos.
- López, E., Ponce, M., Findling, L., Lehner, P., Venturiello, M. P., Mario, S., y Champalbert, L. (2011). Mujeres en tensión: la difícil tarea de conciliar familia y trabajo. *Población de Buenos Aires*, 8(13), 7-25.

- Lupica, C. (2009). La función paterna en la nueva dinámica familiar: de la provisión económica al compromiso emocional. *Boletín de la maternidad* N° 6, *Observatorio de la maternidad*, 2-7.
- Lupica, C., y Cogliandro, G. (2013). *Cuadernillo estadístico de la maternidad n°7. Maternidad en Argentina: aspectos demográficos, sociales, educativos y laborales: procesamiento de datos de la Encuesta Permanente de Hogares, INDEC. Período 2006-2012*. Buenos Aires: Observatorio de la Maternidad.
- Luzzi, M. (2013). Economía y cultura en las interpretaciones sobre los usos del dólar en la Argentina. En A. Kaufman, *Cultura social del dólar* (págs. 11-20). Buenos Aires: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Departamento de publicaciones.
- Lynch, K. (2015 [1960]). *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Machado Pais, J. (2002). Laberintos de vida: paro juvenil y rutas de salida (Jóvenes portugueses). *Estudios de Juventud*(56), 87-101.
- Maffesoli, M. (2004). *El tiempo de las tribus. El ocaso del individualismo en las sociedades posmodernas*. Madrid: Siglo XXI.
- Mancini, I., y Wang, L. (2003). Prácticas anticonceptivas entre las mujeres jóvenes. En M. Margulis y otros, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos aires* (pp. 215-240). Buenos Aires: Biblos.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*(62), 193-242.
- Marcús, J. (2007). ¿Integración o vulnerabilidad? El caso de las familias que viven en hoteles-pensión de la ciudad de Buenos Aires. *Cuaderno Urbano. Espacio, Cultura, Sociedad*(6), 55-70.
- Marcús, J. (2014). "Vos (no) sos bienvenido": El control y la regulación del espacio urbano en la Ciudad de Buenos Aires. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, XVIII(493), 1-17.
- Marcús, J. (coord.). (2017). *Ciudad viva. Disputas por la producción sociocultural del espacio urbano en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Teseo.
- Margulis, M. (2003). *Juventud, cultural, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. (2009a). *Sociología de la Cultura. Conceptos y problemas*. Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. (2009b). Cultura y reproducción social. En M. Margulis, *Sociología de la cultura. Conceptos y problemas* (págs. 176-182). Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M., y Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En AA.VV, *Viviendo a toda: Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades* (pp. 3-21). Bogotá D.C: Siglo del Hombre Editores.
- Margulis, M., Rodríguez Blanco, M., y Wang, L. (2009). Cambios en la pareja. En M. Margulis, *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires* (pp. 125-144). Buenos Aires: Biblos.

- Margulis, M., Urresti, M., y Lewin, H. (2007). *Familia, hábitat y sexualidad. Investigaciones desde la dimensión cultural*. Buenos Aires: Biblos.
- Martín Criado, E. (1998). *Producir la juventud: crítica a la sociología de la juventud*. Tres Cantos: Istmo.
- Mauss, M. (2012 [1925]). *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Madrid: Katz.
- Mead, M. (1979). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Barcelona: LAIA.
- Míguez, D., y Semán, P. (2006). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- Millenaar, V., y Jacinto, C. (2015). Desigualdad social y género en las trayectorias laborales de jóvenes de sectores populares. El lugar de los dispositivos de inserción. En L. Mayer, D. Llanos, y R. Unda Lara, *Socialización escolar: experiencias, procesos y trayectos* (pp. 73-100). Ecuador: Abya Ayala Universidad Politécnica Salesiana - CINDE - CLACSO.
- Miranda, A. (2007). *La nueva condición joven: Educación, desigualdad y empleo*. Buenos Aires: Fundación Octubre de Trabajadores de Edificios.
- Miranda, A. (ed.) (2015). *Sociología de la educación y la transición al mundo del trabajo: juventud, justicia y protección social en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Teseo-FLACSO.
- Miranda, A., y Arancibia, M. (2017). Repensar el Vínculo entre la Educación y el Mundo del Trabajo desde la Perspectiva de Género: Reflexiones a Partir de un Estudio Longitudinal en el Gran Buenos Aires. *Archivos analíticos de políticas educativas*, 25(74), 1-22.
- Miranda, A., y Otero, A. (2009). La posibilidad de un plan. En G. Tiramonti, y N. Montes, *La escuela media en debate: problemas actuales y perspectivas desde la investigación*. Buenos Aires: Manantial.
- Miranda, A., Otero, A., y Corica, A. (2008). La situación social de los jóvenes: postergación y autonomía . En A. Salvia (coord.), *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Mora Salas, M., y de Oliveira, O. (2014). *Desafíos y paradojas: los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. México DF: El Colegio de México.
- Mora Salas, M., y de Oliveira, O. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, XXVII(79), 267-289.
- Najman, M. (2017). El nacimiento de un nuevo barrio: El caso del Conjunto Urbano Padre Mugica en la ciudad de Buenos Aires y sus impactos sobre las estructuras de oportunidades de sus habitantes. *Territorios*(37), 123-155.
- Neufeld, M. R. (2009 [1986]). Crisis y vigencia de un concepto: La cultura en la óptica de la Antropología. En M. Lischetti, *Antropología*. Buenos Aires: Eudeba.

- Noel, G. (2013). De los códigos a los repertorios: algunos atavismos persistentes acerca de la cultura y una propuesta de reformulación. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias (RELMECS)*, 3(2), 1-30.
- Observatorio de la Juventud. (2016). *La conformación de un nuevo hogar. El proceso de emancipación, independencia y adquisición de nuevas responsabilidades en los jóvenes de 15 a 29 años de la CABA*. Observatorio de la Juventud, Dirección General de Políticas de Juventud. Buenos Aires: Dirección General de Políticas de Juventud.
- Oszlak, O. (1991). *Merecer la Ciudad: los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: CEDES/Hvmanitas.
- Peiró, M. L. (2007). La participación de los jóvenes en la organización doméstica. En A. Eguía, y S. Ortale, *Los significados de la pobreza* (pp. 147-168). Buenos Aires: Biblos.
- Pérez, I. (2013). *El hogar tecnificado. Familias, género y vida cotidiana. 1940-1970*. Buenos Aires: Biblos.
- Pérez, P., y Busso, M. (coords.) (2014). *Tiempos contingentes: inserción laboral de los jóvenes en la Argentina posneoliberal*. Buenos Aires: Miño y Dávila/CEIL/Trabajo y Sociedad.
- Perrot, M. (1998). Modos de habitar. La evolución de lo cotidiano en la vivienda moderna. AAVV. *El espacio privado, Monografías de Arquitectura y vivienda*(14).
- Pérez, P. (2014). La orientación de los procesos urbanos en el gobierno local (una aplicación metropolitana). *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. XIV, 523-554.
- Poy, S. (2018). *Juventudes desiguales: oportunidades de integración social. Jóvenes entre 18 y 29 años en la Argentina urbana*. Buenos Aires: Observatorio de la Deuda Social Argentina, Fundación Universidad Católica Argentina.
- Prost, A. (1991). Fronteras y espacios de lo privado. En P. Aries, y G. Duby, *Historia de la vida privada. Tomo 9: La vida privada en el siglo XX*. Buenos Aires: Taurus.
- Raspall, T. (2015). La vivienda como inversión. El desarrollo inmobiliario en la Ciudad de Buenos. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*(87), 27-31.
- Reese, E., Almansi, F., del Valle, J., y Juan, A. (2014). Políticas habitacionales y la regulación del alquiler en Argentina. En A. Blanco, V. Fretes Cibils, y A. Muñoz, *Busco casa en arriendo. Promover el alquiler tiene sentido* (pp. 93-132). New York: Banco Interamericano de Desarrollo.
- Reporte Inmobiliario. (2013). *Precios de departamentos, cuotas de crédito y alquileres*. Reporte Inmobiliario.
- Reporte Inmobiliario. (2016). *La cuota de un crédito ya está muy cerca del alquiler*. Buenos Aires: Reporte Inmobiliario.
- Roberti, M. E. (2015). *La nueva condición juvenil en tiempos de desestructuración: Un estudio de las trayectorias laborales de los jóvenes del barrio Aluvión y su imbricación con otras esferas vitales*. La Plata: Universidad Nacional de la Plata. Tesis de doctorado.

- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía de cuidado. Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Nueva Sociedad*(256), 30-44.
- Rodríguez, M. C. (2009). *Autogestión, políticas del hábitat y transformación social*. Buenos Aires: Espacio.
- Rodríguez, M. C., y Di Virgilio, M. M. (2014). Ciudad de Buenos Aires: políticas urbanas neoliberales, transformaciones socio-territoriales y hábitat popular. *Revista de Direito da Cidade*, 6(2), 323-347.
- Rodríguez, M. C., Rodríguez, M. F., y Zapata, M. C. (2015). La "casa propia", un fenómeno en extinción. La "inquilinización" en la Ciudad de Buenos Aires. *Cuadernos de Vivienda y Urbanismo*, 8(15), 68-85.
- Rodríguez, M. C., Rodríguez, M. F., y Zapata, M. C. (2018). Mercantilización y expansión de la inquilinización informal en villas de Buenos Aires. *Invi*, 34(93), 125-150.
- Rubin, G. (1975). The traffic in women: Notes on the 'political economy' of sex. En R. Reiter. (ed.), *Toward an anthropology of women*. New York: Monthly Review Press.
- Salvia, A. (coord.) (2008). *Jóvenes promesas. Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Salvia, A. (2013). *Juventudes, problemas de empleo y riesgos de exclusión social. El actual escenario de crisis mundial en la Argentina*. Friedrich Ebert Stiftung, Departamento Política Global y Desarrollo. Buenos Aires: Friedrich Ebert Stiftung.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones Vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS.
- Sautu, R. (2004). Estilos y prácticas de la investigación biográfica. En R. Sautu, *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir de los testimonios de los actores* (pp. 22-60). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Sautu, R. (2016). La formación y la actualidad de la clase media argentina. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 163-184). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Segalen, M. (2013). *Sociología de la Familia*. Mar del Plata: EUDEM.
- Segura, R. (2015). La imaginación geográfica sobre el conurbano. Pensa, imágenes y territorio. En G. Kessler (dir.), *El Gran Buenos Aires* (pp. 129-158). Buenos Aires: edhasa.
- Segura, R. (2015). *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*. La Plata: UNSAM.
- Semán, P., y Ferraudi Curto, C. (2016). Los sectores populares. En G. Kessler (comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 141-162). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- Silba, Malvina. (2018). *Juventudes y producción cultural en los márgenes: trayectorias y experiencias de jóvenes cumbieros*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.

- Suárez, L. (2005). Inserción laboral de residentes en asentamientos precarios del Gran Buenos. *Estudios Del Trabajo*(30), 67-93.
- Taylor, S., y Bogdan, R. (1986). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Buenos Aires: Paidós.
- Teyssot, G. (1998). Lo social contra lo doméstico. La cultura de la casa en los últimos dos siglos. AAVV. *El espacio privado, Monografías de Arquitectura y vivienda*(14).
- Torrado, S. (2003). *Historia de la familia moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.
- Torrado, S. (2005). *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entre siglos)*. Buenos Aires: Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas/Miño y Dávila.
- Toscani, M. P. (2018). Dinámica de los hoteles-pensión y los desalojos del barrio de Constitución. Aproximaciones desde la dimensión de poder. *Quid* 16, 139-152.
- Urresti, M. (2008). Nuevos procesos culturales, subjetividades adolescentes emergentes y experiencia escolar . En E. T. Fanfai, *Nuevos temas en la agenda de política educativa* (pp. 101-114). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Urresti, M. (2011a). Adolescentes, jóvenes y socialización: entre resistencias, tensiones y emergencias. En M. I. Moreira, y M. Stengel, *Juventudes contemporaneas: un mosaico de posibilidades* (pp. 43-66). Belo Horizonte: Editora PUC Minas.
- Urresti, M. (2011b). Los jóvenes adultos: un síntoma de estos tiempos. *Encrucijadas, Revista de la Universidad de Buenos Aires*(53), 20-25.
- Vasilachis de Gialdino, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Vera Belli, L. (2016). Análisis crítico del alquiler residencial en la Ciudad de. *Revista Institucional del Ministerio Público de la Defensa*(10).
- Vera Belli, L. (2018). La comisión inmobiliaria a cargo del propietario. Análisis descriptivo respecto a las discusiones y regulaciones recientes del mercado de vivienda en alquiler. *Quid* 16(9), 197-213.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias. ¿Una revolución estancada?* Buenos Aires: Lumière.
- Wainerman, C., y Geldstein, R. (1994). Viviendo en familia: ayer y hoy. En *Vivir en Familia*. Buenos Aires: UNICEF/Losada.
- Wilkis, A. (2013). *Las sospechas del dinero. Moral y economía en la vida popular*. Buenos Aires: Paidós.
- Yujnovsky, O. (1984). Aspectos teóricos de la vivienda. En *Claves del problema habitacional argentino 1955-1981*. Buenos Aires: CEL.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.